LIBRO 1

SANGRE Y ROSAS

DE LA AUTORA SUPERVENTAS DE *QUICKSILVER*

CALLIE HART

Libro 1

Callie Hart



SANGRE Y ROSAS

Traducido del inglés por Elena Martínez

CONTRALUZ

HABÍA UNA VEZ UN CHICO QUE VIVÍA EN LA OSCURIDAD...

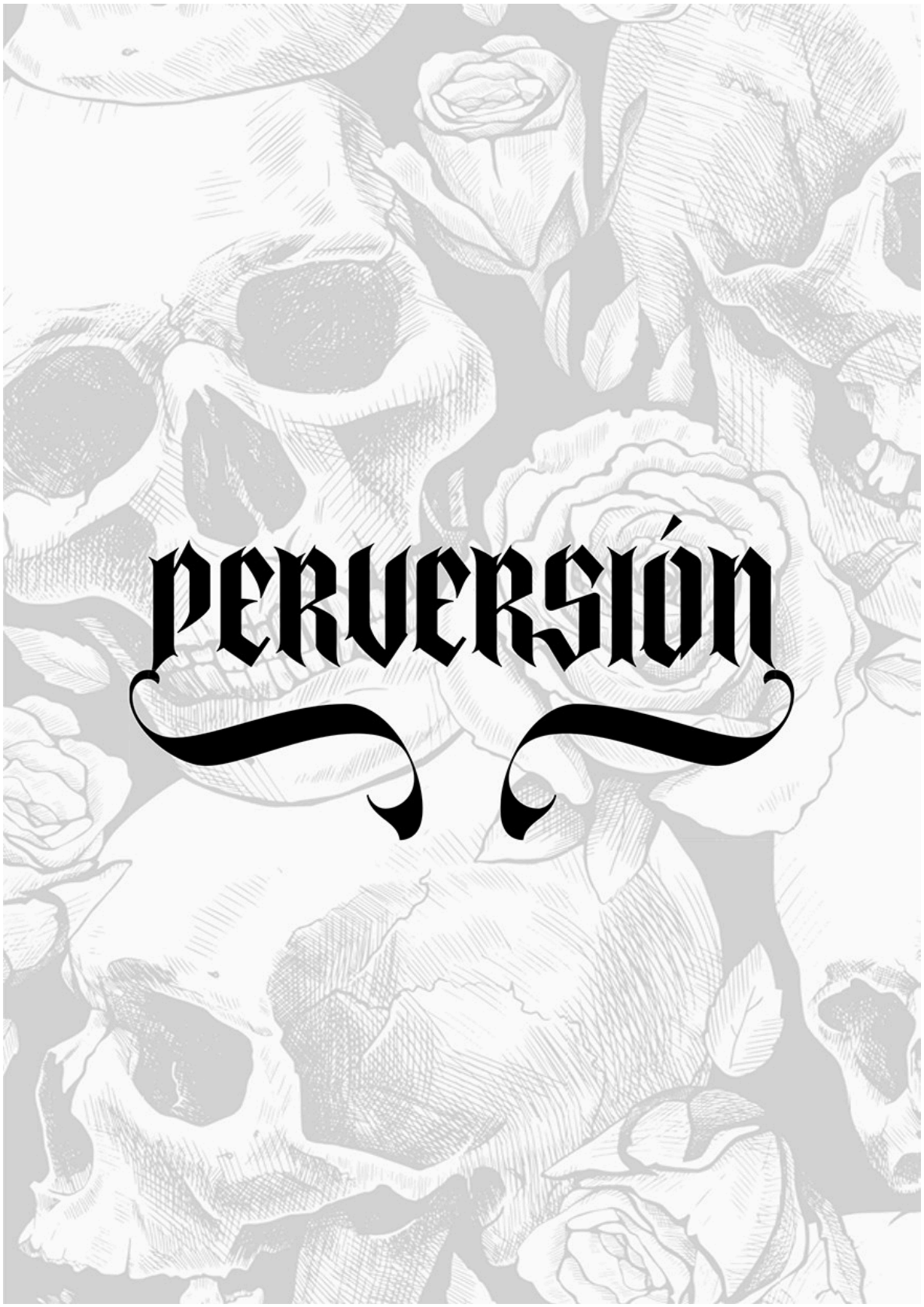
Y ERA ALLÍ DONDE QUERÍA ESTAR.



Guía de contenido

Sangre y rosas es una serie de *dark romance* que incluye contenido explícito y temas delicados destinados a un público adulto. Se recomienda encarecidamente a los lectores que tengan en cuenta sus sensibilidades personales.

Esta novela contiene violencia explícita, trata de personas, asesinatos, maltrato psicológico, coerción, maltrato infantil, abuso de sustancias y adicción y BDSM.


PERVERSIÓN

1

SLOANE

Cuando digo que soy un fantasma, no lo digo en sentido literal. Estoy vivita y coleando, o, al menos, algunos días el dolor que siento me basta para cerciorarme de que todavía tengo un corazón que late. No, cuando digo que soy un fantasma, me refiero a que la gente casi nunca me ve. Soy la chica que aparece de fondo. La veinteañera de altura y peso en la que nadie se fija jamás.

Voy por el mundo de puntillas, en silencio, con el semblante serio. Paso días sin tener que saludar a nadie, o así ha sido durante los últimos seis meses. No es habitual que me toque hablar con desconocidos, pero cuando lo hago, las conversaciones son sucintas. La gente parece saber de forma instintiva que no estoy hecha para las charlas de ascensor. Y hoy no es una excepción.

—Aquí tiene la llave de su habitación, señorita Fredrich. —La recepcionista del hotel Marriott del centro de Seattle desliza la tarjeta sobre el mostrador de mármol. Una vez ha apartado la mano y está a una distancia segura, alargo la mía para cogerla—. Gracias —añade. Con la mirada gacha, grapa los papeles de mi reserva—. ¿Viene por negocios o por placer? —La calidez de sus ojos se apaga cuando levanta la vista y repara en mi mirada vacía. Su sonrisa se desvanece al instante, igual que la mantequilla de un cuchillo caliente.

—Negocios —respondo, y nunca había dicho nada tan cierto como eso.

—De acuerdo… Espero que disfrute de su estancia. —Aparta la vista en cuanto llega al final del guion que tiene escrito. No me pregunta por qué he aparecido en el hotel sin maletas ni por qué solo he reservado una noche. Tampoco pregunta por qué he dejado

en recepción una tarjeta extra para la habitación para un tal señor Hanson, aunque se supone que no debe hacerlo. Eli me ha hecho un resumen de cómo va a funcionar todo esto y, de momento, todo está saliendo según lo planeado. Cojo mi bolso, me aliso el abrigo y me dirijo al ascensor.

Veintidós, veintiuno, veinte, diecinueve, dieciocho…

Contemplo cómo los números se van iluminando uno a uno. Los discos, del tamaño de una moneda, se van encendiendo y apagando uno detrás de otro, y el ascensor desciende hacia mí mientras yo espero, con impaciencia y sin pestañear. No soy la única que está esperando a que llegue. Si este fuera un edificio de oficinas o un centro comercial, iría por las escaleras, porque los espacios cerrados y yo no nos llevamos muy bien. Pero como estoy en un hotel de cuarenta y siete plantas y he reservado una habitación en la número cuarenta y dos, me temo que tendré que soportar la presencia de unos desconocidos durante un rato.

Cuando se abren las puertas, entro la primera y me coloco en el fondo. No quiero que los cuatro hombres de negocios que entran detrás de mí tengan que pasar por mi lado para salir y me rocen. Ellos se quedan en alguna de las plantas del medio. Encaja con ellos; es fácil ponerles la etiqueta de mediocres. Llevan trajes mediocres. Los cuatro tienen cortes de pelo mediocres. Quien ha reservado sus habitaciones ha sido un departamento de contabilidad, y los departamentos de contabilidad no se gastan el dinero en *suites;* se lo gastan en habitaciones dobles con camas separadas que tienen acceso al gimnasio y poco más. «Nada de minibar para usted, señor Corporativo»…

Las puertas del ascensor se cierran y yo me retraigo en mí misma, presionando la espalda contra la pared del fondo. Cierro los ojos y exhalo por la nariz. Dentro de poco todo habrá terminado, pero, por ahora, mi corazón no deja de dar saltos dentro de mi pecho. El miedo de estar atrapada, de lo que estoy a punto de hacer, es como una serpiente enroscada y atenta que hace estragos en mis entrañas.

—Oye, ¿estás bien? Se te ve un poco asustada.

Uno de ellos me ha hablado. Cree que puedo estar nerviosa por el ascensor, lo que es cierto, aunque solo a medias. Tiene los ojos marrones, un color cálido que me recuerda al chocolate derretido. También tiene hoyuelos. Tendrá unos veintiocho años, más o menos mi edad. Parece majo. Un chico majo, de esos con los que tal vez habría salido hace un tiempo, antes de… en fin. Antes de que salir con alguien se convirtiera en algo imposible para mí.

Me obligo a mirarlo.

—Estoy bien, gracias.

—Me alegro. —El chico de los ojos de chocolate me sonríe—. A mi hermana a veces la ayuda respirar hondo. A ella tampoco le gustan los ascensores.

Es un chico dulce. Más dulce de lo que merezco teniendo en cuenta lo que me ha traído hasta aquí. Lo recompenso con una frágil sonrisa —que él me devuelve— y entonces las puertas se abren y los cuatro se marchan. Me meto las manos en los bolsillos para que dejen de temblarme. Sola, subo dieciocho plantas más (lo que es mejor que estar atrapada con cuatro desconocidos, aunque sigue sin ser ideal), hasta que por fin es mi turno de bajar.

Este hotel se parece mucho a cualquier otro en el que me haya alojado. Lo único que lo diferencia de todos los demás, lo que lo definirá para siempre, es el propósito que me ha traído hasta aquí.

Estoy a punto de acostarme con un completo desconocido.

Y lo voy a hacer para encontrar a mi hermana pequeña.

2

SLOANE

Después de entrar y colgar el abrigo detrás la puerta, ya casi estoy preparada. Me he puesto lo que me han dicho que me ponga: encaje negro. Eli, el detective privado que contraté para que encontrase a mi hermana, no me ha dado más detalles. Ha sido él quien ha organizado este encuentro.

«A veces con dinero no basta para encontrar lo que uno está buscando, preciosa. A veces hace falta un poco más de… persuasión para procurarte información de este tipo. Mire, ¿sabe qué? Le contaré lo que sé a cambio de un pequeño favor».

«¿Qué clase de favor?», pregunté yo.

«Si se abre de piernas para un cliente mío, le contaré todo lo que necesita saber». Y el cerdo asqueroso hasta se atrevió a sonreír. El muy insolente. «Vamos, señorita Romera… No me mire así. Quiere encontrar a su hermana, ¿no?».

Y al final accedí, porque tenía razón: quiero encontrar a Lex. Quiero que vuelva a casa sana y salva, y haré lo que sea por conseguirlo. Aunque después no sea capaz de vivir conmigo misma.

Además de la ropa interior, Eli me dijo que tenía que traer una cosa más. Una cosa que llevo escondida en el bolsillo de la chaqueta. La saco y me la pongo. Es una máscara de satén negro con los bordes de encaje rojo. Al menos así me siento un poco más disfrazada. Enciendo la luz del baño y empiezo a rebuscar en el bolso hasta dar con mi salvavidas: un bote de Valium. Al sacarlo, oigo el traqueteo de las pastillas en su interior. Lo bueno de ser una residente de quinto año en un gran hospital es que siempre, sin excepción, hay alguien disponible para recetarte medicación cuando la necesitas, y sin hacerte ninguna pregunta. El Valium ni siquiera

está a mi nombre. No aparecerá nunca en mi historial médico. Me tomo una pastilla, lo justo para mantener la calma sin que me deje adormilada. Luego me miro al espejo y me coloco la goma de la máscara por debajo del pelo.

«Estás horrible, Sloane».

Últimamente, es lo que me digo cada vez que contemplo mi reflejo. Puede que sea cierto o puede que no. Llevo ya tanto tiempo mirándome en los espejos que mi reflejo ha perdido su sentido. Lex siempre fue la más guapa de las dos. Sí, claro, sé que tengo buen cuerpo. Eli dijo que esa era la única razón por la que estaba dispuesto a hacer negocios conmigo, porque mis tetas eran de verdad y tenía buen culo. «Puede que haya tíos a los que su altura les incomode un poco, pero eso no se puede remediar…».

Me concentro en las ojeras oscuras que me enmarcan los ojos e intento recordar que todo esto es temporal. Que no es para siempre. Al fin y al cabo, soy médica. El cuerpo no es más que una máquina, lleno de engranajes, piñones y partes que encajan y que siguen funcionando, trabajando en armonía para que tú sigas moviéndote. Y el coito no es más que una función de esa máquina.

«Tú puedes, Sloane. Puedes hacerlo».

Pero cuando ni siquiera han pasado dos segundos de ese pensamiento…

«Lex no querría esto. No querría que te utilizaran y abusaran de ti, que te vendieras por tan poco».

Odio esa voz que hay dentro de mi cabeza. Me dificulta mucho justificar por qué sigo adelante con todo esto, pero si estoy vendiendo mi posesión más valiosa no es por drogas o por dinero, ni siquiera por fama y fortuna, como hacen algunas chicas. Yo lo hago por amor. Amor por Lex. Y cualquier hermana haría lo mismo.

Han transcurrido ya seis meses desde la desaparición de Alexis, pero no estoy más cerca de encontrarla. Tengo la sensación de que esta es mi última baza… Y Eli es listo. Me ha proporcionado la información justa para mantener viva mi esperanza, pero ni por

asomo la suficiente para arriesgarse a que me desdiga de nuestro pequeño acuerdo.

Alguien llama a la puerta. Uno, dos, tres golpes.

—Hostia pu… —Me muerdo el labio inferior, atrapando la palabrota entre los dientes. Ha llegado la hora.

El señor Hanson debe de haber recogido la llave de manos de la alegre recepcionista, pero a mí ya me advirtieron de que llamaría a la puerta. Eso me indica que el hombre con el que me voy a acostar está aquí y que he de quedarme en el cuarto de baño hasta que venga a por mí. Cierro la puerta y, por un segundo, lucho contra el embate del miedo. Si me encierro aquí dentro y me niego a salir, ¿cuánto tardará en cabrearse lo suficiente como para marcharse? Aunque no puedo hacer eso. Eli no cumpliría nunca con su parte del trato; además, nada de esto importa. Absolutamente nada. Solo es un medio para llegar a un fin.

Oigo el pitido electrónico de la puerta cuando reconoce la tarjeta. Luego, el chasquido del pestillo al cerrarse. Y después, silencio. El borde del lavabo se me clava en el dorso de los muslos de tanto apretujarme contra él, paralizada, antes de recordar que no debería hacerlo porque me dejará marcas en el cuerpo y eso va contra las reglas, incluso si son marcas temporales como esa. Mi desconocido me quiere en perfectas condiciones.

Por suerte, la droga empieza a hacerme efecto: noto que me inunda una sensación de paz. Algo bueno, porque quienquiera que esté ahí fuera se está tomando su tiempo para acomodarse. Si no me hubiera tomado la pastilla, creo que cuando se decidiera finalmente a llamar a la puerta, yo ya habría estado a punto de salir corriendo.

—Sal. Apaga la luz primero —me ordena la voz. Es áspera y ronca, ¿quizá la voz de un fumador? De puta madre. Voy a tener que pasarme las próximas dos horas con la lengua metida en la garganta de un fumador y luego me voy a tener que lavar la boca con lejía. Apago la luz, abro la puerta… y me quedo perpleja ante lo que me encuentro al otro lado.

Nada.

Absolutamente nada. La habitación está oscura como la noche.

—¿No has encontrado el interruptor? —me atrevo a preguntar.

—No lo toques. Ven aquí y punto —me dice la voz. Parece joven, y está solo. Aunque no estaba esperando a más de un hombre, claro. Eli me juró que solo sería uno. Y únicamente esta vez. Entro con cautela, arrepentida por no haber prestado más atención a cómo estaban dispuestos los muebles antes de encerrarme en el cuarto de baño. Cómo no, me golpeo un dedo del pie con Dios sabe qué y siseo de dolor.

—¿Estás bien? —Parece que le haya hecho gracia, lo que me resulta irritante. ¿Quién se divierte viendo cómo una chica se rompe un dedo del pie?

—Bueno… es que no veo nada de nada —mascullo.

—Me temo que de eso se trata. Ven aquí.

Si supiera dónde es «aquí», quizá me sentiría un poco menos confundida. Lo vuelvo a intentar y esta vez consigo ir hasta la cama, trastabillando, pero sin chocarme con nada más. Cuando me subo al colchón, que se hunde bajo mi peso, todavía me estoy preguntando dónde narices está él. No estoy ni la mitad de asustada de lo que lo debería estar. Es más, me siento hasta un poco emocionada.

—Siéntate en medio de la cama con las manos detrás de la espalda —susurra. ¿Me va a atar? Eso debería preocuparme. Me preocuparía fuera cual fuese la situación.

—¿Necesitas un nombre? —Eli me indicó que debía preguntárselo.

Un ruido grave, profundo y áspero rompe el silencio. Se está riendo.

—¿Te estás ofreciendo a revelarme tu verdadero nombre?

—Eli me dijo que eso va contra las normas.

—Entonces no. —El colchón se hunde de nuevo. Se está moviendo, se está acercando. Su aliento cálido me roza la piel del cuello cuando habla—. No pienso llamarte Melody, o Candy, ni cualquier otro nombre falso. Mejor seamos dos desconocidos durante un rato. ¿Te parece?

—Sí, sí… Supongo.

En la oscuridad, mi piel ha cobrado vida. Y también el resto de mis sentidos. Mi nariz no hace más que hablarme en susurros, transmitiéndome notas de menta y del océano. Sea quien sea, este tipo huele increíble. No huele en absoluto a tabaco, lo que significa que esa voz… esa voz es cien por cien natural. Me descubro sintiendo curiosidad por él, aunque con un desapego total.

—¿Habías hecho esto antes? ¿Así? —me pregunta.

—Nunca. —El aliento se me queda atrapado en la garganta. Estoy tan aturdida que me cuesta pensar; la falta de luz en la habitación hace que se me acelere el corazón. Este tipo podría ser un asesino en serie. Podría serlo también con las luces encendidas, pero entonces al menos tendría la oportunidad de verlo en sus ojos y largarme por patas.

El chico misterioso exhala y otra oleada cálida me acaricia el pecho. Se me endurecen los pezones a pesar de no tener frío. Esto no me había pasado nunca. Jamás. Probablemente, porque nunca había estado tan cerca de un chico.

—Ponte las manos en el regazo —me ordena y yo lo hago. Me sobresalto al notar su mano sobre mi pierna—. ¿Estás asustada?

—No.

Se echa a reír; es un sonido malévolo y cruel. Su mano me recorre la pierna con suavidad hasta que encuentra la mía y me rodea la muñeca con los dedos.

—Eres más valiente que la mayoría de las chicas.

—¿Haces esto con muchas chicas?

—Con algunas.

En fin, al menos es sincero. Me coge de la mano, se la acerca y noto la aspereza de su barba sobre la piel sensible de la cara interna de la muñeca.

—Hueles a flores —dice—. ¿Qué perfume llevas?

—Afresia —contesto.

—Huele a limpio. No es demasiado empalagoso. Me gusta.

«Cómo me alegro de tener tu aprobación», pienso, y me entran ganas de reír. Me roza la cara interna de la muñeca con la punta de la nariz, y enseguida le sigue el suave tacto de sus labios. Apenas es un beso, de tan suave y liviano, pero me dice mucho de él. Que tiene los labios gruesos y que sabe ser amable con la boca. Eso es inesperado. Me muevo en la cama, nerviosa, preguntándome adónde se dirige esto. Adónde irá su boca después de esto.

—¿Alguna vez has pensado en cómo sería la vida si fueses ciega? —pregunta con su voz ronca.

—¿Por qué? ¿Eres ciego?

—No. Responde a la pregunta.

—Supongo. Alguna vez.

Guía mi mano hacia arriba y luego me la coge con las dos suyas y me abre los dedos, de forma que la palma queda abierta. Lo hace despacio, recorriéndome la piel con los dedos callosos, y no puedo evitar estremecerme. Es una caricia muy simple, pero su forma de hacérmela se me antoja íntima y considerada; no me está agarrando y tocando solo porque sí. Contengo el aliento cuando vuelve a guiar mi mano hasta que le rozo el pelo con las puntas de los dedos. Luego la baja hacia su cara.

—Dime cómo crees que soy —me pide; su voz es como un gruñido que resuena. Me suelta la mano y he de inclinarme hacia delante para llegar bien hasta él. Me acerco un poco, sentándome en los talones para no perder el equilibrio, y luego llevo también mi otra mano a su rostro.

Tiene el pelo corto, un poco tieso a causa del gel con el que se ha peinado. Tiene rasgos fuertes, pronunciados. La mandíbula es ligeramente cuadrada, y la nariz, bastante recta, salvo por una zona un poco plana cerca del entrecejo. Tiene unas pestañas sorprendentemente largas, y los labios… como yo pensaba. Tiene los labios carnosos y más suaves de lo que ningún chico tendría derecho a tenerlos, y menos aún un chico con semejante voz. Siento un cosquilleo en las yemas de los dedos, que me indican que este chico

tiene el rostro de un ángel. Un ángel bárbaro, quizá como uno de esos que se dedicaron a sembrar la destrucción en Babilonia.

—¿Qué te parece? —pregunta.

—Debes de ser muy atractivo —admito.

Él gruñe.

—¿Y lo demás qué?

Presiona un poco mis antebrazos para que deslice las manos por su pecho, donde mis dedos se encuentran con una piel suave y unos músculos firmes y tonificados. Mueve los pectorales cuando los recorro suavemente con las manos y sigo bajando. Palpo tres protuberancias horizontales en la piel que no deberían estar ahí, a la derecha de los abdominales, con unos centímetros de distancia entre cada una de ellas. Trazo círculos sobre ellas con el dedo, tratando de arrancarles la historia que esconden detrás, intentando descubrir de dónde vinieron. Ahí hay una historia no contada de violencia, escrita en las líneas de ese cuerpo formidable. Se estremece un poco mientras lo exploro, tanteando su piel con caricias suaves como una pluma, hasta que he recorrido por completo su abdomen definido y paso a los oblicuos. Coge aire con fuerza cuando lo hago y se me escapa una sonrisa. Una sonrisa sincera. Este chico tiene cosquillas. No se ríe, ni me dice que no le toque ahí, pero el cuerpo se le tensa aún más cuando vuelvo a esa zona para comprobar la veracidad de mi teoría.

Paso a los hombros, que son fuertes y poderosos. Le rodeo la nuca con los brazos para palparle los omóplatos. Es enorme, pero lo cierto es que no me da miedo. Debería tenérselo, sí, pero no se lo tengo. El Valium ha aplacado el miedo que pudiera sentir, y además, según yo había imaginado, este tipo iba a querer ponerme las manos encima nada más entrar. Iba a examinar y toquetear hasta el último centímetro de mi piel, e iba a querer ver, sin lugar a duda, lo que había comprado. Pero, de momento, casi no me ha tocado… y lo poco que lo ha hecho, ha sido en la mano. ¡En la mano!

—¿Y bien? —pregunta.

—¿Cómo te hiciste las cicatrices?

—Me apuñalaron. —Lo dice así, como si nada. Guau.

—¿Estuviste a punto de morir?

—Sí.

—¿Te dolió?

—Sí.

Dejo caer las manos de sus hombros y busco de nuevo las cicatrices. Una, dos y tres. Bajo mis dedos, me parecen toscas, irregulares y terribles.

—¿Qué le pasó a la persona que te lo hizo? —Casi no se lo quiero preguntar. Desde que hemos empezado a charlar, hace unos cinco minutos, el hombre misterioso ha sido franco hasta extremos inquietantes, y me asusta que ahora su respuesta consiga por fin infundirme el miedo que debería tener.

—Lo que él mismo se buscó —contesta en voz baja. Se mueve; las sábanas emiten un murmullo y los músculos de su abdomen se contraen bajo mis manos. Cuando me toca el pelo, enredando los dedos en él, todavía estoy intentando decidir si lo que ha dicho significa que mató a la persona que lo apuñaló—. Soy muy exigente con lo que quiero. Haz lo que yo te diga sin cuestionármelo y ninguno de los dos tendremos problemas, ¿de acuerdo? —murmura.

Un subidón de adrenalina prende fuego a todas mis terminaciones nerviosas. Por fin una reacción apropiada para la situación en la que me encuentro. ¿Cómo narices me he metido en este lío? Con Valium o sin él, soy perfectamente consciente de que eso ha sido una amenaza. Esto me viene muy grande, pero ya no hay mucho que pueda hacer al respecto. Además… Alexis. He de pensar en Alexis.

—Sí, puedo hacerlo —susurro.

—Bien. Túmbate bocarriba.

Lo suelto y, de repente, me siento como si estuviese a la deriva en mitad de un océano, ahogándome sin modo de salvarme. La parte más inteligente de mi cerebro —la que sigue concentrada en mi supervivencia— me pide a gritos que me largue de aquí, y por primera vez la ira de Eli apenas basta para mantenerme pegada a esta cama. Pero lo consigue la posibilidad de encontrar a Alexis.

Cuando tengo los músculos a punto de estallar, a punto de saltar, el chico me coge suavemente del tobillo derecho.

—¿Hoy te has tocado?

—¿Quieres… quieres decir…? —No soy tonta. Sé perfectamente lo que quiere decir.

—¿Te has llevado al orgasmo hoy? ¿Has jugado con tu coño?

El calor me explota en las mejillas. Nadie me había preguntado eso nunca.

—No, no lo… No lo he hecho —contesto tartamudeando.

—Bien. Así estarás mucho más dulce. —En lugar de cogerme de la cinturilla del tanga y bajármelo, me lo aparta hacia un lado. Se me quedan las piernas rígidas al notar su aliento caliente sobre mi carne expuesta. ¿Qué se supone que tengo que hacer con las manos? Esto, para mí, es territorio inexplorado, y un territorio muy vasto. Cuando un chico te hace esto, normalmente es porque se ha portado muy muy mal contigo y necesita compensarte. Al menos, eso es lo que dice Pippa.

—¿Quieres que te chupe? —Se le ha puesto la voz aún más grave, aderezada con la promesa del sexo.

—Quiero lo que tú quieras —contesto sin aliento. Al fin y al cabo, para eso paga. Eso es lo que me ayudará a recuperar a Lex. Me agarra con fuerza la pierna y aprieta hasta que grito.

—No vamos a jugar a eso. Domíname o seré yo quien te domine a ti, y créeme… Eso no te va a gustar.

«Mierda».

—¡Sí! Quiero que me chupes.

Suelta un gruñido de satisfacción y reacciona de inmediato, colocándose entre mis piernas. Cuando saca la lengua y me lame, se me tensan los músculos. Está caliente y… y me gusta. ¿Qué narices me pasa? No debería reaccionar así. Siento el calor de la vergüenza en las mejillas. ¿Qué clase de persona disfruta de que un completo desconocido le haga sexo oral? ¡Y encima en estas circunstancias! Pero no puedo evitarlo. Siento como si me estuvieran acariciando todo el cuerpo, de los pies a la cabeza.

Mueve la lengua con maestría, aplicando una sutil presión sobre mi clítoris y chupándolo a un ritmo constante que hace que oleadas de placer rompan a través de mí. Estoy a punto de dejarme llevar, de conseguir que la tensión de mis brazos y mis piernas desaparezca, cuando deja de lamerme y succiona.

—¡Joder!

No se detiene. Gruñe cuando me aprieto contra él, frotándome contra su boca con descaro. Nunca había sentido nada parecido. Es… increíble. Jadeo y gimo como un animal cuando se aparta y me acaricia desde las rodillas hasta la cara interna de los muslos. Me arranca las bragas con un único movimiento.

—¿Cuántas ganas tienes de que te folle?

No estoy aquí porque quiera follármelo. Mi trabajo consiste en hacerle pensar que eso es lo que quiero, pero cuando murmuro mi respuesta, me doy cuenta de que la línea entre lo fingido y lo real es muy difusa.

—Muchísimas. Tengo muchísimas ganas.

—Ábrete de piernas —ordena. Obedezco mientras me pregunto qué va a pasar ahora. La habitación es como un agujero negro, está tan oscura que no distingo ni siquiera su sombra mientras se mueve por la cama. Oigo una cremallera y luego un repiqueteo metálico, como la hebilla de un cinturón. Me muerdo el labio inferior y espero a que haga lo que está a punto de hacer, presa tanto de la preocupación como de la curiosidad. Me ata la pierna izquierda, rodeándola con algo ancho, que primero aprieta bien y luego amarra a la cama. Después repite la operación con la derecha y por último, con cuidado, hace lo mismo con las muñecas. Estoy tumbada en la cama como una estrella de mar, completamente vulnerable. Estas sujeciones no son ninguna broma. Están hechas para que quien esté sometido a ellas no pueda irse a ninguna parte… y está claro que yo no voy a ser la excepción. Hace seis meses, tal vez habría rezado una oración. Ahora, en cambio, gimoteo, en parte por el miedo y en parte por la expectación.

Se sube a la cama y se arrodilla a mi lado. Su aliento me acaricia de nuevo. Me tenso cuando noto algo frío y duro sobre el estómago.

—¿Sigues siendo una chica valiente?

—Sí —contesto con una exhalación.

No me informa de lo que va a hacer. El objeto frío y duro que me presiona la piel viaja lentamente hacia arriba hasta quedar justo debajo de mis pechos. Boqueo como un pez fuera del agua y trato de quedarme muy quieta, porque ya he entendido de qué se trata: es un cuchillo. Y, encima, está afilado de cojones.

Me levanta el sujetador desde la parte central del aro y entonces, con un movimiento ágil y limpio, me lo parte en dos, dejando mis pechos libres. ¿Me ha cortado el sujetador? Me ha dejado expuesta. Aterrorizada. Excitada. Y muy confundida. No puedo pensar con claridad, joder. Mi hombre misterioso se sube a horcajadas sobre mí y la tela áspera de sus pantalones se desliza sobre mis costados. Acerca el borde frío y afilado del cuchillo a mi pezón izquierdo y siento que el pánico me atraviesa.

—No te muevas —susurra. Y no lo hago. Soy la persona más quieta que ha existido nunca. Se inclina y me toca; su mano por fin encuentra mi pecho—. Eres perfecta, joder. Y qué bien te portas. —Y de repente tengo el pezón dentro de su boca, y me lo lame y me lo chupa, y es lo más ardiente que he sentido nunca. Arqueo la espalda sobre la cama y se ríe—. ¿Quieres que te la meta?

—Sí.

—¿Estás segura? Cuidado con lo que deseas…

Lo que deseo es la muerte, y todos los días. Deseo dolor y sufrimiento y sangre, y que caiga la desgracia sobre las cabezas de quienes se llevaron a mi hermana. Desear esto me parece igual de peligroso, pero, de algún modo, también más seguro que todo lo anterior. Quería que lo dominase, y a pesar de que me tiene atada, sigo pensando que es eso lo que desea. Me preparo, esperando que esto sea lo correcto, y le exijo:

—Hazlo. Fóllame ahora mismo. No me hagas esperar.

El cuchillo desaparece. Él se levanta de la cama y lo oigo desabrocharse y quitarse los pantalones. El pánico me invade de nuevo cuando oigo el repiqueteo de otra hebilla.

—¿Preparada?

Ahora ya no puedo echarme atrás.

—Estoy preparada.

Y entonces hace algo que no se me había ocurrido. Que ni se me había cruzado por la mente. Me pasa una tira de cuero —su cinturón— por encima de la cabeza y me la aprieta bien.

«Ay, mierda. Ahora sí que estoy metida en un buen lío».

—Abre la boca.

—Yo…

—¡Hazlo! —Su tono de voz es firme pero amable a la vez. Me acaricia un lado de la cara, un gesto destinado a tranquilizarme, un «sé que esto da miedo, pero confía en mí». No obstante, ¿confiar en él? Tendría que estar mal de la puta cabeza para hacerlo. Y, sin embargo, hago lo que me pide. Él se acerca y me mete la polla en la boca. No tengo ninguna experiencia en este campo. Dios, qué digo, si es mi puta primera vez. ¿Qué se supone que tengo que hacer? La tiene dura como una piedra y su sabor es limpio y ligeramente almizclado… y es enorme. Casi ni me cabe en la boca, y sospecho que solo ha entrado la mitad cuando ya me ha golpeado el fondo de la garganta.

—¡Joder! —gime mientras se la chupo, haciendo vacío con los labios. Creo que eso lo he hecho bien. Echa las caderas hacia atrás y me la saca de la boca con un ruido húmedo y sordo.

—¿Todavía quieres que te la meta?

Sabe lo grande que la tiene. Se lo tiene muy creído. Esto me va a doler más que ninguna otra cosa en esta vida, pero no quiero que se dé cuenta de que soy virgen. Ni siquiera Eli lo sabe. Estoy segura de que, de haberlo sabido, le habría cobrado a este tipo mucho más dinero, y eso me revuelve el estómago.

—Sí —le digo—. Sí, te tengo muchas ganas.

—Bien. Aunque antes tendrás que ejercitar un poco la paciencia… Todavía no he terminado con esto. —Me agarra del pelo, me levanta la cabeza para acercarme más a él y vuelve a metérmela en la boca una y otra vez, mientras presiona suavemente en el dorso de mi cabeza. Yo me retuerzo sobre la cama, sorprendida de lo mucho que me pone. Pero entonces tira del cinturón y yo me quedo sin palabras.

Sin palabras.

A pesar de la oscuridad, noto que se me nubla la vista. Me aprieta tanto la tráquea que no puedo respirar, y él sigue metiéndomela y sacándomela de la boca.

—Aguanta, ¿vale? —gruñe.

Mi estómago rebosa de miedo y excitación. Es la misma expectación que experimentaba cuando era niña y estaba suspendida en la cima de una montaña rusa, solo que mil veces peor. Y mucho más aterradora. Pero entre mis piernas, mi coño palpita mientras él sigue embistiéndome una y otra vez, tirando del cinturón con la fuerza exacta para que me llegue una pizca de oxígeno a los pulmones.

Él se estremece; su erección se endurece como el granito. Creo que sé lo que va a pasar si no se detiene…, pero se detiene. Jadeante, se aparta y se agacha junto a la cama para aflojar la hebilla y soltar el cinturón. Tiene el rostro tan cerca del mío que siento la intensidad de su mirada, que está fija sobre mí, en la oscuridad. No veo absolutamente nada, pero quizá él tenga mejor visión nocturna que yo.

—Tienes una boca perfecta —susurra. Y entonces hace dos cosas que me sorprenden. Primero me acaricia la piel empapada en sudor casi con reverencia, apartándome el pelo de la cara. Y después me da un beso tierno en la frente—. Y ahora, como has sido tan buena chica, voy a hacer que te corras —me informa en voz baja. Un temblor de expectación se propaga sobre mi piel, y él se ríe—. Estás siendo muy muy buena chica.

Vuelve a la cama y se coloca en posición, agarrándome por debajo de las caderas y alzándome hacia él. Es una postura un poco molesta, ya que todavía tengo los tobillos atados a la cama, pero se me olvida toda la incomodidad cuando entierra la cara entre mis piernas y empieza a chuparme el clítoris otra vez.

—¡Aaah!

Es demasiado. Me elevo y me elevo, ascendiendo cada vez más mientras una sensación desconocida, insondable, se acumula entre mis piernas. Se despliega en suaves pinchazos mientras siento un cosquilleo en todo el cuerpo, cada vez más intenso. Y entonces…

Grito. Una liberación sin palabras. Gritaría el nombre de Dios, pero dudo mucho que diera su aprobación a esto. No tengo ni idea de quién es este tipo, así que tampoco puedo gritar el suyo. Así que grito por mí y por los fuegos artificiales que estallan en el interior de mi cerebro, por el incendio que me lame la piel, que me quema, que me deja ardiendo, hueca y agotada. Me quedo sin fuerzas y temblorosa mientras él sigue lamiéndome el clítoris una y otra vez.

—¡Para! Dios mío, para, por favor, yo… Está muy sensible…

—Hum, qué egoísta… —murmura con la boca pegada a mi coño, haciendo que se tense y se contraiga una vez más—. No te olvides… Ahora me toca a mí.

Trastea con algo un momento… ¿Un condón? Joder, espero que sea un condón… Me baja las caderas y me embiste de repente, bien aferrado a mi pelvis, sin dejar que me mueva.

Oh…

Dios…

El dolor es casi paralizante. Es una sensación incómoda, una presión que no hace sino crecer y luego una liberación punzante y dolorosa que me revela que ya está hecho.

Se para de golpe.

—Pero ¿qué…? —Inhala profundamente y exhala—. Creo que no deberías haberlo ocultado —dice en voz baja. Luego suspira, como si estuviese decepcionado conmigo, lo que me parece lo más jodido y confuso del mundo—. ¿Estás preparada?

—Sí —susurro en voz baja.

—Intenta relajarte. —Me llena, me dilata, me completa. Empieza despacio, con más suavidad de la que habría empleado si no acabase de desflorarme. Al cabo de un rato, el dolor remite y se transforma gradualmente, hasta que, en lugar de tensarme con cada embestida, me abandono a ella. Hacia el final, me está follando como un caballo desbocado, imparable y ardiente de necesidad. Se corre tan fuerte que ruge.

Yo no, por supuesto. Es mi primera vez, y el dolor se ha impuesto al placer. Tengo la mente demasiado confusa para comprender lo que está ocurriendo cuando se aparta de encima de mí y se desliza hacia abajo. Me acaricia la cara interna del muslo con los labios; me estremezco cuando me roza la entrepierna con los dedos, con cuidado. No son caricias para excitarme; es más bien una disculpa. Se desplaza en la oscuridad para desatarme los tobillos y las muñecas.

—¿Te ha gustado? —La gravedad de su voz me hace apretar los muslos.

—Sí… Sí, me ha gustado. —Lo que más me impacta, lo que más asco me da, es que le estoy diciendo la verdad. ¿Acaso estoy mal de la cabeza?

Él gruñe y me quita el cinturón de alrededor del cuello. Al liberarse esa presión, me siento como si estuviese flotando a un metro de la cama.

Permanezco tumbada y muy quieta mientras recoge sus cosas. Noto su presencia cuando empieza a ponerse la ropa a mi lado. Luego, cuando está vestido, se queda de pie junto a la cama y me roza la mejilla con las puntas de los dedos otra vez, con tanta suavidad que no llega ni a ser una caricia.

—Nos vemos. —Se dirige a la puerta, y cuando la abre, siento que está a punto de estallarme la cabeza por culpa de la luz del pasillo. Y es justo entonces cuando el hombre misterioso hace una pausa y lo veo por primera y última vez. Lleva una chaqueta de cuero gastado y una bolsa de viaje negra en la mano derecha, y me

da la espalda. Agacha la cabeza hacia su hombro. No me mira a mí. Se queda ahí el tiempo suficiente para que distinga bien el contorno de su perfil, su pelo oscuro y alborotado, la curva protuberante de sus labios carnosos.

Y entonces se va.

Nunca descubro cuál es su nombre.

3

SLOANE

Eli no me contesta al teléfono. Llevo tres días llamándole y Eli, el mentiroso, manipulador y asqueroso de Eli, no me contesta al teléfono.

Solo he estado en su despacho una vez. Es un estudio oscuro y deprimente que está encima de una licorería en Rainier Valley y apesta a comida china rancia. Pero desde que salí de la habitación de ese hotel estoy que me subo por las paredes, y ya no lo soporto más. Esta mañana me he saltado las rondas en el hospital y he recorrido toda la ciudad a pie para descubrir qué narices está pasando.

«Eres una idiota. Te ha engañado. Te has acostado con un completo desconocido, has renunciado a una parte de ti misma que nunca vas a recuperar. Jamás. ¿Y ahora qué?».

¿Y ahora qué? Solo tendré una respuesta a esa pregunta cuando haya hablado con Eli.

Las escaleras que llevan hasta su despacho están cubiertas de hielo compactado y resbalan, así que las subo con todo el cuidado posible, conteniendo el aliento con cada paso que doy. Su coche de mierda está aparcado en el estacionamiento de abajo, así que sé que está aquí. Lo que no sé es lo que le voy a decir. Tampoco es que pueda amenazarlo con ir a la policía si no me da la información que me prometió. Con eso no conseguiría nada. No tengo forma de demostrar que hice un trato con él, y encima Eli es detective privado. ¿Me creería la policía a mí antes que a él?

Abro directamente, a sabiendas de que, si llamo a la puerta, lo único que conseguiré será cagarme de miedo y salir huyendo.

Empiezo a hablar desde el umbral en cuanto lo veo ahí, sentado en su silla.

—¿Qué narices pasa, Eli? He estado llamand… —La lengua se me queda pegada al paladar; mi cerebro cortocircuita. Esto… Esto no puede estar pasando—. Oh… Oh, Dios mío.

Lo primero que me golpea es el hedor. Santo cielo, el hedor… Intento respirar por la nariz, pero el aire me escuece. Me tapo la cara con las manos, tratando de asimilar la escena con la que acabo de encontrarme. Eli ya era un hombre corpulento, pero ahora la gruesa barriga se le ha hinchado hasta alcanzar unas dimensiones grotescas, y está apretujada contra la mesa. Como médica residente he visto lo mismo en otras ocasiones, sobre todo en la morgue. Se llama fase enfisematosa. Todos los gases y las bacterias que hay ahí dentro quieren salir, y, basándome en la pinta que tienen, lo van a conseguir más pronto que tarde.

Eli lleva tres días sin contestar a mis llamadas porque está muerto. A juzgar por el aspecto que tiene su despacho, alguien tuvo un arrebato de furia. Las paredes y la mesa están cubiertas de sangre, y también la alfombra, donde las manchas están ya resecas y han formado una costra. Eli tiene la boca abierta en una especie de lúgubre bostezo y los ojos en blanco. Toda su piel ha adquirido un tono gris enfermizo salvo la de las manos, que están sobre la mesa y cuyos dedos se han teñido de un morado negruzco debido a la acumulación de sangre que se le ha coagulado en las palmas.

Me empiezan a caer las lágrimas enseguida, pero consigo recuperar lo suficiente el control de mí misma como para entrar en el despacho y situarme frente al hombre que me robó la virginidad con engaños. No lloro porque me entristezca su muerte. Seré fría, pero me alegro de que lo hayan matado apuñalándolo con su propio abridor de cartas (que todavía lleva clavado en el pecho). Si lloro es porque está muerto. Porque ahora nunca podrá decirme dónde está Alexis. Nunca sabré si me dijo la verdad. Si está viva.

Pero esto no puede terminar así. Me niego a aceptarlo. Por aquí tiene que haber algo, algún modo de descubrir cuál era la

información que me iba a dar. Me quedo bloqueada unos instantes al comprender lo que me va a tocar hacer. He visto cosas mucho más espantosas que el cadáver de Eli, pero no es su aspecto lo que me hace sentir que esté a punto de desmayarme. Es mi ira. Me siento tan enfadada, tan engañada, tan furiosa que me asusta lo que pueda llegar a hacer si me acerco a él. Ya está muerto. No podrían detenerme por volver a apuñalarlo, pero…

No. No quiero la sangre de este muerto en mis manos.

Cojo aire, lo retengo y doy un tímido paso al frente. Tengo que hacerlo y punto. Por Alexis. Todo lo hago por Alexis. Quizá Eli tuviera la información guardada en algún archivador, en algún sitio. Es lo que haría cualquier detective privado, ¿no? Aunque Eli no era solo eso. Era también un proxeneta y un traficante. No creo que las tareas administrativas ocuparan los primeros puestos en su lista de prioridades. Mientras contemplo el desastre de su despacho, siento que me da vueltas la cabeza. Me subo en una silla volcada para llegar al pequeño armario archivador de tres cajones. No está cerrado con llave. El primer cajón está combado y abollado, como si alguien lo hubiera abierto con una barra de hierro. Está lleno de carpetas. Me da un vuelco el corazón cuando abro el segundo y veo una en la que está escrito el nombre de mi hermana: «Alexis Romera. Desaparecida». Con dedos temblorosos, la saco del cajón… y se me cae el alma a los pies. Está vacía. No hay nada dentro. Ni una triste hoja de papel.

—¡No, no, no! ¡No puede ser!

Las demás carpetas sí que contienen algunos documentos. Información sobre fianzas penales y esposas adúlteras. La única que está vacía es la de Lex. ¿Por qué, joder? Encima de la mesa no hay nada, y tampoco en el suelo. No hay cajones escondidos que puedan contener la información que busco. No hay nada. Alguien se la ha llevado, y no tengo ni idea de quién puede ser. De repente, ya no puedo contenerme más. Los últimos tres días por fin se abaten sobre mí como una losa, y vomito la tostada seca que me he comido para desayunar con tanta violencia que me irrita la garganta.

Salgo del despacho de Eli sollozando. Me siento inútil. Impotente. Débil.

—Lo siento, Lex. No sabes cuánto lo siento, joder.

No puede oírme, pero pronuncio las palabras de todos modos. Si las admito en voz alta, consigo hacerlas mías en lugar de esconderlas, en lugar de permitir que me sigan quemando por dentro. La he fallado. Ya no me queda ninguna esperanza de encontrarla. Y lo peor de darme cuenta de eso es… que siento alivio. Me atraviesa como una larga exhalación, propagándose desde mi cabeza hasta mis pies. Ya no hay nada más que pueda hacer. La responsabilidad ya no es mía.

Soy la peor persona del mundo. Ni siquiera me molesto en informar a la policía de la muerte de Eli.

Lo dejo ahí, para que se pudra.

4

ZETH

Dos años después

—Lo tuyo es de escándalo, Zeth Mayfair.

Esta mañana, la risa de Lacey me está sacando de mis casillas, joder. Lleva toda la mañana tocándome las narices con las dos chicas con las que me ha visto salir del almacén a primera hora. Haciendo chistes malos. Soltando comentarios mordaces. Esta mujer no sabe cuándo cerrar el pico. Llevamos veinte minutos encerrados en el coche, y a veces veinte minutos en un espacio cerrado con Lacey son el equivalente a veinte minutos en el puto infierno.

—¿Qué te parece si nos callamos un rato, eh, Lace?

—¿Qué te parece si me cuentas lo que ha hecho este tío? Y así me quedo calladita. Me parece un trato justo.

Lacey es diminuta. De niña sufrió desnutrición y no recibió el alimento que necesitaba para crecer, lo que significa que a duras penas me llega a la mitad del pecho. Tiene el pelo largo, rubio y lo más liso que puede ser el pelo liso, y unos ojos de color azul aciano claro que, combinados con sus rasgos finos y sus pómulos marcados, le confieren un aspecto decididamente angelical. Pero a mí no me engaña. Sé que esta chica vino directa del infierno para ponerme a prueba.

Hoy la habría dejado en casa, pero, claro, no es muy aficionada a quedarse sola en compañía de sí misma. Cuando se la deja a su aire, las cosas se salen de madre, y lo último que necesito esta noche es tener que ir de visita al hospital. No después de hacer lo que estoy a punto de hacer.

—Matthew ha sido malo. No necesitas saber más.

—¿Y cuándo no es malo Matthew? —Lace hace un mohín. Al parecer, Matty y ella follaron un par de veces antes de que Lace se presentase en la puerta de mi casa como un gato callejero y se negara a irse. Desde entonces se ha centrado en un tipo de presas más delicadas, o, dicho de otro modo, las hembras de la especie. He de tener mucho cuidado con las tías que llevo a la nave industrial donde vivimos. Si las pierdo de vista, aunque solo sean diez minutos, me las encuentro con las bragas en los tobillos y la cara de Lace enterrada entre sus muslos. La chica no conoce límites.

De todos modos, creo que aún no se ha olvidado del todo de Matty. Cuando le he dicho adónde íbamos, se ha quedado callada unos instantes y eso no pasa muy a menudo.

—No me montes un numerito, ¿vale? —le pido—. Espérame en el coche, como te he pedido. Tardaré como máximo diez minutos.

La verdad es que no tengo ni idea de qué ha hecho Matty. Lo único que sé es que me han mandado a hacerle una visita, algo que solo ocurre cuando alguien ha metido la pata hasta el fondo.

Charlie no es exactamente un hombre indulgente, pero solo saca sus juguetitos más caros para solventar sus problemas más caros. ¿Te has saltado un pago del préstamo? Charlie manda a Sam para que te libere del peso de unas cuantas uñas. ¿Has perdido un cargamento de coca que vale lo mismo que una casa de cinco habitaciones? Entonces quien te hará una visita seré yo. Cada uno vale para lo que vale, o eso dice Charlie.

Paramos junto al supermercado orgánico Stanton y pongo el coche en punto muerto. Está lloviendo. Sorpresa, sorpresa. Bienvenidos a Seattle, cabrones. El cristal se opaca en cuanto apago el limpiaparabrisas, asediado por las gotas de lluvia. Por un instante, solo estamos Lace y yo en nuestro pequeño y jodido mundo.

—Me has entendido, ¿verdad? Quédate en el coche.

Levanta tres dedos para hacer el saludo de los *boy scouts,* lo que significa que no tiene ningunas ganas de obedecer pero que no quiere discutir.

—Lo pillo, jefe.

Me llama así desde el día en que empecé a pagarle para que blanquease mi dinero. Podría haber contratado a los Vondy para que se encargaran de blanquear mis facturas, pero todo el mundo contrata a los Vondy. Que una sola familia tenga acceso a las finanzas de todas las organizaciones criminales del noroeste del Pacífico nunca me ha gustado ni un pelo. Además, Lacey necesitaba un propósito, aunque fuera ilegal.

—Ahora vuelvo. —Salgo del Camaro, cojo la bolsa de viaje negra que llevo en el asiento trasero y entro en el Stanton sin mirar atrás. En realidad, dudo mucho que hoy Lace me desobedezca. La lluvia le estropearía el pelo.

Dentro, Archie Stanton, el hermano de Matty, está detrás del mostrador, preparando una bolsa para una mujer con la espalda encorvada y una melena blanca peinada a la perfección. Seguro que es una peluca. Al verme, la bolsa se le cae y los tomates salen rodando y rebotando por el mostrador.

—Matty no está, Zeth. Se ha ido fuera con Cindy.

No le hago ni caso. Le pagan (y bien poco) para que mantenga una fachada respetable para la tienda, creíble, si me apuras, y eso significa interferir cuando uno de los miembros de la familia se mete en un lío.

Parece que me estaban esperando.

Voy directo hacia las puertas batientes que dan a la trastienda mientras Archie me sigue a toda prisa desde el mostrador, con el delantal verde sobre el hombro.

—Zeth, tío, lo digo en serio. Matty no está.

Pero cuando abro de golpe la puerta del despacho que está oculta al fondo de la trastienda, salta a la vista que Matty sí está. La yonqui hecha mierda de su mujer está de rodillas haciéndole una buena mamada, con el vestido de rayas blancas y negras tan subido que se le ven las nalgas. La cara de sorpresa que pone a Matty no tiene precio. Está tan perplejo que tarda un par de segundos en darle un

golpecito a Cindy en el hombro para que pare, y ella tarda aún dos segundos más en dejar de mover la cabeza arriba y abajo.

—Guárdate la polla, Matty. Tenemos que hablar. —Lo último que quiero ver justo después de cenar es su puta polla. Dirijo la mirada al techo mientras él se sube la cremallera. Cindy se pone de pie, apoyándose en la mesa de Matty con una mano para no caerse mientras con la otra se baja el vestido. Tiene los ojos inyectados en sangre y la mirada perdida. En otras palabras: va colocadísima.

—¿Qué coño te crees que haces, Zeth? —dice arrastrando las palabras—. No puedes entrar aquí cuando te dé la puta gana.

Su marido le da un manotazo en el dorso de la pierna.

—Calla, zorra. Cuidado con cómo le hablas a mis socios. —La mujer se queda como si le hubieran tirado un cubo de agua fría encima. Una chispa de vida se prende en sus ojos.

—Que te follen, Matty. Tengo cosas mejores que hacer que quedarme aquí de pie todo el día a defenderte.

—Estabas de rodillas, si no recuerdo mal. Y ahora largo de aquí. Zeth y yo tenemos que hablar. —O no tiene ni idea de por qué estoy aquí o está intentando congraciarse conmigo. Da igual. A mí no me va a ganar comiéndome la oreja. Hacerme la pelota no le va a servir de nada. Arrugo la nariz cuando Cindy se marcha indignada del despacho. Al pasar me da un golpe con el hombro, y miro a Matty con una ceja enarcada.

—Qué mala actitud —comento.

—Qué mal todo —replica. Hace diez años, Matty y Cindy eran como Bonnie y Clyde, pero él se ha convertido en un mujeriego de pacotilla, y ella, en una adicta. No obstante, Matty sigue siendo guapo, que es la única razón por la que Lacey se fijó en él. Es así de superficial, es parte de su encanto. Matty se apoya en el respaldo del sillón de cuero y me mira.

—¿Sabes por qué te ha caído este marrón, Zeth? —me pregunta.

—¿Debería?

Él se encoge de hombros.

—Normalmente, la gente sabe por qué tiene que matar a alguien.

Así que sí que sabe por qué estoy aquí. No me sorprende. No cabreas a Charlie hasta este punto sin ser consciente de que tendrás que pagar las consecuencias.

—No formo parte de lo que considerarías el… círculo íntimo. A mí me dan una dirección y unas instrucciones, nada más.

—Y un maletín lleno de pasta, ¿no?

Ahora me toca a mí encogerme de hombros. No tiene sentido ser modesto.

—Exacto.

—Bueno, pues ¿qué te parece si yo te ofrezco dos maletines llenos de pasta, Zeth? ¿Si te contrato para que vuelvas por donde has venido y acabes con todo esto de una vez por todas?

—¿Quieres contratarme para que me cargue a Charlie?

—¿Por qué no? —Menuda sangre fría tiene este hijo de puta. Está forrado (tal vez los ochenta hayan quedado atrás, pero la cocaína sigue siendo la droga más popular de Seattle), así que dudo que esta sea la primera vez que intenta comprarse el favor de alguien… Pero seguro que es la primera vez que le dicen que no. Lo que pasa es que yo no hago favores. Y no necesito su dinero. Dejo la bolsa encima de la mesa, abro la cremallera y saco mi puño americano preferido.

Matty sigue sin parpadear siquiera. Debe de tener unas pelotas de hierro, el muy cabrón.

—Yo trabajo para Charlie. Lo sabes perfectamente, Matt. Y tengo otras cosas que hacer esta noche, así que atemos los cabos sueltos cuanto antes, ¿te parece?

La razón por la que Matty está tan tranquilo aparece en su mano una fracción de segundo después. El muy hijo de puta ha tenido una pistola debajo de la mesa todo este tiempo. Una Desert Eagle de calibre 50. Nada mal. Me apunta con ella con el brazo extendido, a la altura del hombro.

—Es una pena que no quieras encargarte del asunto por mí. Charlie lleva años hundiendo a esta ciudad en la ruina. Es hora de

que se retire. Y también es hora de que tú te largues, Zeth. ¿Estamos?

A lo largo de los años, me han apuntado con muchas pistolas. La intención de un hombre siempre está ahí, a la vista, en el brillo de sus ojos. Es tan fácil de leer como las páginas de un libro. Algunos solo quieren asustarte lo bastante como para que recules. Otros están tan desesperados por esconder su propio miedo que se olvidan de hacerte creer que van en serio. Y para esto tienes que ir en serio. Y otros son depredadores. Fríos como un témpano. Gente que ha apretado el gatillo montones de veces sin haber dudado ni un segundo.

Este cabrón es un depredador.

Jamás lo habría dicho. Aprieto los dedos alrededor del puño americano, mirándome la mano. Ya no hay mucho que pueda hacer. Pasará lo que tenga que pasar.

—Ahora es cuando me disparas, ¿no?

—Supongo —responde.

No sé quién, en no sé qué lugar, dijo algo una vez que sentí la necesidad de tatuarme en el pecho durante una borrachera: «Es lo que hay». En realidad, sé que quien lo dijo fue Billy Pilgrim, de *Matadero cinco,* de Vonnegut, pero hago como si no. Eso implicaría admitir que leí un libro en el instituto antes de abandonar, pero qué más da. Mientras la bala atraviesa el aire, me doy cuenta de la puta perfección de esa frase. Es lo que hay. Que me disparen aquí, esta noche, tiene algo de inevitable… Algo de obvio e irremediable.

El dolor se propaga por mi cuerpo como una lanza caliente e implacable. La bala me impacta en el pecho, cinco centímetros por debajo de la clavícula… y sobra decir que duele como su puta madre. Matty parece perplejo al ver que sigo en pie. Si yo fuera él, ya me habría disparado otras cinco veces; me habría fundido todo el cargador solo para asegurarme de que la palmara del todo. El muy hijo de puta va a desear haberlo hecho. Me abalanzo encima de la mesa y le arranco la pistola de la mano.

—La has cagado, Matty. La has cagado. —Le estampo el puño en la cara con una fuerza brutal. Oigo el crujido del metal aplastando el hueso, el ruido de la piel y los músculos al separarse… No creo que vaya a acostumbrarme nunca a esto, pero en momentos como este me permito disfrutarlo un poco. Solo un poco. Al fin y al cabo, debemos intentar disfrutar de nuestro trabajo, y el dolor siempre despierta mi lado más oscuro.

La cabeza de Matty retrocede con violencia mientras le pego un puñetazo tras otro. Cuando el tipo se desploma, flácido, tengo las manos, la camiseta, la chaqueta, los vaqueros y todo lo demás cubierto de sangre. Me río como un desquiciado al ver que a él se le forman burbujas de sangre en los labios.

—No fue culpa mía —balbucea. Le he roto los dientes y no vocaliza bien, pero entiendo lo que dice—. Si metéis a gente dentro de contenedores sellados durante tr… tres días… pues l… la palman, Zeth. ¿Qué culpa tengo yo de eso?

Los burritos que me he comido hace una hora se me revuelven en el estómago. ¿De qué coño habla? Alzo el puño para volver a clavárselo en la boca, pero… no soy capaz. De puta madre.

—¿Qué gente?

—La… la que Charlie mete por el puerto. Las chicas. En los… contenedores.

Suelto a Matty. ¿Chicas en contenedores? Charlie me prometió hace dos años que no comerciaba con chicas. Con drogas y armas sí, pero me juró que nada de trata de personas.

—¿Y para qué está moviendo chicas? —Me presiono el hombro con la mano y hago una mueca. Como ya no le estoy infligiendo dolor a nadie, el que yo siento empieza a intensificarse.

—¿Y a ti qué te parece? —replica Matty con voz ronca—. Se saca veinte mil por cabeza si puede demostrar que aún están… están… intactas. —Se atraganta con la sangre que se le acumula en la boca. Gotea por su barbilla, manchándole la camiseta, que ha quedado para el arrastre.

—Eso es mentira.

—No —contesta, y le creo.

Mierda.

Ha sido Charlie quien me ha estado mintiendo todo este tiempo. Una parte de mí quiere creer que esto es nuevo, pero conozco bien a mi jefe. Tiene carrera, máster y un puto doctorado en mentir, sobre todo cuando hay dinero de por medio. Ni de coña rechazaría veinte mil pavos por una donnadie que pudiera sacar de la calle. Me da vueltas la cabeza; el dolor que irradia de mi hombro me desorienta. Sin embargo, a pesar de la neblina que ralentiza mi cerebro, no dejo de darle vueltas: «¿Tenía yo razón sobre la chica, entonces? ¿Fue Charlie quien se llevó a su hermana hace casi tres años?».

La primera vez que la vi estaba trabajando en el turno de noche en el hospital. Se acababan de cargar al comemierda de mi tío; lo habían dejado tieso. Se suponía que después de algo así no tenían que encontrar el cuerpo, pero lo habían encontrado, y me había tocado a mí ir a identificar el cadáver. O lo que quedaba de él, mejor dicho. Saltaba a la vista que Sloane era como un pajarillo con el ala rota. Una belleza discreta. Luminosos ojos marrones, pelo castaño ondulado. Pero lo que me fascinó fueron las ganas de luchar que percibí en sus ojos. Me cautivó, me hipnotizó en diez segundos exactos. Nos encontramos de frente por el pasillo mientras ella esperaba el ascensor, y nuestras miradas se cruzaron. Yo me sentí como si me estuvieran destripando de arriba abajo, pero me di cuenta de que ella ni me veía. Estaba presenciando algún horror lejano que yo solo acertaba a adivinar. Y a mí no me gustaba adivinar.

Así que me propuse descubrir todo lo que pudiera sobre ella. Y fue así como me enteré de que su hermana había desaparecido. De que alguien la había secuestrado por la calle, con solo veintiún años. La familia de Sloane era cristiana hasta el tuétano: llevaban anillos de pureza, cantaban himnos todos los domingos, no bebían… el paquete completo. Pero, tras el secuestro de su hermana, Sloane había dejado de ir a la iglesia. Había dejado de llevar el crucifijo que

yo sabía que le había regalado su madre. Había dejado de creer porque le costaba demasiado mantener viva su fe después de que algo tan terrible le hubiese destrozado la vida.

Y, por si todo eso fuera poco, en un gesto muy propio del hijo de puta ruin que soy, le había robado la virginidad. Aunque eso había sido por error.

Me había enterado de que Eli Harris la estaba chantajeando cuando había ido a pagarle a Charlie lo que le debía. Como todo Dios en Seattle, tenía que pagarle a Holsan a cambio de su protección. Mientras saldaba sus cuentas, se puso a presumir sobre el trato que había hecho con ella: a ese cabrón asqueroso le parecía graciosísimo vender a Sloane al mejor postor, un tipo al que yo conocía porque su reputación le precedía. Un hombre al que le gustaba machacar a golpes a las mujeres mientras se las follaba. Pagué mucho dinero para ocupar su lugar. Doblé la cantidad que Eli pagaba cada mes a cambio de protección. Sin embargo, Eli me dijo que la chica estaba acostumbrada a vender su cuerpo a cambio de información. Que le gustaba hacerlo. Que había sido ella quien le había propuesto el trato.

Y yo no tenía nada en contra del trabajo sexual. Me parecía la profesión más honrada del mundo. El problema fue que el puto Eli me mintió. Por supuesto que me mintió. A esa mujer ni siquiera la había tocado ningún hombre todavía. Eli la manipuló para que aceptase el trato, igual que me manipuló a mí para hacerme creer que el trato era lo que no era, y como resultado acabé robándole la virginidad a Sloane Romera.

Aquello fue culpa mía. Pero también fue culpa de Eli… Y me encargué de que pagara por ello.

Antes de matarlo, lo obligué a contarme todo lo que sabía sobre la desaparición de Alexis Romera. El chuloputas dijo que había sido Charlie. Yo no lo creí, pero aun así me encaré con mi jefe para preguntárselo. Charlie se ofendió muchísimo porque me atreviera a sugerir una cosa así. «Tú me conoces demasiado bien para esto, hijo. Es cierto que he hecho algún que otro trato cuestionable, pero

los coños no me interesan. Esa mierda trae demasiado mal karma. Y ahora lárgate de aquí, hostia».

Tuve mi noche con Sloane y luego corté todos mis lazos con ella. La dejé sin forma de conseguir la información que Eli le había prometido. Fue duro, sí, porque ella cumplió con su parte del trato y nunca obtuvo la pista que buscaba, pero, joder, al menos me encargué de que disfrutara. Me encargué de que nunca tuviera pesadillas con mi cara cada vez que cerrase los ojos. Podría haberme ido de aquella habitación. Podría haberla dejado en aquel hotel todavía virgen, todavía intacta. Pero, claro, ¿cómo lo iba a saber? No tenía ni idea de que era virgen. Cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde.

—¿Estás seguro de lo que dices? —Aprieto más el cuello de Matty, que tengo agarrado con la mano, y casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¡Sí, tío, sí! ¡Estoy seguro!

«Que te follen, Charlie». Me inclino para recoger la pistola del suelo, donde se le ha caído a Matty. Una Desert Eagle. No suelo matar con armas de fuego, pero a veces, si quieres una obra de arte, no te queda más remedio que hacer una excepción.

—¡Zeth! ¡Zeth, tío, no lo hagas! Lo siento, ¿vale? ¡Siento haberte disparado!

Las súplicas me incomodan, pero lo hago de todos modos. Aprieto el gatillo y la cabeza de Matty sale despedida hacia atrás como si su cuello no tuviera huesos, soltando un buen chorro de sangre y de trozos de hueso, como pedacitos de porcelana rota.

—¿Por qué he de tener razón siempre?

Me vuelvo y veo a Lacey en el umbral de la puerta, con una mano en el esternón. Está empapada hasta los huesos y jadeante.

—Lacey…

—No te preocupes —me interrumpe—. Ya lo sabía. —Entra en la habitación y observa a Matty confundida, con las cejas juntas y la boca fruncida en un mohín. Me gustaría pensar que es el primer

muerto que ve, pero no soy tan ingenuo. Me mira y me tiende la mano—. Vamos. Tenemos que llevarte al hospital.

No acepto su mano.

—No, ni hablar. No pienso ir al hospital.

Ni de coña me arriesgo a volver a ver a Sloane. No hasta que oiga una confesión salir de la boca de Charlie. Aunque tenga que sacársela a golpes, pienso enterarme de cuál es la verdad.

5

SLOANE

—Diez mililitros de epinefrina. Avisad a quirófano de que vamos para allá.

—Sí, sí… Yo me encargo.

Levanto la vista y veo que el residente de primer año, delgaducho y con un corte de pelo horrible, sigue ahí plantado, mirando fijamente al hombre que se está desangrando en la camilla, delante de él. El hombre dentro del cual tengo metida la mano hasta la muñeca.

—¿A qué esperas? ¡¡CORRE!!

Cada nueva hornada de residentes es una pesadilla. Están tan verdes que no le sirven a nadie para absolutamente nada, y encima, entre los miembros cercenados, las víctimas de herida de bala y el mundo que se desmorona sobre nuestros hombros, se supone que tenemos que enseñarles cómo curar a la gente. Se supone que se lo tengo que enseñar yo, lo que es una locura porque acabo de aprender cómo se hace.

—Está entrando en parada, doctora Romera. ¿Adrenalina? —pregunta la enfermera. Lo último que necesita este hombre es adrenalina. Ya tiene el corazón lo bastante agotado. Lo que le hace falta es que le reparen el agujero que tiene en la barriga. Dios sabe cuántos órganos internos le ha destrozado la bala. No lo sabré hasta que lo abra como es debido y limpie toda la sangre. Ahora mismo no se puede saber nada salvo que este hombre va a morirse si no hacemos algo. Y pronto.

—No, al ascensor, rápido —le digo a la enfermera. Ella asiente, desbloquea las ruedas de la camilla y empieza a dar órdenes a su equipo sin ni siquiera parpadear. Grace es una auténtica profesional.

Probablemente, sería capaz de salvar a este tío ella sola si tuviera que hacerlo, aunque la mitad de las enfermeras de este hospital serían capaces si llegara el caso. Están extremadamente infravaloradas, mal pagadas y sobreexplotadas.

Guiamos la camilla hasta el ascensor a toda prisa, yo todavía con las manos dentro del paciente. Mientras esperamos a que llegue, mirando fijamente la cuenta atrás de los números, me balanceo sobre los talones. Los ascensores ya no me angustian. Ya van muchos viajes como este; me han insensibilizado respecto a los espacios cerrados. El hospital solo tiene cuatro plantas, pero parece que pasa una eternidad antes de que se abran las malditas puertas. Por fin se abren y de nuevo empezamos a correr contra el tiempo.

—¡Adentro, adentro! ¡Aparta! —El novato al que he mandado a avisar a quirófano, Mikey, creo que se llama, llega justo a tiempo, antes de que se cierren las puertas—. ¿Saben que vamos de camino?

—Sí.

—Está en parada, doctora Romera —dice Grace justo cuando los monitores de las pulsaciones y la presión arterial empiezan a pitar. Saco las manos del hombre, cojo a Mikey y lo empujo hacia el paciente.

—Aguántalo cerrado.

Cuando señalo las heridas del paciente, Mikey me mira como un conejito asustado delante de los faros del coche.

—¿Qué… qué quieres decir?

Le cojo las dos manos y las coloco donde necesito que estén.

—¡Quiero decir que aguantes los putos intestinos de este hombre dentro de su cuerpo!

No sé si Mikey obedece mi orden o no. No pierdo más tiempo. Me inclino todo lo que puedo sobre el paciente y empiezo con las compresiones en el pecho.

«Uno, dos, tres, cuatro, cinco…».

Las autoridades correspondientes decidieron hace un tiempo que no era necesario insuflar aire en los pulmones de un paciente en

parada, que la prioridad número uno es conseguir que el corazón siga bombeando. De todos modos, Grace se pone manos a la obra. Empieza a ventilarlo con el ambú, forzando bocanadas regulares de oxígeno a entrar en sus pulmones, mientras yo continúo con mi tarea.

Las puertas se vuelven a abrir.

—Vale, adelante. —No puedo seguir con las compresiones y correr al mismo tiempo, así que me subo en la barra de metal que hay en la parte inferior de la camilla y sigo así hasta el quirófano. Cuando estaba tan verde como Mikey, veía hacer esto a los médicos y nunca fui capaz de imaginarme lo bastante serena como para hacerlo. Pero en los últimos cuatro años han cambiado muchas cosas.

La desaparición de Lex y mis intentos por dar con ella me han cambiado de una forma tan radical que ya no soy la misma persona que era entonces. Ahora soy la clase de persona que debo ser para alcanzar la excelencia en este campo. Fría. Calculadora. No permito que la presión pueda conmigo. Hago lo que hay que hacer. Todo empezó en aquella habitación de hotel en la que vendí una parte de mí misma. En la que apagué la parte de mí que me habría impedido hacer lo que fuera necesario.

La primera operación quirúrgica que llevé a cabo fue a mí misma. Me extirpé la debilidad del cuerpo con un bisturí romo y me regodeé en el glorioso vacío que quedó en su lugar.

Cuando llegamos al quirófano tres, el equipo de enfermeros ya nos está esperando. Llevo doscientos cincuenta segundos manteniendo con vida a nuestro paciente, aún sin identificar. Se nos acaba el tiempo. El doctor Massey ya está preparado para intervenir cuando aparecemos en la antesala esterilizada que separa el pasillo del quirófano. Massey es bueno, es un as con las urgencias. Casi sonrío de alivio al verle la cara.

—Paciente no identificado, accidente de tráfico, lesiones internas desconocidas. La presión arterial se ha desplomado entre la planta baja y el segundo piso. —Massey asiente con el rostro oculto tras la

mascarilla, pero detecto la seguridad en sus ojos, que me informan de que lo tiene todo bajo control.

—Ve a lavarte y entra en el quirófano de inmediato. Tiene pinta de ser un trabajo para dos pares de manos.

Los enfermeros de quirófano cogen la camilla y desaparecen por las puertas junto con mi paciente. Mi paciente, el mío. Cuando has tenido las manos dentro de una persona, se convierte en tu responsabilidad, viva o muera.

—Madre mía. —Mikey está a mi lado con los guantes de nitrilo manchados de sangre y el uniforme sanitario empapado de rojo. Parece que acabe de cometer una matanza—. Qué intenso.

—Querrás decir qué chapuza —le corrijo—. No te puedes quedar paralizado, Mikey. Si dudas, te cobras la vida de alguien. —Me siento como si le acabase de dar una patada a un cachorrito. Mikey tendrá solo unos tres años menos que yo, pero, en nuestro mundo, tres años de experiencia son una vida entera. Sin embargo, a mí no me va a ablandar mirándome con ojitos de cordero degollado. Aquí no se nos permiten emociones como el arrepentimiento. El arrepentimiento significa que hemos hecho algo mal, o que no hemos hecho lo suficiente. Y en este hospital no hay margen ni para hacer las cosas mal ni para quedarnos cortos.

—¿Lo vas a salvar? —pregunta Mikey.

¿Podré salvarlo? ¿Podré hacer por este paciente lo que no pude hacer por mi propia hermana? Le digo a Mikey lo mismo que me digo a mí misma cada mañana antes de poner un solo pie en este hospital.

—Lo voy a intentar. Haré todo lo posible.

6

SLOANE

Lo perdemos.

A veces, por mucha sangre, sudor y lágrimas que viertas sobre alguien, todo lo posible no es suficiente. Gary Saunders, de veintisiete años, se desangra en la mesa de quirófano mientras el doctor Massey y yo luchamos por salvarlo. Sin embargo, sus órganos internos estaban hechos pedazos, y a veces no se puede hacer nada por evitarlo. He aprendido a aceptar desenlaces como este. No me siento culpable. Soy un ser humano, y mi capacidad tiene un límite. Cuando cruza estas puertas, la gente se olvida de que están depositando su confianza en meros mortales. Yo no soy Dios. Ni siquiera estoy cerca de obrar milagros. Algunos días puedes salvar a gente, y esos son los días con suerte. Los días buenos que te hacen sentir que el sol brilla un poquito más. Pero luego también están los días de mierda. Los días como este.

Soy la encargada de comunicarle a la esposa embarazada de Gary que su marido ha fallecido. Es un trabajo que me asignan a menudo. Mis colegas creen que tengo una habilidad especial para dar noticias terribles cuando en realidad soy igual que ellos. Me duele muchísimo, como a ellos; la diferencia es que yo soy capaz de distanciarme del dolor. Soy experta en distanciarme del dolor. Si fuese un deporte olímpico, tendría medalla de oro. Me dirijo a la sala de espera para los familiares y llamo suavemente a la puerta. Dentro, una mujer morena con barriga de embarazada se vuelve para mirarme… y me da un vuelco el corazón. El historial médico que llevo en la mano se me cae al suelo.

—¿Lex? ¿Alexis? —Me doy cuenta de que me he equivocado una fracción de segundo después de que el nombre se me escape de los

labios. No es ella.

Esta mujer es mayor de lo que Lex sería ahora, y tiene los ojos de un marrón diferente, un poco más claro, casi avellana. Me mira con el ceño fruncido.

—¿La conozco?

—No, no, perdone. Por un instante, me ha parecido que era otra persona.

—No pasa nada. Me alegro de ver a otro miembro de la raza humana. Llevo horas esperando y nadie me dice nada. ¿Puedo ver a Gary ya? Se va a enfadar muchísimo si tiene que faltar al trabajo. ¡No ha estado ni un solo día de baja en su vida! —parlotea. Está sonriente, y comprendo por qué: ha forzado una sonrisa en la cara para no echarse a llorar mientras esperaba sola en esta sala extraña. Sin embargo, por mucho que se comporte como si no pasara nada… Lo sabe. O al menos lo sospecha.

—Lo siento, señora Saunders. ¿Puedo sentarme un momento con usted? —Y la farsa se desmorona. Cuando se deja caer en la silla, ya ha entrado en la primera fase del duelo: la negación.

—No, no… No, me dijeron que todo iría bien. Debe de haberse equivocado. Por favor… ¿puede ir a asegurarse de que es conmigo con quien tiene que hablar?

Soy la Parca. Una representación física de la muerte. Mi rostro es el que asociarán para siempre con la peor noticia que habrán recibido en la vida.

—Soy la doctora Romera, señora Saunders. —Cierro la puerta tras de mí para aislarnos dentro de la sala—. Soy una de las médicas que han operado a su marido. Me temo que sí, que es con usted con quien debo hablar. Lo siento mucho, pero Gary no ha sobrevivido a la operación.

7

ZETH

Charlie se fue de Inglaterra en los ochenta, pero treinta años no han bastado para borrarle el acento *cockney.* Cuando lo conocí, tardé mucho en entender qué narices me estaba diciendo, pero ahora lo entiendo a la perfección.

—¿Es que tengo que limpiarte las orejas, muchacho? Cómo odio repetirme. Mi negocio de importación y exportación no es asunto tuyo.

Ahora que lo miro, sentado detrás de esa imponente monstruosidad de escritorio, es fácil entender por qué los chavales más jóvenes se cagan de miedo. De hecho, hasta los más viejos se cagan de miedo. Es como una especie de Robert De Niro hipertrofiado, solo que mucho más imponente. Ya está rondando los setenta, pero el tío sigue follándose a todo lo que se mueve, esnifándose cualquier cosa que sea mínimamente blanca y polvorienta y matando a cualquiera que lo mire de reojo. Sin embargo, fue él quien me introdujo en este mundo de violencia, así que yo no me siento intimidado por él.

Han pasado tres semanas desde lo de Matty. Tres semanas desde que me sacó la bala del hombro un idiota que no hacía más que balbucear porque tenía tanto miedo que no podía ni mirarme a los ojos. Tres semanas que me he tomado para recuperarme y husmear un poco.

—Ni siquiera sabía que tenías un negocio de importación y exportación, Charlie. Yo pensaba que les comprabas el producto a los Lockland. O a los Black Talons cuando no te quedaba más remedio.

Abre un cajón de su escritorio y saca una cajita de madera con una flor de lis grabada en la tapa. Esa caja es, para mí, casi una reliquia de mi infancia. Charlie solía sentarme en su rodilla y enseñarme a liarle los porros. Siempre los ha guardado en esa caja. Aunque no me ha pedido que se los líe desde que tenía diez años. Han pasado veintitrés desde entonces.

—Hay muchas cosas sobre mis negocios que no sabes, Zeth. No es culpa tuya, lo sé. Después de acogerte bajo mi protección, me pasé años observándote, pensando en mi fuero interno: ¿dónde encajará mejor en mi organización este chavalín cuando ya le hayan crecido pelos en los huevos? Observé y observé. Y tomé notas. ¿O no? Si hubieras mostrado aunque fuese un mínimo de instinto para estos asuntos, te habría involucrado en esa parte del negocio y estarías al tanto de mis actividades paralelas. Y de todo lo que tiene que ver con ellas. Pero no es eso lo que vi en ti, ¿o no, Zeth? Lo que vi fue a un cabrón salvaje con un pronto de cojones, así que pensé que era mejor usarte para otras cosas. Otras cosas que llevan bastante tiempo ya financiando tus correrías.

El mensaje está muy claro: no muerdas la mano que te da de comer. A Charlie siempre le han gustado los refranes. No cagues donde comes. A caballo regalado no le mires el diente. Te haces una idea. Así que, sin levantar la voz, respondo:

—Valoro mucho todo lo que has hecho por mí, Charlie. Ya sabes que no va de eso.

Termina de liarse el porro. Se lo pone en la boca, aprieta los labios y lo alisa, compactándolo y sellándolo. Cuando se lo enciende, el aroma dulce y pegajoso de la marihuana se eleva por la estancia. Contiene el humo en los pulmones antes de exhalar y me clava una mirada penetrante, con los ojos azules como el hielo.

—¿Y de qué va entonces, exactamente?

—De las chicas. De secuestrar y vender chicas, de robarlas de sus casas.

—No te tomaba por un tipo tan sentimental, Zeth.

—No soy sentimental. Basta con no ser un monstruo.

Esa frase le arranca una sonrisa de oreja a oreja.

—Los dos sabemos que eso es precisamente lo que eres. Un monstruo.

Puede que sea cierto, pero hasta yo tengo mis límites. Y, para mí, traficar con chicas para prostituirlas es, sin duda, pasarse de la raya.

—Dime la verdad, ¿quieres? ¿Hablaba en serio Matty cuando me dijo que llegó al puerto un contenedor tuyo lleno de chicas muertas?

Charlie se quita un poco de tabaco de la lengua y lo tira.

—Si insistes en saber la verdad, pues vale, sí. Diecisiete putas muertas. Tuve que untar bien a las autoridades portuarias para hacerlas desaparecer. Un lío de cojones.

Aunque ya sabía que era cierto antes de que me lo confirmara, una pequeña parte de mí estaba deseando estar equivocada. Me levanto de golpe de la silla, que sale despedida hacia atrás y cae al suelo con un fuerte estrépito. Charlie observa mi reacción sin inmutarse.

—¡Me mentiste, joder!

—¿Tengo yo alguna obligación contigo, Zeth? —me pregunta tranquilamente.

Aprieto los dientes.

—No.

—¿Te debo algo?

—No.

—¿Entonces qué te hace pensar que me voy a prestar a un interrogatorio como este? Y encima viniendo de ti. Ya me pareció que se te había aflojado un tornillo cuando me preguntaste por las chicas la última vez. Tenías esa cara de puto loco… —Me señala con poco entusiasmo y hace una mueca—. Esa cara que solo se te pone cuando tienes algo bien metido por el culo, con los ojos inyectados en sangre.

—Mandaste secuestrar a una chica. Una chica de Seattle, hace dos años y medio. ¿Dónde está ahora? —Apoyo las manos en el escritorio de Charlie. Estoy haciendo todo lo posible para contener a la criatura salvaje que habita dentro de mí y que está ansiosa por

darle una paliza. Charlie sonríe con benevolencia, como si mi ira le resultara enternecedora. Como si yo fuera un cachorrito enseñándole los dientes. El muy hijo de puta…

—No me llevo a chicas de aquí. No cago donde como, eso lo sabes perfectamente.

«¿Ves?».

—Pensaba que sabía muchas cosas sobre ti, pero al parecer estaba equivocado.

—Pero ¿qué coño te importa a ti una zorra que se llevaron hace dos años? —Tira el porro en el cenicero de cristal gigantesco que le hace de centro de mesa.

—Para mí, no significa nada.

—No obstante, sí que significa algo para otra persona, ¿o no? ¿Para quién? ¿Esa zorrita a la que hace un tiempo tienes metida en casa?

Sabe que Lacey existe, pero nunca la había mencionado antes. Se siente tan por encima de ella que ni repara en su existencia.

—No. Esto no tiene nada que ver con ella.

Charlie gruñe.

—En cualquier caso, no puedo ayudarte, hijo. Yo no sé nada de ninguna puta desaparecida. Yo en tu lugar me olvidaría del asunto. Me da en la nariz que llevas dos años arrastrando esta mierda… y si sigues arrastrándola mucho más tiempo, me parece que tú y yo vamos a tener un problema.

Ladeo la cabeza, tomando en consideración la expresión amenazante en el rostro de Charlie. Oh, él y yo ya tenemos un problema. Lo que pasa es que él todavía no lo sabe.

8

ZETH

Tengo quince minutos para llegar a casa antes de que Lacey empiece a subirse por las paredes. He estado fuera todo el día, esperando para hablar con Charlie —era la primera vez que lo veía desde que Matty me pegó aquel balazo—, y mi invitada codependiente se ha vuelto todavía más codependiente durante ese tiempo. En realidad, olvidémonos del prefijo. Es dependiente y punto. Apenas he empezado a vislumbrar la superficie de la historia que la chica lleva a cuestas. Me contó que habían pasado algunas cosas muy jodidas en su casa cuando era niña, pero sé que hay algo más. Sé que ha tenido una infancia bastante peor que la mía. Charlie es un cabrón perturbado y lleno de odio de lunes a domingo, pero me salvó la vida. Si no me hubiera sacado de casa de mi tío a los seis años, ahora estaría muerto.

Sabes que tienes problemas graves cuando eres un jovencito impresionable y estás deseando que un narcotraficante inglés y psicótico venga a rescatarte. Aunque no sé si eso es lo que desea Lace. Lo único que sé es que se le va la olla cuando paso mucho tiempo fuera de casa. Joder, si pudiera volver atrás en el tiempo, digamos quince meses, y tener una conversación con mi yo pasado, este me daría un navajazo en las costillas por haberme ablandado tanto. Es que… hostia. Estoy volviendo a casa corriendo por una mujer. Y ni siquiera me la estoy follando.

El móvil de Lacey me da tono cada vez que la llamo, pero no contesta, y eso hace que me suden las manos como a un violador al que hayan mandado al talego. Pasé una temporada en Chino. Digamos que fui testigo de primera mano de lo que les pasa a los

tipos que fuerzan a otros, ya sean mujeres, niños o animales. Lo que sea. Un violador en una cárcel como esa tiene los días contados.

—Vamos, Lacey, joder. Coge el puto teléfono. —Pero no coge el puto teléfono. ¿Para qué cojones me molesté en dárselo? Sobrepaso todos los límites de velocidad y me salto todos los semáforos en rojo que me encuentro de camino a casa, pisando el acelerador del Camaro a fondo. Cuando por fin llego, ha empezado a llover. La nave industrial es una fortaleza de dos plantas cuya intimidante silueta contrasta sobre el cielo teñido de tormenta. Las enormes puertas de acero, cubiertas de pintura roja descascarillada, están cerradas y con las cadenas puestas, tal como las dejé, pero Lacey tiene llave. Podría haberse marchado si hubiera querido, y, sin embargo, la música que se oye en el interior me dice que no se ha ido a ninguna parte. Quizá sea la razón por la que no ha oído el móvil.

O eso espero. Y la esperanza es una hija de puta.

Sé que la he cagado en cuanto cruzo la puerta. Está todo patas arriba: hay muebles rotos y tirados por el suelo, como si fueran pedazos de leña. El televisor está roto, pero todavía funciona lo suficiente como para producir un ruido que te perfora los tímpanos y para ofrecer una imagen distorsionada. Hay botellines de cerveza rotos por todas partes y ropa tirada también por todas partes, tanto mía como de Lacey. Mierda.

—¡Lacey! ¡LACE, ¿QUÉ COÑO ES ESTO?! —Cruzo el salón principal e irrumpo en mi cuarto. A veces, cuando lo está pasando muy mal, se esconde en mi cama. Yo nunca estoy metido en ella cuando lo hace, claro, pero ella dice que le infunde seguridad. Pero no está en mi cama. Ni tampoco en la suya. El pánico alcanza niveles estratosféricos cuando la encuentro en el baño.

Lo ha vuelto a hacer, joder.

Tiene la piel azulada y cetrina. Está flotando en la bañera, totalmente estirada, y el agua que rebosa está teñida de un ofensivo color carmesí. Me tiro al agua para sacar su cuerpo flácido. No pesa nada; es como un cuerpo sin vida en mis brazos.

—Que te den, Lacey. Que te jodan, en serio.

Se ha destrozado las putas muñecas. La envuelvo en una manta, la echo en el asiento del copiloto del Camaro y arranco. La llevo al único lugar en este planeta al que no quiero ir. El lugar al que me negué a ir cuando fui yo el que se metió en un lío.

Al hospital Saint Peter's Mission of Mercy.

9

SLOANE

¿Abrigo? Sí

¿Bolso? Sí.

¿Llaves del coche? Sí.

Veinte horas después de que haya empezado la jornada del infierno, por fin parece que ha concluido. Siempre que me vuelvo a poner mi ropa de civil me siento un fraude, como si solo estuviese fingiendo ser un miembro funcional de la sociedad, alguien que se compra ropa en las tiendas de las grandes marcas y se acuerda de combinar la chaqueta con el bolso de mano. Con lo que más cómoda me siento es con uniforme sanitario, pero la gente te suele mirar raro si vas a hacer la compra con la ropa del hospital.

—Buenas noches, Sloane. ¿Mañana trabajas? —Jerry, uno de los camilleros, pasa casi tanto tiempo en el hospital como yo. Es un chico joven, de unos veintidós años, y tiene una familia cada vez más numerosa a la que alimentar. Trabaja todas las horas que puede.

—Claro, Jer. ¿Nos tomamos un café?

Él me sonríe.

—Cuenta con ello. Después de esta noche lo voy a necesitar.

Ya veo la salida cuando empiezo a ponerme nerviosa. Aquí es donde sucede siempre: los catorce pasos que separan la recepción de la entrada son como un foco mágico. Nueve de cada diez veces algo o alguien irrumpe a través de esa puerta mientras yo me dirijo a la salida, y acabo teniendo que dar media vuelta.

Diez pasos.

Cinco pasos.

Contengo el aliento.

He llegado a la puerta. El viento otoñal de Seattle me golpea, azotando mi cabello, cuando las puertas se abren y revelan un cielo nocturno despejado y de color azul marino oscuro. Suspiro de alivio. Lo he logrado. Soy totalmente libre durante siete horas enteras. Y voy a pasar todas y cada una de ellas metida en la cama. Será maravilloso.

Cuando ya estoy en el coche, saliendo del aparcamiento, un Camaro negro tuneado dobla la esquina a toda velocidad, haciendo rechinar las ruedas contra el pavimento, y está a punto de chocarse conmigo. Mierda. Frena. ¡Frena! ¡¡FRENA!! Los dos damos un volantazo y el muy gilipollas me roza la carrocería. Toca el claxon sin detenerse.

No sé quién está al volante de ese vehículo, pero está aterrorizado. Y solo hay una razón por la que un coche entraría a toda velocidad en el aparcamiento de un hospital, y es por una emergencia. Meto marcha atrás con tanta fuerza que sale humo de las ruedas de mi coche.

El Camaro se dirige a las puertas que yo acabo de dejar atrás y me golpea una oleada de remordimientos. En fin, ya me puedo ir despidiendo de esas siete horas. Maldita sea, ¿por qué siempre estoy tan empeñada en castigarme?

Treinta segundos después, ya he vuelto a aparcar y estoy entrando en el edificio. Una enfermera está pidiendo asistencia por megafonía y un tipo vestido de negro está inclinado sobre una niña tirada en el suelo. A su lado hay una manta empapada de sangre que ha quedado abandonada. Le da una bofetada a la niña en la cara y yo me agacho a su lado sin pensar. Lo cojo de la muñeca y le doy un empujón con tanto ímpetu que pierde el equilibrio y se cae de culo.

—Apártate de ella. Déjame ver.

Él suelta una exclamación gutural y entrecortada mientras yo echo un vistazo a la pequeña. No es tan joven como pensaba en un principio, pero es muy menuda. Tiene el pelo rubio pálido teñido de rosa a causa de la sangre y las caras internas de las muñecas

hechas jirones. Tardo un segundo en recuperar la compostura. Si se ha hecho esto, está claro que estaba decidida a morir.

—¿Cuánta sangre ha perdido? —pregunto mientras compruebo su pulso. Me inclino para acercarle la oreja a la boca, para ver si la oigo respirar. Muy débilmente, pero sí, respira. Y también tiene pulso, aunque filiforme. Alzo la vista; todavía estoy esperando una respuesta. El chico que la ha traído está apoyado sobre los codos, mirándome con la boca abierta. Tiene los ojos enormes, de un color tan oscuro que es casi negro. Parece en estado de *shock*—. Escucha, de verdad necesito saber cuánta sangre ha perdido —insisto.

—No… No lo sé. Estaba en la bañera.

Susurra tan bajo que apenas lo oigo. Tiene la camiseta pegada a la piel, ajustada al pecho. Así que la encontró en la bañera y se metió a sacarla. Suresh Patel, uno de los médicos de guardia, llega un segundo después y me ayuda a subir a la chica a una camilla. Tiene la temperatura corporal muy baja, y sus constantes vitales son muy inestables. Le doy un cincuenta por ciento de posibilidades de sobrevivir, y eso siendo generosa.

De nuevo absorbida por el hospital, trabajo para salvar a la diminuta mujer. Pasan horas. Le transfundimos varios litros de sangre y nos vemos obligados a envolverla en cuatro mantas antes de que su temperatura aumente lo suficiente como para atrevernos a llevarla a quirófano para arreglar el desastre que se ha hecho en las muñecas.

Cuando voy en busca del tipo que la ha traído, ya son las cinco de la madrugada. Lo encuentro sentado en un pasillo, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Levanta la mirada, me ve y entonces hace algo completamente inesperado: se pone de pie y se larga. Y muy rápido.

—¡Perdona…! ¡Eh! —Se detiene, pero no se da la vuelta de inmediato. Espera unos instantes, como si se estuviera preparando—. Necesito que me des algunos detalles sobre tu novia. No puedes irte y dejar que se despierte sola.

Por fin se da la vuelta. Tiene los dientes tan apretados que se nota cómo le palpita el pulso en las venas de la frente. Se limita a mirarme fijamente. La camiseta ya se le ha secado, pero sigue tan pegada a su cuerpo que no consigo apartar la vista, y, además, como tiene las mangas un poco arremangadas, quedan a la vista unos bíceps fuertes y cubiertos de tatuajes. La tinta azul, roja y negra baja por sus brazos trazando unas ondas. Lleva el pelo casi negro despeinado y todavía mojado, con mechones tiesos que apuntan en todas direcciones. Está buenísimo. Me regaño a mí misma al darme cuenta de cómo lo estoy mirando.

«Estás enfadada con él, Sloane, ¿o no te acuerdas? Se estaba largando. Iba directo hacia la puerta».

—¿Te crees al menos capaz de contextualizar un poco la situación antes de que desaparezcas en el atardecer? O amanecer —le espeto. Él parpadea y cruza los brazos por delante de su pecho. Abre la boca para contestar, pero cambia de opinión. Frunce el ceño y se vuelve hacia la puerta; es evidente que todavía está considerando largarse. El muy cabrón—. Pensándolo mejor, si esto ha sido culpa tuya, igual sí que es mejor que te vayas —le suelto. La chica no tiene moratones en el cuerpo, pero he visto suficientes casos de violencia doméstica para saber que no siempre es física. Es posible que este tío le haya hecho la vida tan imposible a esa chica que, simplemente, haya querido ponerle fin. Además, las cicatrices que lleva en los brazos también cuentan una historia. Este no ha sido su primer intento.

El tipo alto, guapo y misterioso me fulmina con la mirada con tanta furia que reconsidero mi sugerencia anterior. Se encara conmigo de verdad, como si ahora estuviera decidido a quedarse, y, por fin, dice:

—No —gruñe—. No soy su novio. Y no la voy a dejar sola.

Me da un vuelco el estómago.

Esa… esa voz…

Santo Dios…

Me llevo un dedo a los labios y analizo hasta el último milímetro de su rostro.

—¿Te conozco? —susurro.

Una sonrisa cruel se le dibuja en la boca.

—No.

Me embarga el alivio, pero mi cuerpo no acepta su negativa.

—Juraría que reconozco tu voz.

—Nací aquí. Hablamos todos igual, cariño. —Se empeña en negarlo, pero con cada palabra que pronuncia se me retuercen un poco más las entrañas. Oigo esa voz en mis sueños. La reconocería en cualquier parte. Sé que no me equivoco. Estoy segurísima de que no me equivoco. Es… es él. El chico que ha traído a esa chica menuda y rota es el mismo que me ató y me folló hasta hacerme perder el sentido hace dos años. El chico que me robó la virginidad. Sus ojos taciturnos se clavan en mí con tanta intensidad que comprendo que está esperando a que yo caiga en la cuenta.

—Yo… Necesito saber quién es tu amiga —balbuceo, y él sonríe. Y ver la sonrisa de este tío es algo traicionero y salvaje, que quita el aliento. Es un gesto tan incisivo que podría desollar a un hombre.

—Se llama Carrie.

—¿Tiene seguro?

Niega con la cabeza. No aparta los ojos de los míos.

—Pagaré yo.

—Tendrás que ir a hablar con recepción y darles los datos de tu tarjeta de crédito. Y tu nombre.

Esboza una sonrisilla de suficiencia y baja la vista hacia los zapatos. Luego vuelve a alzar la mirada hacia mí y me contempla desde debajo de esas cejas tan oscuras.

—Pagaré en metálico. Y no hay ninguna necesidad de que sepas mi nombre. Lo mejor es que te olvides de que he estado aquí.

Da un paso atrás, todavía con los brazos cruzados, y es entonces cuando actúo sin pensar. Una parte de mí ya se está preguntando dónde estará el teléfono más cercano para llamar a la policía, pero la otra lo sigue pasillo abajo. Maldito sea mi estúpido cuerpo…

—¡Espera! Yo… Nomehagashaceresto —balbuceo.

Me sonríe con suficiencia.

—¿Hacer el qué?

—¡No lo sé! Yo… Fuiste tú. Admítelo. Admite que fuiste tú.

Se le borra la sonrisa y su mirada se torna fría y calculadora.

—Yo no le he hecho daño a Carrie.

—No me refiero a eso y lo sabes.

Hace una mueca, y con ese gesto desaparece cualquier duda que podría haber seguido albergando. Porque esos labios… Quizá la oscuridad no me permitió verlos en su día, pero sin duda los sentí. Es él. Y ahora se da cuenta. Ha comprendido que estoy segura.

—Quizá sí sepa a qué te refieres. Eso no cambia el hecho de que deberías olvidar que he estado aquí. Es lo mejor para todos los implicados. No te conviene conocerme, cariño.

Su arrogancia no tiene precedentes. Doy cuatro pasos a toda prisa y le clavo un dedo en el pecho.

—¡Tú!

Visto tan de cerca, es tan alto que da miedo.

—Yo —admite.

Le hago la pregunta que lleva dos años grabada a fuego en mi mente.

—¿Tuviste algo que ver con la muerte de Eli?

Aparta la vista y se muerde el labio inferior. Es el «sí» más claro que he visto en mi vida.

—Digamos que… Eli y yo tuvimos un desacuerdo.

—¡Mierda! Lo sabía. ¿Te llevaste tú los documentos de Lex?

Es como el doctor Jeckyll y Mr. Hyde. Un minuto está ahí plantado, mirándome como si yo fuera un genio y pudiese desaparecer en una nube de humo de un momento a otro, y al siguiente en su expresión no queda más que la ira más pura y descarnada. Me coge de la muñeca y, veloz como un rayo, me empuja contra la pared. A estas horas de la mañana el pasillo está desierto, así que estoy completamente sola. Vulnerable. Me aprieta

el cuello con la mano, con la fuerza justa para que me cague de miedo.

—¿Te gusta esta sensación, Sloane?

Cuando oigo mi nombre salir de su boca se me llenan los ojos de lágrimas. Ha sabido quién soy yo desde el principio. Niego con la cabeza y, con voz ahogada, contesto:

—No.

—Entonces tendrás que tratar a Carrie. Asegúrate de que se ponga bien. Vendré a buscarla dentro de dos días. No dejes que se le acerquen los putos loqueros. Que los de psiquiatría no le pongan las manos encima o me cabrearé mucho. —Presiona su cuerpo contra el mío. Es como un muro de músculos y testosterona. Estoy demasiado asustada para hacer cualquier cosa que no sea asentir, pero entonces algo cambia. Quizá me esté engañando a mí misma, pero juraría que se le suaviza la mirada—. ¿Te acuerdas? —susurra.

Asiento.

—¿Y cuando cierras los ojos?

Sé lo que me está preguntando.

—Sí —contesto.

—Pues hazlo. Cierra los ojos. —Me aprieta un poco más el cuello y doy un respingo. Miro largo rato a las profundidades insondables de sus ojos y entonces, igual que hice la última vez, le obedezco. Cierro los ojos.

Cuando sus labios rozan los míos con suavidad, se me queda la mente en blanco. Respira de forma acelerada, jadeante, caliente contra mi boca. Tiene un efecto devastador en mí. ¿Qué coño se supone que tengo que hacer? ¿Debería besarle? ¿Darle un rodillazo en las pelotas? Pero entonces él toma la decisión por mí, porque saca la lengua y recorre con ella mis labios entreabiertos, con cuidado, con afecto, como si me estuviera saboreando. Reacciono sin pensar. Me pongo de puntillas y me inclino hacia él. Sin embargo, no me besa.

—Dos días, Sloane. Dentro de dos días vendré a por ti —susurra.

Y entonces solo sé que me estoy resbalando por la pared hacia el suelo. Cuando abro los ojos, lo único que veo son sus botas negras alejándose.

10

SLOANE

El café del Fresco's de hoy está especialmente malo, pero tampoco es una gran sorpresa. Aquí todo está malo. No me sorprendería que el *bagel* que me he obligado a engullir como desayuno estuviera hecho con serrín. Pero no importa. Por más que haya centenares de cafeterías mejores en la zona de Seattle, para Pippa y para mí el Fresco's es una tradición.

Quedamos aquí desde que éramos un par de estudiantes que apenas llegaban a final de mes y que solo podían permitirse su café filtrado. Mi mejor amiga aparece tan inmaculada como siempre: lleva el pelo peinado hacia atrás en un moño bajo clásico y un traje pantalón con la raya en los lugares exactos en los que debe estar. En cambio, yo, con mis pantalones arremangados y mi camiseta de manga larga arrugada, tengo pinta de llevar tres días durmiendo con la ropa puesta.

Pippa entra como una exhalación en la cafetería y le sonríe a Marcus, el barista, que le llevará su expreso doble de siempre a la mesa sesenta segundos exactos después de que ella se siente. Coloca su bolso Louis Vuitton en el banco que hay frente a mí y se sienta con elegancia.

—Buenos días. Mira que eres cara de ver. —Ha pasado una semana desde la última vez que nos vimos. Para nosotras, es como si fuera una vida entera. Me guiña un ojo mientras se acomoda en la silla—. ¿Qué es tan urgente para que no pueda esperar? Esta tarde tengo a los pirómanos.

Pippa se decantó por la psiquiatría en lugar de por la medicina. Nos graduamos a la vez. Hace catorce meses, consiguió el certificado de la Junta de Medicina Psiquiátrica, y ahora trabaja en

una consulta en el centro donde trata a pacientes cuya sentencia contempla la asistencia obligatoria a terapia en alguna de sus variantes. Como Pip es bastante obsesiva-compulsiva, agrupa las citas de los pacientes en función de los crímenes que hayan cometido. Los lunes recibe a los acusados de violencia doméstica. Los martes, a los ladrones. Los miércoles, a los pirómanos. Y así sucesivamente. Son muchos los criminales violentos que entran en su consulta. Podría haber elegido tranquilamente dedicarse a las amas de casa deprimidas y amantes del Prozac, pero ella quería algo más. Me dijo que se sentía mejor si ayudaba a quienes realmente lo necesitaban.

Me quedo mirando el fondo de mi taza de café vacía. De repente, ya no estoy segura de si debo contarle lo que ocurrió ayer. Pero… creo que lo necesito. Es mi mejor amiga, pero, además, siempre ha sido capaz de ver las cosas con imparcialidad. Y eso es justo lo que necesito ahora mismo.

—Si te dijera que tengo un paciente con un problema sobre el que necesita hablar, ya sabrías que en realidad estoy hablando de mí, ¿no?

—Sí.

—Bueno. Vale. Pues entonces no me molesto en soltarte el rollo.

Marcus le trae el café a Pip. Ella da un traguito y me mira con una ceja enarcada.

—Sí, nos ahorraría un poco de tiempo.

—Bueno, pues… —Se lo tengo que soltar y punto—. Me acosté con un tío.

Escupe el café en la tacita.

—¿Qué? ¿Quién? ¡¿Cuándo?!

Ah, mierda. Esto va a ser un desastre. Pip siempre bromeaba con que moriría virgen.

—No es reciente. Fue… Fue hace dos años.

Se queda rígida. La expresión de incredulidad que lucía hace unos segundos se vuelve de escarcha. Está enfadada. Sabía que se enfadaría. Deja el café sobre la mesa, con la mirada fija en él.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no… Porque no era algo que se cuenta mientras compartimos una tarrina de helado, Pip. Y tampoco es algo de lo que me sienta muy orgullosa.

—¿Qué quiere decir eso? Por Dios, no te atacaron, ¿verdad?

—No, no, claro que no. Pero… —Esta es la parte en la que o bien le cuento toda la verdad o me decanto por una versión más edulcorada. Al final, soy una cobarde. Ella jamás pensaría mal de mí por lo que hice, pero no soy capaz de enfrentarme a la vergüenza que me supondría admitirlo. Vendí mi virginidad a cambio de información. Información que ni siquiera recibí, lo que, en otras palabras, significa que la vendí a cambio de nada—. No conocía al chico. No sé ni cómo se llamaba. Yo… estaba borracha. Lo hicimos en la oscuridad. Ni siquiera podría decirte qué aspecto tenía hasta ayer.

Pip cierra los ojos y se presiona la frente con las puntas de los dedos.

«Por favor, no pienses que soy una guarra. Por favor, no pienses que soy una guarra».

—Sloane…, madre mía. —Suelta un gemido.

—Ya lo sé, ya lo sé.

—No sé ni por dónde empezar.

—¿Y si empezamos después de la parte en la que me juzgas?

—Ay, cariño… Yo nunca, jamás, te juzgaría. Es solo que… Es solo que quería algo especial para ti. Ya sabes, romanticismo, rosas rojas, champán, fuegos artificiales…

Empujo las migas del *bagel* que me quedan en el plato, que sigue sobre la mesa, y hago un puchero.

—Fuegos artificiales sí que hubo, créeme. Ni rastro de las otras cosas, pero fuegos artificiales sí.

Suspira y alarga las manos para apartar mi plato y cogerme la mano por encima de la mesa.

—Entonces llevas dándole vueltas a esto dos años y no me lo has contado… ¿por qué?

—Porque… porque no fue sexo normal.

Pippa me mira como si no lo entendiera, pero enseguida veo cómo le cambia la cara.

—O sea… que dejaste que te follara un tío cualquiera… ¿al que le gustaban las cosas raras?

—Más o menos.

—Y un momento… Antes has dicho que no supiste qué aspecto tenía hasta ayer. ¿Qué pasó ayer?

—Vino al hospital. Una amiga suya intentó suicidarse.

Exhala.

—Para esto voy a necesitar otro café. —Se va a pedir otro café para ella y otro para mí, y cuando vuelve tiene más preguntas preparadas—. No lo entiendo. ¿Cómo supiste que era él?

—Tiene una voz muy reconocible. Así que me armé de valor y le pregunté si había sido él, y… En fin, no lo negó.

—Vale, entonces, dejando al margen la conversación evidente que no deberíamos necesitar, esa referente a tomar decisiones con sentido común, ¿por qué este tipo te ha puesto tan nerviosa? ¿No habías tenido noticias suyas desde que ocurrió todo esto?

—No.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Pues que… Me besó, más o menos. O estuvo a punto de hacerlo. Creo que más bien me lamió.

—¿Que te lamió? ¿Dónde? ¿Qué clase de persona hace eso?

Ignoro su retahíla de preguntas.

—Y fue mientras… —Respiro hondo. Allá vamos—. Y fue mientras me tenía, digamos, inmovilizada contra la pared… y agarrada del cuello.

Pippa aprieta los dientes.

—Así que sí, te atacó.

—Fue más bien una amenaza.

—¿Y por qué coño tendría que amenazarte?

—No quiere que ingresen a su amiga en psiquiatría. Supongo que cree que podré tirar de algunos hilos y conseguir que se corra un

tupido velo sobre el incidente.

Pippa resopla.

—Pues te deseo suerte con eso, amiga. Si una chica intenta suicidarse, está obligada a, por lo menos, varias sesiones con un profesional. Pero, a lo que íbamos, ¿te lamió a la fuerza?

—No. Yo… Bueno, se lo permití, más o menos.

—Joder, Sloane. No sé, a mí todo esto me parece casi un motivo para llamar a la policía. ¿Por qué narices le dejaste hacerlo? ¿Está desequilibrado? ¿Lo estás tú?

Me río con amargura.

—Es una posibilidad, en ambos casos.

Ella entrelaza los dedos y frunce el ceño. No debería fruncir el ceño. Con eso revela demasiado.

—Ya sabes lo que te voy a decir, ¿verdad?

—Sí, sí. Ya lo sé. —Suspiro. Todo esto me supone un peso insoportable sobre las espaldas. Me siento mejor al haber compartido una parte de lo ocurrido, aunque todavía no he terminado—. Hay algo más, Pip. Puede que este hombre sepa algo sobre Alexis.

Esa información la deja petrificada. No suelo hablar sobre Lex. Casi nunca menciono siquiera su nombre, así que el hecho de que lo haya sacado a colación es importante.

—¿Cómo es posible? —pregunta. Salta a la vista que está haciendo todo lo posible por mantener la calma—. ¿Es que tuvo él algo que ver con su desaparición? Dios mío…

—No. Al menos, no lo creo. Yo… La verdad es que ahora mismo no puedo explicártelo.

Eso no le gusta un pelo. Resopla y me mira como si me hubiera vuelto loca.

—Esto me da muy mala espina, Sloane. Al margen del hecho de que no sabes nada sobre ese tío… —Hace una pausa, como si se le acabase de ocurrir algo—. ¿Ahora sí sabes al menos cómo se llama? —Niego con la cabeza. Está horrorizada—. Vale. O sea que no le ha dicho nada a la policía sobre el secuestro de Lex y tú no quieres

contarme por qué crees que puede que tenga esta información misteriosa. De eso deduzco que debe de estar metido en algo turbio. Estará de mierda hasta el cuello, no tengo ninguna duda. ¿E intentó estrangularte?

—Ya lo sé. —Visto así, la verdad es que sí que parece horrible.

—Entiendo que quieras encontrarla, Sloane, pero ese tío parece peligroso. Me parece más probable que te apuñale a que te ayude a encontrar a Lex. Quiero que te mantengas alejada de él, ¿de acuerdo? No quiero que tengas nada que ver con él. Te lo pido por favor, Sloane. Hazlo por mí.

Escondo la cara en la taza de café. Sabía que actuaría así. Sabía exactamente lo que diría, y estoy bastante aliviada, si soy sincera. Ahora tengo un motivo para evitarlo como a la peste, aunque quizá posea alguna información acerca de dónde está mi hermana. Debería contarle a la policía que ayer casi reconoció haber matado a Eli, y así ellos se podrían encargar del interrogatorio. Yo no tendría por qué implicarme de ningún modo.

—Vale, sí, tienes razón. Me mantendré alejada de él —le digo, pero, por alguna razón, omito el detalle de que mañana volverá a venir al hospital. No le cuento que prometió que vendría a buscarme.

Siento una especie de inquietud alojada en las entrañas, una mezcla de culpa y expectación. Nunca he sido dada a mentir ni esconder cosas, y hasta a mí me preocupa que lo único que le he ocultado en la vida a mi amiga está relacionado con este hombre. ¿Me estoy buscando un problema guardando secretos? Aunque me parece una pregunta fútil. Cuando se trata de él, me da la sensación de que los problemas me encontrarán haga lo que haga.

11

SLOANE

La mañana se me hace interminable porque trato de alargar las rondas todo lo posible. Hago lo que está en mi mano para que las necesidades de mis demás pacientes me ocupen más tiempo del necesario, pero llega un momento en que ya no lo puedo seguir posponiendo. He hecho todo lo que tengo que hacer, y como el doctor Patel hoy libra, la chica es mi responsabilidad.

Cuando entro en la habitación de Carrie, la encuentro dormida. No está sola: la acompaña Kim Dixon, de psiquiatría. Es una mujer encantadora. Cálida, maternal… Es la primera persona a la que mandan cuando hay que evaluar a algún crío. Carrie no es una niña, pero han debido de pensar que responderá mejor a una figura maternal.

—Hola, Sloane —susurra, metiendo el historial de Carrie de nuevo en el cajón que hay a los pies de la cama—. Me han dicho que con esta obraste un milagro.

—Lo hizo casi todo Suresh. —Sonrío, respondiéndole con el mismo afecto con el que me trata ella.

—Pobre chica —añade mirando a Carrie. La pobre ha vivido días mejores. Tiene unas ojeras muy marcadas y todavía está blanca como el papel—. Estoy aquí esperando a ver si decide despertarse. ¿Tienes idea de cuánto tardará?

—Ya no está sedada. Podría tardar un par de horas más… O un día, o más. Estaba bastante mal.

Kim se abraza a sí misma y hace un ruidito de desaprobación, todavía observando a la joven con el ceño fruncido. Siempre se toma estas cosas muy a pecho, aunque no conozca de nada al paciente.

—La gente siempre dice que el suicidio es la salida más cobarde, pero no podrían estar más equivocados. Hacen falta unos nervios de acero para proponérselo y llevarlo a cabo de la forma en que lo ha hecho ella. Es bueno que esté aquí, donde puede disfrutar del descanso que necesita. Espero que desarrolle una perspectiva diferente sobre las cosas. Tendrá todo un equipo de personas a su disposición, esperando para ayudarla.

Unos ojos marrón oscuro asoman a mis pensamientos. Trago saliva con dificultad, aunque no haya nada que me bloquee la tráquea. «No dejes que se le acerquen los putos loqueros. Que los de psiquiatría no le pongan las manos encima o me cabrearé mucho».

—Tiene suerte de haber acabado en el Saint Peter's —susurro—. No podría estar en mejores manos. —Mi mente se adentra en derroteros muy oscuros cuando me preocupo. Tal vez Alexis esté viva. Tal vez esté sufriendo, igual que Carrie. Quién sabe por qué cosas horribles habrá tenido que pasar… No quiero ni pensarlo. Quizá también ella esté postrada en algún sitio, recuperándose tras tratar de poner fin a su vida. Pero no la habrían llevado a un hospital; allí tendría demasiadas oportunidades de pedir ayuda. Demasiadas salidas por las que escapar.

Lex no habrá tenido la ayuda de una mujer como Kim, y ese pensamiento me provoca una tristeza devastadora. Ese chico, sea quien sea, está loco si cree que le voy a devolver a Carrie así como así. Loco de atar.

—Oye, Kim… La verdad es que no tengo ni idea de cuándo se le van a pasar los efectos del sedante, pero de momento ya he terminado mi trabajo. Salvo que surja una emergencia, tengo un poco de tiempo para quedarme con ella. ¿Por qué no vuelves a tu consulta? Iré a buscarte si se despierta.

Kim me sonríe como si yo fuera la persona más considerada del mundo.

—Gracias, Sloane. Tengo un montón de papeleo, y si no me encargo pronto de él lo único que va a hacer es crecer. ¿Tienes mi

busca?

Le contesto que sí y se marcha, tras darme un cariñoso apretón en el brazo.

La chica está despierta. Lo sé perfectamente. De hecho, lleva despierta un buen rato. Se está haciendo la muerta, sopesando la situación y probablemente tratando de decidir si estar consciente es seguro para ella. Kim no ve pacientes cuando despiertan de la anestesia todos los días, como yo. Carrie respira de forma superficial, acompasada y controlada, y no de la forma profunda y regular propia de los pacientes que están fuertemente sedados. Cojo el sillón que hay junto a la ventana para acercarlo a la cama y me siento. Desde allí, observo a Carrie mientras trato de decidir cuál es la mejor manera de proceder.

—Esta mañana he ido a tomar un café con una amiga —le digo—. A veces es un poco estirada, pero siempre ha estado a mi lado cuando la he necesitado. Así que hoy le he contado algo un poco turbio sobre mí. Ha sido una conversación que llevaba tiempo pensando en mantener con ella, pero estaba esperando al mejor momento para sacar el tema, ¿sabes? Lo de poner excusas se me da bastante bien. Siempre acababa convenciéndome de no contárselo, así que, como hago con todo, lo he dejado para el último momento, hasta que ha pasado algo que me ha hecho pensar que ya no tenía elección. Me ha dado muy buenos consejos que tenían todo el sentido del mundo, y mientras venía al trabajo, no hacía más que preguntarme: «¿Por qué no has podido tomar esa decisión tú solita, Sloane?». —Me apoyo en el respaldo del sillón y veo que a Carrie le tiemblan los párpados. Me está escuchando—. Pero a veces cuesta mucho hacer lo que sabemos que debemos hacer, ¿verdad? Cuesta tomar las decisiones que sabemos que son inevitables. Estamos tan obcecados con nuestros propios problemas que no le vemos salida al lío en el que estamos metidos. Es más fácil cerrar los ojos y seguir a ciegas, porque estamos demasiado asustados para reconocer que tenemos un problema. La oscuridad que creamos nosotros mismos es mejor que la oscuridad que nos espera si abrimos los ojos. Al

menos, cuando somos nosotros mismos quienes nos encerramos en esa oscuridad, nos da la sensación de que tenemos el control.

No responde. No soy psiquiatra, así que no estoy cualificada para tratar de deshacer los enredos vitales de esta chica. Pero siento mucha curiosidad por ella, por la razón por la que es tan importante para él, por saber quién es para él. Por saber cómo acabó trayendo su cuerpo casi sin vida a mi sala de urgencias.

—¿Sabes qué? —prosigo—. Si estás asustada… Si estás en una situación de la que crees que no hay escapatoria, deja que te lo diga ya… Siempre hay una escapatoria. Siempre hay una salida. Si necesitas algún lugar adonde ir, alguien con quien hablar, solo tienes que decírmelo. Yo puedo encargarme de que lo tengas.

Sus párpados vuelven a moverse. Esta vez abre los ojos. Tiene los iris azul claro, del color del hielo compactado. Como un iceberg. Y sus ojos están llenos de lágrimas. La mayoría de la gente se volvería para mirarme, pero ella no lo hace. Se queda mirando el techo; su pecho sube y baja mientras lucha contra sus emociones.

—No necesito tu ayuda. No necesito ningún lugar adonde ir. —Las lágrimas empiezan a brotar por las comisuras de sus ojos, y a perseguirse las unas a las otras por las sienes mientras caen hacia sus orejas—. Solo necesito a Zeth.

12
SLOANE

—No puedo esperar un día más. Él no me dejaría aquí si supiera que estoy despierta. —Carrie está más alterada con cada minuto que pasa; está tan ansiosa que estoy contemplando la posibilidad de darle otro sedante solo para que se calme.

—Pues dame su número. Se lo haré saber. —Zeth. Se llama Zeth. Me resulta extraño tener un nombre que ponerle a su rostro, pero, al fin y al cabo, solo le puse rostro a la voz ayer, así que supongo que la situación al completo es extraña.

Carrie me echa una miradita que parece decir: «Buen intento, zorra».

—¿Y por qué no me empujas en una silla de ruedas hasta un teléfono de pago para que lo llame yo misma?

—Todavía no estás preparada para eso, Carrie. Estás demasiado débil.

Parece confundida.

—¿Carrie?

—Sí, Zeth me dijo que te llamas… —Me interrumpo al darme cuenta de lo estúpida que he sido. Obviamente no me dijo su nombre real. ¿Por qué iba a hacerlo? Pagó su tratamiento en efectivo (veintitrés mil dólares) y firmó los documentos como «K. Vonnegut», por el amor de Dios—. ¿Cuál es tu verdadero nombre? —Suspiro.

—Si Zeth dice que me llamo Carrie, me llamo Carrie. —Cruza los brazos por delante de su pecho y se mira con gesto sombrío las muñecas vendadas.

—Está bien, Carrie, no pasa nada si no quieres decírmelo, pero no vas a salir de esta habitación. Y más tarde, cuando baje la doctora

Dixon, tendrás que contestar muchas preguntas.

—¿Es la loquera?

—Sí. Querrá saber por qué te hiciste esto a ti misma.

—¿Y quién dice que me lo hice yo? —Hace un puchero, como una niña malcriada, pero sus palabras me han acelerado el corazón.

—¿Por qué? ¿Lo… lo hizo Zeth?

—No, pues claro que no.

La chica está jugando conmigo. Y aunque, por una vez, hoy tenga tiempo, lo que no tengo son ganas de lidiar con ella. Prefiero ayudar a las enfermeras a cambiar las cuñas de los pacientes que soportar esta actitud.

—Está bien, lo que tú digas. Se lo puedes contar a la doctora Dixon cuando baje.

Carrie deja de fruncir el ceño y se incorpora, con el rostro inundado por fin de una emoción verdadera: miedo.

—¡No! Por favor… Yo… No puedo hablar con una psiquiatra. No te vayas, por favor. —Alarga una mano hacia la mía, que tengo aferrada a los barrotes de la cama, y me coge débilmente de la muñeca. Tardará un tiempo en recuperar la fuerza en las manos, teniendo en cuenta la profundidad de los cortes que se hizo—. Tú no lo entiendes —susurra.

—La doctora Dixon es fantástica, Carrie. Deberías confiar en ella. Tal vez pueda ayudarte.

—¡No puede! Por favor… Zeth es el único que puede. ¡El único! Lo necesito a él. Si me dejas aquí con esa psiquiatra, yo… te juro que la próxima vez no fallaré. Me mataré. Lo haré y será culpa tuya.

No suelo negociar con pacientes en situaciones como esta. Casi nunca están en condiciones de saber lo que les conviene, pero comprendo, al ver la desesperación que asoma a los ojos de Carrie, que me está diciendo la verdad. Se matará.

—Joder… —Exhalo y aprieto el puño—. Cuando me convertí en médica, hice una promesa, Carrie. Juré que mi prioridad sería no causar daños a mis pacientes, y considero que impedir que te visite la doctora Dixon es perjudicial para ti.

—¿Y consideras que morirme será perjudicial para mí? Porque es lo que va a pasar si esa zorra se atreve a intentar psicoanalizarme.

Joder, joder y joder. Me paso una mano por el pelo e intento pensar en una forma de convencerla de que está siendo una insensata. Pero no voy a lograr razonar con ella. Es evidente. Y es igual de evidente que necesita ayuda. Solo se me ocurre una forma de que las dos consigamos lo que queremos.

—Está bien. No te estoy diciendo que te vaya a ayudar a salir de aquí, porque no lo voy a hacer. Eso va en contra de todo lo que represento como profesional sanitaria. Necesitas al menos tres días más de reposo absoluto, y tenemos que comprobar la movilidad de tus manos para asegurarnos de que ningún tendón haya sufrido daños permanentes. Pero… te voy a dejar mi teléfono y pasaré tres horas fuera, haciendo mis rondas de la tarde. Y no te obligaré a ver a la doctora Dixon, pero quiero que a cambio te visite mi amiga. Puedo pedirle que te vea de forma extraoficial para que no tengas que darle tus datos.

Ella niega con la cabeza antes de que termine la frase.

—Son todos iguales. Tu amiga no va a ser diferente, ¿vale?

Es evidente que no la voy a convencer. Está muy decidida.

—¿Cuántos años tienes, Carrie?

Responde a regañadientes, pero solo después de darle varias vueltas a mi pregunta y de decidir que proporcionarme esa información no le va a acarrear ninguna consecuencia.

—Veintiséis.

Asiento.

—Tenemos la misma edad. Y dime, Carrie… ¿Cuánto tiempo hace que te sientes… —«Suicida. Inútil. Aplastada por el caos de la vida»— así?

—Siempre me he sentido así.

No es que con su fanfarronería consiguiera ocultarme la verdad, pero ahora ha dejado de fingir por completo. No es más que una chica destrozada en un mar de sábanas de hospital, aferrada a mi

muñeca todavía, como si necesitase el contacto físico para no ahogarse en ellas.

—Así que llevas veintiséis años sintiendo una desesperación tan terrible que quisiste terminar con tu vida. A mí me parece horrible. Cuando miras hacia el futuro, ¿te imaginas sintiéndote así durante otros veintiséis años? —Le tiembla el labio inferior, pero guarda silencio—. ¿No sería mejor que vieras a alguien que pudiera ayudarte a superar lo que te hace sentir así, sea lo que sea? De ese modo, dentro de veintiséis años, podrás mirar atrás y ver la luz que ha iluminado tu vida, y no solo la oscuridad.

Carrie se queda en silencio con la mirada fija en sus rodillas, tapadas con las mantas. Si tuviera que apostarme algo, no me habría jugado dinero a que mi discursito tendría efecto, pero la chica me sorprende encorvando los hombros, derrotada.

—Vale, está bien. Iré a ver a esa amiga tuya. Una vez. Pero si no dice más que chorradas, me largo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Y ahora dame el móvil.

—Vale. Acuérdate de dejarlo en el cajón de la mesita cuando termines. —«Cuando te vayas». No me puedo creer que haya accedido a esto.

A pesar de la mala sensación que se me clava en las entrañas cuando le doy el móvil, también siento que tengo tres pequeñas victorias en mi haber. La primera es que me ha prometido que buscará ayuda. Puede que no la cumpla, pero, si lo hace, tendré que rogarle a Pip que la acepte como paciente. Sea como sea, esa semilla ya está plantada, y tengo esperanzas de que germine. La segunda victoria es que saldrá de aquí hoy mismo, veinticuatro horas antes del plazo prometido por Zeth para venir a por mí. Y la tercera es que probablemente la chica esté demasiado abrumada como para darse cuenta de que está tecleando el número de teléfono de ese cabrón en mi móvil. Y tener su número será una gran victoria. Habré recuperado mi poder. Una pequeña parte, al

menos. Y por fin tendré algo de ventaja sobre él. Algo que podré darle a la policía si lo necesito.

Hago mis rondas vespertinas, con cuidado de evitar el ala este de la uci, donde está ingresada Carrie. Lo último que quiero es encontrarme con Zeth cuando venga a sacarla a hurtadillas del hospital. Al final de mi jornada, a las siete de la tarde, vuelvo a su habitación a buscar mi móvil. Tal y como sospechaba, la cama de Carrie está vacía y la ropa destrozada que trajo ayer ha desaparecido. Sin embargo, cuando abro el cajón de la mesita de noche, mis preciosas victorias se marchitan al instante. Mi móvil no está donde le pedí que lo dejara. Se lo ha llevado.

«Mierda».

13
ZETH

Pippa, recibido a las 11:33:

Espero que me hayas hecho caso, Sloane. ¡Aléjate de ese tío! ¡En serio!

Cuando leo los mensajes de Sloane, siento un cosquilleo de satisfacción. Sí, lo sé, estoy mal de la puta cabeza, pero estoy así de obsesionado conmigo mismo. Me hincho como un pavo al ver que ha estado hablándole de mí a su amiga. Yo no la he mencionado con ni una sola persona sobre la faz de la tierra, pero bueno, es lo que hacemos los tíos. Nos tragamos nuestra propia mierda, no soltamos prenda. Las tías no son así. Parlotean como gallinas. Me estoy preguntando distraídamente si le habrá contado a la tal Pippa lo grande que tengo la polla, si es que se acuerda de lo grande que la tengo (pues claro que se acuerda) cuando vibra el teléfono.

(206) 555-0142, recibido a las 21:32:

Capullo.

Sé que es ella. Y sé que es para mí. Hago una mueca y contesto:

Yo:

Zorra.

(206) 555-0142, recibido a las 21:32:

Ese móvil lo tengo por contrato. Haz el favor de devolvérmelo.

Yo:

Pues tendrás que venir a buscarlo, ¿no?

Estoy jugando con fuego. No debería intentar verla. Debería cortar todos mis vínculos con ella. Desde que me traje a Lace del hospital y la obligué a meterse en la cama, la he interrogado de ochocientas maneras posibles.

¿Le diste alguna dirección?

«No».

¿Le dijiste dónde trabajo?

«No».

¿Le dijiste cuál era tu verdadero nombre?

«No».

¿Le dijiste mi verdadero nombre? ¿Lace? ¿Le dijiste mi verdadero nombre o no?

«Sí».

En fin, no es culpa suya. La chavala iba drogada hasta las cejas y no tuve ocasión de decirle cuál era la historia que tenía que contar, pero de todos modos… Estoy furioso porque Sloane sepa cómo me llamo. No sé por qué, pero ahora me parece que hay un gran desequilibrio de poder. Yo lo sé todo sobre ella. Pero hasta ahora, ella no sabía nada de mí, y me gustaba ser la parte anónima en todo este circo.

(206) 555-0142, recibido a las 21:41:

Dame la dirección. Mandaré a la policía a buscarlo lo antes posible.

Está más peleona que cuando nos encontramos en el pasillo del Saint Peter's. Pero es fácil ser una capulla vía mensaje. Cara a cara es otra historia. Cuerpo a cuerpo. Todavía no tengo bien calada a la chica, pero me preocupa que no sea tan lista como creo que es. Es médica, así que sería de sentido común pensar que tiene cerebro. Que se olvidará de todo esto y se olvidará de mí, como le he dicho que hiciera. Sin embargo, sé de primera mano cuánto desea encontrar a su hermana, y dudo que eso cambie por mucho tiempo que pase.

Yo:

515 West Ave, Apartamento 12C. Mañana a las ocho de la tarde. Ponte algo bonito y corto. Y te recomiendo que te dejes a la policía en casa. No nos llevamos muy bien.

Pulso el botón de enviar mientras esbozo una sonrisilla. No le he dado la dirección de la nave industrial. Le he dado la dirección del apartamento que tengo en el centro, donde celebro mis pequeñas reuniones. «Reuniones» tampoco es el mejor término para estos encuentros, pero a Lacey le parece mejor que el que utilizaba antes: la follafiesta. El primer sábado de cada mes siempre es igual en el 515 de la West Avenue, y mañana por la noche no será ninguna excepción. Se me pone tiesa la polla dentro de los pantalones solo de imaginarme a Sloane llamando a la puerta, sin tener ni idea de lo que la espera al otro lado.

No es más que una medida de precaución. Si no sigue el consejo de la tal Pippa y mañana por la noche se presenta allí, me aseguraré de que, por mucho que quiera encontrar a Alexis, salga corriendo nada más oír el sonido del nombre que ahora sabe que me pertenece.

14

ZETH

Me paso el día siguiente con un subidón de adrenalina constante esperando a que llegue la hora. De todos modos, hacia finales de mes siempre me pongo un poco ansioso, básicamente porque estas fiestas satisfacen un poco mis gustos más particulares. También asisto a veladas que organizan otros —Matty solía organizar una de lo más guarra—, pero no es lo mismo. Cuando son bajo mi techo, siento que las cosas están bajo mi control. Consigo lo que quiero de quien yo quiera. La liberación que siento no es la misma cuando yo no soy el único amo al que obedecer. No es que no deje que asistan más tíos… Eso no funcionaría. Pero todos los que están en mi lista de invitados saben muy bien quién es el jefe, y así es como necesito que sea.

Ya casi ha oscurecido cuando me monto en el Camaro y voy para allá. Lace está tumbada en el asiento trasero, dormida. No pienso dejarla sola ni un segundo, aunque eso implique que tenga que pasarse la noche metida en una habitación con Michael vigilándola todo el rato. Suena el aviso de una notificación en el móvil, lo que la hace refunfuñar adormilada. Me saco el que llevo en el bolsillo izquierdo mientras trato de recordar si es el mío o el de Sloane. Es el mío, y curiosamente la alerta, un *email,* es de Michael.

De: mikeywest@webhostprime.com
A: 443232111@connectlive.com
Recibido el 21/02/14 a las 19:21

Oye, jefe, para que lo sepas. Todavía no he encontrado nada sobre la chica. Si Charlie la ha enterrado, la ha enterrado bien hondo. Algunos de los chicos de

Rufus la están buscando también. No tienen ningún nombre. Llegaré en una hora.

Puede que llame a Charlie mi jefe, pero cuento con un montón de chavales que se reservan ese nombre para mí. Hace ocho años que tengo en nómina a Michael, que es hábil con los puños y tiene los nervios de puto acero. Después de la no muy sutil amenaza de Charlie en nuestra última reunión, sé que debe de haber alertado a algunas personas de que estaba metiendo las narices en sus asuntos. Pero yo siempre he mantenido a Michael alejado de Charlie. No estarán vigilando a un cabrón de Luisiana de casi dos metros. Me guardo el móvil y proceso la información que me ha dado: que aún no sabe dónde está la chica, ni ha encontrado ningún otro dato que confirme que todavía existe, pero que está en ello. Al final acabará encontrando algo. Es cuestión de esperar.

Llegamos al apartamento poco después. Aparco el Camaro en el estacionamiento subterráneo y cojo en brazos a Lacey con cuidado de no despertarla. De camino al ascensor, me rodea el cuello con los brazos. Cuando llego a la cuarta planta, me encuentro la puerta abierta y a Ganya metiendo dentro de la casa cajas de botellas de vodka del pasillo.

—Pensaba que al principio de la noche te gustaba que las chicas estuvieran conscientes, Zee.

Lo fulmino con la mirada, pero ignoro la pulla y entro. Me encamino al pasillo del lado este del enorme apartamento de seis habitaciones y dejo a Lacey en la última de ellas, asegurándome de que la puerta cierre bien. No sería la primera vez que tenemos problemas con visitantes indeseados que se toman demasiadas libertades. La puerta se cierra con llave, así que la dejo dormir y después compruebo que el resto del piso esté preparado. Las máscaras ya están dispuestas en una mesa, al lado de la puerta principal. El tema de este mes es el oro, así que casi todas son blancas o negras y están cubiertas de purpurina dorada, o lo que sea esa mierda que ponen en las máscaras venecianas. Cojo la más fea que encuentro —una de diablo, con cuernos y la boca curvada

hacia abajo— y me la reservo para luego. Me complace descubrir que todo está organizado y donde tiene que estar. Hay luces tenues y un resplandor tostado de color miel que arroja tantas sombras como luces, fruta cortada y otros dulces dispuestos en bandejas para los invitados, y particiones de seda en las esquinas más discretas de las habitaciones para que la gente pueda tener un poco de intimidad si la desea. La mayoría de los asistentes no la necesitan, pero por si acaso.

Los invitados empiezan a llegar, ataviados con esmóquines y vestidos de noche brillantes, y el pelo recogido en moños elegantes que piden a gritos que los despeinen. Nadie dice su nombre. Las máscaras están en su sitio. Voy a prepararme, tratando de mantener la mente clara. Pero mis putos pensamientos son un no parar. ¿Vendrá? ¿Se atreverá? Y, si es así, ¿qué coño hará cuando vea todo esto?

15
SLOANE

Debo de estar mal de la cabeza.

No solo no he hablado con la policía, sino que voy de camino a la dirección que me mandó Zeth y me he puesto el vestido más corto y ajustado que tengo. No sé por qué, pero ese mensaje me pareció un desafío. Se notaba que no creía que me fuese a atrever, y a mi vena más rebelde le han entrado ganas de hacerle una peineta. Pero eso ha sido hace bastante rato. Después del peor día del mundo en el trabajo, porque me han interrogado sobre la desaparición de Carrie («Fuiste la última que la vio, doctora Romera. ¿Estás segura de que no dio a entender que pensaba irse?»), lo último que necesito es pelearme con este tío. Pero no soy tonta. Lo más probable es que eso ocurra, así que voy absolutamente mentalizada.

Dejo el coche a dos calles de allí y me dirijo al edificio. ¿Debería decirle a Pippa lo que estoy haciendo? Si desaparezco y no se vuelve a saber nada de mí, al menos podría informar de dónde estaba la última vez que habló conmigo… Pero no se lo puedo decir. Primero porque no tengo el puto móvil y no me sé de memoria los de los demás, y segundo, porque me echará la bronca del siglo por no haberle hecho caso.

Pulso el botón del 12C. Me pregunto si la chica estará aquí. He traído el maletín de suministros médicos por si acaso; así podré echarle un vistazo a las heridas y cambiarle los vendajes. Y también podré dejarle los antibióticos que, sin duda alguna, va a necesitar. Oigo el ruido del interfono, pero nadie dice nada. De todos modos, quienquiera que esté arriba pulsa el botón y la puerta vibra de forma estruendosa y se abre.

Subo cuatro plantas antes de que el sonido de la música y las risas llegue flotando por el aire. Alguien está celebrando una fiesta. Un hombre solitario, con las manos juntas delante de sí, me observa acercarme desde el final del pasillo. No tardo mucho en darme cuenta de que la música procede del apartamento al que voy, y de que el tipo trajeado está montando guardia en la puerta como un segurata. ¿Qué narices es esto?

—¿Puedo ayudarla en algo? —pregunta con voz grave y aterciopelada. Tiene la piel marrón claro y los ojos de un sorprendente e intenso azul. Lleva la cabeza rapada y medirá casi dos metros, así que resulta imponente y peligroso a la vez que refinado. Como un estilete. Esbelto, bellamente construido… pero tan letal como cualquier espada.

—Yo… Zeth me dijo que viniera. —¿Por qué narices me habrá dicho que venga aquí mientras tiene montada una juerga? Debe de haber sido su forma de minimizar los daños, de asegurarse de que, como hay tanta gente delante, no le montaré un numerito por… en fin, por todo.

El portero me sonríe con educación.

—¿Me dice su nombre, por favor?

—Sloane. Sloane Romera.

No tiene delante una lista de invitados en una tablilla, ni tampoco lleva pinganillo, pero asiente al oír mi nombre, lo que me confirma que me están esperando.

—Bienvenida, doctora Romera. Soy Michael. Si necesita algo durante la noche, no dude en venir a buscarme. —Se hace a un lado y abre la puerta que hay tras él, tapándome con su cuerpo las vistas de la habitación. Señala una mesa que hay detrás de la puerta con la palma de la mano hacia arriba y me sonríe cortésmente—. Elija una máscara, por favor.

¿Que elija una máscara? Enrosco los dedos de los pies dentro de los zapatos. La última vez que me tuve que poner una máscara fue en el hotel, la noche que conocí a Zeth. Al final no sirvió de gran

cosa, porque la oscuridad era completa, pero la asociación hace que un terror líquido empiece a fluir por mis venas.

—Esto… No, prefiero no hacerlo.

Michael asiente con gesto comprensivo, como si no fuese la primera vez que tiene esta conversación.

—Lo siento, doctora Romera, pero sin la máscara no puedo dejarla entrar.

Pedazo de cabrón… Quiero recuperar mi móvil. Quiero ver si Carrie, o como coño se llame, está bien. Quiero descubrir lo que Zeth sabe sobre mi hermana. Contemplo la larga mesa con los dientes apretados. Quedan seis máscaras. Cuatro de ellas son más bien masculinas; las dos más femeninas son negras con remolinos dorados, y una de ellas tiene unas plumas de un color metálico entre negro, púrpura y verde. Es bonita, así que me la pongo y Michael me concede el honor de ajustármela en el pelo. Me da la impresión de que no es la primera vez que lo hace.

—Gracias por su comprensión, doctora Romera —dice.

Y entonces se aparta para dejarme ver la habitación que se abre tras él… y me da un vuelco el estómago.

16
SLOANE

Conocía la palabra, pero nunca lo había visto con mis propios ojos. Es una orgía. Una bacanal. Sexo en grupo. Después de eso, me bloqueo. No se me ocurren más palabras para designar lo que tengo delante.

Ante mí se despliega un enorme salón abierto en el que hay al menos cincuenta personas con distintos niveles de desnudez. Algunos hombres siguen completamente vestidos y tienen mujeres hermosas —con los vestidos bajados para dejar los pechos al descubierto o subidos para exhibir los coños depilados— sentadas sobre sus piernas o arrodilladas en el suelo, a sus pies.

Mire donde mire, veo carne sujeta con ataduras de cuero. Parejas que se besan, que se magrean, manos por todas partes. Al fondo de la sala, un hombre echa la cabeza hacia atrás, extasiado, mientras una mujer de rodillas y completamente desnuda le chupa la polla dura como una piedra delante de todo el mundo.

Me quedo boquiabierta. Me vuelvo hacia Michael, que sigue ahí plantado, y este se encoge de hombros.

—Si está buscando a Zeth, lo encontrará en la habitación del fondo. Pero tendrá que cruzar el apartamento para llegar hasta allí. —Sonríe con una lentitud insoportable—. El jefe me pidió que no cerrara la puerta principal después de dejarla entrar. No la cree capaz de entrar.

En fin, pues en eso tenía razón. Esta mierda no es para mí. Niego con la cabeza y doy un paso hacia Michael y hacia la puerta abierta. El hombre se encoge de hombros otra vez.

—Me ha dicho que es una mojigata y que se jugaba el cuello a que se iba a marchar en cuanto viera… —Mira hacia la sala y esboza

una sonrisilla de suficiencia—. En fin, todo esto.

—Es un hijo de puta arrogante —le suelto.

—Sin duda. Pero me temo que si se va, no le demostrará lo contrario. Solo hay una forma de afrontar esto… —Me guiña un ojo—. Vaya a cantarle las cuarenta. Se lo merece.

Lo miro con los ojos entornados.

—¿Has apostado dinero en esto?

Sonríe de medio lado.

—Mil dólares.

¿Mil dólares? ¿Zeth está tan seguro de mi reacción que se ha jugado tanta pasta? Eso debe de ser calderilla para él teniendo en cuenta que pagó la factura del hospital de Carrie en metálico, pero, en fin, de todos modos, perder ese dinero tiene que escocer.

Respiro hondo. «Ya has llegado hasta aquí. Ya has visto lo que está pasando ahí dentro. Lo único que tienes que hacer es ir a buscarlo».

—Está bien. —No me permito pensármelo más. Doy media vuelta y me encamino directa hacia el pasillo que hay en el otro extremo del enorme salón. Antes siquiera de ser consciente de lo que hago, estoy pasando por encima de los cuerpos que hay por el suelo. Hago todo lo posible por mirar al frente, pero no puedo evitar que se cuelen algunas cosas en mi campo de visión. Cosas que se quedarán grabadas a fuego en mi mente para siempre.

Cuando llego al pasillo, veo que tiene ocho puertas, cuatro a cada lado. La mayoría están abiertas, pero hay algunas cerradas y al otro lado se oyen fuertes gemidos. Gemidos de éxtasis y el golpeteo de la piel contra la piel. Me da demasiado miedo abrir las puertas cerradas, así que me asomo a las abiertas, respirando hondo cada vez con el fin de prepararme para lo que pueda encontrar. En la primera me reciben un nudo de brazos y piernas enredados, cuatro mujeres y dos hombres tan entrelazados que cuesta distinguir dónde terminan unos y dónde empiezan los otros. Retrocedo lo más rápido que puedo. En la segunda habitación hay un grupo de hombres y mujeres, todavía con sus elegantes trajes y hermosos vestidos

puestos, observando a una pareja que folla en el suelo. Los mirones beben delicadamente de sus copas de champán mientras se tocan con sutileza. Veo una mano deslizándose por debajo de un vestido, rozando la piel sensible. Otra de manicura perfecta acaricia una erección por encima de unos pantalones de aspecto caro. Un chico que lleva una ornamentada máscara de tigre con feroces rayas doradas se vuelve y me ve. Da un trago de su copa, deja de acariciar el pecho expuesto de su compañera y me tiende la mano.

Ah, no. Ni de coña.

Me largo pitando de ahí y me dirijo a la última puerta de la derecha. Por un instante, tengo la sensación de que está cerrada y me preparo para dar media vuelta, pero enseguida soy consciente de mi error. La puerta está abierta de par en par. Lo que pasa es que las luces están apagadas.

«Serás hijo de puta…».

Agarro con fuerza el asa del maletín y, tras respirar hondo una vez más, entro.

—Estás enfermo, ¿lo sabes? —Le digo a la oscuridad. Un suave ruido me da la bienvenida, seguido de un destello de movimiento. Sí, las luces están apagadas, pero detrás de mí el pasillo está iluminado, así que la oscuridad no es tan profunda como la última vez. Puedo ver lo suficiente para distinguir la figura acechante que se me acerca poco a poco.

—Sé que no soy normal, si es eso a lo que te refieres. —Una terrorífica máscara de diablo emerge poco a poco entre las sombras. Zeth va vestido de negro de pies a cabeza. Lleva un traje precioso; se nota a pesar de la falta de luz.

Sus ojos oscuros brillan detrás de la máscara, aguzados y hambrientos.

—Me has sorprendido, Sloane. Me gusta que me sorprendan —añade con voz ronca.

—Pues tú también me has sorprendido, aunque en mi caso no puedo decir que me guste.

Se ríe. Su voz es tan profunda y potente que reverbera hasta en las plantas de mis pies.

—Deberías abrir un poco tu mente. Nunca se sabe lo que te puede gustar hasta que no lo pruebas.

—Sé exactamente lo que me gusta, Zeth, y estar rodeada de cincuenta personas desnudas restregándose no me gusta.

Cuando pronuncio su nombre, veo un destello de irritación en los ojos que me miran tas la máscara. Se acerca a mí, alarga una mano y me acaricia la mandíbula. Mientras me toca la piel, parece pensativo, intrigado por mi quietud. Porque no soy capaz de moverme.

—Si no te gusta mirar, Sloane, siempre puedes unirte.

Le aparto la mano de un manotazo y lo fulmino con la mirada, también desde detrás de la máscara.

—Devuélveme mi móvil.

Me contempla un segundo y, con una sonrisa de suficiencia, mete la mano en el bolsillo de sus pantalones y saca mi teléfono. Me lo ofrece, pero estoy convencida de que lo va a alejar de golpe en cuanto yo haga ademán de cogerlo, de modo que opto por tender la mano con la palma hacia arriba para esperar que lo deje ahí. Hace un mohín al ver que le he estropeado el juego, pero me da el móvil. Lo meto en el maletín, al que todavía sigo aferrada como si me fuera la vida en ello.

—Si he venido esta noche es para que sepas que no te tengo ningún miedo, Zeth. Y porque quiero saber qué información tienes sobre mi hermana.

—¿En serio? —Mira el maletín que tengo en la mano—. A juzgar por la maletita, diría que sabías de qué iba esta pequeña reunión que nos hemos montado y que has traído algunos juguetes.

Recuerdo su bolsa negra, la que llevó al hotel, y aprieto los dientes.

—¿Como la tuya? Yo no soy la pervertida que va por ahí con una bolsa llena de accesorios para *bondage.*

Zeth baja la mirada, ladeando la cabeza de forma calculada. Su bolsa negra está en el suelo, a mi izquierda, junto a la puerta. Me estremezco al verla.

—Mi bolsa de juguetitos es un poco más grande que la tuya, Sloane. Y ahí dentro no hay solo accesorios de *bondage.* Quizá tengas el valor suficiente de abrirla y ver qué más hay…

Las infecciones son uno de los principales problemas tras una cirugía. Los médicos dedicamos mucho esfuerzo a asegurarnos de que no aparezcan, de que las heridas que hacemos o tratamos de reparar se mantengan limpias, pero a veces ocurren, aunque vayamos con todo el cuidado del mundo. Las heridas se infectan. Los órganos se inflaman. El cuerpo rechaza sus nuevos miembros. He sido testigo de ello incontables veces, pero nunca lo había experimentado de primera mano. Hasta ahora, quiero decir. Zeth está haciendo una carnicería en mi pecho, que está abierto de par en par, y mi corazón ya está inflamado. Bombea bajo mis costillas, luchando contra esa sensación extraña y ajena con la que me está infectando.

—No pienso tocar esa cosa. Y lo que he traído es mi maletín de material sanitario para atender a Carrie. —Pongo énfasis en el nombre falso que me dio para que sepa que estoy al tanto de su mentira. Él ni se inmuta.

—«Carrie» está durmiendo. Pero estás invitadísima a jugar a los médicos conmigo… Con la inspiración adecuada, sé ser muy buen paciente. —Levanta la mano despacio, igual que te acercarías a un caballo nervioso. Mi madre me enseñó cómo hacerlo cuando era pequeña. «Deja que te vea la mano, cariño. Deja que vea que no le vas a hacer daño». Sin embargo, la chispa de diversión en los ojos de Zeth me asegura que él sí me va a hacer daño a mí. De un modo u otro. Que quiere poner mi mundo patas arriba.

Alza la mano hacia mi pómulo y me ofrece una caricia delicada como una pluma, nada que ver con el modo en que me tocó en el hospital. Sin embargo, la gentileza de ahora no compensa la brusquedad de entonces.

—No pienso jugar a nada contigo, Zeth. Si te importa algo Carrie, deja que la vea. No tiene las muñecas curadas. Necesita medicación y que le cambien los vendajes.

—Está tomando amoxicilina y se le cambian los vendajes tres veces al día. Más si es necesario. Tiene puesto un gotero para que le ayude a recuperar el plasma que ha perdido y está haciendo reposo absoluto. Y ahora mismo está durmiendo —gruñe. Lo he cabreado, salta a la vista. Trago saliva al ver que avanza un poco hacia mí, inclinándose para que su cuerpo quede más cerca del mío. Treinta centímetros nunca me habían parecido tan cortos—. Y ahora, Sloane, si no te importa, estoy celebrando una fiesta. Si eres una cobarde y te vas a largar, te sugiero que lo hagas ya, antes de que empiece a subir la temperatura.

¿Antes de que empiece a subir la temperatura? ¿No le parece que en su salón está ya lo bastante alta? Yo creo que tiene más o menos los mismos grados que la superficie del sol… Quizá no haya salido todavía de este cuarto. Quizá no tenga ni idea de lo que está ocurriendo. Quizá pensara que lo que sus invitados iban a hacer con la comida era… en fin, comérsela. Mi subconsciente se ríe de mí a carcajadas, señalándome con el dedo. «Estaba sentado en la oscuridad… esperándote. Sabe perfectamente lo que está pasando, estúpida».

—Vale. Me voy. Pero antes tienes que decirme una cosa, Zeth. ¿Está viva?

No me refiero a Carrie.

Me refiero a Alexis.

Mi fachada de testarudez se derrumba un poco. En ocasiones me permito llorar desconsolada por haber perdido a Lex, sollozar hasta que me entran ganas de vomitar, pero no pienso desmoronarme así delante de él. No pienso permitir que me vea tan débil. Zeth resopla y hace algo inesperado: se quita la máscara poco a poco. Detrás de él hay una cama. La distingo en la oscuridad cuando lanza la máscara encima y empieza a quitarse los gemelos que lleva en las muñecas.

—¿Qué… qué haces?

—Tienes que verlo —responde escuetamente.

La puerta sigue abierta tras de mí. Debería hacer uso de ella. Debería dar media vuelta y salir de aquí. Sin embargo, hay algo en sus ojos oscuros, que me acarician el rostro, que me enraíza donde estoy. Desde que nos reencontramos, hace cuarenta y ocho horas, nuestras interacciones se han limitado a robos, amenazas y desafíos, pero ahora me da la sensación de que se está derrumbando una barrera entre los dos, de que estamos a punto de vivir un momento de sinceridad. Y ese pensamiento, en sí mismo, es tan impactante que me entran ganas de salir corriendo y esconderme. Se quita la chaqueta del traje y la cuelga en una butaca de respaldo alto de la que solo se distingue su sombra. Luego se desabrocha la camisa. Mientras libera los botones uno a uno, desde el cuello hacia abajo, flexionando los músculos, la tela se le ajusta a los hombros y se le pega a los brazos. Bajo la camisa lleva una camiseta de tirantes negra ajustada al torso, pegada a cada centímetro marcado y musculoso. Parece un puto luchador de lucha libre. Tiene la piel clara, marfil marcado con pinceladas de tinta negra. Me mira con el ceño fruncido y siento la necesidad de secarme las palmas sudadas contra el vestido. Madre mía. Lo odio, pero su presencia es imponente, y magnética, y me mira como si ya estuviera dentro de mí, y… me desarma.

Con rápidos movimientos, se quita la camiseta, revelando una pared de músculos que se estiran y se contraen. Cada una de sus partes individuales encaja en un conjunto, al compás único de sus movimientos. Tiene cuatro o cinco tatuajes pequeños en el pecho, además de los del brazo, pero me cuesta distinguirlos con tan poca luz. Sin embargo, sí veo con más nitidez una flor de lis que asoma justo encima de su cadera, y un águila con las alas desplegadas en el pectoral izquierdo. Hay un texto escrito alrededor de su cuello, palabras con una caligrafía elaborada que no acierto a leer. Da un paso hacia delante y yo doy otro hacia atrás, conteniendo el aliento. Estoy al lado de la puerta: los movimientos de Zeth me han acabado

llevando bajo la luz, si bien solo a medias. La parte frontal de su cuerpo —su pecho, su abdomen definido, la «V» marcada que atraviesa sus caderas y desaparece bajo su cinturón— está bañada de la luz del pasillo. El resto de su cuerpo queda oculto entre las sombras.

—Aquí —dice, señalándose el abdomen— es donde me apuñalaron la primera vez. —Veo el color amoratado de la cicatriz que está señalando y mi cuerpo recuerda. Recuerda el suyo. Si cerrase los ojos, sabría cómo es esa cicatriz al tacto. He revivido el momento en que la acaricié tantas veces, cuando estoy sola en la oscuridad… Siento un cosquilleo en los dedos con el eco de ese recuerdo, el eco de esa piel tersa y rígida—. Estas dos son de la segunda vez —dice, recorriendo su propia piel con los dedos. Esas cicatrices no son pulcras y cuidadas como la primera; son desiguales y de aspecto violento, de cinco centímetros de largo y casi púrpuras. Son de cortes mal suturados. Es muy propio de mí que, mientras me está enseñando las cicatrices, mi monólogo interior, tan profesional como siempre, se dedique a criticar el trabajo de quienquiera que le salvara la vida. Yo lo habría hecho mucho mejor.

—Y aquí es donde me dispararon. —Se mueve para que la parte superior de su cuerpo quede bajo la luz y veo una herida roja e hinchada unos cinco centímetros por debajo de la clavícula. Muy cerca de haberle perforado un pulmón: un par de centímetros más y le habría causado daños graves, irreparables, tal vez. La herida es muy reciente.

Llamadlo curiosidad profesional, pero… tengo que saberlo.

—¿Cuándo te hiciste eso? ¿Por qué?

Zeth me coge de la mano y tira de mí. Mis pies tratan de quedarse anclados donde están, pero el resto de mi cuerpo va hacia él como si esto hubiese sido inevitable desde el principio. Coloca mi mano sobre la herida de bala mientras me mira a los ojos. Le arde la piel; está tan caliente que es como si me hubiera prendido fuego a la mano.

—Hará unas tres semanas —contesta en voz baja—. Y fue porque el tipo al que me mandaron matar no tuvo ganas de aceptar su destino sin protestar.

Joder. Intento apartar la mano, pero él me la coge con fuerza, pegándosela a la piel. No puedo escapar.

—Este es mi mundo —añade—. Un mundo de puñaladas y disparos. Es oscuro. Es aterrador. Muere gente. Si tu hermana ha caído en un mundo como este, ¿crees que habrá sobrevivido?

Se me llenan los ojos de lágrimas. Quiero pegarle. Quiero asestarle un puñetazo en la cara con la fuerza suficiente para sentir cómo se rompen los huesos, los suyos o los míos, en realidad no me importa. Y estoy tan furiosa que sí, le pego, pero con la mano abierta. Lo abofeteo lo más fuerte que puedo, girándole la cara de golpe. Me he hecho un daño de cojones. Cuando Zeth me encara de nuevo, de forma lenta y deliberada, el pánico ya se ha adueñado de mí. Tiene una gotita de sangre en el labio inferior, donde le he partido la piel. Se me para el corazón. Soy muy consciente de que acabo de cometer una estupidez. Una gran estupidez.

—Pensaba que no querías jugar, Sloane —gruñe. Sin soltarme la mano, empieza a dirigirse al fondo de la habitación, tirando de mí. Se me acelera el corazón. Me resisto, pero él no me suelta; es más, se inclina y me coge en brazos tan repentinamente que no me da tiempo ni a gritar. Con tres largas zancadas, recorre la distancia que separa la cama de la puerta y me tira encima, todavía fulminándome con esos ojos casi negros.

—Te juro por Dios que si me violas, te mato —le espeto.

Zeth suelta un gruñido feroz que nace en lo más profundo de su garganta, salvaje y peligroso.

—Yo no fuerzo a las mujeres, Sloane. Si follamos, será porque tú quieras.

—Ya, ¿y por eso me acabas de tirar encima de la cama?

—Te he tirado encima de la cama porque acabas de pegarme, y eso no ha estado nada bien. Pero he decidido proponerte un trato.

Echo un vistazo a la puerta. Está a un poco más de tres metros de distancia, pero no conseguiré llegar sin que me intercepte.

—¿A qué te refieres con un trato?

Se agacha junto a la cama y yo regreso a aquella habitación de hotel. Sin embargo, esta vez me fijo en su mirada cómplice e inquisitiva. En esa mandíbula poderosa que avergonzaría a cualquier hombre en comparación, y que, unida a los otros rasgos únicos que componen su rostro —las cejas oscuras, el hoyuelo de la barbilla, los labios carnosos y unos pómulos que ya querrían la mayoría de las mujeres—, lo convierten en el ser humano más hermoso que he visto en mi vida. Pero no es su aspecto lo que me deja paralizada como una estatua. Es cómo me mira, como si, en este momento, yo fuese lo único que existe en su universo.

—Te voy a hacer dos preguntas —me anuncia con cautela—. Luego puedes elegir quedarte aquí y hacer lo que yo te diga que hagas o marcharte. Puedes irte a casa y olvidarte de todo esto, y de mí, y de lo que has visto aquí esta noche. Será tu decisión.

No me lo tendré que pensar mucho. No creo que me esté mintiendo. Dejará que me vaya de aquí; lo veo en sus ojos.

—Está bien.

—Está bien —repite. Me invade un cosquilleo de nervios al ver que se incorpora y se sienta en el borde de la cama. Se inclina hacia mí y apoya la mano izquierda junto a mi cabeza para sostener su peso mientras se cierne sobre mí—. ¿Te has follado a alguien después de mí?

¿Qué clase de pregunta es esa? Espera a que le conteste mientras yo finjo indignarme por lo indigno de su pregunta, pero a él no parece importarle haberme cabreado. Se limita a esperar. Está bien. No tengo ninguna razón para mentirle.

—No. No me he acostado con nadie desde entonces.

Su única reacción está en sus ojos, que entorna, arrugando ligeramente las comisuras.

—Bien. Gracias. Y ahora contéstame a esto… —Contengo el aliento. La pregunta va a ser jodida, lo veo venir—. Cuando nos

conocimos, te dije que tenías que dominarme o yo te dominaría a ti. Y has estado imaginando cómo sería eso desde entonces.

—Pues no. —Me tiembla tanto la voz que parezco una niñita aterrorizada. Zeth hace un ruidito de desaprobación.

—Con lo bien que lo habías hecho hasta ahora diciendo la verdad… No lo estropees, Sloane. Y, de todos modos, esa no era la pregunta. Ya sé que la respuesta es sí. —Va descendiendo sobre mí mientras habla hasta que deja el rostro a un par de centímetros del mío. Ladea la cabeza y luego desciende todavía más para acariciarme un lado de la cara con la nariz al tiempo que inhala despacio y luego exhala. Su aliento caliente me hace estremecer tan violentamente que he de tensar los músculos para detener los temblores—. No has sido capaz de dejar de pensar en mí. Me tienes en mente todo el rato, te preguntas constantemente quién soy…, dónde estoy…, qué estaré haciendo…, a quién me estaré follando… —Exhala la última palabra directamente en mi oído y yo aprieto las piernas—. Por la noche, cuando estás sola, cuando te tocas, soy yo quien hace que te mojes. Y te lo has estado preguntando durante todo este tiempo. Te has estado preguntando cómo habría sido esa noche si te hubiera dominado yo a ti. Qué te habría hecho. Cómo te habría hecho mía. Así que mi última pregunta para ti, Sloane, es la siguiente: ¿eres lo bastante fuerte para admitir que esto es lo que deseas? ¿Eres lo bastante valiente para descubrirlo?

Me siento completamente expuesta. Es como si Zeth hubiera encontrado el modo de entrar en mi mente y leer mis pensamientos más íntimos. No tiene forma de saber todas esas cosas sobre mí, pero las dice con una certeza tan inequívoca que sé que sabe que son ciertas. Y lo son. Mierda. Cierro los ojos y trato de respirar, a pesar del pánico. Pánico porque tengo a Zeth encima de mí, porque es puro sexo y malignidad envueltos en un paquete irresistible, ardiente y tatuado.

—Yo… No deseo eso, Zeth.

Si le ha decepcionado mi respuesta, no lo demuestra. Se aparta un poco para darme espacio.

—Está bien. En ese caso, ha sido una visita agradable, Sloane. Pero si así son las cosas, creo que es hora de que te marches.

Me incorporo y lo observo. Habla en serio. Va a dejar que me vaya. Bajo las piernas de la cama, despacio, tensa, preparada, por si es un truco. Él se pone de pie, recoge su camisa y empieza a ponérsela. La deja abierta para recoger los gemelos de un mueble oscuro. Su silueta, los tatuajes, la cara, la camisa abierta… Tiene una forma animal y profundamente sexual de moverse que es suya, que se ha ganado. No es una pose. Salta a la vista. Él es así, y punto.

—¿Y bien? —pregunta.

—¿Qué…? —No consigo articular las palabras. Odio hasta haberlas pensado—. ¿Qué vas a hacer cuando me vaya?

Zeth vuelve hacia la cama y se pone delante de mí. Mis ojos quedan a la altura de su ombligo, que es absolutamente perfecto. ¿Cómo es posible que alguien tenga un ombligo tan perfecto? Dobla el dedo índice y me levanta la barbilla para que nuestras miradas se encuentren sobre el largo de su torso.

—Voy a salir ahí fuera, beber un poco de champán y luego voy a buscar a alguien que quiera jugar.

—¿Jugar?

—Sí. Y no al puto ajedrez, Sloane. Alguien que quiera que me la folle hasta que se le nuble la vista. Alguien que me deje hundirle la lengua en el coño. Alguien que me permita saborearla, que deje que la ate y la aterrorice. Alguien a quien le guste todo eso. Tenía la esperanza de que esta noche fueras tú, pero…

Trago saliva.

Y luego trago saliva otra vez. Tengo la garganta como si hubiera inhalado el puto desierto del Sáhara. Tengo que irme de aquí antes de cometer alguna estupidez. Me pongo de pie tan rápido que Zeth ha de dar un paso atrás para que no me choque con él.

—Yo… Mañana trabajo… Yo… —Corro hacia la puerta, luchando por… ¿por qué? ¿Por encontrar fuerzas para marcharme?

—Ejem… —dice. Cuando me vuelvo, está bañado de luz amarillo pálido—. Creo que te olvidas de algo. —Se inclina, coge mi maletín y me lo tiende. Cuando ve la expresión de mi rostro, esboza una sonrisa de suficiencia—. Sloane… Puedes quedarte si quieres, ¿sabes? No hace falta que lo verbalices. Y no te hace débil. Te hace fuerte.

Vuelvo hacia él mirándolo directamente a los ojos. No puedo… No puedo hacerlo. Yo no soy así. ¿Verdad? Pero ¿acaso sé quién soy? Me tiende el maletín mirándome con una ceja enarcada.

—¿Qué va a ser, chica valiente? ¿Quieres el maletín… o me quieres a mí?

Ha dicho que no hacía falta que lo verbalizara. Ha dicho que no me haría débil. Pero quizá… Dios, quizá, solo por un segundo, quiera ser débil. Llevo dos años siendo fuerte. Fui fuerte cuando se llevaron a Lexi. Fui fuerte cuando entregué mi virginidad para encontrarla. Fui fuerte cuando me di cuenta de que no podría salvarla. Estoy hasta las narices de ser fuerte. Respiro hondo y cierro los ojos. Ya estoy arrepentida de lo que voy a hacer.

Rodeo a Zeth y me siento en el borde de la cama.

Su voz grave rompe el silencio. Es un sonido profundo, eléctrico.

—Lo que yo pensaba.

17
ZEIH

Esta chica es una bomba de relojería, y está a punto de estallar en esta cama. Me voy a encargar yo de ello, aunque solo sea para recompensarla por no haberse meado de miedo cuando le he dicho que maté a una persona hace menos de un mes. Así es como habría reaccionado la mayoría de las chicas, pero ella no. No estoy ciego, sé que me tiene miedo. Pero eso solo significa que no es tonta. Solo a un pequeño porcentaje de mujeres le daría igual que me dedique a acabar con la vida de la gente, y esas mujeres están mal de la puta cabeza. ¿Para qué querría yo follarme a una loca?

Sloane me tiene un miedo sano. Eso es bueno. Sin embargo, no tiene ni idea de dónde se acaba de meter, de verdad que no, lo cual a mí me pone como una moto. No he abandonado mi plan de hacer que se cague de miedo para que salga pitando de aquí, pero mi lado más avaricioso quiere que primero disfrute un poco. Y puede que yo disfrute un poco también.

Cuando me dice que sí, esbozo una enorme sonrisa de satisfacción. Sabía que aceptaría. Era absolutamente imposible que me dijera que no. Tomó la decisión cuando decidió venir aquí. Me pongo de pie, dejándola en la cama, rígida, y me dirijo a la puerta.

—Levántate —le ordeno. Ella se mueve despacio, sin dejar de observarme, como si esperase que de un momento a otro me transformase en una especie de monstruo. Pobrecita. Ya debería saber que este es el aspecto que tienen los monstruos. Cuando se ha puesto de pie, me apoyo en el marco de la puerta y me cruzo de brazos—. Desnúdate.

Quiere negarse. Lo veo en su rostro, aunque también veo que se está esforzando al máximo por no contrariarme. Agarra el borde del vestido negro diminuto y ceñido que se ha puesto y se lo sube lo suficiente para mostrar que lleva unas medias como es debido, con su correspondiente liguero. Estoy aullando por dentro como un animal, joder. Ninguna chica se pone un liguero a no ser que sepa que se la van a follar. Yo tenía razón. Sloane podrá negarlo todas las veces que quiera, pero ya sabía lo que iba a pasar esta noche. Desliza los dedos con cuidado sobre los broches del liguero y luego apoya el pie sobre la cama para bajarse lentamente las medias, primero la derecha y luego la izquierda. Si sus movimientos son medidos, no es porque sea una maestra del arte del estriptis, sino porque se está cagando de miedo en esas braguitas de encaje. Me palpita la polla en los pantalones solo de verla, pero no me la toco. Aún tardaré un buen rato en tocármela.

—Y ahora el vestido.

Se quita el vestido deslizándolo hacia arriba, y a mí se me tensan los dedos al imaginar que son mis manos las que se lo suben. Sin embargo, yo le habría quitado el vestido de una forma un poco distinta: se lo habría arrancado de un tirón. El pelo le cae sobre los hombros como una maldita cascada cuando se lo termina de quitar por la cabeza. También tenía razón con la ropa interior: las braguitas son negras y de encaje, y el sujetador va a juego. Joder, qué de puta madre. Eli, ese cabrón asqueroso, le dijo que se pusiera encaje negro la primera vez que me encontré con ella. Le dijo que era lo que me gustaría, y ahora la tengo delante con ropa interior de encaje negro. Vaya, vaya.

—Bájate el sujetador —le ordeno. Parece sobresaltarse, como si de repente se hubiera dado cuenta de lo que está haciendo y le hubieran entrado ganas de largarse de aquí. No la detendría si lo intentara, pero tampoco se lo quiero recordar. Ahora que estamos en esta situación, necesito satisfacer mis deseos—. Hazlo, Sloane. Si no, te castigaré.

Sus ojos de chocolate, apenas visibles bajo la luz que entra tras de mí, se abren más que de costumbre. No dice nada. Por dentro, aplaudo su coraje al ver que se desliza los tirantes del sujetador por los hombros y se baja la prenda entera para dejar al descubierto sus pechos. Son grandes, naturales y perfectos, tal y como los recordaba de la noche que pasamos juntos. Puede que la haya incomodado con eso, pero ella no es la única que ha estado rememorando nuestra experiencia en la oscuridad desde entonces. Y puede que esa noche besara y chupara esas tetas, pero no pude verlas. Es una espina que tenía clavada. Hasta ahora.

Veo cómo se le endurecen los pezones y trato de que mis pensamientos no se reflejen en mi expresión. No es difícil. Soy un maestro de la intimidación, así que para mí esto es un juego de niños. Tiene un cuerpo increíble, perfecto en todos los sentidos, pero no se lo hago saber. Mi papel consiste en mostrarme lo más indiferente posible.

—Ahora túmbate en la cama.

Retrocede poco a poco, aún con los zapatos de tacón bajo puestos, y se sienta en la cama, rígida. Así que sigue sintiéndose incómoda… Es hora de ponerle remedio a eso. Es hora de quitarle hasta la última gota de vergüenza, hasta la última inhibición; es hora de lograr que se me derrita en las manos. Solo hay un modo de conseguir una gesta como esa, y es adueñarme de su cuerpo para que deje de considerarlo suyo. En su mundo habrá un único pensamiento, un solo deseo: el de complacerme.

Alargo una mano y atraigo su cuerpo hacia mí, acercando las piernas al borde de la cama para ponerme entre ellas. Me siento en los talones y sonrío al ver que ella piensa que le voy a hacer sexo oral. «No tendrás esa suerte, cariño».

—Tócate, Sloane.

—¿Qu… qué?

El ratoncito está asustado. Le pellizco el interior del muslo con la fuerza suficiente para que se estremezca.

—Que te toques.

Me quedo perplejo al ver que obedece. Desliza la mano entre sus piernas y empieza a acariciarse por encima de la ropa interior. Está bien, pero no tengo bastante con eso. Con un gruñido, presiono el pulgar en el punto en el que la he pellizcado hace un segundo. Ella se detiene un instante y cierra los ojos. Esta vez mete la mano debajo de las bragas y contiene un gemido.

—Buena chica. —Le aparto la ropa interior hacia un lado para ver lo que está haciendo y, durante un segundo, me alegro de que tenga los ojos cerrados, porque pierdo el control. Por primera vez en la vida, pierdo el control. Cuando veo su dedo corazón acariciando la carne resbaladiza de entre sus piernas, jugando con su clítoris, está a punto de escapárseme un gemido. He de apretar el puño y morderme los nudillos para contener el sonido. En ese momento, una sombra se cierne sobre la puerta, tapando la luz, y la mano de Sloane se queda inmóvil. Abre los ojos de golpe y ambos nos volvemos hacia allí. Dos de mis invitados han venido a explorar: un chico con una máscara en forma de tigre y una rubia alta y de largas piernas con un vestido negro y brillante. La chica todavía lleva puesta la máscara dorada, pero la parte inferior de su rostro está descubierta. Su boca se curva en una sonrisa seductora al ver lo que está ocurriendo en el interior de esta pequeña habitación.

—Dios mío. —Sloane trata de incorporarse a toda prisa, pero se me ocurre una idea que me pone como loco en apenas dos segundos. La detengo poniéndole una mano en el vientre.

—Vuelve a tumbarte.

—Pero…

La fulmino con la mirada, transmitiéndole mi mensaje alto y claro. Si quiere complacerme, no está yendo por el camino correcto. La indecisión que detecto en su mirada me resulta interesante. Durante diez largos segundos, libra una guerra interna hasta que, por fin, se vuelve a tumbar en la cama mientras mira con recelo a la pareja que nos observa desde el umbral de la puerta.

—Sentaos en el sofá. Y no se toca —les digo—. No hasta que mi amiga os dé permiso. —Le concedo a Sloane este pedacito de

libertad, porque ahora mismo lo necesita. Ella se relaja visiblemente, aunque se encoge un poco cuando la pareja entra en la habitación y se sienta en el sofá de dos plazas que está escondido detrás de mí, pegado a la pared. Yo me vuelvo de nuevo hacia Sloane—. ¿Por dónde íbamos?

Ella gimotea, pero lo pilla y empieza a tocarse otra vez. Todavía no lo sabe, pero es perfecta para esto. Es perfecta para mí y mis oscuros deseos. Recorro la cara interna de sus muslos con las manos y me detengo justo al llegar a su coño, que mece hacia delante en un gesto de invitación. «Todavía no, cariño. Todavía no».

A pesar de su vacilación y de tener los ojos como platos, está tan caliente que huelo la excitación que mana de ella. Tiene el coño empapado, y eso que ni siquiera la he tocado todavía. Desliza un dedo en su interior y suelta un gemido entrecortado. La mujer que está detrás de nosotros coge aire con fuerza. No se lo puedo reprochar… Desde ahí ve lo mismo que veo yo, y la imagen es de lo más ardiente que he visto en la vida. Se oye el ruido de la tela: mis invitados han empezado a moverse. No pasa absolutamente nada; eso está permitido. Les brindaré un espectáculo como ninguno que hayan visto antes.

—Quítate las bragas —ordeno, y esta vez Sloane reacciona al instante: se las baja por las caderas y las tira al suelo de una patada. Cierra los ojos de nuevo. De momento eso no importa, pero no podrá quedarse así para siempre—. Ábrete de piernas.

Al verla así, despatarrada, mi polla se pone aún más tiesa, rogándome que la libere de los pantalones. Me sorprende no estar mareado teniendo en cuenta la cantidad de sangre que está fluyendo hacia mi entrepierna. Es hora de sacar mi bolsa negra. Me pongo de pie y, al dirigirme a la puerta, hago una pausa al ver que nuestros visitantes también han empezado a pasárselo bien. La mujer tiene el vestido por la cintura y los dedos del hombre bien enterrados en el coño. Él se ha sacado la polla y se la acaricia despacio, apoyado como si nada en el respaldo.

A Sloane se le escapa una especie de suspiro amortiguado: se ha atrevido a abrir los ojos y ha visto lo que estos dos se traen entre manos. No está tan escandalizada como pensaba. Qué buena chica. Cojo la bolsa y vuelvo a la cama a toda prisa; el deseo ha tomado las riendas por fin. Saco los artilugios que quiero, cuatro gruesas esposas de cuero. Sloane las reconoce; me lo dice la chispa de su mirada. Sí, estas esposas ya las conoce. No es la primera vez que se encuentra con ellas. Se las pongo en los tobillos y las muñecas para atarla a la cama, y ella se porta muy bien. Aunque esté aterrorizada, percibo un brillo de confianza en su mirada, lo que hace que se me encoja el estómago. Dios sabrá qué he hecho para merecerme su confianza, pero no debería ser así.

La mujer gime suavemente desde el sofá y Sloane se vuelve a mirar. El chico se ha apartado la máscara de tigre y está de rodillas, dándose un festín entre sus piernas. Ella se toca las tetas mientras se come con los ojos el cuerpo de Sloane, que sigue tendida en la cama. Yo ya sé lo que le gusta a esta tía. Sé lo que quiere. Lo que no sé es si Sloane se lo permitirá. Meto la mano en la bolsa y saco lo que he estado deseando utilizar desde que la he visto: mi cuchillo. La rubia gime de nuevo al verlo, pero Sloane se queda quieta como un muerto.

—¿Te acuerdas de cómo funciona esto? —le pregunto. Ella asiente una sola vez.

—No debo moverme —susurra.

Esto va a ser demasiado perfecto, ya me lo veo venir. La mayoría de las chicas ya habría empezado a chillar, pero Sloane parece dispuesta a aceptar lo que estoy a punto de hacer. Ya he esperado suficiente, así que me quito los zapatos, el pantalón del traje y los calzoncillos y me quedo completamente desnudo junto a la cama. Me toco la polla y la aprieto —ah, joder, qué bien—, y la rubia restriega la entrepierna contra la cara de su compañero con la boca abierta de deseo. Sloane está dividida; no sabe a cuál de las dos cosas que tengo en las manos mirar, si mi polla o mi cuchillo, como si no fuera capaz de decidir cuál de las dos le da más miedo. Le

dedico mi sonrisa más cruel y me subo a la cama. Ella se estremece cuando presiono el borde afilado del cuchillo de caza contra su piel.

—Zeth… —susurra.

Pero los nombres no intervienen en este juego, así que le dirijo una mirada de advertencia y ella se muerde el labio y asiente, como haciéndome saber que ha comprendido su error. No le he prometido de forma explícita que no le haría daño, pero hago lo posible por suavizar mi mirada para que entienda que no tengo intención de usar el cuchillo contra ella. No, no se trata de eso.

Me observa con atención mientras deslizo el acero afilado por su cuerpo, recorriendo los pechos, los pezones, los costados y los muslos. Tiembla con tanta violencia que he de tener mucho cuidado de no cortarla sin querer. Mientras yo la acaricio con la punta del cuchillo, la mujer del sofá grita. Está a punto de correrse… y Sloane parece dudar entre si quiere ver eso o prestar atención a lo que yo hago con el cuchillo. Le doy la vuelta para aferrarlo por la hoja y cierro la mano alrededor de su borde afilado. Sonrío cuando el conocido dolor me abrasa la piel. Y ahora que la apunto con el mango del arma, la bajo por su cuerpo, directa a su entrepierna.

El terror se adueña de ella un instante hasta que se da cuenta de que no es la punta lo que la toca. Deslizo el mango con firmeza en su carne resbaladiza y me acaricio a mí mismo también con más fuerza al ver la sensación que se adueña de ella. Está asustada, sí, pero le gusta. Le gusta, joder. Le meto el mango más hondo, hasta la empuñadura.

—Ah, ¡sí! —Se mece contra él y alarga las manos, tratando de alcanzar las sábanas, pero solo puede aferrarse al aire, porque las esposas limitan sus movimientos.

—Joder, es lo más guarro que he visto nunca —gime la rubia. El tío deja de comérselo para volverse a ver a qué se refiere y una chispa animal y oscura asoma a su mirada. Este es igual que yo. Se pone de pie, coge a la chica con brusquedad y la mueve para que se siente en su polla, dándole la espalda, y los dos contemplan cómo penetro a Sloane con el mango del cuchillo mientras ella se retuerce

y gime sobre la cama. Ni en un millón de años me habría imaginado que esto iba a pasar. Es una realidad que me parece excitante… y que también me preocupa. Si me deja hacerle esto, ¿dónde pondrá el límite? Porque esto… esto no es nada para mí. Saco el cuchillo y lo aprieto por última vez, lo justo para que el metal se clave un poco más hondo, y luego lo lanzo lo más lejos que puedo. Necesito tenerlo lo más alejado posible, joder. El cuchillo se estampa contra la pared, a varios metros de mí, y rebota con la fuerza del impacto.

Me gotea sangre de la mano. El cuerpo de Sloane se arquea hacia mí, como rogándome que lo haga mío. Me chupo la herida, que es profunda, del largo de la palma de mi mano, y disfruto del sabor metálico sobre la lengua. Me inclino sobre Sloane y acerco los labios a su oído.

—¿Qué quieres ahora, cielo? ¿Te apetece jugar con nuestros amiguitos?

Se le escapa un suspiro gutural.

—Yo… No sé…

Me encojo de hombros.

—Puede que te guste.

Me mira a los ojos y la detecto otra vez: la confianza. Ojalá no la viera.

—Vale —susurra.

Me vuelvo y le hago un gesto a la rubia.

18

SLOANE

La chica se aparta de su compañero como si ya no existiera. Yo lucho por mantener el control, por mantener mis objeciones bien enterradas dentro de mí, mientras Zeth, que está completamente desnudo, se sienta sobre sus talones.

Sigue moviendo la mano arriba y abajo por su enorme erección mientras contempla con el rostro imperturbable cómo me retuerzo sobre la cama. La mayoría de los tíos se estarían volviendo locos ahora mismo. Dos chicas; una de ellas desnuda y atada a su cama, y la otra a medio camino dispuesta a hacer quién sabe qué… Una pequeña parte de mí niega con la cabeza y suspira, decepcionada conmigo por haber acabado así la noche. Es la misma parte que no estaba de acuerdo con que me pusiera estas medias y conjuntase la ropa interior.

Sin embargo, el resto de mí se está regodeando, porque esto es algo que he decidido yo. No me he sentido presionada para hacerlo porque buscase conseguir algo. Lo estoy haciendo porque quiero. Porque hace mucho tiempo que quiero revivir la noche que pasé en el hotel, pero no he sido lo bastante valiente para admitirlo. Y Zeth, con su naturaleza desafiante, lo ha despertado en mí. Él me ha hecho lo que soy… y ha creado un monstruo. Me horroriza lo mucho que me ha gustado lo del cuchillo. Cuando lo ha usado conmigo, me ha hecho vibrar de terror y de deseo, unas emociones enfrentadas tan poderosas que ni siquiera yo sabía si iba a abandonarme al placer o a salir corriendo, chillando a pleno pulmón.

Y ahora esto…

Nunca he estado con una chica, pero, a juzgar por cómo gatea la rubia sobre la cama, lanzándole a Zeth una mirada posesiva, esta no

es su primera vez. Zeth sonríe con suficiencia, una sonrisa perversa, tan sexi que me arde la piel. Retrocede para dejarle más espacio a la chica.

La rubia agacha la cabeza y empieza a lamerme el coño con suavidad y con cuidado, no como cuando lo hizo Zeth. Él me devoró con el fervor de un león que despedaza a su presa; ella es más delicada. Sin embargo, su lengua es de lo más persuasiva… Me observa mientras me lo hace, pero yo miro a Zeth, que me dedica esa sonrisa suya que hace que me tiemblen las piernas mientras sigue tocándose despreocupadamente. Es dueño de su cuerpo, se siente cómodo en su propia piel y hace gala de tanta seguridad que me entran ganas de ser como él.

—¿Quieres usar las manos? —me pregunta.

Asiento. Se levanta y desabrocha las esposas que me ataban las muñecas a la cama, y, al inclinarse sobre mí, su polla queda a escasos centímetros de mi boca. Quiero lamerla. Quiero chupársela. Tengo tantas ganas de devorarlo que siento un hormigueo en los labios a causa de la expectación. Sin embargo, me parece que hacerlo sería demasiado descarado, de modo que ladeo la cabeza y le rozo el muslo con los dientes. Él se ríe en silencio y baja la vista para mirarme.

—Eso vas a tener que suplicármelo, cariño.

Ahora que mis manos están libres, solo tendría que alargar una y cogérsela, pero si lo hiciera me buscaría un grave problema, así que dejo caer la cabeza sobre la cama y gimo. La mujer también gime mientras sigue lamiéndome el clítoris, y me penetra con un dedo. La sensación es gigantesca, abrumadora, aterradora, y también lo más excitante del mundo, sobre todo porque Zeth está encima de mí, moviendo la mano arriba y abajo por su polla mientras observa mis reacciones. Pensaba que ya había estado excitada antes, pero esto es totalmente distinto. Me consume. La necesidad que siento de complacerle es desesperada. Entierro las manos en el pelo de la mujer y roto las caderas hacia ella, que sigue metiéndome los dedos.

Me había olvidado por completo de su compañero. Solo recuerdo que hay otra persona en la habitación cuando él también se acerca a la cama, ya totalmente desnudo. Zeth le dirige una mirada de advertencia tan feroz como primaria, y el chico asiente, como si comprendiera a la perfección lo que le ha querido decir. Se sube en la cama detrás de la chica, que sigue totalmente centrada en mí, y la penetra desde atrás. Ella grita y deja de hacer lo que está haciendo unos instantes antes de continuar. El chico se la folla mientras contempla mi cuerpo desnudo.

La rubia alza entonces una mano y arrastra las uñas por un costado de Zeth, tratando de cogerle la polla, pero él retrocede, con una expresión de fastidio, y le da un azote tan fuerte en el culo que hasta a mí se me llenan los ojos de lágrimas. Ella vuelve a gritar, esta vez más alto, y de dolor.

—Eso no es para ti —gruñe Zeth. Luego vuelve a mirarme a mí, y joder, cómo lo deseo—. Es solo para ella. Solo cuando suplique.

A la mujer no parece importarle que Zeth esté prohibido. Entierra más la cara entre mis muslos y me succiona el clítoris, consiguiendo que las piernas me tiemblen de placer. La sensación es increíble, pero no es eso lo que me tiene desesperada. Estoy desesperada por él. Sé lo que tengo que hacer para conseguir lo que quiero, y lo he aceptado.

Quiere que le suplique, así que suplicaré.

Quiere que ruegue, así que lo haré.

Porque ahora mismo sabe que me tiene comiendo de la palma de su mano… y es justo ahí donde yo quiero estar. Estoy enferma. Perdida. Trastornada. Y soy suya.

—Zeth… —Mis palabras son como una profecía, como el repicar de una campana que sella mi destino—. Te deseo. Solo a ti. Por favor… hazme tuya.

19
ZETH

Me suplica. Soy testigo del instante en que se entrega a mí, y es hermoso, joder. Se le mueven las tetas arriba y abajo, tiene los ojos como platos y los labios carnosos e irritados, deseando ser besados. Me sorprendo a punto de romper mi propia regla para hacer justo eso. No he besado a una mujer en la boca desde… en fin, a saber. Hace tanto tiempo que ni me acuerdo de la cara de la última persona que tuvo el gusto. Es algo demasiado íntimo. Y ya estuve a punto de hacerlo en el hospital; joder, vaya puto susto. Con esta chica me comporto como un insensato, aunque no tengo ni idea de por qué.

En cuanto Sloane pronuncia esas palabras, aparto a la rubia de encima de ella y le desabrocho las esposas de los tobillos. El tío sigue follándosela como si nada. Mis invitados están perdidos en el momento, pero Sloane es muy consciente de todo lo que está ocurriendo. La cojo en brazos y me la llevo de la habitación, y cuando se aferra a mí, rodeándome el cuello con los brazos, el corazón empieza a martillearme dentro del pecho. Es como si hubiera estado dormido hasta ahora, como si se hubiera pasado los últimos treinta y tres años siendo un objeto inútil, como un pisapapeles que no hace más que acumular polvo, y este fuera el momento en que ha decidido volver a latir. Me preocupa. Me preocupa muchísimo. No sé qué hacer con esa sensación, más allá de esconderme de ella.

El pasillo está lleno de luces y de grupos de gente que se restriegan los unos contra los otros. Al verlo, Sloane entierra la cara en mi pecho, como si tuviera miedo de que la haya traído aquí para ofrecérsela a los demás. No, no sería la primera vez que lo hago,

claro, pero eso no va a pasar con ella. Ella es mía. La llevo hacia una puerta que hay enfrente, una que siempre siempre permanece cerrada. Es la primera vez que traigo a alguien aquí. Introduzco el código en el panel de seguridad —algo muy conveniente cuando no llevas bolsillos donde guardar las llaves—, la puerta se abre y entramos. Aquí es donde duermo cuando me quedo a pasar la noche.

Una vez la tengo dentro del cuarto, las cosas van un poco más rápido de lo que me habría gustado. Si Sloane no fuese más que otro juguetito con el que entretenerme, me habría pasado horas posponiéndolo, torturándola, pero… no soy capaz.

Conque quería hacer que se cagara de miedo, ¿eh? Pues soy yo quien está cagado de miedo por el modo en que me estoy comportando. Para empezar, ni siquiera la ato, y eso para mí es una especie de requisito previo para follarme a alguien, pero no sé qué me impulsa a tenerla abrazada a mi cuello que me está volviendo loco. La tiro sobre mi cama en la oscuridad y hago lo que me estoy muriendo por hacer desde que ha entrado por la puerta con ese vestidito negro y su maletín de médica en la mano. Giro su cuerpo desnudo para atraer sus caderas hacia mí, le aferro las manos y se las inmovilizo detrás de la espalda… y se la clavo tan hondo que se le corta hasta la respiración.

—¡Joder! ¡Zeth! —chilla mi nombre con la cabeza girada hacia un lado, apretujada contra el colchón, mientras yo la embisto desde atrás. Y juro por todo lo bueno que hay en este mundo que es como música para mis oídos.

Hecho esto, ya no me puedo contener. Lo hago. Me la follo con tantas ganas que hasta me pitan los oídos, lo que ni siquiera sabía que era posible. El olor que emana de ella es puro sexo, puro deseo, tan embriagador que he de clavarle los dedos en la carne para reprimirme, para no correrme demasiado pronto. Cuando por fin me abandono, y permito que ambos lleguemos al clímax, me entran ganas de aullar. Pero en su lugar suelto un rugido, una descarga de

sonido que sale despedida de mi pecho con la misma fuerza que la bala de un revólver. Solo que yo no soy el revólver. Soy la víctima.

Cuando me tumbo, jadeante, encima de su cuerpo, me siento como si me hubieran vuelto a disparar. Es como si estuviera fuera de mi propio cuerpo y ella fuese lo único que impide que salga flotando hacia el techo. Le suelto las manos, me dejo caer en la cama y me quedo con la mirada perdida en la oscuridad, conmocionado.

Sloane se pone de lado y exhala con una satisfacción que me indica que he rendido de puta madre.

Y yo estoy tan furioso que podría explotar.

20

SLOANE

Me despierto en una cama que no es la mía. Contraigo los dedos de los pies, flexiono los de las manos y subo los brazos para desperezarme, satisfecha. Tengo el cuerpo un poco entumecido, como si ayer me hubiera excedido un poco en el gimnasio, pero eso no es posible… Ayer me pasé el día en el hospital y luego…

Oh.

No…

Me quedo paralizada al recordar, de repente, dónde narices estoy. En su casa. En su cama. Con su sudor pegado al cuerpo. Y… Ay, Dios mío, también el sudor de una mujer desconocida. Pero ¿qué…? ¿En qué coño estaba pensando? Me incorporo, preparada para cantarle las cuarenta al hombre que me ha puesto en esta posición (y, anoche, también en muchas otras), pero no está. Estoy sola en una cama, en una habitación estéril y vacía. Por las ventanas se filtra la tenue luz del sol y Zeth no está por ninguna parte.

—Cabrón…

Salgo de la cama, y cuando ya tengo el vestido medio puesto, caigo en la cuenta de que ha debido de ir a buscarlo a la otra habitación. Mis medias y mi liguero están pulcramente doblados sobre la cómoda que hay a los pies de la cama y mi maletín está en el suelo, junto a la puerta. Guardo las medias y el liguero en el maletín. ¿Dónde narices he metido las bragas y el sujetador? Lo más probable es que estén perdidos para siempre. Salgo de la habitación hecha una furia.

El piso está como si hubiesen lanzado una bomba. Hay vasos con manchas de pintalabios por cada superficie visible, ropa abandonada

y desperdigada por el suelo del pasillo… De camino al salón abierto, le doy una patada sin querer a una cosa dorada y brillante.

—Tonta… Estúpida de mierda… —mascullo—. Cómo lo odio…

El piso está vacío, salvo por una figura que contempla la ciudad desde los enormes ventanales. Zeth. Está de espaldas a mí, pero me ha oído llegar, estoy segura. Cojo lo primero que encuentro para lanzárselo, una copa de champán. No le acierto por muy poco: se estrella contra la viga que tiene junto a la cabeza. Él da un respingo, como si hubiera estallado una bomba.

Cuando se vuelve hacia mí, con los puños apretados, un fuego oscuro le arde en los ojos.

—¿Se puede saber qué coño te pasa?

Cojo otro vaso y se lo lanzo, esta vez apuntando mejor. Zeth se agacha, evitando así varias heridas faciales de gravedad.

—¡Anoche! ¡Eso es lo que me pasa! —Me doy la vuelta… Necesito otro vaso. Encuentro un zapato de charol negro con un tacón que parece letal, así que se lo lanzo con un gruñido de esfuerzo. Le acierto en el pecho.

Zeth es como una nube de tormenta. Está que echa humo, más enfadado con cada segundo que pasa.

—¿Qué problema tienes con lo de anoche? —me pregunta con los dientes apretados.

—¿La cama? ¿Las esposas? El cuchillo. —Cierro los ojos y niego con la cabeza. No me puedo creer lo que ha pasado—. ¡La chica!

Las comisuras de su boca ascienden fugazmente, como si le resultara entretenido ver cómo pierdo los estribos. Sin embargo, sigue teniendo pinta de estar a punto de asesinarme brutalmente. Da un paso al frente, como un depredador letal y peligroso, y yo agarro otro vaso, esta vez de whisky. Con una base más gruesa. Con un borde más afilado. Se lo lanzo lo más fuerte que puedo, pero él lo esquiva y sigue acercándose a mí.

—¿Estabas borracha?

—¿Qué?

—Anoche. ¿Estabas borracha?

—No.

—¿Estabas colocada?

—¡No!

—Entonces deja de tirarme cosas, hostia. ¡Y deja de fingir que no disfrutaste cada segundo!

—Yo… —Me arden las mejillas. Tiene razón. Tiene tanta razón que me entran ganas de llorar, pero no puedo permitir que él sea testigo de eso. Tengo que salir pitando de aquí—. ¿Dónde está mi ropa interior, Zeth?

Ahora ya está a menos de un metro de mí: ha ido acortando poco a poco la distancia que nos separa. Va vestido con unos vaqueros de tiro bajo y una camiseta blanca y lisa, un cambio radical respecto a anoche. No sé por qué, pero había dado por hecho que iría siempre vestido de negro, fuera cual fuese la situación. De negro, a juego con el color de su alma.

—Me la voy a quedar —me informa.

—Esto… Me parece que no. Era de Agent Provocateur. —Me desplazo hacia la izquierda para apartarme de él, que sigue acercándose, y pongo una escultura decorativa entre los dos.

Él esboza una sonrisa fría.

—¿Ahora vas a negar que te pusiste eso por mí?

Ahí me ha pillado. Me encojo de hombros, tratando de recordar cómo se comporta la gente despreocupada.

—¿Y qué?

—Que cuando una chica se pone algo por mí, es mío, Sloane.

—Vaya. Pues debes de tener armarios llenos de ropa interior de mujer, entonces.

—Varios armarios —contesta—. Muchos. Llenos a rebosar.

Tengo ganas de vomitar.

—Olvídalo. ¿Sabes qué? Quédatela. Estoy demasiado cansada, y dolorida, y alterada para discutir contigo. Necesito irme a casa. —De repente, recuerdo que más tarde me toca trabajar y me pongo todavía de peor humor. Voy a tener que pasarme doce horas vagando por el hospital y reviviendo cada segundo de la última

noche, y seguro que mientras tanto Zeth presumirá con sus colegas asquerosos por haber conseguido volver a llevarme a la cama. Qué idiota soy.

—Típico, joder —masculla Zeth.

—¿El qué?

—Que me eches la culpa de tu mierda. Lo único que hice anoche fue enseñarte quién eres en realidad. No te puedes cabrear conmigo por eso.

Puedo cabrearme, y es lo que he hecho.

—Ves lo que quieres ver. No estoy buscando ningún despertar sexual. A la única que estoy buscando es a mi hermana. Estoy harta de malgastar saliva preguntándote lo que sabes, y no pienso seguir participando en estos jueguecitos contigo. Quizá un día, si de repente resulta que tienes conciencia, vengas a contarme lo que sabes sobre Lex porque es lo correcto.

Me dirijo a la puerta del apartamento, furiosa. Apuesto a que no me seguirá. Y no lo hace, pero se las arregla para decir él la última palabra.

—En un trabajo como el mío, si tienes conciencia acabas muerto, Sloane. Hacer lo correcto suele tener el mismo efecto.

21

ZETH

Aguanto veinte putos minutos antes de sentir el impulso de destrozar el apartamento. Aunque ya está hecho mierda después de lo de anoche, y Ganya me ha estado lanzando miradas asesinas desde que ha llegado para limpiar. Parece que mis invitados se lo pasaron de puta madre, aunque yo qué voy a saber. Estuve horas escondido en esa habitación oscura, esperándola, ni lo más remotamente interesado en unirme a ellos. Muy poco propio de mí. Desde que Sloane volvió a aparecer en mi vida, todo se ha ido a la mierda.

Es su puta culpa.

¡Y aún ha tenido las agallas de tirarme mierda a mí! Debería haberla echado a primera hora de la mañana, cuando lo he hecho con todos los demás. No, qué va. No debería haber dejado ni que se quedase a dormir, joder.

—¿Necesitas algo más esta mañana, jefe? —Michael, como buen asesino sigiloso, ha entrado en el apartamento sin hacer ni un solo ruido. Me paso las manos por el pelo mientras contemplo la ciudad con el ceño fruncido. ¿Por qué me estoy haciendo esto? Las cosas me iban bien. Es más, estaba feliz de cojones, hostia. Hace dos años salí corriendo después de acostarme con Sloane porque lo sabía. Sabía que pasaría esto, joder, y ahora mira dónde estamos.

—Sí. —Suspiro—. Manda un *email* al grupo. Infórmales de que este tipo de encuentros quedan cancelados hasta nuevo aviso.

Esto es una puta mierda. Sloane me lo ha estropeado todo. Porque ahora, pensar en follarme a alguien que no sea ella me parece absurdo. Inútil. No estoy enamorado de la chica. No lo estoy. Simplemente, hay algo en ella que necesito.

Me olvido de las siluetas de los rascacielos y centro mi mal humor en Michael. No es hombre de muchas palabras, un rasgo que me gusta de él. Sin embargo, hoy no le hace falta decir absolutamente nada porque tiene los pensamientos escritos en la cara, claros como el agua. Al muy cabrón esto le parece graciosísimo.

—Y ya de paso te borras esa sonrisilla de la cara —le suelto.

—No estoy sonriendo, Zee. Solo estoy observando algo que jamás creí que vería.

—¿De qué hablas, eh? —Ahora mismo me enzarzaría encantado en una pelea. Asestarle un puñetazo a algo me sentaría de lujo, pero Michael solo está siendo Michael. Además, somos rivales demasiado igualados para una pelea rápida. Tardaría bastante en hacerle morder el polvo. Él me mira y me sonríe como si supiese exactamente lo que estoy pensando.

—Pues de esa chica. Y de ti. Y de que hayas cancelado tus fiestecitas mensuales. Eso habla por sí solo, no digo más.

—Pues no, no habla en absoluto. Solo deja de… ¡Deja de sonreír! ¿Rufus te ha dicho algo?

Michael se borra la sonrisilla y va al grano.

—Pues resulta que sí. Uno de los chicos de Jacob Dixon dice que hay una chica que coincide con la descripción que has dado trabajando en uno de los complejos de los Black Talons.

—¿Trabajando? —Sé muy bien lo que eso significa. Jacob Dixon, el jefe de los Black Talons, es uno de los principales proxenetas de California. Sus instalaciones son conocidas en todo el país (qué digo, ¡en todo el mundo!) por las mierdas depravadas que tienen lugar entre sus muros.

Michael asiente.

—Trabajando, sí.

En presente. No en pasado.

Mierda. Debería ser capaz de desoír esta información. Jacob no es un tipo con el que convenga meterse, y si la hermana de Sloane lleva allí dos años, no me cabe duda de que ya no es la misma chica

que ella recuerda. A estas alturas, debe de ser una persona muy distinta.

—Benji me mandó una foto que consiguió hacer ayer, cuando estuvo allí. ¿Quieres echarle un vistazo? —pregunta Michael. Benji era uno de los chicos de Charlie hasta que cayó en desgracia después de cagarla hasta el fondo con un robo a mano armada que cometió él solito, en su tiempo libre. A tres manzanas de donde vivía. A Charlie le pareció que había sido una idiotez. Por aquello de que no se caga donde se come y todo eso.

—¿Hizo una foto? Está pirado el muy hijo de puta. Jake se lo cargará si lo descubre haciéndolo.

Michael se encoge de hombros.

—El chaval ha estado haciendo algún que otro trabajillo para los Talons. Confían en él más que en los otros matones que tienen currando para ellos —contesta Michael mientras busca en su móvil. Cuando encuentra la foto, me la enseña. En la pantalla aparece la foto borrosa de una mujer joven con una densa melena oscura y ondulada y una camiseta ancha que engulle su cuerpo menudo. No está mirando directamente a cámara, pero su cara se aprecia lo suficiente: es la hermana de Sloane, sin duda. Exhalo con fuerza—. ¿Es ella?

—Sí. Seguro.

—¿Cómo quieres proceder?

—Con puto cuidado. —Charlie y Jake fueron rivales durante un tiempo, hasta hace unos tres años. Charlie desapareció durante una semana y me dijo que me quedara en casa, lo que ya en sí era bastante extraño, y, cuando volvió, las cosas con los Talons iban sobre ruedas. En su momento me pareció sospechoso de cojones. Una paz así, tan repentina, suele estar vinculada con los negocios, y las drogas y las armas de Charlie van hacia el sur, y no hacia el norte. Pero yo no soy precisamente estúpido. He aprendido a cerrar el pico en lugar de hacer preguntas peligrosas—. Si bajamos hasta allí, Charlie se va a enterar.

Michael se queda pensativo. El tipo es más que músculos; su cerebro es igual de letal. Puede que no siempre lo aprecie, y que a veces ni siquiera me caiga bien, pero siempre da buenos consejos, sobre todo cuando se trata de un asunto como este.

—Dile a Charlie que vas a visitar a la familia. Y asegúrate de que se entere de que ya no celebras tus fiestas. Deja pasar un par de semanas. Entonces tendrá sentido que vayas a ver a Jacob. Dará por hecho que has ido para meterla en caliente.

Contesto con un gruñido. Charlie sabe que la única familia que tengo en el mundo es la muerta de hambre que estaba casada con mi tío, el que me molía a palos. No nos tenemos mucho cariño, pero quizá cuele. Quizá. Si consigo vendérselo bien.

—¿Quieres llevarte a un equipo? —pregunta Michael.

—Ni de coña. Si me presento allí con un grupo de tíos, no pasaremos ni de la puerta principal. No, no podemos llamar tanto la atención.

—¿Y si te llevas a una chica?

Lo miro con una ceja enarcada y me presiono los labios con los nudillos.

—¿Qué quieres decir con que me lleve a una chica?

—Es lo que estará esperando. Me parece que Charlie le manda chicas todo el rato. Selecciona sobre todo vírgenes, pero de vez en cuando acepta chicas con un poco de experiencia. Jacob las revende ahí, en Los Ángeles, para obtener beneficios.

¿Podría decir que Charlie me ha mandado allí con una chica? Me da un vuelco el estómago solo de pensarlo. La primera persona que me viene a la mente es Lacey, pero jamás se me ocurriría pedirle algo así. Jamás. Ya está bastante jodida tal y como está. No, y la única opción que me quedaría sería Sloane, lo que es completamente inaceptable. Aunque solo sea para fingir y nadie la vaya a tocar… Es demasiado arriesgado. ¿Y si algo sale mal? ¿Y si Jacob quiere probarla? No podría tolerarlo. Acabaríamos los dos muertos, joder.

—Eso no funcionará, Michael. Necesitamos encontrar otra solución.

No me lo discute. Nos quedamos en un pesado silencio unos instantes, y luego se mete las manos en los bolsillos.

—Está bien, jefe. ¿Algo más de momento?

—Sí, hay algo más. —Joder, joder, joder. Esta es la puta peor idea que he tenido en la vida, pero… No. Ni siquiera tengo excusa. Soy un idiota y punto—. Necesito que vayas a ver a alguien de mi parte.

—¿A la chica de anoche?

—Sí, a ella. Necesito que le des una cosa. —Preparo lo que quiero que Michael le entregue y se marcha. En cuanto cierra la puerta tras de sí, me entran ganas de salir detrás de él y darle un puñetazo en la boca por no hacerme ver que me estoy comportando como un idiota. Normalmente es algo que se le da muy bien, pero esta vez se ha limitado a acceder a lo que le he pedido y largarse. ¿Qué narices significa eso? Pero en lugar de perseguirlo, cojo el móvil y lo llamo. Miro por la ventana y veo que se detiene cuando le suena el teléfono. Se lo saca del bolsillo y mira hacia arriba al responder.

—¿Has cambiado de opinión?

Aprieto los dientes y cierro los ojos. Esto lo cambia todo.

—No. Pero no te vayas de su lado hasta que no haya hecho lo que le he pedido, ¿de acuerdo? No la pierdas de vista bajo ningún concepto.

22

SLOANE

—¿Doctora Romera? ¿Sloane? Eh, Sloane.

Sacudo la cabeza para que los engranajes de mi cerebro empiecen a funcionar. Mikey, el residente novato, está delante de mí, retorciéndose las manos. El terror que experimentan todos los novatos es intenso e implacable, y Mikey sigue siendo presa de sus garras. Me mira y parpadea, y entonces me doy cuenta de que me ha preguntado algo.

—¿Qué pasa, Mikey? ¿Has matado a alguno de mis pacientes? —No debería gastar ese tipo de bromas. Al fin y al cabo, es una posibilidad real. Además, Mikey se ha puesto de un color verde un poco raro, lo que no ayuda a calmar mis repentinas sospechas.

—Yo… Hay un hombre esperándote en la recepción. Lleva treinta minutos ahí. Las enfermeras le han dicho que no te iban a llamar si no era una emergencia, y si no era de tu familia. Y entonces Gracie ha dicho que no te iba a llamar porque cree que le ha mentido cuando ha dicho que es tu hermano.

Me río por la nariz al imaginar a Zeth haciéndose pasar por mi hermano.

—¿Y cómo sabe Gracie que era mentira?

Mikey se vuelve hacia el pasillo, vacilante. Se muere de ganas de salir pitando de aquí.

—Más que nada porque él es negro y tú no.

¿Negro? Dejo la taza de café sobre la mesa; de repente, Mikey tiene mi atención al cien por cien. Sigue toqueteándose las manos, inquieto. Me está poniendo de los nervios.

—El hombre le ha contestado que debería pensárselo mejor y reconsiderar lo que acababa de decir. Ha dicho que era

perfectamente posible que fuese tu hermano, y luego me ha dicho a mí que si no volvía contigo en diez minutos, le prendería fuego a mi coche. Sloane, ¿crees que…? ¿Hay alguna posibilidad de que puedas…? —Hace una mueca y señala hacia atrás con el pulgar.

En fin, el tipo que me está esperando no será Zeth, pero si está amenazando con prenderle fuego a un coche, no me cabe duda de que tiene algo que ver con él. Suelto un gemido y me pongo de pie. Qué horror. Mikey vuelve corriendo a recepción, no sin hacer una pausa de camino para comprobar que realmente le estoy siguiendo. Cuando llegamos, Gracie lo fulmina con la mirada, con una expresión de total desaprobación. No le ha hecho caso. A decir verdad, debería haber optado por despedirse de su coche. Gracie es la dueña y señora de este mundo. Mikey acaba de ser condenado a años de tortura y dolor.

En la sala de espera, en una silla de color rojo, espera pacientemente Michael, el portero de anoche, con las manos juntas sobre las piernas. Cuando me ve, sus ojos azules como el hielo cobran vida. Se pone de pie y se acerca a mí, vestido con un precioso traje gris —tiene que ser de marca, seguro— que combina a la perfección con su piel marrón claro.

—Doctora Romera. —Inclina la cabeza en un gesto educado—. El señor Mayfair me ha dicho que la encontraría aquí.

—¿El señor Mayfair?

Algo destella en los ojos de Michael: una chispa de curiosidad que se extingue tan rápido como ha aparecido.

—Zeth. Me ha pedido que venga para darle esto. —Se saca un sobre negro del bolsillo del pecho, sellado y dirigido a mí con una enorme «S» escrita en dorado. Lo acepto con el ceño fruncido. La mayoría de la gente se habría limitado a mandarme un mensaje al móvil, pero no él. No Zeth Mayfair (un apellido demasiado corriente para él, ¿no?). Michael me ofrece una sonrisa amable. No sé cómo se las arregla para obrar ese milagro, pero me tranquiliza, aunque es de esa clase de hombres de los que los demás escaparían corriendo en dirección contraria suplicando que les perdonase la vida.

—¿Sabes lo que hay aquí dentro, Michael? —pregunto, meneando el sobre. Hay algo duro y pesado que se mueve dentro, y ya me imagino lo que es. Será arrogante y manipulador y…

—Sí —me informa.

—¿Quiero saberlo yo?

—El señor Mayfair ha insistido en que espere aquí hasta que haya seguido las instrucciones que hay dentro del sobre. —Cuando me transmite esta última información, veo un brillo malévolo en sus ojos, como si la furia que aflora en mi rostro le hiciera mucha gracia. Rasgo el precioso papel negro y saco la nota que hay dentro, que es igual de gruesa y lujosa. Las palabras que ha garabateado en ella no son muy numerosas, pero sí contundentes.

Sloane:
Pon esto con el resto de tus llaves.
Dale a Michael la de tu casa. Te la devolverá dentro de una hora.
Z

Ya no se puede decir ni que esté cabreada, no. Estoy lívida. Estoy que echo humo. Pero ¿qué se ha creído? ¿Cómo se atreve a pedir, sin más, que le dé la llave de mi casa? ¿Qué se cree, que le voy a dar acceso a mi hogar a uno de los hombres más intimidantes que he conocido en la vida? Miro a Michael y niego con la cabeza.

—Echa el freno, amigo. Ni hablar. —Él esboza una sonrisa, enseñándome sus dientes perfectos. Ya se está riendo con disimulo—. ¿Qué narices le hace pensar que voy a estar de acuerdo con esto?

—Que esta mañana hemos tenido noticias de uno de nuestros contactos y a Zee le da la impresión de que agradecerá saber la información que nos ha contado. ¿Algo sobre una mujer que está buscando?

Aprieto el puño, rodeando la llave que sigue en el interior del sobre. ¿Esto va en serio?

—No hace ni cinco horas que me ha dicho que no me iba a ayudar.

—Dice muchas cosas. El truco está en aprender a descubrir cuándo dice la verdad y cuándo no. Hace ya un tiempo que la está buscando. No desde lo del hotel, pero…

Dios mío, creo que voy a vomitar.

—¿Tú sabes algo de eso?

—El señor Mayfair me contó solo lo que juzgó imprescindible. Necesitaba saber a quién estaba vigilando. De todos modos, le agradeceré que no le mencione que se lo he contado. Si lo hace, acabaré cortado en seis trozos y en el fondo del puerto en un abrir y cerrar de ojos.

De repente, todo esto me parece muy abrumador. Me siento en una de las sillas de la sala de espera y me tapo la cara con las manos. El corazón me late desbocado, como si me fuese a estallar. Por fin, por fin, por fin, por fin…

¡Por fin!

Por fin hay noticias de Alexis.

Michael se sienta a mi lado y me da espacio para digerir la noticia. Ladeo la cabeza y cierro los ojos, intentando contener las lágrimas.

—Llámale —le pido—. Necesito hablar con él.

Me vuelve a mostrar esos dientes perfectos.

—Puede llamarlo usted misma, ¿sabe? Guardó su número en su móvil antes de devolvérselo.

Saco el móvil del bolsillo del pijama y compruebo de inmediato si lo que me dice es cierto. S, T, U, V, W, X, Y… dejo el dedo suspendido sobre la pantalla.

«Z».

Ahí está. Una única letra seguida de diez dígitos.

Mi corazón. Dios, mi corazón no tiene ni idea de qué hacer con esto. Pulso el botón de llamada mientras miro a Michael de reojo, con recelo. Cuando oigo el tono de llamada, me empiezan a sudar las palmas de las manos. Suena una vez, dos…

Una pausa…

—¿Lo has hecho?

Esa voz suena aún más profunda desde el otro lado de la línea. Muy a mi pesar, el deseo se me empieza a acumular entre las piernas. Maldito sea.

—¿Hacer el qué? —susurro.

—No juegues conmigo, Sloane.

Sé que ya me la estoy jugando demasiado, y eso que no hemos intercambiado ni dos frases.

—Vale —contesto—. No, no lo he hecho. No puedo decir que quiera o necesite la llave de tu mazmorra sexual.

—No es la llave de mi mazmorra sexual. —El sonido de la risa en su voz me deja anonadada; es lo más delicioso que he oído nunca—. Es la llave de mi casa. Y si tú tienes la mía, es justo que yo tenga la tuya.

—¿Y si yo no quiero?

—Pues no sé. No soy capaz de imaginar una realidad como esa.

Ya. No, seguro que no lo sabe. Seguro que ni se le había pasado por la cabeza que me negase a sus demandas.

—Pero hazte una pregunta, Sloane —prosigue—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Alejarte? ¿Quieres que salga de tu vida? Olvidarte de Alexis, y de Eli, y de cómo nos conocimos. Piensa en lo que ocurrió anoche. Anoche ya sabías quién era yo. Sabías exactamente quién soy. Sabías lo que me gusta. Y elegiste estar conmigo de todos modos.

Espera en silencio. Su respiración es lenta y acompasada; me provoca escalofríos, pero hago lo que me ha pedido. Me lo pienso. Este camino solo puede traerme problemas. Zeth es un tipo peligroso, que está metido en Dios sabe qué y con quién. Le dispararon hace tres semanas, por el amor de Dios. No es parte de su pasado. Forma parte del presente.

—Además, el chaval que se estaba ocupando de las heridas de Lacey ha desaparecido —añade en voz baja—. Necesita que le cambien los vendajes. No querrás que lo haga yo, ¿verdad? Tengo las manos muy sucias.

—Sí, sé muy bien lo sucias que tienes las manos —replico, y me sonrojo al recordar que Michael está a mi lado—. ¿Qué pasa si digo que no?

—Entonces tendremos problemas. Te has entregado a mí. Eres mía. Eso no se puede deshacer.

¿Está de broma? No estoy segura. Su tono de voz no me ofrece ninguna pista.

—Estoy segura de que muchas chicas se han entregado a ti. Puedes volver a follártelas a ellas.

—De ahora en adelante, no me voy a follar a nadie que no seas tú, cariño.

—Hasta que te aburras, quieres decir.

—Hasta que me disparen y sea la definitiva. Hasta que recojas tus cosas y huyas de mí. Pero deja que te diga una cosa, Sloane: no te molestes en huir. Lo único que tendré que hacer será encontrarte. Quédate. Quédate conmigo. Haré que merezca la pena.

¿Por qué, justo cuando parecía que estaba tratando de ser dulce, tiene que soltarme una amenaza? ¿Y por qué el peligro que entraña me resulta tan emocionante? Me parece que yo también necesito unas cuantas sesiones con Pippa.

—Está bien.

—¿Está bien?

Exhalo con fuerza y saco la llave del sobre. Es pequeña, de latón. De esa clase de llaves que abren candados. La aprieto en el puño hasta que los bordes serrados se me clavan en la palma de la mano. Soy una mujer muy muy estúpida.

—Está bien, Zeth. De acuerdo. Me considero propietaria de tu puta llave. —«Y tú te consideras mi propietario». Sigo sin tener ni idea de por qué me desea tan fervientemente, pero no lo pongo en duda. Zeth no pierde el tiempo; es algo que ya sé de él. Si no estuviera interesado, no llegaría a estos extremos. A estas alturas, yo ya sería una conquista más que olvidada.

—¿Y le vas a dar la tuya a Michael?

—Sí, ahora se la doy, te lo prometo.

Un gruñido malévolo me llega desde el otro lado de la línea y se me clava en los oídos. Cierro los ojos. No tengo ni idea de lo que acabo de hacer. No tengo ni idea de a qué he accedido, pero me siento muy muy aliviada. He visto pasar por lo mismo a pacientes terminales. Luchan y luchan durante mucho tiempo, se niegan valerosamente a rendirse, hasta que les dicen que no servirá de nada, que no se puede hacer nada más… y es entonces cuando encuentran la paz. Ese es el océano de rendición en el que ahora estoy flotando. Es muy profundo, y no pasará mucho tiempo antes de que me olvide de cómo flotar y me permita hundirme… Hundirme para siempre.

—¿Sloane?

—Dime.

—Creo que deberías saberlo…

Y entonces dice las dos palabras que jamás creí que oiría. Dos palabras que rompen mi corazón en mil pedazos.

—Está viva.

23

ZETH

—¡Zeth! ¡Zeth! ¡Despierta! —Algo duro me golpea en las costillas. Hago una mueca y me aparto de lo que me golpea. En solo dos segundos, salto de la cama, agarro a quienquiera que me estuviera tocando y alzo el puño, preparado para golpearlo. Consigo detenerme en el último momento, porque la persona lo bastante estúpida como para entrar en mi habitación y atizarme mientras estoy durmiendo no es en absoluto una persona. Es el mango de una escoba. Hostia puta. Me he hecho daño en las rodillas al bajar corriendo de la cama y ahora me están matando. El corazón me late como un caballo desbocado.

«No es él. No es él. Estás bien. Respira».

Parpadeo mirando el mango de la escoba y trato de detener las alarmas que se han disparado en mi mente, que me ordenan a gritos que ataque.

—Zeth.

La voz es firme. Serena. Levanto la vista de la madera de color claro a mis pies y descubro a Lacey en la puerta, con su viejo albornoz rosa ajustado al cuerpo. Está hecho jirones, pero se niega a tirarlo.

Debe de haber pasado algo. Sabe que no debe molestarme si estoy en mi habitación con la puerta cerrada. Y es lista. Me ha tocado desde cierta distancia en lugar de acercarse a la cama. Es poco digno, sin duda, pero prefiero perder un poco de dignidad porque me den golpecitos con un palo a hacerle daño.

Ah, estoy desnudo, joder. Estupendo. Me pongo recto, abandonando la postura defensiva, y dirijo a Lacey una mirada interrogante.

—¿Qué pasa?

Ella ni se inmuta al verme vestido con nada más que mi propia piel. Pero claro, tampoco se inmuta al verme atacar a la gente en sueños. Los dos sabemos que es mejor que no nos hagamos preguntas, que no nos pongamos a escarbar en lugares donde no somos bienvenidos. Lo comprende. Ella tiene su propia mierda, y yo, sin ninguna duda, tengo la mía.

—No puedo dormir. No me encuentro muy bien —susurra Lace—. ¿Tenemos analgésicos?

Cuando tu compañera de piso decide suicidarse, hay ciertas precauciones que tomas antes de que vuelva a casa. ¿Tienes codeína en el botiquín? ¿Acetaminofén? ¿Cuchillos en la cocina? ¿Lejía debajo del fregadero? Pues yo no. Ya no. Ni de coña. Al menos, hasta que esté seguro de que Lacey se ha recuperado.

Me dirijo descalzo a la mesita de noche y cojo la caja de paracetamol que guardo para aliviar un poco las resacas. A veces son espantosas. Saco dos pastillas del blíster y se las doy a Lacey, que pone los ojos en blanco.

—Madre mía, Zee, eres un idiota.

—Tú sí que eres una idiota. —La fulmino con la mirada. Sabe que no la he perdonado por lo que hizo, pero tampoco me ha pedido disculpas. Y nunca lo hará. Moriré esperando a que eso ocurra. Supongo que una parte de ella está esperando que se las pida yo, que le diga: «Lo siento, Lace. Siento haberte arrastrado al hospital otra vez, desagradecida. Siento haberte salvado la vida».

Pero ¿sabes qué? Que la follen. Se está comportando como una zorra egoísta. La observo mientras se echa las pastillas a la boca y se las traga en seco. Y entonces cruzo la línea.

—¿Por qué, Lace?

Obvia la parte en la que finge no entender lo que le estoy preguntando. Los médicos del hospital, todos y cada uno de ellos, deben de haberle hecho la misma pregunta. Se coloca la melena alborotada detrás de la oreja y se tira del puño del albornoz. He roto el acuerdo tácito que había entre los dos.

Pero lo sabe. Sabe que no puede eludir mi pregunta. Sabe que debe contestarme algo, ya sea toda la verdad o solo la verdad a medias. Frunce el ceño; la ira destella en su mirada.

—¿Sabes cuando te despiertas en mitad de la noche y el corazón te va a cien por hora? ¿Cuando el sueño parece tan real que todavía tienes la carne de gallina? ¿Cuando todavía lo oyes todo y te pitan los oídos? ¿Cuando tienes demasiado miedo para cerrar los ojos porque no quieres volver a ese lugar nunca más?

La observo con atención, quieto como una estatua. Vivo eso mismo que describe todas las noches, pero no pienso admitirlo. No, ni de coña. Jamás volveré a admitir que siento miedo.

Lacey acepta mi silencio.

—Pues yo ya no siento eso, Zeth. Sueño… y me despierto y no… Ya no tengo miedo. Lo he aceptado. Mi cuerpo lo ha aceptado. Hay algo en mí que no funciona bien. Que no funciona nada bien —susurra. Comprendo demasiado bien el horror que veo en su mirada. Fuera lo que fuera lo que le ocurrió, en algún punto del camino su cuerpo cometió el acto de traición más perverso de todos: empezó a disfrutarlo—. Últimamente, morir es lo único que me asusta —admite en voz baja—. Y necesito sentir miedo. Necesito no sentirme… como me siento. Preferiría estar muerta.

Es una chica perdida en su albornoz hecho jirones, con su melena despeinada y sus ojos azules colmados de miedo. Asiento y aparto la vista.

—¿Qué necesitas? —No puedo abrazarla. No puedo estrecharla entre mis brazos. Hay cosas que puedo hacer y cosas que no. Cosas que no estoy dispuesto a hacer.

—Nada —responde—. Ya has hecho suficiente. —Deja la mirada perdida, clavada en mi pecho—. Esa médica… quería que fuese a ver a una amiga suya. Me dijo que me ayudaría.

—¿Y qué le contestaste?

—Le dije la verdad. Que no servirá de nada. Que no se puede arreglar algo que está tan roto. No soy humana, Zeth. Soy como una de esas estatuas que quedaron en Pompeya. Mi forma, la silueta de

la persona que solía ser, sigue estando ahí, pero… el resto de mí ya no está y jamás lo recuperaré. Lo único que puedo ser en esta vida es cenizas y piedra.

24

SLOANE

La llamada a la puerta se oye por encima de la música, aunque la tengo a todo volumen. No tengo vecinos, no en tres o cuatro kilómetros, así que no he de preocuparme de que alguien se queje por el ruido.

PUM, PUM, PUM.

La serie de golpes hace temblar los cristales de las ventanas que dan a la ciudad, que asoma en la distancia. Dejo de doblar la ropa limpia. Otra vez: «pum, pum, pum». Sea quien sea, está empezando a cabrearse.

Pienso de inmediato en lo peor: es él. Pero entonces recuerdo que Zeth tiene llave. Si fuera él, entraría sin más. ¿Por qué coño habré accedido a eso? Recorro el pasillo en calcetines y cojo el bate de béisbol que tengo siempre apoyado contra la pared detrás de la puerta principal, por si acaso. Echo un vistazo por la mirilla y el estómago me da un vuelco.

Puede que tenga la llave, pero, por alguna razón, Zeth está aporreando mi puerta a las diez de la mañana de mi único día libre de esta semana. Y aunque el cristal de la mirilla le deforma el rostro, salta a la vista que está furioso.

—Sloane, si abro la puerta y descubro que estás ahí dentro, las cosas se van a poner un poco incómodas. —Habla en tono despreocupado, como si supiera que lo observo desde el otro lado de la puerta. De repente mira directamente el cristal y enarca una ceja.

Mierda.

Abro la puerta y lo saludo con una mirada asesina.

—¿Qué haces aquí? ¿No podrías haberme mandado un mensaje? —Veo que frunce un poco la comisura de la boca y me doy cuenta de que está intentando contener una sonrisa. Echa un vistazo al bate de béisbol que tengo en la mano.

—Podría. Pero no lo he hecho.

—Pues deberías.

—Quería ver dónde vivías. —Me dedica una sonrisa cómplice y comprendo perfectamente lo que significa. Ya sabía dónde vivía. Está tan bueno que no parece ni de verdad, con esa camiseta negra ajustada, una chupa de cuero y unos vaqueros que se le ciñen al cuerpo en las partes adecuadas. Pelo oscuro, ojos oscuros y ropa oscura. Estoy casi sorprendida de verlo a la luz del día.

—Si no te invito a pasar, ¿te quedarás bloqueado en el umbral de la puerta? —Estoy bastante orgullosa de esa ocurrencia. Zeth enarca la ceja otra vez y entra en casa.

—Supongo que piensas que parezco recién salido de una película de terror, ¿verdad?

—Bueno, esto no es precisamente un cuento de hadas, ¿no?

—Podría serlo. Si tú quisieras.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién se supone que eres? ¿Mi Príncipe Azul?

Él se ríe por la nariz.

—No, boba. Soy el lobo feroz. —Mira a su alrededor con una curiosidad que no atenúa en absoluto el aire de depredador que desprende. En cualquier caso, parece que esté buscando las salidas, documentando todas las posibles vías de escape. No para sí mismo, por supuesto. Para mí. Como si se estuviera preguntando en qué dirección saldré corriendo.

—¿Qué haces aquí, Zeth?

—Ya te lo he dicho. Quería ver dónde vivías.

—No, no es eso.

—Ah, ¿no? ¿Tan bien me conoces ya? —Coge una foto enmarcada y observa con atención la imagen, en la que aparecemos Alexis y yo en un campamento de verano. Somos como dos gotas de agua, las dos sonrientes, las dos con *brackets.* Zeth no debería estar aquí. No

debería estar toqueteando mis pertenencias, haciendo cosas mundanas como hojear el correo sin abrir que está sobre la encimera de la cocina.

—Oye, ¿te importa? —protesto.

—¿Vives aquí sola?

—Sí.

—Bien. —Sigue explorando mi casa. Sale de la cocina y se dirige al salón. Está bastante vacío; solo hay un par de estanterías, el viejo sofá de cuero y una pequeña televisión de pantalla plana que no veo nunca. Detiene la mirada sobre la guitarra, que está apoyada en la pared, en una esquina.

—¿Tocas? —le pregunto.

—No. —Se vuelve hacia mí, prestándome al fin toda su atención.

—¿Has terminado ya de husmear?

—La única habitación que me interesa husmear es tu dormitorio, Sloane. Ahora mismo solo estoy tratando de cerciorarme de que tu casa es segura. Y lo es.

—Ya lo sé. Me gasté miles de dólares en garantizar que estuviese bien protegida contra intrusos cuando me mudé. Y ahora, si no te importa, tengo tareas domésticas de las que ocuparme.

Zeth esboza una sonrisilla, como si imaginarme haciendo tareas domésticas fuese lo más divertido del mundo.

—Esa amiga tuya, la doctora… —dice—. Quiero conocerla.

—¿Qué?

—Que quiero conocerla.

—¿Por qué?

—Para que pueda descubrir de qué pie cojea y ver si puede ayudar a Lacey.

¿Ayudar a «Lacey»? Tardo unos instantes en entenderlo. ¿Está buscando ayuda para su amiga? En el hospital, la chica estaba cerrada en banda, pero, aun así, le hice la oferta. Planté una semilla y albergué esperanzas.

—Mi amiga se llama Pippa. ¿Y por qué narices tendría yo que ayudarte?

Zeth esboza una sonrisa de medio lado, insolente y peligrosa.

—Pippa, ¿eh? —Es como si se estuviera divirtiendo con algún chiste secreto. Camina despacio por el salón; de repente, en su rostro solo hay peligro y destrucción. Me siento como si me estuvieran dando caza. Retrocedo a medida que él se acerca, pero la maldita pared me detiene al tercer paso. Zeth se inclina hacia mí y me acaricia la línea de la mandíbula con la punta de la nariz al tiempo que inhala con fuerza, aspirando mi olor—. Me vas a ayudar por cuatro razones. —Me pone las manos sobre las caderas. Se toma su tiempo, hasta que mete la mano en el bolsillo de mis vaqueros y saca mi móvil. Me está tocando, y estamos en pleno día—. La primera —dice, apartando la vista de mí para mirar mi teléfono—: vas a llamar a Pippa porque yo te lo he pedido. De ahora en adelante, esa es la única razón que vas a necesitar. —Empieza a tocar los botones y luego desliza el dedo por la pantalla con el ceño fruncido—. La segunda: vas a llamar a Pippa porque eres médica, y está en tu naturaleza querer ayudar a Lacey.

Pulsa el botón de llamada en mi móvil y me lo tiende. Yo lo cojo, aturdida por su olor, que me embriaga, y porque comprendo que soy incapaz de negarme a sus demandas. Es demasiado autoritario, demasiado poderoso, demasiado seguro de sí mismo. No hay esperanza para mí, no voy a poder negarme a nada de lo que me pida. El móvil empieza a dar tono.

—La tercera —prosigue—: harás lo que yo te pida porque he cambiado de opinión. Te voy a ayudar a encontrar a Alexis. —Me pone un dedo en los labios para impedir que diga nada, ni un «gracias» ni un «ya era hora, joder». Nada—. Y la cuarta… —Se muerde el labio inferior, tirando de él con los dientes, y basta ese gesto para arruinar la posibilidad de que me importe cualquier otro hombre que haya sobre la faz de la tierra. Se inclina de nuevo hacia mí y presiona los labios contra mi oreja mientras desliza la mano por dentro de mis vaqueros. Empiezo a temblar—. La cuarta, Sloane, es que voy a hacer que te corras. Y vas a estar muy muy agradecida. —Abre mi carne con el dedo índice y el dedo corazón, separando mis

labios, y encuentra mi clítoris de inmediato. Ahogo un grito—. ¿Estás preparada?

No hay un solo músculo en mi cuerpo que no se tense. Una chispa perversa destella en sus ojos; me desafía a que le rechace. Pero no lo hago. No puedo. Desliza los dedos hacia delante con un gruñido y me penetra con ellos sin dejar de mirarme a los ojos. Cojo aire con fuerza, luchando contra el impulso de poner los ojos en blanco por el placer.

—¿Sloane? ¿Sloane? ¿Estás ahí?

No me había dado cuenta de que el móvil había dejado de dar tono.

—¡Mierda!

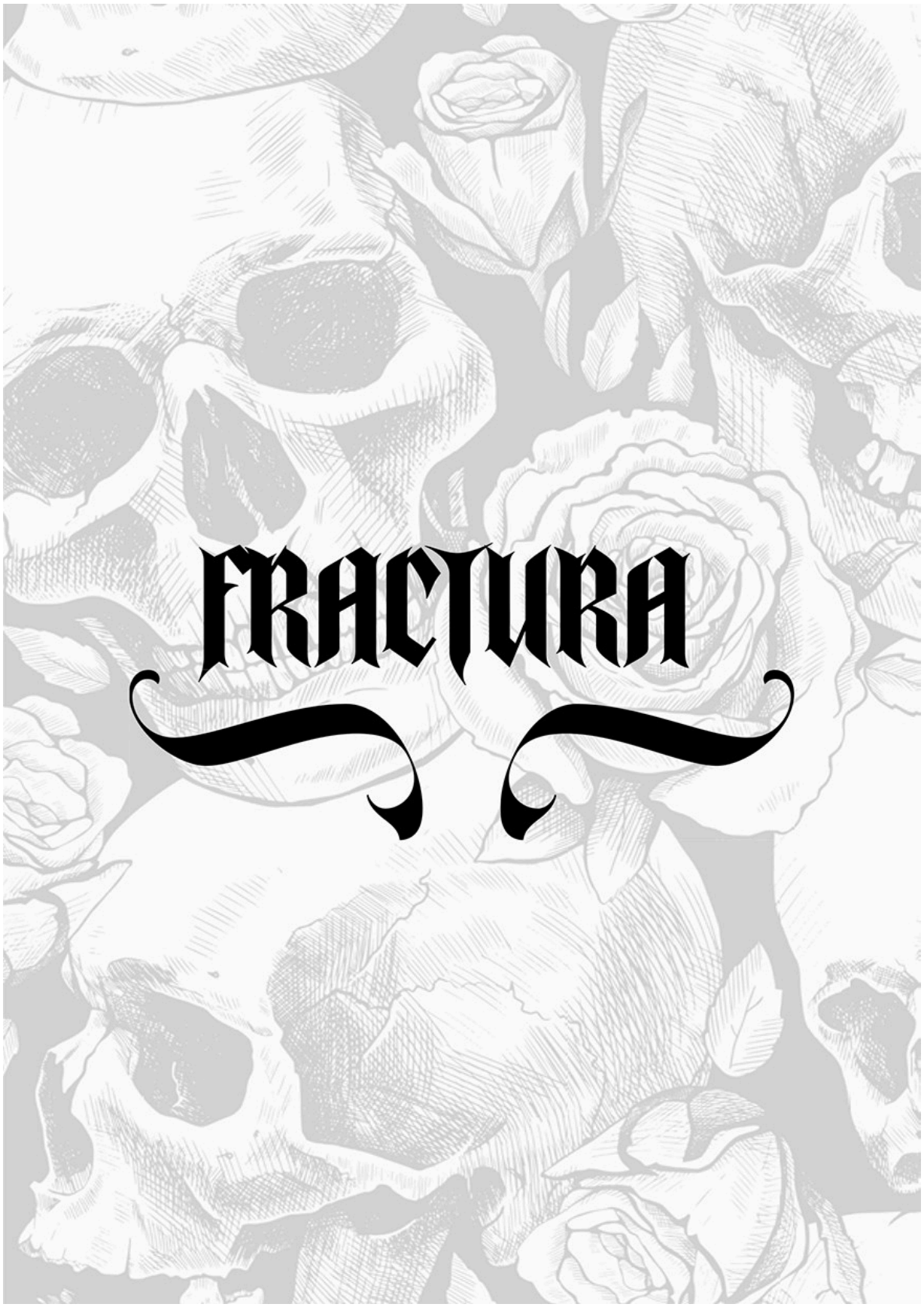
—Vaya, hola a ti también… —A Pipa le hace cierta gracia mi saludo.

Cuando me penetra aún más fuerte con los dedos, Zeth me parece lo más malvado que puede parecer un hombre.

—¿Quieres que pare? —susurra. Yo niego con la cabeza—. Pues más vale que empieces a hablar.

Una oleada de placer hace que me tiemble todo el cuerpo. No puedo seguir así. Cierro los ojos. Este hombre va a acabar conmigo.

—Hola, Pippa. Yo… Tengo que pedirte un favor.


FRACTURA

25
ZETH

—Abre la boca.

—¡No!

—¡Que la abras, hostia!

Anton Merrin, que está sudado y con las manos esposadas a la espalda, me mira y parpadea. El terror que debería desprenderse de él es para mí como una droga, una a la que amo y odio ser adicto, y, sin embargo, Anton solo demuestra sentir un miedo que no pasaría de un cinco en una escala sobre diez, lo que me tiene bastante cabreado. Me está jodiendo el subidón. Le atizo en la frente con la culata de mi Desert Eagle (cuyo propietario anterior falleció recientemente) y un río de sangre corre por su rostro. El hijo de puta desafiante hace una mueca de dolor, pero aprieta los dientes. No va a suplicar. No va a arrastrarse ni a negociar. Anton es de la vieja escuela. Sabe que hay muchas probabilidades de que su muerte sea inevitable, y está decidido a no irse de este mundo cagándose en los pantalones. Supongo que eso lo respeto.

Me agacho para que nuestros ojos queden a la misma altura. Por encima de nosotros, una bombilla desnuda se mece de delante atrás, arrojando sombras primero sobre él y luego sobre mí. A ambos nos acecha el mismo abismo desde detrás de nuestros iris. Me reconozco en él. Me pregunto si a él también le gustará hacer daño a la gente. Pues claro que le gusta, joder.

—¿Dónde está?

—No me vas a sacar una mierda, cabrón. —Me escupe sangre y me salpica en la parte delantera de la chaqueta, por encima de la camiseta. Sloane cree que visto de negro porque soy una especie de criatura de la noche, una especie de aparición propia de una

pesadilla. En realidad, la razón es mucho más práctica: el negro disimula la sangre. Echo un vistazo a mi ropa, dándole vueltas a lo que ha hecho Anton, y pienso en cuál sería el castigo más adecuado. Se me ocurre bastante rápido: es un truquito que aprendí en la cárcel. Me yergo y me vuelvo, mirando a mi alrededor a la habitación vacía, tomándome mi tiempo. Las paredes son de hormigón. Lo bastante gruesas para que no se oigan los gritos de un hombre adulto. Pegada a la pared del otro extremo de la habitación hay una mesa de madera desvencijada. Me dirijo hacia ella con una sonrisa; ya sé lo que voy a sacar de la bolsa negra que he dejado encima.

—¡Eh, cabrón! ¡A mí no me des la espalda!

Me detengo y sonrío en la oscuridad. Dejo que, por un segundo, Anton piense que voy a reaccionar a su fanfarronería y luego continúo mi lento camino hacia la bolsa y abro la cremallera. Dentro tengo tal cantidad de utensilios distintos que tardo unos instantes en encontrar el que estoy buscando, pero al final lo veo: una cajita negra, de unos ocho centímetros cuadrados y dos y medio de profundidad.

—No me vas a sacar nada. —Anton carraspea y vuelve a escupir—. Matón de mierda…

Me acerco de nuevo a Anton con cuidado de mantener una expresión imperturbable.

—¿Tienes que decir siempre lo más obvio? —le pregunto, acariciando la cajita para asegurarme de que la vea. Anton, que está de rodillas, la mira de reojo y aprieta los dientes. «No voy a dejar que vea mi miedo. No voy a dejar que vea mi miedo». Pero yo ya estoy dentro de su mente. Ya veo su miedo. Simplemente, no tiene el mismo aspecto que el de los demás. Está ensombrecido y manchado, como el resto de él.

—¿De qué coño hablas?

—«Matón de mierda». —Repito sus palabras mientras me agacho—. Cuando llegué al complejo, mientras estabas montando guardia en la puerta, me dijiste lo mismo. Ya sé lo que soy, Anton. ¿Crees que me vas a ofender por llamarme así? ¿Crees que vas a

conseguir provocar alguna reacción en mí solo por darme a entender que tengo un rango bajo en la organización de Charlie Holsan?

—A mí me la pela cuál sea tu rango entre los hombres de Charlie, hijo de puta. El caso es que estás por debajo de mí.

Reflexiono sobre eso. Mientras lo hago, abro la tapa de la cajita lo justo para que él atisbe el metal brillante que hay en su interior. Luego la cierro.

—La familia de Charlie está organizada de un modo un poco distinto al de las demás. Sí, me utiliza para hacer el trabajo sucio. Pero no hay nadie por encima de mí, Anton. Estoy lo más alto que se puede estar entre los hombres de Holsan. Si tú fueras uno de los suyos, no servirías ni para limpiarme las putas botas, así que ni hablemos de mirarme a los ojos. —Pero no me está escuchando. Está mirando la caja fijamente. Bien. La sacudo de un lado a otro mientras me rasco la barba incipiente con la otra mano—. Aunque ahora mismo lo que nos trae aquí no es para quién trabajamos, ni quién de los dos es más importante. Olvidémonos de Jake y de Charlie. Ahora mismo lo que quiero es que hablemos sobre esta caja. —La sostengo a unos diez centímetros de su rostro, tan cerca que tiene que echar la cabeza hacia atrás para verla bien—. ¿Qué puedes decirme sobre esta caja?

Anton me contempla como si me hubiera vuelto loco. Poco a poco, vuelve a echar la cabeza hacia delante y me mira con los ojos muy abiertos.

—Me importa una mierda tu puta caja.

«Oh, Anton. Te va a crecer la nariz».

—Bien, si tú lo dices… De todos modos, supongo que solo estamos perdiendo el tiempo. Es negra, es pequeña… lo que sea. Lo más importante sobre esta caja —digo, sacudiéndola otra vez— es que ahora mismo está cerrada. Y dentro hay una cosa que yo quiero. Igual que tú. Tú tienes dentro algo que yo quiero, Anton. E, igual que voy a hacer con esta caja, te voy a abrir y voy a meter la mano para sacarla.

Esta vez levanto completamente la tapa, lo suficiente para que vea lo que contiene, y saco de dentro una fina pieza de metal. Un clip. Anton pone los ojos como platos.

—Estás mal de la puta cabeza, tío. Todo el mundo lo sabe.

Cierro la caja de nuevo y me la guardo en el bolsillo de la chaqueta. Luego alzo el clip que he sacado para que vea lo que hago.

—No estoy mal de la cabeza. Los locos no son racionales. Y yo soy muy racional. Y la situación en la que te encuentras ahora mismo también es muy racional. Si me dices donde está mi colega, no te meteré este pedacito de metal debajo de la uña. Y tampoco tendré que ir sacando más clips para metértelos en los otros dedos hasta que me lo digas. ¿Crees que suena lo bastante lógico?

Anton parece un poco perdido, como si estuviera anticipándose al dolor y ya se hubiera visto a sí mismo desmoronándose.

—Que te den, tío. Esto va de lealtad.

—Esto no va de lealtad. Eso no existe.

—Y una mierda. Si no existiera, no estarías aquí amenazándome. Tú eres leal a ese hijo de puta inglés y yo soy leal a los Talons.

Niego con la cabeza y hago un ruidito de desaprobación.

—Lealtad es sinónimo de estupidez, Anton. Los perros son leales. Si le das una patada a un perro fiel, se acobardará a tus pies mientras sueña con volver a ganarse tu favor. Si me das una patada a mí, te arrancaré la puta mano de un mordisco.

Titubea.

—¿No estás aquí para proteger a Charlie?

Acerco mi cara a la suya y le enseño los dientes.

—Estoy aquí para protegerme a mí mismo. Y si eres listo, tú empezarás a hacer lo mismo.

26

SLOANE

Tres semanas antes

Apenas puedo respirar. Apenas puedo mantener las piernas rectas. Apenas puedo concentrarme en lo que me rodea, porque Zeth sigue susurrándome con voz ronca al oído.

—Pues más vale que empieces a hablar.

Tengo el móvil sujeto entre el hombro y la oreja, y al otro lado de la línea Pippa sigue parloteando, totalmente ajena a que un hombre peligroso, insoportablemente sexi e insoportablemente cruel ha introducido dos dedos dentro de mí. Acaricia mi clítoris con el pulgar y sonríe con una expresión oscura y de placer que provoca un temblor en todo mi cuerpo.

—Hola, Pippa. Yo… tengo que pedirte un favor.

—¿Un favor para mi chica preferida? Pues claro, cariño. Dispara.

Zeth me saca los dedos y me los restriega en el coño. Sonríe al ver cómo me retuerzo.

—Necesito que veas a alguien por mí.

—¿Un paciente?

—O sea, alguien que quiere hacerte unas preguntas antes de que veas… ¡ah…!, al paciente.

—¿Estás bien, Sloane? Parece que estés intentando hacer yoga otra vez y volviendo a fracasar.

Zeth aprieta con suavidad el bultito lleno de terminaciones nerviosas en el vértice de mis muslos al tiempo que esboza una sonrisa cruel. Cambia de mano; empieza a acariciarme con la izquierda y se lleva la derecha a la boca. Mientras me atraviesa con

la mirada, se mete los dedos despacio y los chupa hasta dejarlos limpios. Me inunda la vergüenza, seguida de inmediato por un aumento de deseo que me coge por sorpresa. En cada experiencia que he vivido con este hombre, si no me ha hecho sexo oral, me ha saboreado de algún modo. Siendo yo una persona bastante introvertida, no concibo que haya alguien que disfrute de mi sabor, pero Zeth es adicto a él, eso salta a la vista. Se inclina hacia mí, apretujando su pecho contra el mío, y el corazón me late desbocado. Me va a besar. Esta vez me va a besar…

Pero en el último momento ladea la cabeza, como si se hubiese descubierto a sí mismo a punto de cometer una estupidez, y me mordisquea la mandíbula con los dientes.

—¿Sloane? ¿Sloane, quieres que te llame yo luego?

—Esto… igual… igual sí.

Zeth me agarra un pecho por encima de la camiseta y me lo retuerce hasta hacerme daño. Niega con la cabeza y hace un ruidito de desaprobación.

—No seas una chica mala —susurra.

De repente, me invade una imperiosa necesidad de complacerle.

—Solo necesito que conozcas a un hombre, Pip. Quiere hacerte unas preguntas antes de mandar a su amiga a verte. ¿Te parece bien?

Zeth asiente con gesto aprobador mientras me observa retorcerme bajo sus caricias, igual que un gato hambriento acecharía a un ratón justo antes de abalanzarse sobre él. Pippa se queda en silencio. Incluso deja de respirar. Me la puedo imaginar sentada en su escritorio, con el ceño fruncido.

—Sloane, por favor, dime que no va a ser necesario que tenga esa conversación contigo.

—¿Qué conversación?

Zeth se aparta y, sin dejar de observarme, retrocede hasta la isla de la cocina. Lleva una mano hacia atrás, casi sin mirar para ver dónde está lo que busca, y entonces se me hace un nudo en la garganta porque coge un mango negro…, el que pertenece al

cuchillo de sierra clavado en el bloque de madera que tengo sobre la encimera de mármol. Mi corazón deja de latir durante el largo segundo que tarda en sacar la hoja, siempre observándome, sin despegar su mirada de mí.

—La conversación que te dije que iba a obviar el día que estuvimos en la cafetería. La referente a tomar decisiones inteligentes. No te estarás refiriendo a ese tío, ¿verdad? Me prometiste que no volverías a verlo, Sloane. Es peligroso.

Sí, es peligroso. Ahora mismo se me está acercando con un cuchillo afilado en la mano y parece peligroso de cojones. Me presiono contra la pared y me aprieto el móvil contra la oreja. Sé que puede oír lo que Pippa está diciendo al otro lado de la línea, y su comentario parece haberlo provocado. No quiero ni pensar cuál va a ser su reacción.

—Te equivocas —respondo en voz baja. Él, que sigue aproximándose a una velocidad tortuosa, vacila unos instantes. Con la cabeza inclinada muy ligeramente hacia un lado, me observa con los ojos entornados—. Solo está cuidando de su amiga. ¿Por qué otra razón querría hacer esto? No puede ser tan malo si se preocupa tanto por ella, ¿no?

—Que se preocupe por alguien no significa que no sea capaz de arrancarte la piel a tiras y descuartizarte. Estás siendo muy ingenua con este tío.

—No —susurro. Ahora está más cerca, justo delante de mí. Me coge del borde de la camiseta y tira cuidadosamente con los dedos—. Solo… he optado por tener esperanza.

—Qué ingenua —dice Zeth solo moviendo los labios mientras niega con la cabeza. Yo trago saliva para contener el pánico que se está abriendo paso por mi garganta y luego respiro hondo. «Todo irá bien. Todo irá bien». Alguien más listo que yo le diría a Pippa que ahora mismo tengo a Zeth Mayfair delante y que me está amenazando con un cuchillo, pero hay algo que me detiene.

—En fin —dice Pippa—. De verdad espero que no estés dejando que sea tu vagina y no tu cabeza la que tome las decisiones. Si

conozco a este tío y está buenísimo, llegaré a la conclusión de que has perdido la razón.

—No te preocupes, Pip —contesto mientras Zeth acerca el borde afilado del cuchillo a la camiseta. Apenas roza la tela con el metal, pero esta se desgarra con la misma facilidad que el papel mojado—. Es feísimo —añado. Él reacciona enarcando una ceja oscura. «Y una mierda».

—Estás jugando con fuego —me advierte, pero no creo que Pippa lo oiga. Habla en voz tan baja y tan teñida de deseo que ni siquiera yo estoy segura de haberlo oído. Sin embargo, la he sentido hasta en los huesos. Es una voz que me marca, que me carga de electricidad.

—Puedo verlo mañana. Tengo media hora libre a las dos de la tarde. Si llega tarde o no aparece, se acabó. No me fío, Sloane, y creo que estás loca solo por seguir en contacto con él. En tu lugar, yo dejaría de hablar con él y saldría por patas.

Zeth me ha partido la camiseta en dos con una línea recta. Suelta el cuchillo sobre la encimera y abre la tela rota, dejando mis pechos desnudos al aire. Me devora con la mirada, prendiéndole fuego hasta el último centímetro de mi cuerpo.

—Tu amiga no me cae bien —gruñe, y entonces baja la cabeza y empieza a lamerme el pezón, metiéndose la carne dura en la boca caliente. Mis piernas quieren ceder, pero él me sostiene en pie aguantándome con su cuerpo firme.

—A las dos en punto. Entendido. Le pasaré el mensaje.

—Me preocupa más que el mensaje lo entiendas tú, Sloane. ¿Me estás escuchando?

—¡Sí! Sí… eh… sí, lo juro. —Esto no está yendo nada bien. Zeth parece decidido a dejarme en evidencia. Vuelve a meterme la mano en los vaqueros y a jugar con mi piel sensible, haciéndome temblar, mientras con la otra mano me toca el pecho. Me pellizca el otro pezón tan fuerte que me entran ganas de darle un bofetón.

—Pues quedamos así. Mañana. Igual deberías venir tú también. No sé si quiero estar a solas con él.

—Haré… haré lo que pueda.

Pippa cuelga. Está cabreada conmigo. Sabía que se cabrearía, pero, por alguna extraña razón, soy incapaz de negarle nada a este hombre. Y tengo la impresión de que es una habilidad que me convendría aprender cuanto antes; de lo contrario, solo Dios sabe con qué clase de situaciones chungas me voy a encontrar.

—¿Preparada? —me pregunta, y me echo a temblar de pies a cabeza. Este es un momento perfecto para poner a prueba esa palabra: «no». Solo son dos letras. Puedo pronunciarla. Me paso el día diciéndosela a otras personas.

Oye, Sloane, ¿te vas a comer eso?

«No».

¿Qué? ¿No te acordabas de que hoy es tu cumpleaños?

«No».

¿Puedes firmarme la hoja que ratifica que he hecho las rondas esta mañana? Ya sé que he llegado tarde, pero…

«No».

Y, sin embargo, cuando a quien tengo a diez centímetros de mí es a este hombre, la cosa cambia de forma radical.

—Sí —contesto—. Preparada.

Me derrito por dentro cuando me dedica una sonrisa salvaje.

—Pues espera aquí.

Sale de la cocina, momento en que mi sentido común vuelve a hacer acto de presencia con gran estrépito para echarme la bronca.

—Estúpida, estúpida, estúpida…

Dejo el teléfono y me sirvo un vaso de agua que me bebo de un solo trago. Mira que es extraño que Zeth pueda hacer que una parte de mí se humedezca y otra se seque hasta estos extremos. ¿Habrá existido en este mundo algo más incoherente que mi cuerpo en estos momentos?

Lo oigo volver a entrar en casa y me aferro al fregadero. Cierro los ojos y respiro hondo, saboreando el aire. Lo necesito. Necesito el oxígeno.

—Sloane. —Mi nombre suena a reprimenda en sus labios, como si estuviera riñendo a un perro que pretendía mearse en la alfombra. Cuando me vuelvo, veo que en la mano tiene algo que hace que me entren ganas de salir corriendo despavorida.

La bolsa negra.

Zeth la deja sobre mi mesa, la abre y saca una cuerda enrollada.

—¿Te vas a quitar lo que te queda de ropa o tengo que quitártela yo? —pregunta. Con cualquier otra persona, lo más probable es que escogiera la segunda opción. Que alguien te quite la ropa de forma pausada y seductora debe de ser increíble, pero no creo que Zeth me lo esté preguntando de verdad. Creo que lo que en realidad me está preguntando es si voy a portarme bien. Todavía no he descubierto lo que ocurre si no lo hago.

Hago acopio de cada pedacito de coraje que poseo y me acerco a la mesa de la cocina. Me pongo justo delante de él, lo suficiente para que pueda captar el «que te follen» en mis ojos. Actúo así porque, aunque no puedo negar que soy adicta a las cosas que me hace este hombre, eso no quiere decir que tenga que sentirme agradecida. Lo miro a los ojos y me niego a apartar la vista mientras me bajo los vaqueros. Una vez me los he terminado de quitar, me despojo también de las bragas y tiro las prendas al suelo como si desnudarme ante él no tuviera ninguna importancia. Como si mi corazón no estuviera latiendo a cien por hora.

Zeth asiente, examinándome con la mirada. Tiene los párpados entrecerrados, lo que le confiere un aspecto soñoliento que me parece puro pecado.

—Eres perfecta, fiera. No hace falta que resoples así. Voy a cuidar bien de ti.

Uf, madre mía. Eso no me lo esperaba. Una reprimenda sí, por supuesto. Alguna amenaza velada pronunciada con gesto severo. Cualquier cosa antes que un cumplido seguido de unas palabras tranquilizadoras. Abro la boca para contestar, pero, por furiosa que me ponga, no se me ocurre qué decir. Zeth deja la fina cuerda sobre la mesa y se quita la chaqueta despacio. Echo un vistazo al

impresionante bulto que le tensa la tela de los vaqueros, suplicando que lo dejen en libertad, y soy incapaz de contener mi reacción. Me sonrojo.

—Vaya, enfadada un minuto y remilgada al siguiente… Te veo muy confundida, Sloane. —Da un paso hacia mí y me pone las manos en las caderas. Me agarra con fuerza y maestría—. Elige una emoción. Te recomiendo «excitada». Si no estás a la par conmigo en eso, será mejor que me marche.

Desde que ha entrado por la puerta, hace media hora, no ha hecho más que avasallarme, así que no me esperaba este atisbo de compromiso por su parte. Es una invitación a que nos encontremos a mitad del camino, un lado secreto suyo que creo que preferiría mantener oculto. Sin embargo, la tensión que me tenía con los nervios de punta se relaja un poco al ver que alberga esa faceta en su interior, en algún lugar, aunque esté escondida. Aunque esté enterrada bajo diez capas del cemento más duro…

Me siento envalentonada, así que se me ocurre hacer una locura. Alargo una mano, cojo la suya y la coloco entre mis piernas. Las pruebas de mi lujuria están ahí, para que él mismo pueda juzgarlas con las puntas de sus dedos. Él parpadea tan rápido que me hace pensar que lo he sorprendido, pero enseguida empieza a mover los dedos y murmura con voz grave:

—Hum… Ya veo. Entendido.

Mi cuerpo está tembloroso, impaciente; quiere más. No tengo bastante con esa fricción provocadora que le está proporcionando a mi clítoris. Lo hace a propósito: me da lo justo para hacerme ansiar más.

—Siéntate en la mesa —me ordena. Yo obedezco sin rechistar—. Buena chica. Ahora abre las piernas.

También lo hago. Y entonces Zeth se arrodilla ahí, en mi cocina abierta, y empieza a deslizar la lengua perezosamente por la cara interna de mi muslo.

Deja que te diga una cosa: igual crees que sabes lo que es la excitación. Igual te has sentido capaz de suplicar, de rogar, incluso

de asesinar a alguien solo por el ansia de sentirlo dentro de ti, pero hasta que no hayas vivido esto… Hasta que no hayas tenido a Zeth Mayfair de rodillas ante ti…

Levanta la vista, todavía con los ojos entrecerrados, llenos de promesas de cosas prohibidas.

—Ahora voy a hacer esto, Sloane, y luego vas a hacer tú algo por mí.

No me da la oportunidad de aceptar el trato (¿me lo está preguntando siquiera?). Me agarra de las caderas, tira de mí y hunde la lengua en el calor húmedo de mi coño. Estoy muy preparada para él. Me siento totalmente abandonada a la lascivia, perdida ante la necesidad de acercarle las caderas para que pueda acceder mejor. Y él se baña en mí; me recorre con la lengua despacio, de abajo arriba, y mueve la punta contra ese bultito cargado de electricidad.

Hasta el momento, yo había librado una batalla interna durante nuestros encuentros, una batalla que me había impedido abandonarme por completo. Que me había impedido aceptar la situación con los brazos abiertos y disfrutarla al máximo. Sin duda estaba relacionado con el miedo, que he de admitir que persiste. Pero tener miedo está sobrevalorado. Ya no quiero sentirlo. Quiero ser dueña de esto. Quiero dejar que me consuma, que acabe conmigo, que lo borre todo —el dolor, la preocupación, todo el arrepentimiento y la culpa— de mi mente. Entierro las manos en su pelo y gimo, un sonido salvaje, carnal y desconocido.

«Ya verás qué vergüenza vas a pasar cuando reproduzcas esto en tu mente luego», me susurra mi subconsciente.

—Que te den —musito a modo de respuesta. Como le estoy apretando las orejas con los muslos, dudo que Zeth me haya oído, gracias a Dios. Ni siquiera conservo ya el control sobre mi cuerpo. Es liberador cedérselo a una faceta de mí misma que no conocía. Restriego las caderas contra la cara de Zeth y él responde con un gruñido, clavándome los dedos en la carne sin dejar de devorarme. Cuando intenta apartarse, me resisto, porque no quiero que sus

atenciones se desvíen de ese punto tan dulce… pero entonces me pega en el muslo con tanta fuerza que me lloran los ojos. El dolor exige una reacción inmediata: abro las piernas y jadeo; me falta el aliento. A Zeth también; su pecho sube y baja con violencia, y tiene otra vez esa sonrisa malévola pintada en la cara. Joder, me da igual que sea peligroso. Me daría igual que se dedicase a asesinar a gente con un hacha. No pienso dejar que salga nunca de esta casa.

—¿Tienes hielo?

—¿Qué?

—Agua congelada —replica—. ¿Tienes?

Sacudo la cabeza, intentando aclararme las ideas.

—Eh… creo que sí.

Se endereza, se dirige al congelador, que está al otro lado de la sala, y lo abre con tanta fuerza que casi arranca la puerta. Cuando vuelve, yo sigo sentada con las piernas abiertas y apoyada sobre los codos, tratando de recuperar el aliento. Detecto un brillo travieso en su mirada.

—No te tenía por una chica aficionada a los polos… —dice.

Me da un vuelco el estómago. Oh… mierda. Tengo un millón de polos guardados en el congelador. Son de chicle, y de un color azul intenso que dentro de unos diez años los científicos revelarán que provoca cáncer. Son mi placer culpable. Y ahora Zeth se está sacando uno de detrás de la espalda.

—Ay, deberías meter eso en…

—Sé exactamente dónde lo voy a meter, Sloane. —Su expresión me indica que esto le parece mucho mejor que el cubito de hielo que tenía en mente.

—No sé cómo me hace sentir eso, Zeth.

—Ya me encargaré yo de que te haga sentir bien —responde, y asiente, como si con eso bastara para hacerme cambiar de opinión. Niego con la cabeza, pero él se arrodilla de nuevo y acerca el producto agresor a la carne tierna que he dejado expuesta ante él.

Mi cerebro me pide que cierre las piernas y huya de esa frialdad despiadada.

—¡Cabrón! —Intento patearle, pero él me coge del tobillo y frunce el ceño.

—Sloane… —Ese tono de reproche otra vez—. ¿Quieres que vaya a por la cuerda?

Me muerdo el labio inferior con fuerza. Que le den. Debería ponerme de pie y sacarlo de mi casa a patadas. Puedo aceptar que haga cosas cuestionables, aunque me cague de miedo, mientras me exciten al mismo tiempo. Pero esto es incómodo y punto. ¡Y pegajoso!

Zeth es un tipo listo. Ve en mi rostro todo lo que estoy pensando.

—Arriésgate —me recomienda, apretándome el tobillo. Sin embargo, comprendo lo que me está diciendo en realidad. Me está pidiendo que confíe en él, y eso lo cambia todo. No me lo había pedido antes. He confiado en él varias veces, algo poco inteligente por mi parte, estoy segura, pero nunca me había pedido nada. Me parece un avance, sea del tipo que sea. No sé muy bien por qué. Simplemente… me lo parece.

—Está bien —digo.

Él asiente una vez, con firmeza y el semblante serio, lo que es ridículo porque tiene en la mano un polo de color azul fosforito. Lo desliza por el vértice de mis muslos y observa mi reacción con gesto arrogante. Luego se inclina y me lame, sin apartar de mí su mirada penetrante. El cambio del frío al calor provoca el descontrol de mis músculos.

—¡Joder!

Repite la misma serie de movimientos. Frío y luego calor. Frío y luego calor. El placer se apodera de mí una y otra vez, sin darme tregua. Al final, el frío me resulta tan placentero como el calor y mis caderas vuelven a mecerse por voluntad propia.

—Tienes la lengua azul —gimo.

Él me mira enarcando una ceja.

—Y tú el coño.

Desliza el polo congelado hacia abajo y se detiene ante mi abertura.

Sé lo que va a hacer, y no quiero. No quiero bajo ningún concepto. Pero es demasiado tarde. Me penetra y, al ver que intento apartarme, me amenaza con un gruñido de advertencia.

Es la cosa más fría del puto mundo… hasta que deja de serlo. Enseguida se transforma en calor; es una sensación de lo más extraña, un calor que me escuece y me arde y que —odio admitirlo— me gusta. Ahogo un grito cuando me lo saca despacio… y entonces hace una cosa que me cortocircuita el cerebro: se lo mete en la boca y suelta un gemido de aprobación que le nace en el pecho. Lo rodea con los labios carnosos y chupa. No me había sentido tan celosa de un polo en toda mi vida.

—Mmm… Chicle y Sloane. La mejor combinación —dice con voz ronca.

Por el amor de… No puedo pensar con claridad.

Zeth contempla mi cuerpo como un depredador hambriento, con fuego en los ojos. Yo me aparto hasta que me quedo tumbada sobre la mesa y él está a cuatro patas encima de mí. Lleva el polo de su boca a la mía y lo frota por mis labios hasta que la abro, para meterlo dentro. Tiene un sabor dulce y azucarado, una explosión de un sabor químico y delicioso. Luego lo reclama de nuevo para sí y lo chupa, lo saborea como si así pudiera saborear también mi boca. Lo deja sobre la mesa, al lado de mi cabeza, y me contempla unos instantes con la respiración jadeante y entrecortada.

—Ha llegado la hora de la cuerda, fiera.

Me había olvidado de la cuerda, que está enrollada como una serpiente en algún lugar de mi campo de visión, como un peligro inminente al que estaba tratando de no provocar. ¿Me da miedo? Por supuesto que sí. Pero eso de dejarme llevar por el miedo se acabó. Zeth la coge y yo me preparo para la acometida del pánico. Esta vez no será como la anterior, cuando me ató a la cama. Esta vez me atará las manos detrás de la espalda, los tobillos, tal vez. ¿Quién sabe? Igual me ata las cuatro extremidades juntas. Las gotas de sudor por los nervios me humedecen la piel, y Zeth vacila. Se detiene.

¿Por qué se detiene?

No dice nada. Se baja de la mesa y se quita la camiseta de esa forma tan descuidada propia de los hombres. Me recuerda a un monolito toscamente tallado, solo que está hecho de músculos duros en lugar de piedra. Mientras mira hacia un extremo de la mesa, se desabrocha el cinturón, se quita los zapatos y los vaqueros en menos de diez segundos y luego ahí está, desnudo delante de mí. Tiene la polla tiesa y dura, con la punta casi en el ombligo. He visto muchos penes durante mis años de estudio y también después, en el trabajo, pero nunca me había sentido poseída por el impulso de jugar con uno. Es más, siempre me había parecido que tenían un aspecto un poco cómico. Pero con Zeth… No, con Zeth, no. No hay nada cómico en su miembro viril. Es la magnificencia personificada. Por el amor de Dios, me lo estoy comiendo con los ojos. Él me mira a mí de igual modo, tan concentrado que me pone de los nervios, pero no soy capaz de apartar la vista. Y tampoco lo haría si pudiera.

—Ponte de pie.

No creo que pueda fiarme de mis piernas, pero, de algún modo, consigo obedecerlo. Mil posibilidades se me cruzan por la mente. ¿Me inclinará sobre la mesa y me follará? ¿Volverá a coger ese cuchillo de cocina? ¿Me tapará los ojos y me hará cosas indecibles que no puedo ni empezar a imaginar?

Pero no ocurre nada de eso.

Me coge en brazos y me levanta de forma que yo, instintivamente, le rodeo la cintura con las piernas. Y entonces me estampa contra la pared y el dolor atraviesa mis terminaciones nerviosas como unos acordes disonantes de piano.

—¡Ah!

Zeth no pierde el tiempo. Me penetra con tanta fuerza que se me llenan los ojos de lágrimas.

—¡Ah! —Grito todavía más fuerte. Zeth gruñe también, a causa del esfuerzo de las embestidas. Me coge de las caderas un segundo y al siguiente me está tirando del pelo, echándome la cabeza hacia atrás, y cuando deja mi cuello expuesto recorre la piel sensible de

mis clavículas con los dientes. La mezcla entre placer y dolor me marea; me veo arrastrada por su arrebato febril y el fuego que hay en mi interior crepita y arde con furia. Le clavo las uñas en la espalda y disfruto al sentir cómo se le tensan de dolor los músculos.

—Eres una chica mala —gruñe Zeth, pero no me pide que pare. En todo caso, el dolor que le causo parece animarle. Le agarro del pelo y le inclino la cabeza hacia atrás, igual que él ha hecho conmigo hace unos segundos, y veo la expresión de su rostro. Está poseído, consumido por su propio deseo. ¿Todo esto es por mí? ¿Este hombre taciturno, misterioso y sexi me desea a mí? Joder. ¿Cómo es posible?

Zeth me embiste una y otra vez. Nos miramos a los ojos. Algo… algo está pasando entre los dos. Con cada acometida, me siento más cerca de algo, algo que me arrastra igual que un barco se ve arrastrado hacia la orilla. Zeth desliza la mano entre nuestros cuerpos y empieza a acariciarme el clítoris, aplicando una presión con la que me deja entrever un objetivo muy claro: quiere llevarme al orgasmo. Y yo estoy preparada para ello. Quiero llegar por él.

Mientras el placer alcanza la magnitud de un huracán en mi interior, un huracán que lleva su nombre, siento que… que quiero hacer algo que sé que es una estupidez. Pero me inclino hacia él y lo hago de todos modos antes de que me dé tiempo a pensarlo: dejo que mis labios vayan al encuentro de los suyos. Dejo que se estampen contra su boca mientras él me embiste contra la pared, y por un momento de dicha estoy en el cielo, con sus labios carnosos y dulces que saben a chicle y a sexo contra los míos. Lo más divino que he experimentado nunca. Y me corro.

Echo la cabeza hacia atrás sin querer y me golpeo contra la pared justo cuando un estallido de puro fuego me enciende todo el cuerpo. Se me nubla la vista, tanto del dolor que me provoca el golpe contra la pared como del orgasmo que se propaga como una llamarada en mi interior. Zeth se corre al mismo tiempo y ruge, igual que hizo en su apartamento al llegar al clímax. Me clava los dedos en la piel y sus movimientos se tornan cada vez más lentos hasta que se detienen del todo. Respira de forma entrecortada, con la boca

abierta contra mi cuello, durante unos instantes, hasta que me suelta los muslos y saca su miembro de mi interior. Una sensación húmeda y cálida sale de mi interior, y caigo en la cuenta, horrorizada, de que no ha utilizado preservativo.

De repente la burbuja en la que estaba flotando estalla y aterrizo de nuevo en la tierra con un golpe sordo. Zeth se aparta de mí y se da la vuelta, ofreciéndome unas vistas gloriosas de su culo perfecto. Hunde las manos en su pelo. Él también se está subiendo por las paredes.

Me rodeo el cuerpo desnudo con los brazos; de repente, no me siento bien estando tan expuesta.

—No pasa nada. —Tengo que tranquilizarlo, aunque la siguiente frase que vaya a salir de mi boca sea un cliché. Todavía nerviosa, y en voz baja, añado—. Me tomaré la píldora del día después. No tienes por qué preocuparte.

Baja las manos y se gira despacio. Su rostro es una máscara de ira contenida.

—No vuelvas a hacer eso nunca. —Niega con la cabeza y me mira como si yo hubiera perdido la razón—. No me vuelvas a besar en tu puta vida.

27

ZEIH

La tal Newan me dijo que pasara por su consulta a las dos de la tarde, pero no va a ser posible. También le pidió a Sloane que me acompañara, pero, como está trabajando, la estirada de la psiquiatra seguro que se ha buscado a otra persona para que supervise nuestra pequeña reunión, aunque sea solo para demostrarle a Sloane que tiene razón: «No deberías pasar tiempo con un tipo como ese». Es probable que tenga razón, pero me cabrea igualmente. Ella no tiene ni idea de todo lo que he hecho para mantener a salvo a su amiga, joder. De todos modos, me alegro de que Sloane no haya podido venir. Después de follármela ayer contra la pared hasta dejarle el cerebro frito, he estado de un humor de perros. No debería haber renunciado a esa cuerda. Debería haberla atado y haber hecho con ella lo que me diera la gana. Debería haberla usado como he usado a todas las mujeres que me he follado en esta vida. Pero… vi esa chispa de vacilación en su mirada y cambié de opinión. No es que no fuese capaz de hacerlo… Lo habría podido hacer perfectamente. Y lo habría disfrutado mucho más de lo que lo habría disfrutado una persona normal. Pero no quería que ella se sintiera mal. Y claro, luego tuvo que estropearlo todo besándome, y yo perdí los papeles y me largué. Ahora mismo, verla es lo último que necesito, así que mejor que esté en el trabajo y no sentada a mi lado junto a la puerta de la consulta de Pippa Newan.

Me dejo caer por allí a mediodía. El edificio está al lado del parque de Greenlake, que es un arcoíris de colores otoñales: rojos, naranjas, marrones rojizo, verdes… Hay montañas de hojas arremolinadas en la base de los troncos de los árboles, esperando a que las recojan. Está lleno de familias que pasean a sus perros, de

madres que empujan a sus hijos en los columpios. Una pareja camina sin prisa, cogidos del brazo, arrebujados en sus gruesos abrigos y con vasos de café de los que emanan hilos de vapor que ascienden hacia el cielo. Esto no son los barrios marginales. Sloane intentó pintarme a su amiga como una especie de santa porque su clientela la conforman básicamente criminales, pero aquí parece que se vive de puta madre. Si yo tuviera tantos prejuicios como Pippa, daría por hecho que se está enriqueciendo a costa del estipendio gubernamental que recibe por tratar a esos hijos de puta. Seguro que sus pacientes de la condicional también odian venir a su consulta y tener que coger el autobús número dieciséis para llegar a este puto barrio, un barrio en el que nunca podrían permitirse ni un cuchitril, así que no digamos un hogar como Dios manda. Sí, eso es un «que te follen» con todas las letras.

Me enciendo un cigarro frente al edificio y observo la entrada. Aquí habrá seguridad. Probablemente, un conserje que haga las veces de segurata, por si la clientela se pone atrevida si la benevolente doctora no les renueva la receta de Valium. Me termino el cigarro y enciendo otro. El frío se las arregla para colarse por debajo de la chupa de cuero y me cala en los huesos. Al cabo de un rato, me pongo de pie y empiezo a pasear mientras fumo, sin dejar de vigilar la puerta. Aunque estoy prestando atención, casi pierdo la oportunidad cuando se me presenta.

Un chaval de veinte o veintiún años, con unos vaqueros caídos que casi le dejan el culo al aire y una gorra hacia atrás, sube las escaleras que llevan al portal. Tiro la colilla y cruzo la carretera, dejando atrás las chispas que salen flotando hacia arriba. Subo los escalones del edificio de tres en tres. El chaval ya tiene el dedo en el timbre cuando lo agarro del cuello.

—Soy tu tío —le gruño. Él se da la vuelta preparado para atizarme, también con el rostro deformado en una mueca de furia, pero cuando me ve, se lo piensa mejor.

—¿Qué quieres? Tú no eres mi tío, colega.

No es mi tamaño lo que lo hace recular, aunque soy más corpulento que este macarra. Es mi mirada. El «no pienses que no te mataré si metes la pata» que detecta en ella.

—Ahora mismo soy tu tío. Cuando entremos en este edificio y subamos las escaleras, seguiré siendo tu puto tío. Cuando lleguemos a la consulta, desapareces. Espero no volver a verte el careto.

El chaval percibe la advertencia en mi voz, pero tengo que reconocerle el mérito porque no se arredra.

—Tengo que ver a la psiquiatra, tío. Si no voy a la cita, vuelvo al trullo, y eso no puede pasar. En serio.

—No te comas la cabeza por eso. Ya me encargo yo de que la médica firme lo que tenga que firmar.

—¿Hola? —La voz distorsionada de una mujer joven suena por el interfono. Fulmino al crío con la mirada y me aseguro de que entienda que se meterá en un buen lío si la caga. Él me lanza una mirada asesina, pero se encoge de hombros.

—Eh, soy Mark. Tengo cita con la doctora Newan.

—Hola, Mark. Sube.

La puerta zumba y el pestillo se desbloquea. Mark abre y entramos los dos. Al otro lado nos espera una mole con cara de pocos amigos. Un exmilitar, se lo huelo de lejos. Y es un cabrón listo. Detecta algo raro en cuanto me ve.

—¿Sabe la doctora Newan que traes un invitado, Fletcher? Ya sabes que no le gustan las visitas sorpresa.

—Sí, Franz, relájate. Es mi tío. Me dijo ella que lo trajera.

El guardia, Franz —¿quién coño llama a su hijo Franz?—, me mira de arriba abajo.

—Pensaba que tu tío era uno de los residentes del sistema penal del estado de Washington.

—Recién salido de SeaTac —le digo.

—Ya. Desde luego tienes pinta de acabar de salir del talego —replica. Me clava una bandeja en el pecho con poca educación—. Seguro que todavía sabes qué hacer con esto.

Vacío el contenido de mis bolsillos en la bandeja mientras le dedico una sonrisa de oreja a oreja. La cartera, el móvil y las llaves. He dejado la pistola en el coche a propósito, y no hay nada en el teléfono ni en la cartera que pueda causarme problemas serios. Franz me mira como si no se pudiera creer que no vaya armado. Levanto los brazos a los lados. «Cachéame, hijo de puta». Pero en vez de hacerlo, me ignora y le da la bandeja a Mark con la misma brusquedad. El chaval deposita un billete de autobús manoseado, las llaves de casa y un billete de veinte arrugado junto a mis cosas. Tengo la sensación de que el contenido de esos bolsillos es todo lo que posee en el mundo.

—Os estaré esperando aquí hasta que salgáis. —Franz señala la puerta con la cabeza—. Más vale que te des prisa. Vas a llegar tarde.

La consulta está en la tercera planta y es pretenciosa de cojones. Cuando entramos, la propietaria de la alegre voz del interfono está de pie, meciéndose con… ¿qué es eso? ¿Emoción? Ella tampoco tendrá más de veinte años; tiene el pelo rubio y rizado y el cuerpo estilizado, y va vestida con falda y americana, como salida de *Una rubia muy legal.* Al ver al chaval, se le dibuja una gran sonrisa.

—Hola, Mark.

—¿Qué hay, Patricia? Este es… eh… mi tío. —Entre estos dos hay tema. La chica casi se le lanza encima delante de mis narices, aunque se le borra un poco la sonrisa cuando me mira.

—Oh, hola, señor. ¿Ha venido a mostrarle su apoyo a Mark?

—Algo así.

—¿Le gustaría sentarse?

—En realidad, estaba pensando que tal vez Mark y tú podríais ir a contemplar las vistas de la ciudad un rato, o algo así. Tengo que hablar con la doctora Newan sobre las sesiones de mi sobrino. —Soy un genio por haberlos mandado hacia arriba. Porque si el chaval baja solo, ese segurata tan exaltado no va a tardar ni dos segundos en subir a ver qué pasa.

—Esto… En realidad, no puedo abandonar el mostrador de recepción.

Miro a Mark.

—Venga, Trish, que no pasa nada. —Le tiende la mano y se confirman todas mis sospechas. Trish se pone como un tomate y se la coge. Luego pasa por mi lado como si yo fuera el diablo personificado. Chica lista.

Y ahora que la parejita se ha largado, me siento en una silla en la sala de espera vacía y hago justo lo que se hace aquí: esperar. El intercomunicador de la recepción suena un par de veces. Siete minutos después, se abre una puerta al fondo del pasillo y sale una morena alta con un traje pantalón.

—Patricia, ¿cuántas veces te lo tengo que decir? Si suena el intercomunicador, significa que estoy pre… —Y entonces me ve. Se detiene. Pone los brazos en jarras. Es un mecanismo de defensa. Cuando un oso está a punto de atacarte, intentas parecer más grande.

Le sonrío con dulzura. Se lleva una mano a la frente y se mira los zapatos un instante. Parece que está pensando qué decir. Cuando vuelve a mirarme, ya ha recuperado el control.

—Me dijo que eras feísimo.

—Lo sé.

—¿Debería preguntarte dónde se han metido mi recepcionista y el paciente que tenía visita conmigo?

—Están bien. En su primera cita, por la pinta que tiene.

Pippa niega otra vez con la cabeza.

—Maravilloso. En fin, supongo que lo mejor será que vengas conmigo, entonces.

Ni se ha inmutado, algo que detesto y que me gusta al mismo tiempo. Quería pillarla con la guardia baja, pero que me haya presentado aquí por sorpresa ni siquiera la ha hecho parpadear. Me señala su consulta, y yo me levanto y paso dentro. Ella me sigue y cierra la puerta al entrar. Los dos juntos en un espacio cerrado y a solas… Pues sí, esta tía los tiene bien puestos.

—Estás aquí para hablar sobre tu amiga —dice mientras se sienta en su escritorio. Se cruza de piernas y se apoya los dedos

entrelazados en el vientre, una postura que me cabrea al instante. Una postura típica de los educadores penitenciarios.

—Estoy aquí para hablar de ti —la corrijo. Paso de la silla que hay frente a su escritorio y me dirijo a la ventana. Si le molesta, lo disimula.

—¿Qué quieres saber?

—¿Te dedicas a esto por dinero o de verdad quieres ayudar a la gente?

Se encoge de hombros.

—Quiero las dos cosas. Tengo facturas que pagar, como todo el mundo. Pero tengo la oportunidad de ganar dinero ayudando a la gente a reinsertarse en la sociedad. Les ayudo a aislar las áreas problemáticas de sus vidas y les enseño a hacer cambios positivos.

Levanto una mano. Ya he oído suficientes patrañas de loqueros para lo que me queda de vida. Es como si estuviera leyendo un guion. La única razón por la que todavía no me he largado es lo primero que ha dicho: ha reconocido que quiere el dinero.

—¿Alguna vez te ha confesado un paciente un acto criminal? —pregunto.

—Sí.

—¿Y qué acciones emprendiste?

—Las adecuadas.

O sea, que llamó a la policía. Eso no me viene bien. No sé con certeza lo que ha ocurrido en el pasado de Lacey, pero tengo la impresión de que antes de aparecer en mi puerta cometió alguna locura. Y lo más probable es que no fuese legal.

—¿Qué haría falta para que aceptaras a Lacey como paciente de forma extraoficial? ¿Para que todo lo que te cuente sea confidencial, sea lo que sea?

Pippa me evalúa con la mirada con ademán pensativo.

—Soy médica. Acepté el juramento hipocrático, igual que Sloane. Las dos estamos obligadas por ese juramento a ayudar a la gente, así que, en estas circunstancias extremas, estoy dispuesta a ayudar a tu amiga sin dejar constancia oficial. Sin embargo, yo también

tengo que cumplir la ley. Si tu amiga confiesa que ha causado o tiene intención de causarse daños a ella misma o infligírselos a otra persona, no puedo hacer la vista gorda.

—O sea, que tu juramento hipocrático te obliga a ayudarla, pero tu sentido del deber cívico está por encima de él y le arruinará la vida de todos modos.

Me mira fijamente con esos ojos de color acero.

—Así es como suelen funcionar las cosas.

—¿Y hay alguna cantidad de dinero que te pueda hacer cambiar de opinión?

—Lo siento, pero no.

—Entonces supongo que hemos terminado. —Menuda puta pérdida de tiempo. No tendría ni que haberme molestado. Me dirijo a la salida; no estoy dispuesto a gastar saliva en una conversación que no me va a llevar a ninguna parte. Hay un millón de psicólogos, médicos y policías corruptos por ahí. Ya sobornaré a uno de ellos.

—¿Zeth? —Newan sigue sentada en su escritorio, impertérrita—. A pesar de que va en contra de mi sentido común, hay una razón que podría persuadirme de que mirase a otro lado si tu amiga llegara a admitir algo que en circunstancias normales la llevase a la cárcel.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál sería?

Me mira con el rostro inexpresivo, pero veo la preocupación en su mirada. Esa parte es demasiado difícil de esconder.

—Mantenerte alejado de mi amiga. Para siempre. Mantente alejado de Sloane.

Vaya, vaya, vaya. Menuda zorra manipuladora. Ahora sí que tengo claro que no me cae bien.

—¿Y si ella no quiere?

Pippa mira por la ventana y otea el parque, el proveedor de su pequeño reino.

—Supongo que si ella quiere verte, no se lo puedo impedir. Pero entonces estas sesiones que me pides… te costarán el doble. Porque

habrá una para tu amiga y otra para ti. No quiero que a Sloane la ronde un hombre mentalmente inestable.

28

ZETH

No me llevo muy bien con los ultimátums. Si me das dos opciones y me dices que tengo que elegir una de ellas, encontraré una tercera solo para joderte. Pero la amiga de Sloane me ha dejado descolocado. Por mucho que lo intente, no logro encontrar la puta tercera opción. Newan me quiere lejos de su amiga, algo que no puedo hacer… Así que la alternativa sería hacer puta terapia con ella. Algo que tampoco puedo hacer.

Mi antiguo yo habría hecho lo que le saliera de las pelotas. Habría accedido a mantenerme alejado de Sloane totalmente decidido a seguir viéndola igualmente, pero si lo hago y esta tía se entera, será Lacey quien pague las consecuencias, y no yo. Y esa chica necesita más ayuda de lo que yo necesito a Sloane Romera.

Al menos, de eso es de lo que trato de convencerme.

De todos modos, ¿esta mujer quién coño se cree que es? En circunstancias normales, resolvería este problema dándole una buena hostia a la persona responsable de cabrearme tanto. Pero esta vez no puedo. Porque es una engreída, del tipo «soy doctora y tú estás jodido de mil formas diferentes». Si actúo así, le estaré dando la razón. Además, es una mujer. Aunque está tratando de controlar a Sloane. Seguro que la muy zorra tiene celos de que su amiga esté follando, aunque enseguida me desdigo de ese pensamiento con una carcajada. Esa mujer emanaba sexualidad por los cuatro costados. No es el tipo de mujer que a mí podría interesarme nunca, pero, aun así, si quiere sexo, seguro que lo consigue. ¿Significa eso que vaya a ceder a sus demandas? Pues no. Ni de puta coña.

Cruzo la ciudad en el Camaro rumbo a la mansión de Charlie, ubicada en Hunt's Point, en el otro extremo de la península. Es una de las mejores zonas de Seattle. Allí vive gente respetable, acomodada. Banqueros, golfistas, hombres de negocios… Y todos saludan a Charlie cuando salen a pasear a sus perros y a cortar el césped. Le sonríen cuando pasa por las verdes calles residenciales conduciendo su Lexus. No tienen ni idea de que es un puto asesino en serie. Lleva veinticinco años viviendo ahí, y es un lugar sagrado para él. Él no caga donde come, eso por supuesto, y tampoco le hace ni puta gracia que sus hombres se presenten en su puerta con los zapatos llenos de mierda. Eso significa que nada de tratos, armas, broncas o conversaciones de negocios una vez cruzas el umbral de la puerta de su casa. Si sigues esas reglas, te tratará como a un rey. Si las rompes, te hará desear no haber nacido nunca.

Sin embargo, si Charlie me ha pedido que esta noche venga, es para hablar de negocios. Nunca se ha casado. Tiene una novia desde hace mucho tiempo, Sophie, pero está fuera de la ciudad visitando a su madre, así que la casa está vacía. No hay oídos curiosos que puedan enterarse de lo que no deberían. Enfilo la calle que lleva hasta su finca y espero a que se abran las puertas. El ruido eléctrico que lo indica suena dos segundos después. Los guardias de seguridad conocen mi coche y saben que no deben hacerme esperar.

Aparco y entro sin molestarme en llamar. Lo de tocar el timbre es para gente como Karl, Rick u O'Shannessy, soldados de rango más bajo que solo llevan un par de años con Charlie. Yo tengo mi propia llave. Me crie en esta casa, joder. Perdí la virginidad con una de las criadas que limpiaban mi mierda cuando no era más que un mocoso adolescente. Me rompí tres costillas luchando con un instructor de artes marciales en la pista de tenis. Mi morada actual es bastante humilde comparada con esta monstruosidad; aquí nunca me sentí en casa. Nunca sentí que me mereciera algo así. Jamás me pude librar de la sensación de que mi sitio seguía estando en ese agujero de mala muerte donde vivía mi tío. Pobre como una rata, la chusma de más baja calaña de todas. Esa clase de pobreza que se te mete en la

psique. No importa lo grande que llegue a ser el techo sobre tu cabeza, ni cuántas criadas te folles, ni cuantos miles de dólares valga el coche que tienes aparcado en la entrada, nunca puedes escapar de ella.

Las luces del interior de la casa de Charlie están encendidas a toda potencia, iluminándolo todo. Tiene lámparas de techo de cristal, alfombras persas, muebles antiguos… toda la parafernalia. El jefe debe de llevar más de media vida en este país, pero da la impresión de que todavía cree que vive en la Inglaterra del siglo diecinueve.

—¡Charlie!

Cruzo la enorme planta baja en dirección al sitio en el que siempre estoy seguro de encontrarlo: su despacho. Y, tal y como predecía, en cuanto abro la puerta veo al cabrón canoso doblado encima de su escritorio esnifando una raya de coca. Se sienta con los ojos redondos como dos monedas y se limpia el polvo de las fosas nasales.

—Vaya, vaya, si es mi empleado más fiel. —Se apoya en el respaldo y se limpia las manos en el chaleco de rayas, dejando algunos refregones blancos—. Me alegro de que hayas podido venir. ¿Has cerrado la puerta con llave?

—Por supuesto. —Lo primero que aprendí sobre Charlie es que la seguridad es su prioridad, sobre todo en su casa. Pobre del que se deje una puta ventana mal cerrada. Sea por lo que sea.

Charlie se encoge de hombros, asiente y señala la silla que me espera al otro lado de su mesa. Me siento, como se espera de mí, y me pongo cómodo.

—Tengo un trabajito para ti, hijo.

—Ajá. —No podría haber otra razón que justificara mi presencia aquí. Charlie se hace el bueno, finge que somos familia, pero la verdad es que no soy más que su oscura y a veces malvada arma secreta. ¿Me habría seguido teniendo en nómina si hubiera mostrado un cerebro más dispuesto a los negocios?; y, en ese caso, ¿me habría encargado que le blanquease el dinero o que tratase con sus contactos, como dijo que habría hecho la última vez que hablamos?

Es posible. Pero hasta yo sé que soy más útil para él así. Siendo su monstruo cruel.

—Es Rick. —Coge una cuchilla de la mesa y empieza a cortar otro montón de coca. El tío es un profesional, así que lo hace en un abrir y cerrar de ojos. Me sorprende que el muy cabrón todavía conserve el tabique nasal. Cuando termina, me señala con la punta de la cuchilla—. Ese cabrón está haciendo negocios con las bandas de moteros.

¿Las bandas de moteros? Soy incapaz de reprimir una carcajada.

—Su padre es el presidente de un club de motoristas. ¿Qué esperabas? Ya te dije que tu mercancía terminaría en sus almacenes si dejabas que Rick se acercase a ella.

—Drogas, armas… Todo eso me importa una mierda. —Mueve una mano con impaciencia—. Puede vender todo eso a quien le salga de los cojones.

—Entonces, ¿qué coño les está vendiendo?

Charlie se apoya de nuevo en el respaldo con unos ojos mucho más abiertos de lo que deberían. Está paranoico nivel diez. Siempre que va de coca hasta las cejas le pasa lo mismo.

—Información, Zeth. —Todavía no lo he visto parpadear—. ¡Información! El hijo de puta le está vendiendo información a un grupo del sur de California. Una banda de mierda a la que no conoce ni Dios. Les ha dicho lo que guardamos en nuestros almacenes, cuándo recibimos los cargamentos… Información valiosa, Zeth, ¡valiosa!

—¿Y alguien ha asaltado los almacenes?

Charlie niega con la cabeza.

—Ese es el tema. Nada de nada.

—Entonces, ¿estás seguro de que el chaval no está hablando solo con su familia? Ya sabes cómo va el tema con los distintos grupos de las bandas… están todas conectadas. Todas se meten en los asuntos de las otras y se follan las mujeres de los demás.

—¡No! Lo oí. Lo oí contar lo de las chicas del contenedor de carga. Esto no es un asunto familiar. Esto va de dinero, ni más ni

menos.

Si Charlie quería congraciarme con esta causa, no debería haber mencionado ese puto contenedor. Ha sido un punto de fricción entre nosotros desde que descubrí que el viejo se dedicaba a traficar con chicas jóvenes en el mercado de la trata de personas. Todavía no he decidido si puedo hacer la vista gorda sin intervenir de algún modo al respecto. Si no estuviera tan colocado, lo más probable es que ni se le hubiera ocurrido mencionarlo.

—¿Cómo lo oíste?

—En el móvil, idiota. ¿Acaso crees que no tengo a todos mis hombres vigilados? No acabo de salir del cascarón. Tengo que asegurarme de que mis intereses estén bien protegidos.

¿En el móvil? ¿A qué coño se refiere? ¿A un aparato de escucha? ¿Tenía pinchado el teléfono de Rick? Y no solo el de Rick… Él mismo lo ha dicho: «¿Acaso crees que no tengo a todos mis hombres vigilados?».

Todos.

De repente, me hierve la sangre. Se me nubla la vista de ese modo que indica que la cosa no va a terminar bien. Si ha hecho lo que creo que ha hecho, voy a perder los papeles.

—¿Y a mí también me tienes pinchado el teléfono, Charlie? —le pregunto en voz baja. Con cautela. El viejo tiene el genio de un león, pero yo también. No quiero sacarlo de sus casillas, sobre todo no en el estado en el que está, sin saber bien cuáles son los hechos, pero me resulta casi imposible controlarme. La expresión de furia de Charlie se mitiga un poco, como si hubiese caído en la cuenta de lo que me acaba de decir. Como si hubiese caído en la cuenta de que reconocer eso ante mí sería una cagada enorme.

—No, no, a ti no. Pues claro que a ti no. Tú eres familia, ¿o no? —Otra vez con la mierda de la familia. Charlie me ofrece el poco de coca que queda desperdigada sobre su escritorio, como si quisiera dar énfasis a su argumento—. Necesito que tengas vigilado a Rick. En teoría, ha quedado con ellos mañana por la noche ahí abajo, en el embarcadero. Van a hacer algún tipo de intercambio. Quiero saber

qué es. Quiero que lo recuperes, sea lo que sea, y que luego mates a ese cabrón. ¿Entendido?

Rechazo la coca moviendo la cabeza a un lado y otro. Ha ignorado mi pregunta como si nada, y por ahí no paso. En todo caso, lo que ha hecho es confirmar mis peores sospechas. Qué hijo de puta. Lo de las chicas ya era bastante malo, pero si me ha estado espiando… Intento relajar los músculos de mi cuerpo, al menos lo suficiente para no temblar de la rabia que se está acumulando en mi interior.

—¿A qué hora es la reunión? —consigo preguntar.

—A las siete y media. Y asegúrate de que la rata sufra antes de que te lo cargues, ¿eh? —A Charlie no parece importarle que haya rechazado sus drogas. Junta el montoncito de coca en una raya para él y la inhala de golpe. Dios sabrá cuántas rayas se habrá metido antes de que yo llegara, pero en los últimos cinco minutos he contado tres. El viejo se hunde en la silla con la cabeza hacia atrás y suelta un gemido de euforia mientras su pecho sube y baja despacio. Me pongo de pie para irme, todavía conteniendo el impulso de cerrar la mano y destrozarle la cara a puñetazos.

—Ya te informaré de cómo va —le digo mientras me marcho.

Aunque seguramente no haga falta. Es probable que Charlie me tenga vigilado. Quizá esté viendo todo lo que pasa a través de un puto satélite. Desde el puto espacio exterior. Salgo de la casa antes de cometer alguna imprudencia. Sigue teniendo su servicio de seguridad al completo. Si me atrevo a mover un solo dedo aquí, aunque sea romper un jarrón, rasgar el tapizado de los sillones o respirar hacia donde no debo, soy hombre muerto.

Así que me meto en el Camaro y pierdo dos centímetros de neumáticos derrapando cuando salgo pitando de aquí. Dejo atrás las puertas y la zona residencial que a este hijo de puta le gusta llamar hogar. Casi he llegado al otro lado de Clyde Hill cuando paro y me saco el móvil del bolsillo.

Es un *smartphone,* así que no es que pueda abrirle la tapa de atrás. No tengo ni idea de cómo puede haberlo pinchado Charlie,

pero si alguien es capaz de conseguirlo, ese es él sin duda. Desactivo el bloqueo de seguridad, con la precaución de pulsar el botón de mis contactos para consultar el número más importante que todavía no he memorizado: el de Sloane. Me apunto los números en el dorso de la mano y luego cojo el móvil y lo aplasto contra el salpicadero. Las esquirlas de cristal salen despedidas en todas direcciones, hacia los pedales y hacia el asiento de cuero. Desmonto la carcasa de metal conteniendo el aliento. Ahí está: un chip pequeño y cuadrado, soldado al procesador central. Es evidente que no forma parte del aparato. El resto del circuito es una obra de arte perfecta, construida de forma meticulosa. Este chip, este artilugio de escucha, este acto de traición, debió de ponerlo un jáquer con mucho talento, aunque incapaz de replicar la precisión de algo fabricado por una máquina. Abro la ventanilla del lado del conductor y lanzo el teléfono con un grito de rabia.

No me puedo creer que me haya hecho esto.

No, en realidad, me puedo creer perfectamente que lo haya hecho. Lo que no me puedo creer es que yo haya sido tan estúpido como para no esperármelo. ¿Quién es el imbécil, él o yo?

Dios sabe lo que el muy cabrón me ha oído decir en ese móvil. No quiero ni pensarlo. Piso el acelerador a fondo, haciendo rugir el motor, y me dirijo a casa.

Haré esta última cosa por Charlie, pero no para ayudarlo. Lo haré para enterarme de qué se trae Rick entre manos. Lo haré para enterarme de qué coño está pasando. Y entonces tomaré medidas.

29
ZETH

La cosa va como Charlie me dijo que iría. En el embarcadero, Rick —que es corpulento como un tanque y está tatuado y marcado de pies a cabeza— se encuentra con tres moteros de una banda que no reconozco. En la parte superior de sus parches se lee «Wreckers». He llegado pronto y me he instalado en la segunda planta del almacén quemado que Charlie usa a veces para reuniones como esta, pensando que Rick no sería tan tonto como para elegir este lugar, pero el tipo aparece puntual como un reloj. Los moteros se presentan diez minutos más tarde, maldiciendo y despotricando contra los policías a los que han tenido que despistar. Estos Wreckers deben de ser unos cabrones de mucho cuidado si la poli los ha estado siguiendo. Rick abraza al primero, una mole que me sacaría una cabeza hasta a mí, y choca los puños con los otros dos.

—¿Qué, Caleb? ¿Cuánto tiempo? —le pregunta Rick al tipo al que ha abrazado.

El gigante se apoya en la moto y se mete los pulgares en los bolsillos de los vaqueros.

—Tres o cuatro días como máximo. Nuestro hombre ya está preparado para mover ficha.

—¿Y tienes lo que dijimos?

—Sí. Cuatro. Aunque en el contenedor cabrían hasta seis. No sé por qué no quieres optimizar beneficios…

Rick niega con la cabeza.

—Cuando te pasas de avaricioso es cuando te pillan. Con cuatro está bien. ¿Y están intactas?

Caleb asiente.

—Eso dice nuestro médico.

—Bien.

—Mejor que bien, hermano. Hasta tú te vas a querer follar esos coñitos, ya lo verás. Unos culitos de puta madre.

Rick sonríe y se rasca la barbilla.

—Ya, bueno, pero si toqueteo la mercancía luego no valdrá gran cosa… De todas formas, no tengo problemas para conseguir coños. Es mejor guardarle estas chicas a Rebel. El tipo tiene más dinero que sentido común.

Rebel.

¿Por qué no me sorprende? Aunque hacía tiempo que no oía hablar de él. Creo que desde que ese detective privado corrupto estuvo a punto de venderle a Sloane hace dos años. Ya iba siendo hora de que ese cabrón asomara la cabeza. Rick tiene razón: se rumorea que Rebel está forrado. También tiene la mala costumbre de comprarse chicas guapas y usarlas hasta que no queda nada de ellas.

—Bueno, hora de apoquinar, Holmes —le dice Caleb a Rick—. Y esta vez necesitamos algo más que sitios y horas. Necesitamos algo sólido, algo que ponga contento al viejo.

Me anoto mentalmente que debo descubrir quién es este viejo; presumiblemente, el jefe de la banda. Conozco todos los clubes de moteros que hay en Seattle. Todos tienen que pagarle a Charlie, ya sea en pasta o en músculo, aunque no les haga ninguna gracia. Los Wreckers no son de por aquí.

—En el veintiuno de South Street —contesta Rick—. Allí la cortan; están empezando. El mes que viene pasará por más o menos medio millón en coca que serán dos millones una vez la hayan cortado con talco.

—¿Cuánta gente hay? —pregunta uno de los socios de Caleb. Este lo mira con severidad. Es evidente que le acompañan como guardaespaldas y poco más. Salta a la vista que no tenían permiso para hablar. El otro tipo aprieta los dientes y exhala con fuerza.

Rick responde de todos modos, obviando la tensión que se está produciendo entre los moteros.

—Cuatro tíos, armados pero de bajo rango. Chavales de las bandas locales, sobre todo. Los ha contratado para eso. Charlie no quiere a sus hombres por ahí.

No tenía noticias de esa cocina. Charlie es un criminal, eso lo tengo claro, pero se enorgullece de que su producto sea puro. De que sus armas funcionen, de que sus drogas no le frían el cerebro a nadie. «¿De qué coño me sirve un cliente muerto? —dice siempre—. Si me los cargo, no me podrán seguir dando dinero, ¿o no, Zeth, muchacho?». Pero parece que ha cambiado de idea. Y si va a cuadruplicar el peso del producto, debe de estar cortándolo con mucha mierda. Cada dato nuevo que descubro sobre Charlie me cabrea más. Las chicas, el móvil pinchado… y ahora esto. No es que pensara que me lo contaba todo, pero creía que al menos sabía por qué terreno me estaba moviendo. No obstante, parece que no tenía ni idea. No sé ni en qué puto país está el terreno.

—Entonces, ¿el quince ya está? —pregunta Caleb.

—Por supuesto —contesta Rick.

—De puta madre. Pues nos vemos en la Carbonería. Dale a tu viejo saludos de Petey, ¿vale? —Caleb le da otro abrazo a Rick y unas palmaditas en la espalda antes de subirse a la moto y aferrarse al manillar. El rugido de los motores se eleva por el almacén y, con un ruido ensordecedor, los tres tipos rodean a Rick y se largan del edificio, dejándolo solo.

Y ahora es cuando se supone que tengo que anunciar mi presencia. Ahora es cuando se supone que tengo que hacer sufrir a Rick y matarlo. Pero no es eso lo que voy a hacer. Ordeno mis pensamientos mientras lo observo coger la chupa de cuero de la barandilla oxidada donde la había colgado y ponérsela. ¿Por qué cojones querrán enterarse esos tipos de las operaciones de Charlie? Sobre todo si todavía no han atacado ninguna de sus ubicaciones… No tiene sentido, aunque es evidente que esa cocina es uno de sus objetivos más inmediatos. Si no, no querrían saber cuántos hombres van a encontrarse allí. ¿Y qué coño hace Charlie contratando a pandilleros?

Mientras le doy vueltas a un millón de preguntas, Rick sale del almacén. Cuando finalmente decido que quiero interrogarlo, el cabrón ha llegado al coche, un llamativo Mitsubishi Evo con las ventanas tintadas. Está entrando ya; tiene medio cuerpo dentro y medio fuera.

—¿Qué hay, Rick?

Y Rick se caga en los pantalones. Da un brinco y alarga un brazo de forma automática para coger su pistola, pero ve la Desert Eagle que llevo en la mano antes de encontrarla. No lo estoy apuntando. No hace falta. Ya sabe que yo no saco la polla a pasear si no tengo intención de follarme a alguien. Nos miramos a los ojos.

—¡Zeth, tío! ¿Qué haces aquí? —Lo que en realidad me está preguntando es cuánto he visto y cuánto he oído.

—Pues lo mismo que tú, como puedes imaginar. Respirando un poco de aire fresco.

«He oído lo suficiente, hijo de puta».

Rick se sienta en el borde del asiento del conductor y suspira con fuerza.

—Tienes un mensaje de Charlie, ¿no? —A juzgar por su tono de voz, ya sabe cuál es el destino que le espera. Rick sabe muy bien lo que les pasó a los otros tipos que fueron lo bastante estúpidos como para actuar a espaldas de Charlie. Sabe lo que va a ocurrir a continuación.

—Sí —contesto—. Tengo un mensaje. Pero estoy interesado en saber lo que tienes que decir antes de que te lo entregue.

Levanta la vista y veo una chispa de esperanza en unos ojos en los que antes solo había resignación.

—¿Qué quieres saber? ¿Por qué te están dejando fuera?

¡¿Qué?! Observo con atención su expresión ansiosa, analizándola. No está soltándome lo primero que se le ocurre. Está diciendo la verdad.

—¿A mí? —No se me había ocurrido, pero joder. Ahora que lo oigo de boca de Rick, tiene mucho sentido. Es lo que hace Charlie cuando no confía en alguien, cuando se está preparando para cargárselo. Lo

deja fuera. Lo excluye de sus tratos, lo mantiene a una distancia segura, lo observa como un depredador… Todo encaja.

—Tío, Charlie descubrió algo sobre ti. Algo que no le gustó ni un pelo… Dijo que ya no se podía fiar de ti, que ya no le servías. Quiere que desaparezcas. Le ha dicho a los chicos que se vayan preparando, que va a necesitar una nueva mano derecha porque está a punto de cortarse la vieja. Eso he oído.

Rick se está desviviendo por ser útil. Es lo que hace la mayoría de los hombres que están a punto de morir. A veces, resultar útil consigue comprarles un poco de tiempo. No sabe que en realidad no tengo pensado matarlo, así que voy a aprovecharme al máximo de la situación.

—¿Qué es lo que ha descubierto sobre mí?

Rick niega con la cabeza y se encoge de hombros.

—No me lo dijeron, pero era referente a tu pasado.

En fin, no es una información muy útil. Todo lo que ha ocurrido hasta este momento forma parte de mi pasado. Hace una hora. Ayer. Lo que ha motivado a Charlie a volverse contra mí podría haber pasado la semana pasada o hace diez años, pero sea lo que sea, me resulta un poco difícil de creer. Con lo paranoico que es, me habría matado en cuanto hubiera sospechado algo. Sabe todo lo que yo sé. Todo lo que me ha pedido que haga. Todos los asuntos turbios que podría cantar si sintiera la necesidad.

—Estuve en Chino por Charlie —señalo—. No se libraría de mí sin una puta buena razón. —Nadie cumple condena en Chino sin pagar un alto precio. Y hacerlo por alguien es más que una muestra de lealtad. Es un sacrificio difícil de comprender.

Rick se queda boquiabierto.

—Oh, Zee… Joder. Ninguno de nosotros estaba seguro, pero dábamos por hecho que te habrías enterado… —Esboza una sonrisa cruel—. Todo el mundo sabe que fue Charlie quien le cortó el cuello a Murphy. Y que fuiste tú el que cumplió condena por ello. ¿Nunca te has preguntado por qué?

El recuerdo de esa noche resurge en mi mente en imágenes fijas, llenas de salpicaduras de sangre y deterioradas como una película vieja. Murphy O'Shannessy de rodillas; Charlie deslizando la navaja de afeitar por su cuello con cara de loco. Todo aquello empezó por una tontería. Murphy hizo un comentario mordaz sobre el largo del vestido de Sophie. El comentario pasó desapercibido para todos los demás, y la única reacción de Charlie en ese momento fue fruncir el ceño. Sin embargo, diez horas después, cuando el viejo se habría esnifado unos mil dólares en coca, ya era otra historia. No pienso mucho en esa noche. Intento no hacerlo. He matado, sí, pero siempre lo he hecho rápido. Un cuchillo en el corazón, o en los pulmones, algo así. Un tiro en la cabeza. Pero Charlie hizo una chapuza con el cuello de Murphy a propósito y luego se quedó mirando cómo se desangraba. No permitió que nadie acabara con su sufrimiento.

—Ya sé por qué —contesto—. La poli encontró la navaja en mi coche y sangre en mi camisa. Y un pelo mío en la ropa de Murphy.

Rick asiente con impaciencia, como si la información que me quiere dar fuese de vital importancia.

—Sí, pero ¿por qué se les ocurrió registrar tu coche, Zee? ¿Cómo acabaron llamando a tu puerta?

No es la primera vez que me lo pregunto. Estuve dándole vueltas de forma obsesiva cuando me metieron en la cárcel, donde no hay mucho que hacer más que deporte, masturbarse y comerte el coco.

—Fui yo quien recogió a Murphy en su casa y lo llevó a la mansión. Su padre nos vio juntos. Esa fue la última vez que alguien lo vio con vida.

—Y una mierda. —Rick se inclina hacia delante y su rostro emerge de entre las sombras—. Charlie te echó a los leones, tío. ¿Cómo es posible que a estas alturas todavía no lo hayas deducido?

Una carcajada llena de rencor estalla en el interior de mi mente. «Pues claro —dice la voz—. O'Shannessy padre nunca te habría acusado a ti de matar a su hijo. Jamás. Fue tu mejor amigo durante años».

Y entonces oigo otra voz.

«Limpia este desastre, Zeth. Me estoy poniendo enfermo solo de mirarlo».

Una imagen aparece en primer plano en mi mente: Charlie sonriendo como un loco, impertérrito después de haber asesinado brutalmente delante de mí a un hombre al que yo llamaba hermano. Nunca se disculpó por hacerlo, ni por el tiempo que pasé pudriéndome en una celda por un crimen que había cometido él.

—No sería capaz de hacer algo así —gruño, pero incluso mientras pronuncio la frase me siento estúpido. Tengo ganas de vomitar. ¿Fue Charlie quien colocó las pruebas para inculparme? Me repito la teoría mentalmente y me estremezco al darme cuenta de que suena a verdad.

—Pues claro que sería capaz. ¡Fue él! —insiste Rick—. Lo sabemos todos, joder. Casi ni se molestó en ocultarlo. Cuando saliste, amenazó con cargarse a cualquiera que se atreviera a decir una palabra al respecto. De que mató a Murph, de que te encerraron… De que fue él quien te mandó al talego.

Me cago en la puta. No me entra en la cabeza. Me aseguro de que no se me note; no me sirve de nada que Rick se dé cuenta de lo mucho que me ha alterado.

—Eso no explica por qué lo estás vendiendo con los moteros.

—Porque estoy tan jodido como tú, tío. —Escupe en el suelo—. La poli me pilló el mes pasado, encontró las drogas que estaba vendiendo para Charlie. Me dijeron que o los ayudaba a encerrarlo o me caían veinte años. Fueron ellos quienes me pidieron que acudiera con este cuento a los Wreckers.

—¿Y aceptaste?

Por mucho que odie a Charlie ahora mismo —el sabor de su traición es como tener ácido en la lengua—, odio a la poli todavía más. Son unos hijos de puta hambrientos de poder, todos y cada uno de ellos. Yo lo sé de buena tinta. Pasé mucho tiempo con esos cabrones cuando descubrieron el cadáver de Murphy.

Desenterrado.

Y eso después de que yo lo enterrase en un sitio cuya ubicación solo conocía Charlie.

¡Joder!

—¿Palmarías tú veinte años por Charlie sabiendo lo que sabes ahora? —Rick me hace la pregunta como si la respuesta fuese obvia. Y lo es, hostia. Lo miro con una ceja enarcada, como dándole a entender que no le falta razón.

—En ese caso vas a hacer algo por mí, Rick.

Se mueve en su asiento con una expresión de sorpresa. Ya se había resignado a la idea de que lo iba a matar. Estaba convencido de que sus revelaciones sobre Charlie caerían en saco roto, y quizá habría sido así si hubiéramos mantenido esta conversación hace seis semanas, pero no ahora, después de la confirmación de que es probable que el viejo tenga algo que ver con la desaparición de la hermana de Sloane. No después de lo del teléfono pinchado.

—Eh… claro, sí. Lo que quieras. —Rick parece estar sopesando si debe sospechar o sentirse aliviado—. ¿Qué necesitas?

—Entra en el coche, cierra la puerta y conduce hasta Anaheim. Espérame allí.

Frunce el ceño.

—¿Anaheim? ¿Por qué coño quieres que vaya a Los Ángeles ahora?

—Porque te lo digo yo. Y dime el nombre del policía al que estás informando. —Las próximas semanas, será más seguro conocer el nombre del cabrón que está metiendo las narices en los asuntos de Charlie y, por lo tanto, en los míos. Una vez que Rick desaparezca.

—No es un policía cualquiera —me advierte Rick—. Es la detective Lowell. Denise Lowell. De la DEA.

Ese acrónimo es la peor noticia del puto mundo. ¿La DEA está removiendo la mierda de Charlie? Pillar a un señor del crimen como Charlie Holsan haría despegar la carrera de cualquiera. Por lo menos, le garantizaría un buen ascenso. Ningún agente con dos dedos de frente daría la espalda a un premio tan gordo como ese, no si cree

que tiene posibilidades de echarle el lazo. Necesito saber todo lo que sea posible de la tal Denise Lowell. Lo necesito desde ayer.

—Dame tu móvil. —El tipo pone mala cara pero obedece. Lo tiro al suelo y lo pisoteo con todas mis fuerzas. Rick se limita a asentir y mirar con tristeza el aparato hecho pedazos sobre el asfalto—. Cuando llegues a Anaheim, Michael irá a tu encuentro. No llames la atención. Y mantén la cabeza gacha si no quieres perderla de verdad, ¿entendido?

Me vuelvo y me marcho. Rick y yo nunca nos hemos llevado bien, pero ahora me va a obedecer. Aunque no tenga ni idea de lo que planeo. Esa lucha constante por la posición de macho alfa —una competición entre nosotros dos que solo percibía él— ha terminado. Nunca tuvo nada que hacer contra mí.

Tenía su vida en mis manos y la he dejado marchar.

Y ahora que Rick está a punto de internarse en la autopista, también ha llegado la hora de que yo mismo me largue de esta ciudad. Ha llegado la hora de muchas cosas. Ya es hora de liberar a Alexis Romera del cartel. Ya es hora de que se reúna con Sloane y con el resto de su familia. Y puede que yo haya terminado en la lista negra de Charlie Holsan, pero ese cabrón también ha cometido un grave error. Y yo le voy a explicar lo grave que es ese error. Pronto, muy pronto, deseará haber dejado que me pudriera en la habitación del fondo del piso lleno de mierda de mi tío hace tantísimos años.

30

SLOANE

Han pasado quince días. Quince días sin saber absolutamente nada de Zeth. Tampoco sé qué me esperaba. ¿Que acampase en mi jardín y me siguiera de casa al hospital y del hospital a casa todos los días? Puede. Lo que no esperaba ni de coña era que desapareciera así. Y lo peor es que estoy de los nervios, buscándolo constantemente. Ya llevo un tiempo desempeñando el papel de víctima infeliz en nuestra complicada relación, pero la realidad es que… Quiero saber dónde está. Lo que está haciendo. Y por qué no ha venido a verme. Ya es oficial: he perdido la cabeza. Además, sé por qué ha desaparecido de la faz de la tierra, y soy consciente de que es culpa mía, por estúpida: ha sido por el beso. Ahora me doy cuenta de que no hay nada más íntimo que besar a alguien que está dentro de ti. Y, por lo que yo sé, «íntimo» es lo último que Zeth quiere que sea lo nuestro.

—Puaj. Hoy hay pastel de carne. ¿Por qué me da la sensación de que en esta cantina sirven pastel de carne todos los días? —Las residentes de primer año que tengo delante de mí, dos mujeres con las bandejas abrazadas contra el pecho, se quejan de la comida mientras yo paso revista a mi listado de pacientes en la tableta. Una fractura pélvica, un sarpullido misterioso con fiebre y una herida de bala en el pecho. Al último tipo lo trajeron al centro de urgencias con luces y sirenas; casi no respiraba y tenía el pulso débil e irregular. Es joven. Un chaval cuyo hermano tiene un supermercado de productos frescos en el centro. O lo tenía, antes de que le volaran la cabeza. Dicen que es cosa de bandas, de jefes de la mafia, pero a mí me cuesta creerlo. Seattle no es conocido por su mundo criminal. Sea como sea, al hermano del chaval se lo cargaron y él ha estado a punto de morir. En este momento, está todavía durmiendo tras la

anestesia, arriba, en cuidados intensivos, con una hilera de policías vigilando a los dos lados del pasillo. O tienen miedo de que se escape o creen que alguien va a venir a rematar el trabajo. Sea como sea, la presencia de la policía me causa ansiedad. Siempre me ocurre. Es por el uniforme. Lo asocio con una cosa, una sola cosa: Alexis. Cuando desapareció, la casa de mis padres estuvo llena de policías durante días. Al principio se mostraban serios y decididos, y les aseguraban a mamá y a papá que Alexis acabaría apareciendo, que la encontrarían. Sin embargo, a medida que pasaban los días, cada vez iban viniendo menos agentes, y cuando lo hacían, siempre contaban una historia distinta.

«Tenemos muchos casos abiertos. No contamos con muchos agentes, pero vuestra hija es nuestra prioridad».

«Todavía tenemos hilos sólidos de los que tirar. No hay razones para perder la esperanza».

«Estas cosas llevan tiempo, señora Romera».

«Ha pasado más de un mes, señores Romera. El caso de Alexis va a seguir abierto, pero hasta que no haya nuevas pistas, no hay mucho que podamos hacer. Téngannos informados si reciben noticias de su hija».

—Tíía. Dime que no te acabas de pillar el último pudin de vainilla. —La voz interrumpe mis pensamientos. Me giro y veo a una de las nuevas fulminando con la mirada el pudin que acabo de coger del refrigerador. Levanta la vista y me invade un placer perverso cuando soy testigo del momento en que cae en la cuenta. «¡Ah, mierda! ¡Una residente de quinto año!».

Conozco a la chica. Jefferies. Es una bocazas. Cree que tiene opciones de sacar plaza en cirugía. Pero, claro, todos estos idiotas con patas y la lengua muy larga creen que tienen opciones de sacar plaza en cirugía.

—¿Algún problema, Jefferies?

Ella niega con la cabeza.

—No, doctora Romera. Para nada, ningún problema.

Pasa por mi lado y sale pitando antes de que pueda encargarle las rondas en la morgue con Bochowitz durante el resto de la semana. Odian ese castigo. Bochowitz lleva treinta y ocho años trabajando en la morgue y muestra siempre una alegría insufrible. Y es así todo el tiempo. También tiene la inquietante costumbre de hablar con sus pacientes. Están todos muertos, por supuesto, y por eso no le responden, pero en algún momento de su carrera Bochowitz adquirió la costumbre de responder por ellos. Es espeluznante, sí. Es un hombre un poco espeluznante, pero a pesar de sus peculiaridades, no hay ni un solo detalle del cuerpo humano que Bochowitz no conozca. Cuando yo era residente de primer año, solía hacerle compañía en los sótanos del Saint Peter's. No tenía ningún interés en inmiscuirme en el politiqueo ni los tejemanejes de mis compañeros, pero, sobre todo, aprendía.

Atisbo al doctor Patel al otro lado de la cantina, comiendo solo. No lo había visto desde la noche en que Zeth trajo a Lacey. Levanta la vista, me ve acercarme, sonríe…

—Hola, Sloane. ¿Qué hay? —Aparta la silla que tiene enfrente de una patada—. Me han dicho que te ha tocado el chaval de la mafia herido de bala.

Hubo un tiempo en que nos habríamos peleado por un paciente herido de bala, pero ahora ya hemos visto muchos casos como ese. Los resultados suelen ser tan desalentadores que muchos de los residentes intentan encasquetárselos al primero que pillan.

—Pues sí. —Suspiro—. El chico estuvo a punto de irse al otro barrio, pero conseguimos salvarlo.

Suresh asiente y traga un bocado de comida.

—Ese chaval tiene un historial delictivo más largo que tu brazo. Mi madre compra en esa tienda. Yo no paro de decirle que no lo haga, pero a ella le gustaba charlar con la mujer que atendía… ¿Cómo se llamaba? No me acuerdo. Bueno, da igual, el caso es que el tío al que dispararon allí hace un par de semanas era su marido, Matty. Y tanto la mujer como el hermano, el chaval que tienes arriba, saben

quién lo mató, pero ninguno de los dos le ha dicho a la policía ni pío. Parece que están cagados de miedo.

A mí todo esto me suena a algo que ocurriría en Nueva York o en Chicago. Abro mi pudin de vainilla y me meto una cucharada en la boca.

—No me apetece pensar en esas cosas. Quiero pensamientos felices —le digo con una sonrisa—. ¿Cuándo era tu boda? —Recibí la invitación hace meses y archivé mentalmente el evento en la categoría «demasiado lejos para preocuparme ahora por eso». Pero la fecha ya debe de estar más cerca, porque la mitad del hospital no habla de otra cosa.

—Ya queda menos de un mes —responde Suresh, y me guiña un ojo—. Yo, un hombre casado. No es justo, ¿verdad? Estoy en la flor de la vida. Las mujeres del mundo no deberían verse privadas de esto. —Se señala el cuerpo con el tenedor y mueve las cejas arriba y abajo. No se diría que es guapo de una forma clásica, pero tiene un no sé qué que vuelve verdaderamente locas a las mujeres. Yo me río y me encojo de hombros.

—Te va a encantar. Rebecca está muy emocionada.

—Ya lo sé. —Su voz se torna seria—. Me ha pedido que te diga que tienes que traer un acompañante. Es obligatorio, me temo.

No había pensado en un acompañante. Me encojo en mi asiento, con la mirada fija en el pudin. Quizá podría llevar a Pip. La gente hace esas cosas, ¿no? Va a las bodas con algún amigo. Se lo pregunto a Suresh y me dirige una mirada imposible de malinterpretar.

—No. Tiene que ser alguien con quien te estés acostando.

¡Ja! Sí, claro. Como si Zeth Mayfair fuese una buena opción para acompañarme a una boda.

—O alguien con quien tengas intención de acostarte después de ponerte como una cuba en el banquete —contesta Suresh, y me vuelve a guiñar un ojo justo cuando uno de mis colegas, otro residente, Oliver Massey, entra corriendo en la cantina. Parece

desbordado. Cuando me ve, viene hacia mí a toda prisa. El estómago me da un vuelco.

—Te necesitan arriba, Sloane. La policía quiere hablar con todos los médicos que están tratando al chaval, a Stanton.

Estupendo. Tiro la cuchara de plástico dentro del pudin. Se acabó mi pausa para comer.

—No te olvides, Sloane —me grita Suresh—. ¡Alguien a quien te estés follando!

Y una cantina entera llena de gente se vuelve para ver cómo me voy corriendo, roja como un tomate.

31

SLOANE

—Este paciente es testigo de un asesinato. Está bajo protección policial, y es esencial que nadie lo mate de un tiro mientras permanezca en este hospital. ¿Sabéis lo que significa eso?

El detective con el traje horroroso nos habla como si fuésemos gente de la peor calaña que se ha echado a la cara. Es bajo y calvo y camina como un *rottweiler* enfadado. Una detective esbelta —su compañera, supongo— espera pacientemente a que cierre el pico para poder hablar. Por fin llega su oportunidad.

—Soy la detective Cooper. Estaré aquí por las noches, así que seré vuestro contacto principal. Si veis a alguien por los pasillos a quien no reconocéis, venid a buscarme a mí o a un oficial que esté de guardia para informar de ello. Este es un hospital grande. Entra y sale mucha gente, así que entendemos que tal vez sea difícil discernir si alguien está fuera de lugar, sobre todo si estáis tratando de hacer vuestro trabajo al mismo tiempo.

El equipo de enfermeros, que estaban de pie de brazos cruzados fulminando con la mirada al detective gordo, asienten, con expresiones más suaves. Los tres médicos que estamos tratando a Archie —Hendry, Oliver y yo misma— nos mantenemos al fondo de la sala de espera de la unidad de cuidados intensivos, escuchando.

—¿Qué es lo que estamos buscando exactamente, detective? O sea, ¿es un asunto de la mafia italiana o algo así? —Oliver se muestra tan incrédulo como me ha parecido en la cafetería. Esto no es algo habitual por aquí.

—No, italiana no. Llevamos un tiempo investigando a un jefe criminal de alto nivel. Controla muchos de los negocios delictivos de la ciudad: drogas, armas, apuestas, dinero falso… Pensamos que

Matty Stanton metió la pata en un acuerdo de negocios que este tipo quería cerrar y que pagó las consecuencias. Sabemos que quien ordenó su asesinato fue la persona que estamos investigando, y solo necesitamos pruebas. Y el hermano de Matty, Archie, es clave para eso. Tenemos fotos policiales de socios conocidos de esta persona. En realidad, son pocas las caras que deben preocuparos de verdad, aunque dudo que ninguno de ellos sea tan estúpido como para aparecer por aquí. —La detective Cooper le hace un gesto a un oficial armado y uniformado y este le da las fotografías a los enfermeros.

—¿Cuánto peligro entraña esta situación, detective? —pregunta Hendry—. ¿Nos van a disparar mientras intentamos hacer nuestro trabajo?

—No. Estamos aquí para asegurarnos de que eso no ocurra. En este momento, confiamos en que el sospechoso no sepa que lo estamos investigando. Se cree intocable, pero está muy equivocado. Nos vamos a asegurar de que permanezca encerrado mucho tiempo.

Hendry asiente, coge el papel que le tiende Oliver, lo observa durante unos segundos y luego me lo pasa a mí.

—¿Y qué debemos contemplar en lo relativo a la autodefensa? Si uno de estos cabrones nos ataca…, ¿tenemos permiso para inyectarle un sedante? ¿Para usar el desfibrilador contra él?

Los enfermeros se ríen, nerviosos. Yo echo un vistazo al papel, ya a punto de pasárselo a la siguiente persona, y entonces me quedo sin aliento.

«Oh».

Se me hace un nudo en la garganta. Mi mente sigue repitiendo lo mismo:

«Oh».

En el papel veo un mosaico de fotos policiales. En la primera página hay ocho, y en la segunda más. Todas están numeradas… Y en el número uno, el puesto de honor, Zeth Mayfair me mira con una expresión sombría.

Santo Dios, creo que voy a vomitar.

32

SLOANE

Si subes a la azotea del hospital Saint Peter's of Mercy, las vistas son increíbles. Cuando Alexis y yo éramos niñas, a veces, cuando su jornada era tranquila, nuestro padre nos traía aquí arriba. Los médicos hacían la vista gorda: Alan Romera era un empleado querido por todos. Trabajó como radiólogo durante treinta y cinco años en el mismo lugar en el que yo trabajo ahora. Se trasladó a Los Ángeles para trabajar en una consulta privada mucho antes de que yo apareciera por aquí, cuando era una residente de primer año que no se enteraba de nada, pero su nombre sigue teniendo peso entre estas paredes. Siempre se las arreglaba para hacer lo que le diera la gana.

Cuando más le gustaba traernos era cuando nevaba. Ocurría con bastante frecuencia, a pesar de lo cual mi hermana y yo no cabíamos en nosotras mismas de alegría. Recuerdo los suaves copos blancos que caían del vasto cielo, flotando en círculos, la capa de nubes, gruesa como una manta que incubase el mundo… Era emocionante. Nos quedábamos allí de pie durante horas, con los cuellos doloridos de tanto estirarlos, de tanto echar la cabeza hacia atrás, hasta que se nos entumecía el cuerpo y papá nos apremiaba a entrar antes de que una de las dos enfermase. Cada vez que subo hasta aquí, esos recuerdos me asaltan de golpe, dejándome sin aliento.

Pero esta noche los aparto de mi mente. No está nevando, sino lloviendo, y estamos esperando a que llegue un helicóptero. Esto me pone enferma. La espera. La adrenalina que necesito para pensar, para actuar y reaccionar con rapidez ya me palpita por todo el cuerpo, pero es inútil hasta que no vea a qué me enfrento. El viento

sopla con fuerza, inclinando hacia un lado la lluvia, que a su vez azota nuestros cuerpos y nos empapa las batas quirúrgicas. Oliver está a mi lado, esperando con gesto paciente. Es un buen amigo y un buen hombre. Gracioso, inteligente, atractivo; un ligón empedernido. Es un milagro que siga soltero.

En la distancia, se oyen unos sonidos mecánicos que van y vienen y que reverberan en los edificios más altos de la ciudad.

—¿Oís eso? El helicóptero. —Oliver me da un codazo—. No estará a mucho más de un kilómetro. Abre al ascensor.

El ascensor lleva diez minutos bloqueado en esta planta, con las puertas cerradas. Dentro esperan los enfermeros con una camilla y el equipo de soporte vital, secos y calentitos. Ya es hora de que esos capullos se mojen también.

Corro hacia las puertas de acero y pulso el botón del ascensor justo cuando nos azota una fuerte ráfaga de viento que lanza agua helada a las caras de las tres jóvenes enfermeras que estaban dentro, riendo y bromeando. Mikey, el de primer año, deja de hacer lo que estaba haciendo y se queda paralizado con las manos detrás de la cabeza, las caderas hacia delante y el labio inferior entre los dientes.

—¿Estás haciendo un *casting* para ser estríper, Hoxam? —grito por encima del viento y la lluvia.

—¡No, no! Disculpe, doctora Romera, no…

—¿No volverá a pasar?

—¡No! No, señora. ¡Nunca!

¿Señora? Joder. Tengo veintiséis años y estos idiotas piensan que soy una anciana.

—Bueno, cuando te venga bien volver a fingir que eres médico, mueve el culo, si no te importa. El helicóptero está cerca.

Una cosa tengo que reconocerle: Mikey Hoxam es o un manojo de nervios o un completo idiota, pero en entusiasmo le pongo un diez. Es el primero en salir del ascensor, empujando la camilla por la azotea. Cuando llegamos hasta Oliver, las ruedas del helicóptero ya están sobre el asfalto.

—¿Preparada? —me grita mi compañero.

—¡Sí, señor! —contesta Mikey, también a gritos. Oliver lo mira como si quisiera asesinarlo con la mirada, y el chico se da cuenta de su error y tiene la decencia de ruborizarse. A mí se me escapa una sonrisilla.

—Sí, estoy preparada. ¡Vamos! —Corremos hacia las puertas del helicóptero, del que salen dos sanitarios con una camilla rígida en brazos en la que llevan una carga pequeña y frágil.

—Maisie Richards, siete años, hipotérmica y taquicárdica; laceración profunda en el muslo derecho. Se la encontraron convulsionando bocabajo en la bañera, inconsciente. Ha entrado en parada por el camino, dos descargas.

—De acuerdo, ¡entradla!

Oliver y el equipo de reanimación se agachan bajo las hélices del helicóptero, que siguen girando, para ocuparse de la paciente y llevarla a toda prisa hacia el ascensor. Me vuelvo hacia los sanitarios, que están recogiendo su equipo del vehículo de evacuación médica.

—¿Dónde están los padres?

La primera técnica sanitaria, una mujer con unas profundas arrugas entre las cejas, suelta un suspiro, frustrada.

—A saber. La encontró un vecino que había ido a dejarle comida. Forzó la puerta al ver que Maisie no respondía y la vio en la bañera.

—¿Qué? ¡¿Estaba sola?!

La sanitaria niega con la cabeza como si tampoco ella pudiera creérselo.

—¡Romera! ¡Vamos! —Oliver me está aguantando abierta la puerta del ascensor. Echo a correr y entro justo antes de que se cierren las puertas.

33

SLOANE

—Está estable. Es un milagro que haya sobrevivido. —Termino el historial de Maisie y dejo marcadas una serie de alergias, casi apuñalando el papel con el bolígrafo. Al látex, a la penicilina, a la anestesia… Creo que la pobre cría es alérgica a todo. Ha estado a punto de morir cuatro veces en quirófano mientras luchábamos por salvarle la pierna. La herida era muy profunda, espantosa. Si los padres de Maisie hubieran estado aquí, habríamos sabido que no podíamos tocarla con los guantes. Habríamos sabido que no podíamos inyectarle anestesia corriente, y que no le podríamos dar penicilina al terminar la operación. Con todo lo que ha ocurrido, me deja perpleja que su pequeño corazón siga latiendo, tras todo el estrés al que ha estado sometido.

Oliver observa muy entretenido cómo firmo con violencia al final del historial y lo añado al montón de papeles que los de primer año tienen que archivar.

—Voy a llamar a servicios sociales —le informo.

—Uf, ¿no crees que deberías esperar a que aparezcan los padres antes de llamar a los servicios sociales?

No tengo palabras.

—¿Acabas de operar a la misma niña de siete años que yo? Porque una niña, una niña muy pequeña, ha estado a punto de morir. No tendrían que haberla dejado sola.

—Estoy de acuerdo contigo, no me malinterpretes. Solo digo que todavía no sabes en qué circunstancias se encontraban.

Me dirijo a los vestuarios de los residentes, seguida de cerca por Oliver. Cierro de un portazo y me quito la parte de arriba del uniforme sanitario, que está empapada de sangre. Se me ha

manchado también la camiseta de manga larga que llevaba debajo. Estupendo. Abro la taquilla y utilizo la puerta para cubrirme un poco mientras me despojo también de la camiseta y me pongo un suéter limpio. Cuando me doy la vuelta, me encuentro a Oliver sin camiseta, con la parte de arriba del uniforme enganchada a la cintura de los pantalones, escribiendo en su móvil con una sonrisa.

—No me puedo creer que seas capaz de sonreír ahora mismo —gruño y paso por su lado. Más de un residente se ha quedado embobado al encontrarse ante la tableta de chocolate de Oliver Massey, pero yo no soy una de ellos. No desde que vi los abdominales de Zeth Mayfair. Y hoy todavía menos. Oliver me coge del brazo mientras trato de escapar.

—Tú también sonreirías si te hubieran invitado a la fiesta de los de primer año.

—¿Los de primer año van a dar una fiesta?

—Pues claro que van a dar una fiesta. ¿Cuántas veces nos desmadramos nosotros cuando empezamos la residencia?

Pongo los ojos en blanco.

—Ya, bueno. No me apetece pasarme la noche bebiendo con ellos. Son carne de denuncias por negligencia. Y, francamente, tampoco entiendo por qué te apetece a ti ir.

—Piénsatelo. —Me sonríe—. Imagínate lo incómodos que se van a sentir con sus jefes pululando por ahí, bebiéndose sus cervezas y paseándose como si la fiesta fuese suya. Será épico.

—¡Venga ya! —Me echo a reír—. ¿A cuál te estás follando, Olly?

Me mira perplejo.

—¡A ninguna! —Está horrorizado, y no se le da nada bien disimularlo—. Yo no… —Niega con la cabeza y me suelta el brazo; de repente, me doy cuenta de lo cerca que está de mí—. Déjalo, Sloane. Que tengas una buena noche, ¿vale?

Se aparta, coge una camiseta negra del banco y se la pone. Increíble. Me las he arreglado para ofenderle en un segundo, y eso que ni siquiera tenía intención de hacerlo. ¿Debería decirle algo? ¿Disculparme? ¿Aclararle que solo era una broma? No, no creo que

sea una buena idea. Seguro que solo conseguiría empeorar las cosas. Salgo del vestuario mientras él se sigue cambiando, de espaldas a mí.

Me apoyo en la pared y cierro los ojos. Necesito unos segundos. Esto no se me da bien. No se me da bien ser amiga de la gente, entender lo que debo y lo que no debo decir. Solo estaba bromeando, pero Oliver se ha ofendido. Follarse a un subordinado es lo menos ético que se puede hacer, no hay mayor abuso de poder que ese. Y sé que Oliver jamás lo haría. Debería volver a entrar y decírselo. El pobre no debería tener que preocuparse por…

¡Mierda!

Zeth.

Abro los ojos y ahí está, apoyado en la pared, enfrente de mí.

Mirándome.

—¡Zeth! ¿Qué coño haces aquí?

—Estás disgustada. ¿Por qué?

En ese momento, la puerta del vestuario se abre y sale Oliver, que vacila al verme con Zeth.

—Hola. —Esboza una sonrisa tensa, asiente secamente y pasa de largo, mirando un segundo más de la cuenta al chico desconocido con el pelo oscuro que merodea por el pasillo del personal. ¿Lo habrá reconocido? Una chispa de pánico titila en mi interior, pero Oliver sigue andando. De ningún modo me dejaría sola con Zeth si lo hubiese reconocido como uno de los rostros de las fotos policiales. Además, antes estaba demasiado ocupado haciendo preguntas a los policías como para fijarse bien en las imágenes.

Zeth no dice nada. No se mueve ni un milímetro. No hay nada en él que haya cambiado en los últimos segundos, pero salta a la vista que está furioso.

—He tenido un día horrible, ¿vale? —contesto.

—¿Por qué? —repite con los dientes apretados.

—Porque una niña pequeña ha estado a punto de morir y no encontramos a los padres por ninguna parte, y no sé si debería llamar ya a los servicios sociales o esperar a que aparezcan

buscándola. Si es que aparecen. Y ahora lo único que quiero es marcharme a casa, ducharme e irme a la cama, ¿vale? No necesito…

—Llámales.

—¿Perdona?

—¿Qué es lo que tienes que pensar? Llama a los servicios sociales. —Su voz grave suena sorprendentemente feroz. Se acerca más a mí—. Hay gente que no merece tener hijos. Es más, hay gente a la que deberían castrar químicamente para negarle ese privilegio. —Levanta una mano, y cuando creo que me va a poner detrás de la oreja el mechón que se me ha soltado de la cola de caballo, lo frota entre las yemas del índice y el pulgar—. Tenías sangre en el pelo.

—Estoy acostumbrada. —Me recoloco el asa del bolso en el hombro; cualquier cosa para moverme.

—Tienes un trabajo violento —observa.

Se me escapa una carcajada histérica que reverbera por todo el pasillo.

—¿Estás de broma? Zeth, no puedes estar aquí. Tienes que irte ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Me doy la vuelta y le clavo el dedo índice en el pecho.

—La tercera planta de este hospital está empapelada con tu cara, eso es lo que pasa. Anoche dispararon al hermano de no sé qué propietario de un supermercado y la policía cree que un puto capo del crimen organizado al que están investigando tiene algo que ver con ello. Y, al parecer, ¡tú eres uno de sus hombres! Creen que podrías dejarte caer por aquí, y… ¡tachán! —Lo miro con el ceño fruncido—. Aquí estás.

Zeth parece un poco perplejo, aunque ni por asomo todo lo preocupado que debería estar después de la información que le acabo de dar.

—¿Han disparado a Archie?

—Sí. Lo han metido en protección de testigos, o está bajo protección policial, o algo así.

—Si formara parte del programa de protección de testigos, habría desaparecido hace ya tiempo. Tendría un nombre diferente, una historia diferente y una vida diferente.

—Vaya. Suena bien. Quizá debería investigar un poco a ver si puedo apuntarme yo al programa.

—No seas dramática.

—¿Dramática? ¡¿Dramática?! ¿En serio? —Mi tono de voz empieza a rayar en la histeria. Y, mientras tanto, él sigue ahí plantado, mirándome, observando mi expresión y mi lenguaje corporal como si así pudiera atisbar la verdad sobre las cosas, la verdad sobre mí. Nos fulminamos mutuamente con la mirada unos segundos; ninguno de los dos está dispuesto a recular. Y, de pronto, me coge de las dos manos y me las pone detrás de la espalda. Lo hace de un modo tan lento y deliberado que no se me ocurre resistirme hasta que ya me tiene inmovilizada—. ¿Qué coño haces, Zeth?

—Esto no tiene que ver con Archie Stanton. Ni con una niña pequeña a la que sus padres no han cuidado bien.

—¿Y tú qué sabes de qué va todo esto? —le espeto. Con nuestros cuerpos pegados, siento el calor que emana de él, veo el reflejo de los latidos de su corazón en el hueco de su cuello. Intento apartarme, pero él niega con la cabeza y me sigue mirando impertérrito, con una expresión de completo control.

—Esto va de que me besaste y yo me enfadé contigo. Y ahora eres tú la que está enfadada conmigo. Y… —añade en voz baja— de que me he pasado dos semanas desaparecido, sin llamarte ni venir a verte.

Intento liberar mis manos de un tirón, pero lo único que consigo es que me presione más contra su pecho. Jadeo, furiosa, y entonces le digo con los dientes apretados:

—Como si a mí me importase que vengas a verme o no, Zeth. ¡Me importa una mierda!

Una especie de gruñido empieza a nacer en su garganta.

—Por supuesto que te importa.

Respondo con un resoplido, pero no creo que haya conseguido convencerle de que se equivoca.

—Entonces, ¿me estás diciendo que sabes que te has comportado como un capullo?

—Sé que estás disgustada.

Quiero taparme la cara, pero no me lo permite. Pues vale. Cierro los ojos. Tras concederme un segundo para respirar, los abro de nuevo y lo miro con una expresión pétrea.

—Suéltame, Zeth.

—No.

Qué tío, no me lo puedo creer.

—¿Qué coño quieres de mí? Ya me has dejado muy claro que no me quieres cerca, así que por qué…

Resopla con desdén y acompaña el sonido con una ceja enarcada.

—¿Y cómo te lo he dejado tan claro?

—Creo que con lo de «no me vuelvas a besar en tu puta vida» y con lo de desaparecer dos semanas se entiende de sobra, ¿no? Tu actitud habla por sí sola.

Esta conversación debe de estar haciéndole mucha gracia, porque trata de contener una sonrisa y dice:

—No tengo ninguna actitud. Solo me tengo a mí. —Esa afirmación no mejora las cosas. Me entran ganas de darle un bolsazo—. Pregúntame dónde he estado las últimas semanas.

Maldito sea. Exhalo y trato de mantener mi furia a raya.

—¿Dónde has estado?

—He estado ocupado con los preparativos para ir a buscar a Alexis.

Oh. Dejo de resistirme.

Y me invade una pena profunda e insondable. Es como si una pequeña parte de mí se hubiese convencido a sí misma de que está muerta, y cada vez que él pronuncia su nombre me estuviera preparando para el momento en que regrese sin ella. El momento en que me diga que estaba equivocado, que esa persona que había encontrado no era mi hermana y que Alexis ya está muerta. Dejo

que la pena me cale en los huesos y luego digo lo único que puedo decir como respuesta a lo que acaba de contarme.

—Bueno… Gracias. Supongo.

—De nada. Y ahora pregúntame por qué no has sabido nada de mí.

La verdad es que no me apetece seguir participando en este juego. No quiero seguir sintiéndome tan impotente, inmovilizada contra él e incapaz de apartarme. Tampoco me gusta que hasta ahora haya conseguido irse de rositas después de todo lo que ha hecho.

—Está bien. —Le dedico una mirada desafiante—. ¿Por qué no he sabido nada de ti?

—No has sabido nada de mí porque tú necesitabas tiempo para no sentirte estúpida tras mi rechazo.

¿Qué? Pero ¿qué coño dice? Es… es… ¡Es increíble!

—No me rechazaste. ¡Acababas de follar conmigo, imbécil!

—Eso ya lo sé. Pero en ese momento te sentiste rechazada, ¿verdad? Y si hubiera ido a verte hace dos semanas, todavía estarías sintiéndote así.

—¿Así que es mejor esperar dos semanas para que en lugar de sentirme rechazada esté furiosa contigo?

Se encoge de hombros.

—La furia es más fácil de superar.

Voy a castrar a este hijo de puta. Le voy a dar patadas en los huevos repetidas veces hasta acabar con todas sus posibilidades de reproducirse. Al menos, así, las futuras generaciones de mujeres estarán a salvo de encontrarse con alguien tan manipulador y tan listo como él.

Porque tiene razón. Odio que la tenga, pero la tiene. Es cierto que me sentí rechazada. Y que habría odiado verlo hace catorce días. Uf. No sé de dónde sale, pero un cansancio extremo hace que mis brazos y mis piernas pesen como piedras.

—Necesito irme a casa, Zeth. Ahora mismo no puedo con esto.

Él no dice nada más. Me suelta los brazos, pero sigue cogiéndome de una mano para guiarme por el laberinto de pasillos de la planta baja. La facilidad con que se mueve me hace pensar que conoce bien el hospital, que lo conoce un poco mejor de lo que a mí me gustaría. Al menos, mantiene la cabeza gacha y la mirada fija en el suelo hasta que llegamos a la salida. Gracie, la enfermera jefa, me saluda con la mano cuando salimos, pero, al margen de eso, nadie nos para.

Una vez fuera, Zeth me aleja de la zona iluminada del estacionamiento donde he aparcado el Volvo para llevarme a la esquina oscura del fondo, donde las cámaras de seguridad no funcionan.

—¿Qué haces? —Intento que me suelte, pero me tiene cogida con todas sus fuerzas—. Zeth. ¡Zeth! —Se detiene y se vuelve hacia mí. Cuando por fin tengo su atención, le pido la información que necesito. No puedo dar ni un solo paso más sin saberlo—. ¿Has sido tú quien le ha disparado a ese chaval?

—No.

—Pero trabajas para un jefe del crimen, ¿o no? ¡¿O no?!

Zeth se limita a suspirar, como si estuviese acabando con su paciencia.

—Necesito que cuides de Lacey, Sloane. —Nos fulminamos con la mirada un largo rato. Mientras tanto, yo intento decidir si debería tratar de esconderme con él o pedir ayuda. Este es un punto de no retorno. Ha negado que le haya disparado a una persona, sí, pero no que trabaje para un criminal muy peligroso. Sé muy bien lo que eso significa. Este hombre será muchas cosas —un asesino, un matón, un criminal—, pero es sincero. Conmigo, sé que es sincero. Nuestra conversación en el pasillo no ha hecho sino aclarármelo. Al no darme una respuesta, ha eludido la posibilidad de mentirme. Me dirige una mirada penetrante, casi una súplica. Y entonces suplica de viva voz.

—Sloane… por favor. Voy a ir a buscar a tu hermana. Tú puedes hacer esto por mí.

—Sí, respecto a eso… ¿Dónde está Alexis? Debería ir contigo. Es tímida, Zeth. No se irá contigo así como así.

Él niega con la cabeza.

—Está en un lugar al que tú no puedes venir. Es un lugar peligroso. Quiero que Lacey y tú os quedéis aquí, donde puedo tener a gente vigilándoos.

—¡Zeth! ¡Es mi hermana!

—Si me sigues insistiendo con eso, no me molestaré ni en ir —gruñe—. O salgo de aquí solo o me quedo donde estoy y tú sigues echándola de menos.

Dios mío. Este cabrón manipulador sabe perfectamente lo desesperada que estoy por recuperarla.

—Vale. ¡Vale!

Aparta la vista a toda prisa. Ninguna expresión de alivio. Ni un gracias. Nada. Caminando a paso ligero, me conduce hasta un Camaro negro mate aparcado en la esquina más oscura del estacionamiento. A través de la ventanilla veo a Lacey, que nos mira preocupada, con las rodillas dobladas y la barbilla apoyada en ellas.

—¿La has traído aquí contigo?

—Me voy ya, Sloane. En cualquier caso, que la policía crea que estoy implicado en el disparo a Archie supone que me toca largarme un tiempo de Seattle.

Podría rodearle el cuello con las manos —si consiguiera llegar— y estrangularlo hasta matarlo.

—Menudo elemento estás hecho, ¿lo sabes?

Zeth abre la puerta del coche tuneado y saca a Lacey en brazos. Está incluso más pálida que la última vez que la vi en el hospital, pero al menos tiene los ojos más brillantes. Parece más espabilada. Él se pone recto y ella le rodea el cuello con los brazos, y por un momento se le ve un poco perdido. Esta chica le importa. A su modo, la quiere. Por enésima vez, me pregunto qué coño significa ella para él.

—Estoy cansada, Zeth —murmura Lacey—. Llévame a casa.

—No puedo, pequeña. Te tengo que dejar con la doctora unos días, ¿vale?

Lacey me mira con recelo y luego entierra la cara en el pecho de Zeth, que me observa con seriedad.

—¿Dónde tienes el coche?

Me dan ganas de portarme como una capulla. «Dímelo tú. Eres un psicópata, ¿no? Me has estado siguiendo. Deberías saber dónde tengo el coche». Pero ¿de qué me serviría? Para joderlo y nada más. Así que me vuelvo y echo a andar en dirección a mi coche. Cuando llegamos, abro la puerta del copiloto, pero Zeth niega con la cabeza.

—No puede. Ahí no —dice.

Vale. En fin, supongo que tendré que acordarme de eso. La deposita con cuidado en el asiento de atrás junto con una pequeña mochila que no le había visto coger. Cuando ha cerrado la puerta, me pone las manos en los hombros y añade:

—Tiene que ir a ver a Pippa.

Asiento. En ese aspecto, al menos, no pienso discutir con él.

—Yo me encargo —contesto. Abro mi puerta, decidida a subirme al coche e irme lo más rápido posible. «Quizá, si el karma está de mi lado, pueda salpicarle en la cara con el agua de los charcos», pienso. Sin embargo, él me coge del brazo y me detiene. Ding, ding, ding. La puerta abierta ha empezado a pitar, pero él no aparta la mirada de mí.

—Lo siento, Sloane.

Parpadeo, tratando de entenderlo. Muestra una expresión confusa, y me resulta difícil descifrar sus emociones.

—¿Que lo sientes? —¿Una disculpa? ¿Viniendo de él? No me parece algo propio de Zeth.

Él baja la vista y aprieta los dientes.

—Mira, yo no le pido ayuda a nadie. Pero sé que puedo confiar en ti —gruñe.

—Pues claro que puedes confiar en mí. Estás utilizando a mi hermana para convertirme en una rehén emocional. Me tienes arrinconada y lo sabes. La pregunta es si yo puedo confiar en ti.

Poco a poco, esboza una sonrisa torcida. Una chispa divertida destella en su mirada.

—¿Que si deberías confiar en mí? Absolutamente no. ¿Que si puedes hacerlo? —Me deja un momento esperando, sin dejar de sonreír. Ding, ding, ding. El coche insiste en que la puerta sigue abierta. Zeth da un paso al frente y me sostiene la mejilla con la palma de la mano. Me acaricia la sien con la punta de los dedos de la otra mano e inhala mi aroma sin vergüenza—. Sí. —Exhala—. Puedes confiar en mí. Te entregaste a mí el día que viniste a mi apartamento y, a cambio, yo me entregué a ti. Puede que no quisiera, Sloane, pero no tuve elección. Eso significa que ahora nos pertenecemos el uno al otro. Significa que no tardaré en volver a por ti. Haré todo lo que esté en mi mano para encontrar a tu hermana y haré que esos hijos de puta paguen por lo que le han hecho.

34

SLOANE

Las palabras de Zeth me persiguen hasta que, de tanto darles vueltas, me da migraña. Me despierto antes del amanecer, pero me quedo tumbada en la cama con la cabeza debajo de las mantas, obsesionada con esas palabras, como si fueran una costra que no puedes dejar de arrancar. No hago más que preguntarme qué narices quería decir. «Te entregaste a mí el día que viniste a mi apartamento y, a cambio, yo me entregué a ti. Puede que no quisiera, Sloane, pero no tuve elección». Si hubieran salido de la boca de, literalmente, cualquier otra persona sobre la faz de la tierra, el significado sería obvio. Pero si quien las pronuncia es Zeth Mayfair, podrían significarlo todo. O podrían no significar nada en absoluto. Me dan ganas de coger el teléfono y exigirle que me aclare en qué coño estaba pensando para soltarme una cosa así. Sin embargo, mi orgullo me lo impide. Y, de todos modos, no debería desear saber lo que quería decir. ¿Por qué me hago esto a mí misma? Joder. Ya vale. Voy a dejar de pensar en él.

En cuanto los primeros rayos del sol atraviesan las persianas, me levanto y me ducho mientras ordeno el desastre que hay en mi mente para desterrarlo y lidiar con él en otro momento. Eso se me da bien. Además, tengo una invitada en la que pensar. Lacey es todo un enigma. Se ha levantado antes que yo. Y cuando bajo a la cocina, la encuentro allí sentada, comiendo cereales Lucky Charms. Aunque yo no tengo cereales Lucky Charms. A través de los ventanales que van del suelo al techo, observa cómo la ciudad cobra vida como una máquina pesada y gris que se descongela, que recuerda cuál es su propósito. Cuando me ve, se queda rígida y la cuchara cae en el cuenco con un repiqueteo.

—Lo siento. Me he puesto leche de la tuya. Tenía hambre. Pero me he traído mis propios cereales —confiesa como si hubiera cometido un crimen.

—No pasa nada. Como si estuvieras en tu casa, Lacey. Coge todo lo que quieras. —Le sonrío para dar énfasis al ofrecimiento. Se lo digo en serio. No tengo ni idea de las cosas que ha vivido, pero han sido las suficientes como para impulsarla a desear la muerte. Repetidas veces, de hecho. He visto las cicatrices que tiene en las muñecas; muchas de ellas son antiguas. Ella vuelve a coger la cuchara, como si le hubiera dado el permiso que necesitaba para seguir comiendo.

—Solo eres médica residente, ¿no? —me pregunta.

Ya casi dentro del armario, mientras busco un cuenco para mis cereales, me quedo rígida. Es un poco raro preguntar si «solo» soy una médica residente. Alcanzar ese nivel es tal vez una de las cosas más duras que puede llegar a hacer una persona, y Lacey habla como si no fuera gran cosa.

—Ya, bueno, supongo que sí —admito.

—¿Cuánto dinero ganas al año? —Se lleva una cucharada de Lucky Charms a la boca. Sus dientes repiquetean contra la cuchara.

—Poco más de cuarenta y siete mil dólares —contesto. En circunstancias normales, mandaría al cuerno a cualquiera que me hiciera esa pregunta con ese tono de voz, pero cuando tienes traumas psicológicos, puedes recibir un trato especial. Lacey parece ser consciente de este privilegio porque continúa haciéndome preguntas con la misma brusquedad.

—Entonces, ¿cómo te puedes permitir esta casa? En lo alto de la colina, a las afueras de la ciudad, con unas vistas impresionantes…

—Mi abuela me dejó una herencia. Mucho dinero, supongo. Me lo gasté todo en esta casa.

Lacey se queda pensativa y sigue comiendo Lucky Charms.

—¿Hoy trabajas?

—No. Hoy vamos a ir a ver a mi amiga Pippa, ¿te acuerdas? Es la mujer de la que te hablé.

—¿La psiquiatra?

—Sí. Es un encanto. Te caerá muy bien, Lacey, te lo prometo. —No parece muy convencida. Se queda con la mirada fija en los cereales, compungida, mientras yo enjuago una cuchara e intento pensar en qué decirle. Siento que debo ir con pies de plomo. He de encontrar algún punto en común con la chica. Echo un vistazo a la caja de cereales y se me ocurre una idea. Sí, soy patética, pero ¿qué otra cosa puedo hacer?—. ¿Te importa si me pongo un poco de tus Lucky Charms? —Hasta algo tan insignificante como esto puede lograr que se sienta menos en deuda conmigo, que sienta que me está haciendo un favor, y así rebajar la tensión que reina en la cocina.

Me mira con el ceño fruncido y me doy cuenta de que me está evaluando, de que está tratando de entenderme. Al final susurra:

—Claro. —Y empuja la caja hacia mí con el codo.

Me sirvo unos pocos en el cuenco, con cuidado de no coger demasiados.

—¿Son tus preferidos?

—Sí.

—¿Por qué te gustan tanto? —Vierto la leche y me llevo una cucharada a la boca con cuidado de no hacer ninguna mueca. Dios, qué empalagoso.

—Por los poderes —contesta.

Me pongo más recta.

—¿Qué quieres decir?

—Los cereales. Se llaman Lucky Charms porque te dan poderes. —Me suena de algo, aunque es un recuerdo difuso y distante. Bajo la vista hacia el desayuno de Lacey y me fijo en que ha separado todos los pequeños malvaviscos en el borde del cuenco, dejándolos a un lado. El colorante amarillo, rosa y verde ha teñido la leche—. Se supone que cada uno de ellos sirve para algo si comes los suficientes —continúa. Se inclina sobre la mesa, coge una de las lunas azules de mi cuenco y se la mete en la boca. Esto me parece un avance. Le sonrío.

—Vale, Lacey, cuéntame. ¿Qué significan?

Sonríe, nerviosa, y mira a la mesa en lugar de mirarme a mí.

—Los tréboles son los que conoce todo el mundo. Te dan suerte, pero la gracia es que nunca sabes qué clase de suerte te va a tocar, si buena o mala, así que… —Se encoge de hombros—. Luego están las herraduras, que te confieren el poder de acelerar las cosas. Las estrellas fugaces te otorgan el poder de volar. El reloj de arena, el poder de controlar el tiempo. Los arcoíris, el de trasladarte de un lugar a otro. —Presiona sus dedos índices entre sí y luego los separa—. Los globos rojos significan que puedes hacer que las cosas floten. Con los corazones, puedes revivir a los muertos.

Bajo la vista y veo todos los amuletos de malvavisco flotando al borde del cuenco. No se los ha comido. Se ha comido el que tiene forma de luna creciente de mi cuenco, el único cuyo significado no me ha explicado. Y, por la pinta que tiene, es el único que se ha comido también de su cuenco.

—¿Y qué significa la luna? ¿Qué hace? —Me arrepiento al instante de habérselo preguntado. Se le ensombrece el rostro y se le hunden los hombros, y es como si se erigiera una barrera entre las dos.

—Pues no lo sé. Se me ha olvidado. —Respira hondo y se aleja de la mesa—. ¿Te importa si me ducho? Me siento bastante sucia.

—Claro que no, no hay ningún problema. Como te he dicho antes, siéntete como en casa.

Lava el cuenco sin mirarme y sale a toda prisa de la cocina. Cuando se ha ido, no puedo contenerme. Lo busco en el móvil.

Lunas azules. El poder de la invisibilidad.

35
ZETH

Cuatro años antes
Chino

El doctor Walcott, aficionado a los Yankees, sudoroso en exceso y proclive a recetar drogas maravillosas, tiene un trastorno nervioso. Al menos, estoy bastante seguro de que lo tiene. Cada vez que nos reunimos, destroza al menos tres putos bolígrafos masticándolos. Se carga tres bolígrafos en solo una hora. Eso debe de estar costándole al estado al menos un par de cientos de dólares al año, calculo, habida cuenta de que durante las sesiones que tiene con los hijos de puta realmente peligrosos que hay encerrados aquí dentro se debe de cargar unos cinco. Es patético, la verdad. O sea, ¿por qué trabajar en la cárcel si te aterrorizan tus pacientes?

Solo que aquí no nos llaman pacientes. Nos llaman internos. Si estuviera en la calle, sentado en una consulta con el bueno del doctor Walcott, con un café delante, igual sí que sería un buen médico. Pero en las terapias obligatorias como esta, la gente suele mostrarse un poco reticente. Poco dada a colaborar. Que pone palos en las ruedas, por decirlo de algún modo. Yo suelo englobarme en esta categoría, pero hoy me están obligando a abordar la sesión de otra manera.

—Supongo que estás informado de que el tribunal de apelación ha revisado tu caso. —Walcott hojea los papeles de mi historial y lee por encima su contenido mientras, al mismo tiempo, no sé cómo, se las arregla para no quitarme el ojo de encima—. Han desestimado

de plano la solicitud de libertad condicional previa que ha presentado tu abogado. Eso también lo sabrás, ¿no?

—Sí. —El abogado de Charlie, un niño pijo urbanita con el pelo inmaculado, el traje inmaculado y los zapatos inmaculados, ya me lo ha contado. Aunque tampoco es que pensara que me la iban a conceder. Para ser sincero, me sorprende que solo me cayeran diez años.

—Debido a la naturaleza violenta del crimen que cometiste y a tu aparente falta de arrepentimiento, no les parece adecuado que seas puesto en libertad hasta que no hayas cumplido al menos la mitad de tu condena. ¿En qué punto estás en este momento?

—He cumplido dos años.

—Pues entonces te queda bastante todavía, Mayfair. Al menos otros tres años antes de que tengas posibilidades de obtener la condicional…, a no ser que hagamos esto bien.

—Tres años no es tanto —le contesto con una sonrisa de suficiencia. Pero por supuesto que lo es. Aquí dentro, tres años bien podrían ser treinta. Si alguien te dice que su estancia en Chino le fue de puta madre, te está mintiendo como un bellaco. Este sitio es el infierno sobre la tierra.

Walcott guarda silencio unos instantes.

—¿Y si te dijera que puedes salir de aquí dentro de seis meses?

—Te contestaría que suena muy bien.

Walcott niega con la cabeza, suspira y echa otro vistazo al papeleo.

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea de cómo lo ha hecho. Francamente, un acuerdo así no debería ni contemplarse. Supongo que tu abogado juega al golf con la gente adecuada.

Ja. Y una mierda mi abogado juega al golf con la gente adecuada. El acuerdo que han aceptado los de la condicional tiene más que ver con los hombres de Charlie, que habrán ido de visita a las casas de unos cuantos jueces. Nada de violencia, por supuesto. Solo unos cuantos fardos de billetes sin marcar, unas botellas de whisky puro

de malta y unas palabras bien elegidas susurradas en los oídos correctos.

—Pues en estas estamos, Zeth. Si colaboras conmigo, los dos salimos ganando. Yo te ayudo y tú te largas. ¿Trato hecho?

—Claro —contesto, aunque me siento como si estuviese cediendo.

Él se da cuenta de que no estoy muy contento.

—Vale. Estupendo. Bueno, en general empezaría con el crimen que ha acabado trayéndote aquí, pero he pensado que hoy mejor retrocedemos hasta el principio. Empecemos con tu infancia. —Se echa hacia atrás en el respaldo y se mete en la boca la punta del bolígrafo al que hasta ahora daba vueltas en la mano. Y entonces se limita a mirarme, como si estuviese esperando a que yo le contase algo horrible y específico que le explique exactamente por qué soy como soy.

—Perdona. ¿Me has hecho alguna pregunta?

—Tu infancia. Háblame de ella.

—¿Qué quieres saber?

—¿Fue feliz? ¿Tenías amigos? ¿Te llevabas bien con tus padres? Ese tipo de cosas.

Ya. Chorradas de psicólogos. Me apoyo en el respaldo de la silla, que chirría bajo mi peso. He ganado veinticinco kilos de músculo desde que me arrastraron esposado hasta este puto agujero.

—Pues fue una puta mierda. Cuando tenía cuatro años, me fui a vivir con mi tío a California. Era un borracho al que le gustaba hacer daño a los niños pequeños. —Sospecho que no todos los entrevistados de Walcott son tan directos como yo, porque el tipo se queda blanco como el papel.

—Y cuando dices que te hacía daño, ¿te refieres a…? —Se interrumpe, incómodo, y empieza otra vez a mordisquear el boli.

—No, no me refiero a sexualmente. Me refiero a con un bate de béisbol. A sus botas con puntera de acero. A sus puños.

Walcott lo anota todo. Casi lo veo en el puto historial: «Le pegaban de niño. Esto explica sus tendencias violentas en la vida adulta. Un intento de comprender, de controlar lo que le ocurrió

durante los primeros años de su vida. Un intento de recuperar lo que se percibe como una pérdida de poder».

Pero ni siquiera de niño, cuando mi tío me molía a palos y mis huesos, que todavía se estaban formando, se partían como ramitas, sentía que estuviese perdiendo mi poder. Solo estaba esperando. Esperando al día en que fuese más corpulento y fuerte que él. Contando los minutos.

—¿Y tus padres? ¿Por qué te dejaron con tu tío?

—Porque la palmaron. Un día fueron al cine y yo me quedé con una niñera. A mi padre le dolía la cabeza, así que mi madre se ofreció a conducir, pero estaba preñada y a punto de parir y él no se lo permitió. Los médicos dijeron que se le rompió un aneurisma mientras conducía. Estrelló el Chevy contra una farola.

No es que me guste mucho hablar de mis padres, pero con esa tarjeta para quedar libre de la cárcel dentro de seis meses, tampoco tengo elección. Aunque no le cuento a Walcott nada realmente importante. No le confieso los pocos recuerdos borrosos que siguen vivos dentro de mí y que guardo a buen recaudo: el olor del perfume de mi madre, dulce y ligero, a flores; su melena oscura, que me hacía cosquillas en la cara cuando me daba un beso de buenas noches; la risa estruendosa de mi padre; el «pum pum pum» del corazón del bebé dentro del vientre de mi madre… Me pasaba horas sentado con ella, escuchando cómo aquella criatura desconocida daba patadas y vueltas dentro de su barriga, mientras ella me acariciaba el pelo y me contaba historias.

—Lo siento —responde Walcott con un tono compasivo tan afectado que casi me hace creer que lo siente de verdad—. ¿Y qué pasó después, cuando dejaste de vivir con tu tío?

Estamos entrando en terreno pantanoso. No pienso hablar de Charlie. No puedo. Si lo hago, moriré aquí dentro, antes de tener siquiera la oportunidad de poner un pie fuera.

—Viví en la calle. Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir. Robaba, hacía trabajos esporádicos… Me movía mucho. Me las arreglé para no acabar con los de servicios sociales. —Mi tío siguió

cobrando los cheques que le enviaba el gobierno para costear mi manutención hasta el día que cumplí dieciocho años y dejaron de mandárselos. Estos cabrones no tienen ninguna prueba tangible de que realmente conozco a Charlie. Sacarlo ahora a colación sería como abrir una caja de los truenos con una etiqueta de «Peligro. Muy perjudicial para la salud».

—Ya veo. —Walcott lo apunta todo, aunque es una idiotez. La historia que le acabo de contar es la más vieja del mundo. Yo no soy especial entre los muros de este lugar atormentado—. Muy bien, Mayfair. Ahora cuéntame algo alegre. ¿Cuál es el recuerdo más feliz que conservas de tu infancia? —Al terminar de anotar todo lo necesario, deja el bolígrafo suspendido sobre el papel, ansioso por registrar el momento profundo que estoy a punto de compartir con él.

—No.

Silencio.

—Escucha, si no quieres colaborar…

Lo interrumpo. A mí que no me toquen los cojones con amenazas administrativas. Lo que quiero es que esta sesión termine de una puta vez.

—No es que quiera hacerme el difícil, doctor Walcott. No puedo hablar del recuerdo más feliz de mi infancia porque no tengo ninguno.

—¿Ni uno solo? —Parece dudar.

Le digo la verdad.

—No. Ni uno solo.

Porque hasta los recuerdos de mis padres —el perfume, el pelo, la risa, los latidos del corazón— son, quizá, lo más triste de todo.

36

SLOANE

Lacey está aún más callada durante el trayecto hasta casa de Pippa. Llevar a la chica a su consulta no me parecía una buena idea. Aquello tiene pinta de consulta psiquiátrica, y eso es justo lo que a Lacey no le conviene, sobre todo teniendo en cuenta cómo reaccionó a su reciente experiencia en la cama de un hospital. Aparco el Volvo en el estacionamiento subterráneo y cogemos el ascensor hasta la decimosexta planta del edificio de Pip. Al salir del ascensor, nos reciben unas vistas de la ciudad que quitan el hipo. La Space Needle es una interrupción distante en la línea del horizonte que dibuja la ciudad, y pasa casi desapercibida entre los demás rascacielos. Los parques se alargan kilómetros y kilómetros por un lado y por otro, salpicados de motas de colores bronce, los tonos del otoño.

Cuando ve las vistas, Lacey se encoge bajo la sudadera con capucha que lleva puesta, que es dos tallas más grande de lo que necesita y, sin lugar a duda, pertenece a otra persona. Me hace sentir un poco incómoda que Lacey se ponga la ropa de Zeth. Vete a saber por qué.

«Porque eres una loca, ese es el porqué. Zeth no es tuyo. Y estarías aún más loca si quisieras que lo fuera», me aconseja la voz severa de mi cerebro. Esa voz se asemeja cada vez más a la de Pippa, lo que despierta mis deseos de darle un puñetazo a mi amiga en toda la cara. Sé que quiere protegerme, lo sé, pero no puedo evitar estar resentida por sus intromisiones. Puede que me muestre fría ante Zeth, pero la verdad es que no puedo dejar de pensar en él. No puedo dejar de pensar en sus manos sobre mi cuerpo. En su

boca deslizándose por mi piel. En sus fuertes manos cuando me poseen, cuando me exigen…

—¿De verdad es necesario? —La vocecilla de Lacey interrumpe el silencio que reina en el pasillo. Parece tan frágil como un lazo de encaje, tal y como indica su nombre. Y, sobre todo, parece asustada.

—Todo irá bien —la tranquilizo—. Has venido por voluntad propia; tómatelo así. Podemos irnos cuando tú quieras. No tienes por qué tomarte ninguna pastilla, ni por qué contarle a Pippa nada que no le quieras contar. No va a quedar registrado en ningún sitio que has estado aquí, y es gratis. No tienes nada que perder, Lacey, pero sí mucho que ganar, ¿de acuerdo? —Le pongo una mano en el hombro y se lo aprieto con suavidad. Hasta ahora no la había tocado. Esperaba que reculara ante el contacto, pero no lo hace. Asiente, dubitativa.

—Vale. ¿Y podemos irnos cuando yo quiera?

Necesita que la tranquilice, así que lo hago. Le sonrío y la guio hacia el piso de Pippa.

Llamo con fuerza a la puerta y mi amiga abre enseguida. Va vestida con unos pulcros vaqueros azules y una camisa blanca recién planchada metida por dentro. Su ropa informal es más elegante que cualquier cosa que yo me pueda poner para una entrevista de trabajo, aunque lleva el pelo suelto, como una cascada sobre los hombros, y eso le confiere un aspecto menos severo. Menos propio de una médica y más de una madre que lleva a sus hijos al fútbol.

—Hola. —Saluda con una ancha sonrisa. Por su tono desenfadado, parece que hayamos quedado para ver una película, beber vino y hablar de chicos. Es absurdo, pero necesario a la vez. Lacey hace una mueca que podría pasar por una sonrisa (una llena de dolor) y entramos. El aroma de los lirios y el jazmín flota en el aire. No es un lugar con mucha personalidad, aunque he de reconocer que Pippa le ha añadido algunos toques personales por aquí y por allá. La única razón por la que yo vengo es el sofá. Es enorme, de un cuero suave que, además, se ha ablandado con el paso de los años. Me dejo caer en él de inmediato y le indico a

Lacey con un gesto que haga lo mismo. Ella se sienta a mi lado, coge una manta que hay doblada en el respaldo y se la coloca bien apretada sobre las piernas. Da la sensación de que lo que quiere es esconderse de la vista de todos.

Lunas azules. El poder de la invisibilidad.

Pippa señala con el pulgar la cocina abierta, que está tras ella.

—Justo me estaba preparando un té. ¿Queréis uno?

—Pues sería estupendo, porque ahí fuera hace un frío que pela.

Lacey asiente una sola vez y Pippa continúa preparando el té. Se oye el burbujeo furioso del hervidor de agua, el repiqueteo de las cucharas y los alegres golpecitos de la porcelana chocando entre sí. Lacey hunde la barbilla en la manta y mira al suelo. Estoy a punto de preguntarle si está bien cuando me vibra el móvil.

Es un número que no reconozco. Respondo a la llamada al tiempo que me levanto y me dirijo a la ventana.

—¿Sí?

—Soy yo.

Esa voz.

—¿Por qué no me llamas desde tu número? ¿Y dónde estás? —susurro.

Se hace un silencio al otro lado de la línea. Puede que Zeth Mayfair no esté acostumbrado a que la gente se muestre tan hostil al aceptar sus llamadas, pero que se aguante. Si cree que puede cargarme a mí con sus responsabilidades y desaparecer como si nada…

—Es un móvil desechable. Me he tenido que deshacer del otro —me informa con brusquedad—. Y estoy conduciendo. Dirección California. Para intentar rescatar a tu hermana. ¿O es que ya lo has olvidado?

Mierda. La verdad es que, visto así, no tengo derecho a echarle la bronca.

—No, no lo he olvidado —le espeto—. Pero preferiría que las circunstancias fuesen otras.

—¿Quieres decir que preferirías haberte salido con la tuya y haber venido? —Su sonrisa de suficiencia es hasta audible. Me imagino la forma de arco de su boca. Sacudo la cabeza, tratando de borrar de mi mente la imagen de esos labios carnosos.

—Sí, eso es justo lo que quiero decir. —Pippa aparece con tres tazas, dos de ellas sujetas precariamente por las asas con una sola mano y la tercera en la otra. Le doy la espalda e, indignada pero en susurros, añado—: ¿Cuándo vuelves?

Yo no me habría prestado voluntaria a cuidar de Lacey, pero mis ganas de que vuelva tienen más que ver con mi hermana que con eso. Dos años es mucho tiempo. No quiero ni pensar en que tenga que pasar ni un segundo más fuera de su casa.

—¿Ya me necesitas? —gruñe Zeth—. No te preocupes. Volveré para cuidar de ti en cuanto termine.

Me pongo como un tomate.

—No, ¡no necesito que vengas a cuidar de mí!

—¿Estás segura? Porque yo creo que me estarás rogando que dé uso a la llave de tu casa en cuanto entre en la ciudad.

Odio la arrogancia de su voz. Y también odio la mentira que me cuento a mí misma cuando trato de convencerme de que no me pone. No hay rasgo oscuro y peligroso de él que no me excite. Ahora mismo estoy ahogándome en la oscuridad, entre los pliegues aterciopelados de su voz, con la piel de gallina por la inflexión sexual de su entonación. «Contrólate de una puta vez, Sloane».

—Trae a mi hermana a casa y punto, ¿vale, colega? —¿Colega? ¿Y eso de dónde sale? Zeth es muchas cosas, pero no mi colega. Una carcajada grave y profunda llega a mis oídos.

—Estoy en ello. Mientras tanto, tú… —Inhala profundamente, lo que me indica que se está pensando bien qué decir a continuación—. Tú vigila, ¿vale? Es posible que alguien te esté siguiendo.

—¿Perdona? ¿Que alguien me está siguiendo? —Mi cuerpo reacciona como un diapasón recién golpeado—. ¿Y por qué iba a estar siguiéndome a mí alguien? ¿Quién?

—Mi jefe está un poco nervioso. Puede que tenga a gente siguiéndome a mí, y que hayan visto que dejé a Lacey contigo —responde como si nada. Unas gotas de terror gélido empiezan a brotar en el interior de mi pecho y a acumularse en la boca de mi estómago.

—¿Me lo dices en serio? —Intento seguir hablando en voz baja, pero fracaso. Lacey y Pippa, que estaban conversando en susurros (una conversación unilateral, por lo que parece), levantan la vista y me dirigen sendas miradas interrogantes. Yo les doy la espalda de nuevo—. ¿Hasta qué punto son peligrosos esos tíos, Zeth? ¿Tengo que llamar a la policía?

—¡No, joder! No tienes que hacer nada. Ya me he encargado yo.

No se lo cuestiono. No quiero saberlo. «Ya me he encargado yo» solo puede significar que hay aún más personajes turbios siguiéndome por las calles de Seattle.

—Está bien, Zeth. —Suspiro—. Pero vuelve en cuanto puedas, ¿vale? Yo no estoy hecha para esto.

Lo que debe de ser el eufemismo del siglo. No estoy hecha para esperar. No estoy hecha para hacer de niñera. Mi mundo puede parecer muy grande para otros —el hospital, las decenas de pacientes que veo en cada turno, la responsabilidad y el peso de todo ese conocimiento, que debo cargar sobre los hombros—, pero yo lo he convertido en algo pequeño. Fuera de él, no se requiere nada de mí. Mi vida no me pide nada más que estar allí cuando soy necesaria. Estar allí cuando hay que meter un par de manos en una cavidad torácica. Estar allí cuando hay que detener una hemorragia arterial. Pero esas son tareas físicas, lógicas, manuales. Para eso estoy lo bastante hueca. Los nervios que siento cuando pienso en que Alexis vaya a volver a casa… La presión de tratar de apoyar a Lacey emocionalmente… No tengo ni la menor idea de cómo gestionar ese tipo de cosas.

Zeth resopla secamente al otro lado de la línea.

—Todo va a ir bien, Sloane —responde con el tono más dulce que le he oído nunca. Y cuelga.

37

SLOANE

La historia de Lacey me pone el estómago del revés. Tenía pensado dejarla sola con Pippa para que pudieran hacer la sesión en privado, pero cuando intento darle espacio, Lacey me coge de la mano con una fuerza que asusta y se niega a soltármela. Me da la sensación de que no le gustan los desconocidos, y entre Pip y yo, el rostro familiar soy yo. Así que me siento en el otro extremo del sofá, decidida a permanecer impertérrita ante cualquier cosa que escuche, pero, a medida que Pippa le hace a Lacey la letanía de preguntas y esta las va respondiendo sin emoción, eso se me antoja cada vez más difícil.

—Te has criado dentro del sistema de acogida… ¿Qué les pasó a tus padres?

—Murieron antes de que yo naciera.

—Pero… ¿cómo es posible que tu madre muriera antes del parto?

—Estaba en coma. Técnicamente, estuvo muerta las últimas tres semanas del embarazo. La dejaron ir en cuanto me dio a luz.

—¿Y después?

—Casas de acogida.

—¿Cuántas?

—Diecisiete. Creo. En algunas estuve un par de meses, en otras solo días. En la última estuve un año entero.

—¿Cómo es que allí estuviste tanto tiempo?

—Porque al señor Mallory, a Greg, le gustaba tenerme allí. Le era… útil.

—¿En qué sentido?

—Para limpiar y cocinar. Para tener sexo cuando a él le apetecía.

—Entonces, ¿la relación que tuviste con este hombre fue consentida?

—No exactamente.

—¿No exactamente?

—No. No era consentida.

—¿Te violaba?

Silencio.

A veces la mente no es capaz de asimilar una palabra. Y esa palabra, para el organismo de Lacey, es paralizante. Se retrae y se vuelve hacia la ventana. Parpadea despacio, con la mirada perdida.

—¿Fue el primero? —pregunta Pippa.

Lacey niega con la cabeza. La melena rubia le acaricia los hombros mientras lo hace.

No, Greg no fue el primero.

Después de esta confesión, Pippa recula un poco. Se ha dado cuenta de que la chica está a punto de cerrarse en banda y es demasiado pronto para eso, así que le hace otras preguntas. ¿Por qué le da miedo estar sola? ¿Puede contarle por qué se siente tan unida a Zeth? Pero Lacey se limita a encogerse de hombros y le responde que no sabe por qué. Tras una tortuosa sesión de cuarenta minutos, Pippa asiente y se levanta del sillón.

—Muy bien, señoritas. Creo que deberíamos dejarlo aquí, ¿no os parece? Yo estoy agotada.

Los ojos de Lacey cobran vida de nuevo. Mira a Pippa sorprendida.

—¿Cómo? ¿Ya está? ¿No quieres que te cuente nada más?

Pip le sonríe con amabilidad.

—No si no quieres. Pero puedes contarme todo lo que quieras.

—No, no… Está bien. —Lacey afloja un poco la fuerza con la que está agarrada a la manta que se ha echado sobre las piernas—. Creo que preferiría irme.

—No hay problema. —Pippa le tiende la mano para estrechársela y Lacey la mira con el rostro lleno de desconfianza. La costumbre del apretón de manos nació hace miles de años: la gente lo hacía para

demostrar que no iba armada. Y ese truco funciona también ahora mismo, entre Lacey y Pippa. «No voy a hacerte daño», le está diciendo mi amiga. Lacey acepta la mano que espera pacientemente y, cuando lo hace, una presa en su interior parece romperse y se le llenan los ojos de lágrimas. Se pone de pie en silencio, dobla la manta pulcramente y sale del apartamento. Se queda al otro lado de la puerta, supongo que esperándome a mí.

—Tiene un largo camino por delante —murmura Pippa—. Hay mucho que trabajar. Me da la sensación de que tiene bloqueada la mayoría de las cosas que le han ocurrido.

—¿Qué? Entonces, ¿las violaciones no son lo peor?

Una expresión de tristeza y dolor asoma a los rasgos de Pip.

—Probablemente no. Vigílala de cerca, ¿de acuerdo? Lo ideal sería tenerla en observación por riesgo de suicidio durante un mes, por lo menos.

Empiezo a negar con la cabeza antes de que termine la frase.

—Él no…

—Ya sé que él no —me interrumpe—. Pero aquí no se trata de él. Se trata de ella, y de lo que ella necesita. Ahora mismo ha conseguido forjar un vínculo con ese tío, lo que probablemente sea lo menos sano que podría haber hecho. Este tiempo que él va a estar fuera es una buena oportunidad para intentar romper ese vínculo. —Me mira con gesto vacilante—. Y también es una buena oportunidad para que lo rompas tú.

La miro boquiabierta.

—¡Yo no he forjado ningún vínculo con él!

Ella aprieta los labios en una fina línea.

—Puede que todavía no. Pero podría pasar, cariño. Es mucho más fácil de lo que piensas. Y no lo olvides… —añade, y hace una pausa—, yo también he conocido a ese hombre.

38

ZETH

Llego al complejo de Jacob por la noche. En algún lugar de la ciudad, Rick está esperando con impaciencia que le dé instrucciones. Michael también ha llegado; cuando se enteró de que Alexis estaba en este complejo, le dije que se quedase a vigilar. El sitio está a tomar por culo, rodeado de un muro de hormigón de tres metros de altura. Protege el complejo entero salvo por la entrada, que tiene unas puertas imponentes de hierro forjado con unos pinchos formidables. Ningún cabrón puede entrar o salir de aquí sin que Jacob lo ordene, o, al menos, sin que él se entere. Hay dos seguratas musculosos fumándose un porro en la puerta que me miran con cara de pocos amigos cuando aparco el Camaro delante. Se llevan las manos a las armas que tienen en la cadera cuando me ven salir del coche.

—Da media vuelta, colega. Estás un poco lejos de casa, y aquí no tienes nada que hacer —me dice el más bajo y gordo. Yo lo miro con una ceja enarcada.

—Pues yo creo que sí. Tengo un asunto pendiente con Jacob.

El otro tío escupe en el suelo y luego le da una larga calada al porro. El olor a maría flota en el aire nocturno.

—Hermano, esta noche no tenemos matones de mierda en la lista de invitados. Lo que tienes que hacer es volver a casa.

Me dirijo a la verja y acerco la cara a los barrotes.

—Yo en tu lugar le echaría otro vistazo a la lista. Hermano.

Los dos seguratas se miran. No conduzco un Benz, así que salta a la vista que no soy uno de los clientes habituales. Y mi envergadura tampoco parece estar jugando a mi favor. Tras un minuto de tensión, durante el cual ellos me miran fijamente y yo los miro fijamente a

ellos, el más alto hace un ruido de desaprobación y se da la vuelta mientras murmura algo en un pequeño *walkie-talkie.* Enseguida se vuelve de nuevo hacia mí y señala hacia arriba con la cabeza.

—Sonríe para la cámara, capullo.

Una cámara instalada sobre el muro, a mi derecha, gira para grabarme. Me pinto una sonrisa falsa en la cara, una sonrisa arrogante de cojones, y le hago una peineta al objetivo.

Se oye una voz distorsionada a través del *walkie-talkie* que el tío más alto tiene en la mano. Parece enfadada. Los dos seguratas adoptan una expresión dura y agraviada —«¡lo siento, cabrones!»— y me abren la puerta a regañadientes. Vuelvo a entrar en el Camaro y me aseguro de derrapar bien al pasar para echarles arena en la cara. Una vez en el interior, una figura pequeña, oscura y esbelta baja los escalones del enorme edificio de una sola planta para recibirme. Una mujer. Aparco y me tomo unos instantes para reordenar la historia que voy a contar: que estoy de paso, que busco un lugar donde quedarme a pasar la noche. Que Charlie lo sabe todo.

Charlie no tiene ni puta idea de que estoy aquí. No tiene ni puta idea de que me he ido de Seattle ni de que he desobedecido sus órdenes y no he matado a Rick, como se suponía que tenía que hacer. Sigo poniéndome de un humor de perros cada vez que pienso que fue el viejo quien le dijo a la policía que yo maté a Murphy. Si le hubiera visto la cara antes de irme, se la habría machacado a golpes hasta hundirle el puto cráneo.

La mujer que ha salido a recibirme se llama Alaska; la recuerdo de la última vez que estuve aquí con Charlie. Más en concreto, lo que recuerdo son sus tetas. Jake insistió en que bailara para mí. La chica tiene una piel bronceada preciosa y el cuerpo de una puta gimnasta. Me ofrece una enorme sonrisa mientras me dirijo hacia el edificio.

—Así que has vuelto para verme ¿eh? —Se echa a reír—. Solo has tardado unos cuantos años.

Unos cuantos años no ha sido tiempo suficiente para estar lejos de este sitio. Me apoya las manos en el pecho y se inclina para darme un beso en la mejilla, lo que soporto lo mejor que puedo. Esta mujer vende su cuerpo por orden de Jake, pero no es eso lo que me molesta. Lo que pasa es que yo no he venido aquí a follar. Y ella no es Sloane Romera.

La cojo de las muñecas y aparto sus manos de mi pecho.

—Lo siento. Solo he venido a presentarle mis respetos a tu jefe —le aclaro con voz inexpresiva. Ella finge ofenderse por mi rechazo y hace un mohín.

—Pues que sepas que esta noche voy a ser mucho más amable que Jacob. Vamos, entra. Te reservo para mí durante una horita antes de que vayas a hablar de vuestros negocios aburridos. —Me limito a mirarla, y cuando ella lee en mi expresión lo que pienso de sus intentos, se borra la sonrisa seductora de la cara—. Ya veo. Está bien. —Enarca las cejas y señala el edificio bien iluminado con la cabeza—. Está en la piscina. Ten cuidado, no te pierdas. —Se da la vuelta y entra en el edificio indignada, meneando las caderas con furia.

Encuentro a Jacob justo donde me ha dicho que estaría, sentado en una tumbona junto a la piscina y bebiendo un vaso de whisky. Sonríe al verme. Ha engordado todavía más desde la última vez que lo vi, y eso que entonces ya era obeso. Debe de estar al borde de un ataque al corazón.

—¿Zeth Mayfair? Vaya, vaya. —Tiene el acento sureño más marcado que nunca; debe de haber estado hace poco en su casa, en Tennessee, para visitar a su familia—. ¿Por qué has tardado tanto en venir a verme, eh?

No se levanta de la tumbona. Se limita a tenderme la mano para que le acepte esa especie de apretón flojo. Señala la tumbona que tiene al lado y, con un gemido, se estira para coger un decantador que contiene un líquido de color ámbar. Sirve unos tres dedos en otro vaso y me lo pasa. Huele a whisky. Lo acepto; de lo contrario,

estaría cagándome en su hospitalidad. Sería un mal comienzo para una reunión que ya es bastante delicada.

—¿Qué hace ese cabrón inglés? ¿No ha venido contigo? —pregunta Jacob.

—No, esta vez voy por mi cuenta. Tengo un largo camino hasta Las Flores y he venido a ver si me prestas una cama donde pasar la noche. —Hablo con toda la despreocupación del mundo—. Y, si te sientes generoso, igual me aprovecho de tu hospitalidad durante dos o tres noches. Hay algunos amigos a los que me gustaría visitar aprovechando que estoy por aquí.

Jacob da un largo trago de su vaso, estudiándome por el borde con los ojos marrón oscuro y aire pensativo. Seguramente está pensando que Charlie me ha mandado para espiar los negocios que se trae entre manos. Estos cabrones fingen ser uña y carne, pero no se fían el uno del otro ni de puta broma. Lo que, por defecto, significa que Jacob tampoco se fía de mí.

—Pues claro, amigo. Mi casa es tu casa, como dicen los españoles. —Sonríe, pero no percibo afecto alguno en sus ojos.

—Muy amable. —Doy un trago de mi vaso (efectivamente, es whisky) y saboreo el ardor del alcohol.

—En realidad, has llegado en el mejor momento —añade Jacob con secretismo—. Si te quedas hasta el martes, podrás asistir a nuestro pequeño… evento. —El énfasis en la palabra final me indica claramente a qué clase de evento se refiere. Del mismo tipo de los que yo mismo solía celebrar hasta hace poco. Hasta que llegó Sloane—. Tengo mucha carne fresca esperando a ser salpimentada… —Se echa a reír y la barriga fofa se le mueve como si fuera un colchón de agua medio deshinchado—. Pero esta vez es un poco distinto. Tienes que traer tú a alguien. ¿Lo pillas? Si no se puede tocar, que al menos se pueda mirar. —Me guiña el ojo con intención; sus mejillas flácidas se balancean como las de un *basset hound*—. Dudo que te cueste mucho encontrar a alguien que te acompañe.

En fin, tendré que asegurarme de cruzarme con la chica antes de entonces. Doy un buen trago de whisky.

—Sí, suena bien. No creo que me cueste mucho.



SLOANE

Un coche negro y resplandeciente me sigue por la autopista hasta llegar al Saint Peter's. Lacey lo ve antes que yo —tengo que llevármela al trabajo conmigo, lo que es una putada en varios sentidos— y lo señala. Cuando entro en el aparcamiento del hospital, el coche pasa de largo, pero se detiene en la curva de la cafetería que hay al otro lado de la calle y apaga el motor cuando nosotras salimos del coche y nos dirigimos a la entrada del edificio. Es un vehículo corriente, pero tiene las ventanas tintadas, así que es imposible ver quién hay dentro, aunque parece que Lacey ya se imagina quién es.

—Es uno de los hombres de Charlie, seguro —anuncia. Su tranquilidad ante la idea de que nos sigan me resulta perturbadora, porque yo estoy a punto de echar a correr al hospital y esconderme en un escobero, o algo así—. Apuesto lo que quieras a que cuando nos vayamos, todavía sigue aquí.

—Pues si para entonces siguen aquí, voy a llamar a la policía.

Ella se ríe por la nariz.

—Buena suerte.

—¿Qué quieres decir?

Se encoge de hombros y me mira como si yo fuese tonta, poniendo los ojos en blanco.

—Los polis están todos comprados. Y casi todos los tiene comprados Charlie. Lo más probable es que ni aparezcan, así que no cuentes con que te ayuden.

En fin, pues eso sí que me preocupa. Tengo la impresión de estar dentro de una película de gánsteres de los años cincuenta, solo que todo es real. Y eso de no poder ni llamar a la policía… Una maravilla. En serio. Una verdadera maravilla.

Dejo a Lacey en una de las salas de descanso. Ya casi llego tarde a mis propias rondas, así que no tengo tiempo de hacerle de niñera.

—No salgas de esta sala —le ordeno—. No hace mucho fuiste paciente de este hospital. Mucha gente podría reconocerte, y si te internan en psiquiatría mientras yo estoy trabajando, Zeth me matará. —Puto Zeth. Este tipo no ha hecho más que causarme problemas desde que apareció. Si no hubiera matado a Eli, tal vez yo habría conseguido la información que buscaba y Alexis ya estaría en casa conmigo. Estaría yendo a la iglesia con mamá y papá los fines de semana, acompañando al coro con el piano y cantando con los parroquianos. Intento aferrarme a mi ira durante unos instantes, pero se apaga con la misma rapidez que los fuegos artificiales después de explotar, porque mi mente decide recordar otras cosas en su lugar. Como su forma de provocarme con su enorme polla mientras se preparaba para penetrarme. Sus intensos ojos marrones, mirándome fijamente mientras se hundía en mí hasta el fondo, gruñendo con los dientes apretados.

Mierda.

Lacey, que parece ansiosa, se sienta en la cama mientras yo corro para ponerme el uniforme antes de que «casi tarde» se transforme en «tarde de verdad». La gente piensa que son los residentes de primer año quienes están bajo más presión, pero eso no es cierto. Si te retrasas con el trabajo, es igual de fácil que te echen de la residencia. Y no está muy bien visto que llegues tarde. Como tampoco lo está que te lleves contigo al trabajo a una mujer de veintiséis años a la que le tienes que hacer de niñera.

Consigo hacer mis rondas a tiempo, por suerte, y veo a los pacientes a los que ingresaron durante mi día libre. Un pulmón perforado, un defecto cardíaco congénito, septicemia… Hoy todo es grave. Lo bastante grave como para tener que dedicar un buen rato a cada paciente, revisando sus progresos y rellenando los documentos necesarios para que tengan el historial actualizado y los medicamentos correspondientes. Cuando consigo encontrar un

momento para encerrarme en un baño y escribir a Zeth, ya es mediodía.

Yo:

Tus amigos me han seguido al trabajo esta mañana.

Al cabo de un minuto, recibo una notificación.

Zeth, recibido a las 12:48:

¿Qué ha pasado?

Yo:

Nada. Solo nos han seguido. Han aparcado enfrente. ¿Qué quieres decir con qué ha pasado? ¿Va a pasar algo?

Zeth, recibido a las 12:51:

Lo dudo.

Pero…

Zeth, recibido a las 12:51:

¿Estás bien?

Debería contarle la verdad. Que no, que no estoy bien. Pero eso no serviría de nada. Además, no sé por qué, pero no quiero mostrarme débil ante él. Si admito que estoy asustada por culpa de sus colegas criminales será como admitir que le tengo miedo a él. Y eso no pienso admitirlo bajo ningún concepto. A ver, él ya sabe que se lo tengo, pero yo no lo pienso reconocer en la vida. Mientras le escribo un mensaje largo y contundente, el móvil empieza a sonarme en la mano. Acepto la llamada con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—No me has contestado y me acabas de decir que te han seguido. Si te pregunto si estás bien, me contestas, Sloane —me regaña con su voz áspera y ronca—. Si no, pasarán cosas malas.

—Te estaba contestando… ¡Bah! —No sé ni para qué me molesto—. ¿Qué puedes hacer respecto a esos tíos que están zampando dónuts enfrente del hospital?

—Nada. —No parece preocupado en absoluto.

—¿Qué? ¿No son los hombres de tu jefe? ¿No te llevas bien con ninguno de esos tíos?

Eso le arranca una carcajada, un sonido ronco que se cuela por mis oídos y me hace estremecer.

—En general, no metemos las narices en los asuntos de los demás. Charlie lo prefiere así.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer si me siguen a casa cuando salga del trabajo? —Pensar en volver a casa y estar en esa colina alejada sin más protección que Lacey no es una perspectiva muy tranquilizadora.

—No te va a pasar nada —me calma—. Yo también tengo a mis hombres vigilándote. Además, solo están observando. Si uno de ellos se cuela en tu casa, apuñálalo y punto.

¿Que lo apuñale y punto? Me quedo boquiabierta.

—¡Yo no voy por ahí apuñalando a la gente!

—¿Tienes pistola?

—¡No!

—Pues entonces dispararles no es una opción, ¿no?

Me pellizco el puente de la nariz y me dejo caer sobre el inodoro, que tiene la tapa bajada.

—Zeth, ¿puedes, por favor, volver lo antes posible? Por favor.

—Cualquiera diría que me necesitas… —responde con voz grave y aterciopelada. Me estremezco de nuevo. De pies a cabeza.

—¡No te necesito!

—Pues yo sí que te necesito a ti. —Su voz adopta un registro que nunca había escuchado antes, tan profundo y áspero que siento que me empieza a arder el cuerpo entero—. La próxima vez que te vea, te voy a presentar a algunos amigos de mi bolsa. Joder, se me pone dura solo de pensarlo. Hay un juguete en esa bolsa que me parece que te gusta tanto como a mí…

Se refiere al cuchillo, lo sé. Trago saliva con dificultad y niego con la cabeza, tratando de apartar de mi mente los recuerdos de la última vez que lo usó conmigo. Pero me lo pone muy difícil, porque sigue hablando:

—Qué ganas tengo de acariciar esos muslos, Sloane. Quiero arrancarte la ropa del cuerpo y hacerte temblar. Quiero clavarte los dedos y los dientes en la piel hasta que grites mi nombre. Y tú también lo deseas, ¿verdad?

Un sudor frío empieza a brotar de los poros de mi piel, erizándomela. Soy una persona muy visual. Cuando me dicen algo, me lo imagino de inmediato, y en este preciso momento estoy visualizando la impresionante polla de Zeth abultada bajo sus vaqueros, suplicando ser liberada. Carraspeo y cierro los ojos.

—Tus deseos ahora mismo no me parecen muy prácticos.

—¿Te he parecido práctico alguna vez? —Baja el volumen de la voz otra vez, convirtiéndola casi en un susurro. Me hace sentir todavía más acalorada—. ¿Dónde estás ahora?

—En el baño.

—¿Hay alguien más ahí contigo?

Se me antoja una pregunta sensata. Una pregunta que haría cualquier persona normal con la que estuvieras hablando de jefes de la mafia, de que alguien te sigue y de matar a gente a puñaladas. Me agacho para mirar por debajo de los separadores de los baños. No veo ningún pie, ni tampoco nadie delante de los lavabos.

—No. No hay nadie —confirmo.

Pero lo que dice a continuación me deja claro que Zeth no me lo ha preguntado porque le preocupe que alguien se esté enterando de nuestra conversación.

—Bien. Métete la mano por dentro de los pantalones, fiera.

—¿Qué?

—Haz lo que te digo. Métete la mano por dentro de los pantalones. Quiero oír cómo te corres.

Santo Dios.

—¡No me voy a masturbar en unos baños públicos! ¡Estás loco si te crees que voy a hacer lo que pretendes!

Zeth suelta un agradable gruñido al otro lado de la línea.

—No te lo estoy pidiendo, Sloane. Te lo estoy ordenando. Tócate. Ahora mismo.

—¡No!

Mi negativa parece confundirle.

—¿Me dirías que no si me tuvieras delante?

Me lo pienso unos instantes. Imagino cómo sería. Si estuviera aquí delante, en este cubículo, haría cualquier cosa que me ordenara. Maldito sea. Al ver que no respondo, se ríe.

—Te propongo un trato —dice, respirando pesadamente en el teléfono—. Si te metes una mano por dentro de esos pantaloncitos azules de puritana que llevas puestos y no estás ya mojada por mi culpa, te doy permiso para colgar.

Le encanta hacer esto. Le encanta poner a mi propio cuerpo en mi contra. Pero esta vez no lo va a conseguir. Resopló con arrogancia, convencida de que esta vez le voy a demostrar que se equivoca. Podría decirle que lo he hecho, reírme con altivez y colgarle, pero eso no funcionaría. Detectaría la mentira.

—¡Está bien! —Meto una mano por dentro de la cinturilla de los pantalones, pero por encima de las bragas. No hace falta llegar tan lejos. Por desgracia se me borra la sonrisa al instante, porque descubro no solo que estoy mojada, sino que el fino algodón de mi ropa interior está totalmente empapado.

—Primero el dedo del medio, Sloane —ordena Zeth con voz ronca. Ni siquiera me pregunta quién de los dos ha ganado el trato. Sabe que ha sido él. El muy cabrón… cierro los ojos con fuerza, cabreada conmigo misma.

—No tengo tiempo. Tengo pacientes a los que ver.

—El paciente al que estás atendiendo ahora mismo soy yo —me informa con voz grave—. Quiero oírlo en tu voz, Sloane. Quiero oír hasta el último segundo agonizante en el que juegas contigo misma,

deseando que lo que tienes entre las piernas fuese mi polla en lugar de tus dedos.

—Te lo tienes muy creído, ¿sabes? —Estoy sin aliento, lo que no contribuye mucho a hacerme parecer más segura de mí misma.

Emite un ruidito de contrariedad.

—El dedo del medio. Métetelo y dime si no es eso lo que estás pensando. Dime si no deseas que fuese mi polla, clavándosete bien adentro. Hazlo, Sloane.

Quiero echarme a reír. Quiero echarme a reír y colgar e irme a hacer las rondas y olvidarme de esta estupidez que me está pidiendo. Pero también quiero obedecerlo. Zeth no dice nada más, pero oigo su respiración cargada y pesada al otro lado de la línea. Paso treinta segundos luchando conmigo misma. Es exactamente la misma situación que provocó en su ostentoso apartamento. Está intentando que tome la decisión yo misma. Hacerme ver que esto es lo que deseo en realidad. Y yo ya sé que lo es, así que ¿por qué me resisto?

Esa voz tan parecida a la de Pippa susurra en mi mente: «Porque no lo conoces. Y lo que sabes de él es aterrador». Pero los dos últimos años de mi vida han sido aterradores. Al menos estoy segura de qué y quién es él.

Me aparto las bragas y presiono el dedo contra mi vértice. Ahogo un suave grito. Qué mojada estoy, qué excitada… Nunca me había sentido así cuando hacía esto sola. Aunque ahora no estoy sola, ¿verdad? Es casi como si Zeth estuviera guiando mi mano con la suya.

—Buena chica, Sloane. —O me ha oído jadear o está utilizando un extraño poder psíquico que había mantenido oculto hasta ahora—. ¿Tienes el clítoris hinchado?

Cierro los ojos e intento no sentirme completamente perdida y avergonzada.

—Sí, está hinchado.

—Frótalo para mí. —Obedezco. Deslizo los dedos de delante atrás por la carne resbaladiza de entre mis piernas, tratando por todos los

medios de respirar de forma acompasada—. ¿Te gusta?

—Ajá… —Doy un respingo cuando una oleada de placer trepa por mi espina dorsal, cuando una sensación ardiente me quema las puntas de las orejas y las mejillas. Siento un fuerte cosquilleo en los labios. Me muerdo el inferior en un intento por contener la sensación, pero solo consigo empeorarla. Suspiro profundamente.

—Así… No te contengas, fiera. —La voz de Zeth, resonante y profunda, es hipnótica, tiene a mi subconsciente bajo su yugo. La siento como una presencia física en sí misma, que envía oleadas de placer alrededor de mi cuerpo—. Quítate la camiseta.

Me interrumpo y obedezco, apartando todas las objeciones de mi mente. Ahora ya no tienen sentido. Me quito la parte de arriba del uniforme y la camiseta que llevo debajo y dejo caer ambas prendas en el suelo, entre mis piernas. No hace frío, pero mientras me quito los tirantes del sujetador, me estremezco. Ya tengo los pezones preparados, duros y engrosados, tan sensibles que casi me duelen cuando me acaricia el aire.

—Apriétate las tetas. Imagínate que son mis manos —ordena Zeth—. Mi boca.

¿Que me apriete las tetas? No es algo que haga cuando estoy sola. En realidad, no lo he hecho nunca. Siempre he pensado que no sería lo mismo que cuando lo hace un chico, pero ahora, cuando deslizo con suavidad la punta de un dedo por mi piel erizada, me lo imagino a él. Siento el calor de su aliento cuando se detiene a chuparme un pezón y luego el otro, cuando se los mete en la boca. Me quedo sin respiración de nuevo.

—Bien. Así me gusta —me anima—. Pon el altavoz. Vas a necesitar las dos manos para esto.

Tanteo el móvil hasta pulsar el icono del altavoz y lo dejo sobre el montón de ropa que tengo en los pies. Ya estoy demasiado absorta en todo esto para pensar en lo que estoy haciendo. Ahora ya voy por libre; me toco y me acaricio donde me apetece. Y jadeo. Perdida en esta locura.

—Ahora métete los dedos. —La voz de Zeth es más brusca de lo normal, lo que es mucho decir. Le obedezco de inmediato: deslizo primero el dedo del medio y luego el índice en el interior de mi coño. Inhalo con fuerza al sentir la presión cálida y tirante, la dicha. El timbre prohibido de sus palabras tiene un efecto mágico sobre mí cuando me ordena—: Fóllate por mí, Sloane. Hazlo. Fóllate fuerte.

No puedo evitar los gemidos y jadeos que se me escapan mientras muevo los dedos en mi interior, mientras lo imagino a él encima de mí, con la polla dura como una piedra embistiéndome sin tregua, mientras imagino el escozor sublime de su barba incipiente sobre mi piel sensible. Él sigue murmurando palabras al teléfono y transmitiéndome su aprobación con gruñidos y siseos mientras yo grito cada vez más. Sin embargo, ya no puedo concentrarme en lo que está diciendo. Poco después, una sensación poderosa y efervescente se adueña de mí. Ocurre de golpe, de repente: una oleada de calor rompe a través de mí como lo haría el agua en las paredes de una presa, alzándose y arrastrándome consigo al mismo tiempo.

—Dios… ¡JODER! —La maldición escapa de mis labios como una súplica. El pecho me sube y me baja con violencia mientras intento recuperar el resuello, una y otra vez.

La risa perezosa y divertida de Zeth reverbera en el estrecho cubículo.

—Parece que te lo has pasado bien, fiera.

—Que te follen —le espeto, jadeante, aunque no con mucho entusiasmo.

Y entonces oigo algo que me hiela la sangre: alguien tira de la cadena. Zeth se queda en silencio unos instantes y luego dice:

—A ver si lo adivino. Esa no has sido tú.

Me pongo recta y me tapo la boca con las dos manos. Zeth se echa a reír. Cojo el móvil a toda prisa y pulso el botón rojo para colgar. Tengo toda la sangre en las mejillas.

Mierda. Mierda. Mierda.

Se abre la puerta de uno de los cubículos. No es el que tengo al lado, sino el del final. Se oye el ruido del grifo y el agua que empieza a caer. Sea quien sea, se lava las manos a toda prisa y sale corriendo del baño. Yo cojo mi ropa y me visto corriendo, histérica. ¡Tengo que descubrir quién era! ¡No, no, nooooo! ¡Mierda!

Me lavo las manos a toda prisa y salgo del baño. Ahora jadeo más por lo horrorizada que estoy que por el orgasmo que acabo de experimentar. El pasillo está lleno de enfermeros, médicos y otras personas que han venido a acompañar a los pacientes. ¡Personas cualesquiera! No sé qué es peor, que me haya oído un colega o uno de los pobres familiares de uno de mis pacientes. Mi vergüenza alcanza cotas insospechadas cuando Oliver Massey se me acerca alegremente por el pasillo con una sonrisa. Levanta la mano y, sin pensar, se la choco al pasar. Sin detenerse, enarca una ceja y, guiñándome un ojo, me dice:

—Llevas la camiseta del revés, Romera. ¿Qué has estado haciendo?

39

SLOANE

No puede haber sido Oliver. No puede ser, no puede ser… Eran los lavabos de mujeres, por el amor de Dios. Me paso el resto del día acalorada y avergonzada, como si me hubieran pillado con los pantalones bajados. Y sin camiseta. Mientras me daban instrucciones para hacerme cosas de lo más escandalosas a mí misma.

Tengo ganas de darle a Zeth un bofetón tan fuerte que siento un hormigueo en las manos durante el resto de mi jornada. Cuando por fin es la hora de irme, encuentro a Lacey dormida en la sala donde la he dejado, envuelta en un montón de mantas. No tiene pinta de haberse movido desde esta mañana. Cuando la despierto, me mira adormilada, parpadeando, y abandonamos el Saint Peter's por la puerta de atrás, primero para evitar las miradas curiosas del personal de enfermería; segundo, para intentar no volver a cruzarme con Oliver (por si acaso), y tercero, para tratar de sacar el Volvo del aparcamiento sin que me detecte ningún misterioso coche negro con las ventanas tintadas.

Todo va sobre ruedas. Ni enfermeros, ni Oliver ni, milagrosamente, coche negro. Quizá quienquiera que fuese solo estaba yendo en la misma dirección que nosotras y haya parado a tomarse un café de camino al trabajo. De todos modos, tanto Lacey como yo vamos con mil ojos durante todo el trayecto hasta mi casa, por si acaso.

Aparco el coche y entramos. Me aseguro de que todas las ventanas y las puertas estén cerradas con llave, como precaución. Hacerlo me recuerda a cuando Zeth estuvo merodeando por aquí, inspeccionando la casa centímetro a centímetro para cerciorarse de

que fuese lo bastante segura según sus estándares. Probablemente entonces ya sabía que acabaría dejándome a Lacey en la puerta y quería asegurarse de que aquí estuviera a salvo. Esa idea me pone, por irracional que sea, de un humor de perros.

—Estoy demasiado cansada para cocinar. Tendrás que conformarte con que pidamos algo —le digo bruscamente a la chica, que va detrás de mí, pero me arrepiento al instante. A Lacey se le ensombrece todavía más el rostro.

—No pasa nada —responde de forma automática—. Puedo cocinar yo.

—No. Mierda, no, yo… Lo siento, Lace. Es que he tenido un día muy largo. —Exhalo con fuerza y, con una mueca, me presiono la frente con los dedos—. Aunque no es excusa. —No compartía piso desde la universidad, y entonces tampoco se me daba muy bien lo de vivir con otras personas. Pero no debería hablarle mal a Lacey por culpa de él. No debería portarme con ella como una capulla porque estoy celosa de la relación tan rara que tienen—. No quiero que cocines tú. La verdad es que prefiero pedir algo. ¿Te parece bien?

Asiente y se dirige a la barra de la cocina con la cabeza gacha. Le gusta estar ahí. Parece que allí siente que pasa desapercibida. Cojo el montón de menús de los restaurantes que entregan comida a domicilio del cajón de al lado del de los cubiertos y le dejo elegir a ella. Se decanta por comida china, selecciona lo que quiere y, para mi sorpresa, ella misma llama para pedir, dando mi dirección sin ni siquiera tener que pedírmela. Yo descorcho una botella de vino (que necesito como respirar) y le ofrezco una copa. Ella se encoge de hombros —«¿Por qué no?»— y nos arrellanamos en el sofá a ver la tele mientras esperamos a que llegue la cena.

A pesar del vino, tengo mal sabor de boca. Ah, a la mierda, no puedo más. Tengo que saber lo que hay entre ellos.

—Verás… —empiezo a decir; es el mejor modo de sacar un tema cuando no dispones de una buena transición desde otro—. Ya sé que

le has dicho a Pippa que no sabes por qué te gusta tanto estar con Zeth, pero estaba pensando y…

Lacey levanta su copa, sosteniéndola con las dos manos, casi como si quisiera esconderse detrás de ella. Se bebe el vino rápido, demasiado rápido. Cuando baja la copa, se le han llenado los ojos de lágrimas. Me mira de reojo. Al ver su reacción, opto por dejar el tema de inmediato, pero entonces ella decide responder por voluntad propia.

—Lo encontré —se limita a decir—. Pasé mucho tiempo buscándolo y al final lo encontré.

«En fin, es la afirmación más confusa que he oído en la vida».

—¿Que lo encontraste en plan… porque estabas buscando a la persona adecuada? ¿Tu media naranja? —Hostia puta, ¿podría ser más torpe? Parezco una página de citas por internet. Qué digo, igual se conocieron en una página de citas por internet.

Lacey es la viva imagen del desconcierto.

—¿Qué? No. Qué va. —Niega con la cabeza con vehemencia—. Me habló de él mi primera familia de acogida. Me dijeron que vivía al norte de Los Ángeles con su tío. Me dijeron que cuando fuera lo bastante mayor podría irme a vivir con él.

—¿Por qué narices te dirían algo así?

Lacey aprieta los labios. No sabe cuánto debería contarme. Cuánto debería revelar. Su mirada se desplaza a mis ojos, mi boca y mi nariz, y luego vuelve a mis ojos. Se abraza el cuerpo con los brazos; parece haber tomado una decisión.

—Es mayor que yo. Mi hermano mayor. Viajé hasta Los Ángeles a buscarlo cuando… cuando conseguí huir de Greg. Pero no estaba allí. —Se muerde la uña del dedo pulgar con aire distraído, con la mirada perdida. Mientras tanto, yo me tapo la boca con la mano una vez más, tratando de asimilar esa información. Su hermana. ¿Es su hermana?—. Aunque sí que encontré a su tío. —Hace caso omiso de mi estupefacción—. Que también es mi tío, supongo. Me dijo que Zeth se había mudado a Nueva York, de modo que me fui allí. Pero no se había mudado a Nueva York: estaba en la cárcel. No sabía qué

hacer, así que me largué y me vine a Seattle, porque descubrí que su jefe vivía aquí. Como supuse que Zeth volvería en algún momento, decidí esperar. Hasta que un día volvió.

No me lo puedo creer. Son como la noche y el día: uno alto y moreno, oscuro, la otra diminuta e incolora, como un soplo de viento. Lacey bebe más vino mientras yo acaricio el borde de mi copa con un dedo, tratando de hacer encajar todas las piezas.

—Entonces…, ¿fuiste a verlo y le dijiste que eras su hermana?

Me mira sorprendida.

—No.

—¿Ya lo sabía?

Niega con la cabeza otra vez.

—No. No sabe que somos familia.

—Entonces, ¿cómo terminaste viviendo con él? —Cuanto más sé sobre esta historia, más confusa me parece.

La chica sonríe con cautela.

—Estaba lloviendo. Yo llevaba horas sentada en la calle, pensando en cuál sería el mejor modo de presentarme. Estaba empapada. Pensé que quizá me dejaría entrar y secarme, al menos, cuando descubriera que éramos hermanos, pero no encontraba el mejor modo de decírselo. Me desmayé de frío. Él salió porque tenía que ir a algún sitio y me encontró tirada en su puerta. Casi se tropieza conmigo. Iba vestido de esmoquin, pero me cogió en brazos y me preguntó qué coño hacía en la puerta de su casa y si lo conocía. Y yo le dije que sí, pero luego me quedé bloqueada otra vez. Seguía sin saber cómo contárselo para que tuviese sentido. Me preguntó si habíamos follado alguna vez y le contesté que no. Me preguntó si le iba a decir de qué lo conocía y le contesté que sí, que en algún momento se lo diría. Cuando fuera capaz. Y eso fue todo.

—¡¿Y eso fue todo?! —Me acerco un poco más a ella, incrédula—. ¿Le dijiste que ya se lo contarías y has estado viviendo con él desde entonces?

Asiente, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—No lo sé. Unos seis meses, más o menos.

No tengo ni idea de cómo funciona la mente de este hombre, ni tampoco la de su hermana, ahora que sé quién es. Pero son los dos igual de raros.

—Entonces, ¿no tiene ni idea? ¿Aunque te haya dejado vivir con él durante seis meses?

—No lo creo.

Guau.

Una llamada a la puerta me impide seguir con mi interrogatorio. Voy a abrir —es la cena, que ha llegado por fin—, y decido dejar el tema. Comemos en silencio. Lacey se ríe en voz baja con la comedia romántica que están emitiendo en la televisión y yo me quedo ahí dando vueltas a lo que acabo de descubrir.

Ja.

La ironía de la situación no se me escapa.

Yo estoy cuidando de la hermana de Zeth mientras él intenta cuidar de la mía.



ZETH

No consigo sacarme a esa chica de la puta cabeza. Los sonidos que salían de su boca, las cosas que le he dicho que se hiciera y lo fácilmente que ha cedido, viniéndose abajo como un alud en cuanto he conseguido que diera el primer paso. Por no hablar del silencio horrorizado que se ha producido cuando han tirado de la cadena. Menuda joya. Todavía me parto de risa si lo pienso. No sé por qué, pero lo convierte en algo todavía más tabú, sobre todo porque ese tipo de cosas, que te pillen, me la pone dura como una piedra. Tuve que estar más de media hora tocándome antes de que se me fuese de la cabeza.

Después pasé el resto del día de ayer planificando con Michael. Tenía más fotos que confirman que Alexis está, sin duda, en algún

lugar de ese complejo. La chica tiene más curvas que su hermana y va bien vestida. Salta a la vista que está bien cuidada, aunque tenía ojeras. Se la veía atormentada; me da la sensación de que está metida en algún lío, pero no puedo ir a hurtadillas por el complejo buscándola. Levantaría demasiadas sospechas, sobre todo después de haber rechazado a Alaska. La tía lleva todo el día lamentándose por lo mismo.

No, hoy voy a ir a Anaheim a encontrarme con Rick. Además de las fotos, Michael tenía un dosier preparado para mí lleno de información sobre la agente de la DEA que ha estado husmeando. Tengo pensado llevármelo conmigo para hacerle a Rick algunas preguntas muy concretas. Si conoce algún detalle que no aparezca en el dosier, yo también quiero saberlo. Y también quiero saber si ha tenido noticias de Seattle. Tirar mi móvil fue lo más inteligente, porque Charlie se habría enterado de dónde estoy a través de él, pero también implica que no tengo ni idea de qué clase de infierno puede haberse desatado en la ciudad desde que me piré.

Rick me está esperando en un restaurante de pollo frito con unas patatas frías y grasientas delante que no ha tocado. Elegí este sitio a propósito para cabrearlo. Rick es un tipo grande, pero no lo ha conseguido gracias a la genética o —se lo tengo que reconocer— los esteroides. Come sano. Tan sano como cualquier tía. Ensaladas y proteínas limpias, todo el día y todos los días. El simple hecho de estar sentado en un sitio como este le debe de estar haciendo sudar extracto de kale.

—No te has dado mucha prisa —se queja mientras me siento frente a él, soltando la carpeta en la mesa. La abre con un dedo, hace una mueca al ver su contenido y deja que se cierre—. ¿Por qué coño estoy en Anaheim sentado en un restaurante de fritanga?

—Porque te lo he dicho yo.

Él asiente. Acepta que así son las cosas.

—Charlie está desquiciado —me advierte con el ceño fruncido—. Te está buscando por todas partes.

—¿Saben los chicos que sigues vivo?

—No. Me lo ha dicho la zorra de la DEA; me dio un móvil desechable cuando empecé a trabajar para ella. Está cabreada de cojones. —Enfatiza bien la última frase para que yo entienda lo cabreada que está—. Se ha puesto a chillarme no sé qué de detenerme por haber incumplido nuestro acuerdo y todo el rollo. Le he dicho que me he tenido que ir de la ciudad antes de que me matasen, y que muerto no le serviría de nada.

—Lo cual es verdad.

—Pero quiere saber dónde estoy. Y ahora quiere que les saque información a las bandas de moteros de por aquí.

—Ni hablar. —Niego con la cabeza—. Si los moteros que tratan con Charlie te ven, se irán de la lengua y, de repente, resultará que has resucitado. Y Charlie sabrá que no hice lo que me pidió.

—Pero si te has largado. —Rick se frota la ancha nariz, dos veces rota, con el dorso de la mano—. Charlie ya debe de sospechar que pasa algo. Lowell me ha dicho que un tío le ha contado que el viejo está como loco, buscando a una chica que vivía contigo. Quiere interrogarla para ver dónde estás. Y los de la DEA también quieren pillarla. Parece que están bastante interesados en lo que te traes entre manos, Zeth.

Ya me esperaba que la DEA metiera las narices en mis asuntos, pero no que fuera detrás de Lacey. Charlie lo sabe todo sobre ella. Finge no interesarse por mis asuntos personales, pero tiene esa nariz atiborrada de cocaína metida en toda mi mierda. Habrá escuchado mil conversaciones en las que Lace me preguntaba dónde estaba, presa del pánico, y me rogaba que volviera a casa. La sola idea me pone furioso.

Y entonces caigo en la cuenta de algo aún peor. Si Charlie va en serio con lo de encontrar a Lacey… es muy probable que encuentre a Sloane al mismo tiempo.

Se me tensan todos los músculos del cuerpo; ansían entrar en acción de inmediato. Ansían pegar. Golpear. Necesito hacerle daño a alguien. Mi cuerpo se sacude con la adrenalina acumulada, prende fuego a mis articulaciones, preparándolas para una pelea. Nunca un

pensamiento me había puesto tan furioso. Jamás. Estoy preocupado por Lace, claro, pero pensar en que Charlie le ponga una sola mano encima a Sloane…

—¿Estás bien, tío? —Rick se queda mirando la servilleta arrugada que tengo en el puño, tan apretado que se me han puesto los nudillos blancos. La tiro con el ceño fruncido. El efecto que tiene en mí esta mujer es una putada. No puedo permitirme estar tan distraído con ella. Me tiene consumido en cada puto momento que paso despierto, y lo que necesito es concentrarme. Tampoco me servirá de nada preocuparme por cosas que es probable que no pasen. Les he encargado a mis hombres una tarea específica: vigilar a Lace y a Sloane y asegurarse de que no les pase nada.

Intento calmarme, mitigar mi arrebato.

—Quiero que te pongas en contacto con la mujer de la DEA. Pregúntale qué moteros le interesan. Quiero saber qué información tiene sobre mí y cuándo tienen pensado ir a por Lacey. —Anoto el número de mi móvil desechable en otra servilleta, menos arrugada, pero igual de grasienta, y se la meto a Rick en el bolsillo de la camiseta.

El tipo gruñe a modo de asentimiento, aunque es evidente que no le hacen mucha gracia las instrucciones. Frunce las cejas de color arena mientras piensa qué decir. Al cabo de unos segundos, se inclina hacia mí y pregunta:

—De todos modos, ¿por qué te importa tanto esa tía? Se estuvo acostando con Georgio Ramerez durante meses, y ya sabes que no es un tipo muy cuidadoso con sus posesiones. Y se rumorea que Matty Stanton también se la tiró. No pensaba que fueses de esa clase de tíos que recoge las sobras de los demás, Zee.

Rick es un hijo de puta con suerte, porque aquí no puedo darle su merecido. Si empezara una pelea, montaría el numerito, y este puto restaurante está lleno de cámaras. Así que utilizo una técnica de contención con la que Walcott me machacaba a menudo en Chino. Me imagino agarrando a Rick y clavándole la mesa barata de fórmica en el pecho. Me imagino agarrándolo de la nuca, haciendo fuerza

con los músculos del brazo y estampándole el morro contra la mesa. En mi mente, oigo el crujido asqueroso de su nariz, veo la explosión de sangre. Es moderadamente satisfactorio. Pero imaginar la acción sin luego llevarla a cabo es contraproducente. El objetivo es liberar la ira de mi cuerpo, y pensar en ello no hace más que redirigirla hacia dentro.

Rick se da cuenta enseguida de que esa pregunta ha sido un error. Lo miro fijamente y se remueve en su asiento, incómodo.

—Solo era una pregunta —añade.

—Las preguntas pueden ser muy perjudiciales para la salud.

—Ya, bueno… —Rick mira a su alrededor, como si estuviese buscando una razón para irse. Pero no la necesita: nuestra reunión ha terminado.

—Llama mañana a ese número. Con la información que te he pedido.

Me levanto, me pongo las gafas de sol y salgo del restaurante de comida rápida tan discretamente como puedo, lo que no es nada fácil cuando mides un metro noventa y eres una mole.

40

SLOANE

Me despierto con un mal presentimiento. Es una sensación sofocante, que se extiende sobre mí con el peso de una manta mientras estoy tumbada en la cama. La casa se asienta, cruje y suspira; un viento inquietante hace temblar las cristaleras y yo contengo el aliento. El corazón me late desbocado. La luz de la luna entra por las cortinas abiertas al otro lado de la habitación, y fuera baña también la línea de árboles que marca los límites de mi propiedad, tiñendo las ramas y las hojas de color plateado. Lo veo todo con nitidez. La puerta del armario. La cómoda. El pequeño baúl de madera de castaño que tengo a los pies de la cama. Todo está bien iluminado y donde debe estar. No hay nada fuera de lugar.

Quizá la presencia de Lacey, que duerme en la habitación de invitados, sea suficiente para tenerme nerviosa. Siempre he sido capaz de sentir cuando no estoy sola, incluso en una casa tan grande como esta. Nunca duermo bien cuando tengo invitados. Pero… no. No es eso. Es una sensación diferente. Incómoda, tensa. No voy a ser capaz de volver a dormirme.

Tengo la garganta tan seca como el desierto del Sáhara. Iré a llenarme un vaso de agua.

Aparto el edredón y cruzo la habitación de puntillas. No voy a despertar a Lacey solo porque esté inquieta…

Me quedo paralizada con una mano en el pomo, mirando boquiabierta a los intrusos que hay en el pasillo. Son dos. Dos hombres, vestidos con pantalones y camisetas negras. Su sorpresa es un reflejo de la mía: ellos también se han quedado de piedra al verme.

Me miran.

Los miro.

Y miro también a la chica que tienen sujeta entre los dos. El que está más cerca de las escaleras —que tiene una cicatriz horrible que le deforma el labio inferior— la lleva aferrada de las piernas, y el otro —un cabrón altísimo con la cabeza rapada— le sujeta los brazos sobre el torso y le está tapando la boca con una mano. No haría falta: ni siquiera está intentando gritar; está tiesa como un palo. Me mira a los ojos y el absoluto terror que atisbo en ellos me impulsa a entrar en acción.

—¿Qué coño estáis haciendo? —Es una pregunta estúpida, porque la respuesta salta a la vista: están secuestrando a Lacey. La chica que Zeth dejó a mi cargo. La chica que prometí cuidar.

El tipo de la cicatriz niega con la cabeza muy despacio.

—Date la vuelta y vuelve a la cama. Es mejor que no te metas en esto.

Me tiembla la voz de rabia.

—Soltadla. Y largo de mi casa.

Los dos hombres resoplan al unísono. ¿Acaso yo no era parte del plan? Debían de saber que estaba aquí.

—¿Quieres morir esta misma noche? —pregunta el de la cabeza rapada.

El otro gruñe. No me gusta el brillo malévolo que veo en sus ojos.

—A la mierda ya. Nos ha visto. Tendremos que encargarnos de ella.

Hasta ahora, Lacey no había movido ni un músculo. O estaba paralizada por el miedo o se estaba haciendo la muerta, pero lo último que ha oído parece prender una chispa en ella. Se retuerce y consigue soltarse de una pierna, y eso distrae a los intrusos un segundo, que yo aprovecho para entrar en acción mientras intentan recuperar el control sobre ella. Lacey me dirige una mirada suplicante y yo corro a mi habitación y cierro de un portazo.

Pongo el pestillo.

«No te estoy abandonando. Te lo prometo, no te estoy abandonando. Aguanta».

Lacey no sabe leer el pensamiento, pero espero que sepa que no la estoy dejando tirada. Lo que pasa es que no puedo ayudarla si estoy desarmada. La única arma de que dispongo —el bate de béisbol que tengo al lado de la puerta principal— está fuera de mi alcance, a no ser que me cruce con los secuestradores, así que voy a por mi siguiente opción: mi maletín de suministros médicos. Lo guardo siempre aquí, en el baño de mi habitación, debajo del lavabo.

—¡Abre la puta puerta, zorra! —Aporrean la puerta con todas sus fuerzas. Me tiemblan las manos descontroladamente.

«Vamos, vamos, vamos. Muévete, Sloane».

¡Pum!

¡Pum!

¡Pum!

Tengo el pulso descontrolado.

Cuando consigo abrir la cremallera, vuelco el contenido del maletín en el suelo del baño. Tengo blísteres de varios medicamentos, pequeños viales de cristal, jeringas, vendas, depresores linguales… Todo se desparrama sobre los azulejos. Cojo una jeringa y el primer vial que encuentro y corro a la puerta, pero no a la que da el pasillo, sino a la que conecta con el tercer dormitorio. Contengo el aliento y presto atención.

—… volvemos a por ella. Pero tenemos que meter a esta en el coche.

—¿Qué dices? ¡Se escapará!

—¿Y? —El tipo de la voz más grave, el de la cicatriz, parece cabreado—. No puede ir a ninguna parte, les hemos rajado las ruedas del coche. No puede llamar a la policía porque no hay cobertura y hemos cortado el cable del teléfono fijo. Hemos cortado internet. ¿Qué va a hacer, mandar putas señales de humo? Vamos. La podemos dejar ahí, será un minuto.

Hace unos años, alguien me preguntó cómo creía que me comportaría si de repente me encontrase en una zona de guerra.

¿Lucharía o me derrumbaría bajo la presión? Entonces no supe qué contestar. Pero ahora sí lo sé.

Espero un minuto y recupero el resuello mientras esos cabrones bajan a Lacey por las escaleras, gruñendo y resoplando.

Y entonces me pongo en marcha.

«Gracias a Dios que soy cirujana de urgencias».

Eso es lo que se me pasa por la cabeza mientras corro por el rellano y bajo las escaleras. De no ser por la cirugía de urgencias, no sería capaz de sacar una jeringuilla del paquete, meter la aguja en un vial y cargarla de medicación mientras corro como si me hubieran prendido fuego a los pies.

Los hombres están saliendo por la puerta principal con Lacey, que por fin está chillando y retorciéndose, a pesar de que le estén tapando la boca con la mano.

¿Qué vial he cogido?

Diclofenaco.

Estupendo.

Veinticinco miligramos si tienes fuertes dolores menstruales, doscientos si quieres mandar a un secuestrador al otro barrio.

Cargo la jeringuilla y echo a correr.

Está lloviendo.

La gravilla se me clava en las plantas de los pies.

El tío que lleva a Lacey por los pies me ve venir.

«Demasiado tarde, hijo de puta».

Clavo la jeringuilla en el cuello de su compinche.

Y el tío de la cabeza rapada se desploma como si le hubiese disparado. Bien. Cae al suelo con los brazos y las piernas flácidos, y Lacey cae con él y aterriza en su pecho.

—¡Zorra! ¿Qué le has hecho? —grita el de la cicatriz—. ¡Lo has matado!

Puede. O puede que no. Ahora mismo no tengo tiempo de comprobar si tiene pulso porque el otro viene a por mí y, de repente, empuña una pistola.

—Entra en el puto coche —me ordena, furioso, señalándolo con la cabeza. El sedán negro que nos ha seguido esta mañana está aparcado a su derecha con la puerta de atrás abierta, preparada para Lacey. El agua de lluvia se acumula en el cuero del interior, empapando los asientos.

Es entonces cuando siento por fin la acometida del pánico. Solo tenía una jeringuilla, y ahora está clavada en el cuello del cabrón que está tirado en la entrada de mi casa.

Mierda. Tendría que haber cogido el bate de béisbol al pasar por delante de la puerta. No creo que me sirviera de gran cosa contra una pistola, pero aun así.

—¿Es que eres sorda además de imbécil? —me espeta el tipo de la cicatriz—. ¡Que entres en el puto coche!

Siempre me ha encantado vivir en mitad de la nada. No hay nadie que te moleste, no se oyen los coches a todas horas, no hay vecinos cotillas que te espíen desde detrás de las cortinas… Sin embargo, ahora, vivir tan alejada de la ciudad no me parece tan inteligente. No hay nadie que pueda venir a rescatarte, ningún coche que puedas parar para pedir ayuda, ningún vecino cotilla que sea testigo de que hay un cabrón apuntándote con una pistola y pueda llamar a la policía. Mierda.

Este tío me podría haber disparado ya. No sé por qué no lo ha hecho. Lo que sí sé es que si entro en ese coche estoy muerta.

—No. No voy a entrar en el coche.

—¿Ah, no? —Al tío se le deforma el rostro de incredulidad—. Has visto que llevo una pistola en la mano, ¿verdad? —La levanta de lado para que la vea mejor, sin quitar el dedo del gatillo. Da un paso al frente, harto ya de esperar. Me va a meter en el coche a la fuerza, consciente o inconsciente, viva o muerta.

No tengo opción. No puedo llegar más lejos solo con chulería. Cuando me coge, mi demostración de fuerza se desintegra, se esfuma como el vapor.

Zeth. Necesito a Zeth. Siempre está cuando no lo necesito, complicándome la vida, pero ahora que su inclinación por la

violencia me sería útil, está a más de mil putos kilómetros de distancia. Por supuesto.

El tío de la boca deformada tira de mi muñeca como si me la quisiera romper. Está a punto de golpearme con la pistola cuando se mueve de forma repentina y errática y se tropieza conmigo. Sin soltarme la muñeca, se desliza hacia abajo con la mirada perdida. Sin embargo, ya no está tirando de mí: está intentando no perder el equilibrio.

Contengo un grito cuando por fin me suelta y se desploma en el suelo mojado convulsionando. Los brazos y las piernas se le mueven de forma espasmódica; los tendones de su cuello se le marcan bajo la piel cuando echa la cabeza violentamente hacia atrás.

Lacey está tras él con una roca gigantesca apretujada contra el pecho. Es tan grande que tiene que usar ambas manos para sujetarla. Hay una sustancia oscura y pegajosa en un lado: sangre.

—¿Acabas de…? —me interrumpo. ¿Para qué se lo pregunto?

Lacey da un respingo, como si acabase de recuperar la conciencia. Suelta la roca, que cae a sus pies con un golpe sordo y se hunde varios centímetros en el barro. Me mira como si no tuviese ni idea de lo que acaba de hacer.

—Es que… No te soltaba y… —gimotea—. ¿Está… está muerto?

—Mira el pecho, todavía se mueve. Respira. Se pondrá bien, Lacey, pero tenemos que salir de aquí ahora mismo. —¿Le estoy diciendo la verdad? No lo sé. Sí, todavía respira, pero a saber durante cuánto tiempo lo seguirá haciendo. Aunque me importa una mierda. No tengo pensado ponerme en contacto con el tío que me ha atacado para averiguar si está bien—. Entra en el coche, Lace. —Señalo el sedán para que sepa a cuál me refiero. Al fin y al cabo, no nos podemos llevar el Volvo. Los he oído decir alto y claro que le han rajado las ruedas.

Lacey obedece y, abrazándose a sí misma, entra en el asiento de atrás.

¿Atrás? ¿Qué narices hace? Pero entonces recuerdo lo que me dijo Zeth cuando la metió en mi coche: «No puede. Ahí no».

Bueno, pues vale. Mientras esté dentro del coche…

Me siento en el lado del conductor y entonces me sobreviene otra oleada de pánico.

No he cogido absolutamente nada.

«Piensa, Sloane. Traumatismo por objeto contundente. Diclofenaco. ¿Están muertos? ¿Cuánto tiempo tienes? ¿Tienes tiempo acaso?».

No puedo subir corriendo a la planta de arriba y hacer la maleta; eso ni me lo planteo. Pero tampoco podemos llegar muy lejos sin dinero, ¿no? Mi bolso. Está en la mesita del correo, en el recibidor. Con mis tarjetas y mi carné de identidad dentro. Con eso tendrá que bastar.

—Quédate aquí, Lacey. No te muevas.

Decido arriesgarme. La lluvia me azota mientras corro de nuevo hacia la casa. Como tengo los pies mojados, me resbalo al entrar y me caigo de culo, dándome un golpe enorme. Un latigazo de dolor me recorre la espina dorsal, tan fuerte que me pitan los oídos. Me va a salir un moratón. No hay tiempo. No hay tiempo. Me pongo de pie y estoy a punto de resbalarme otra vez. Ahí está mi bolso. Lo cojo y lo abro; he de asegurarme de que…

Sí. Mis tarjetas están dentro.

Sin embargo, tengo el teléfono arriba. Debería… A la mierda. No. No puedo. Tendrá que bastar con el bolso. Vuelvo corriendo al sedán y encuentro a Lacey temblando como una hoja en el asiento de atrás. Siento otra punzada de pánico al darme cuenta de que tal vez tenga que rebuscar en los bolsillos de esos cabrones para encontrar las llaves del coche, pero no, gracias a Dios están en el contacto. Claro, tenían mucha prisa.

—¿Por qué nos llevamos su coche? —A Lacey le castañetean los dientes. Está en estado de *shock.* Tengo que darle algo de azúcar cuanto antes o, de lo contrario, se va a desmayar. Y pronto.

—Han dicho que me han rajado las ruedas, ¿te acuerdas? —Niega con la cabeza. De repente, tiene la mirada perdida. Madre mía. Va a ser una noche muy larga—. De todos modos, quienquiera que haya

mandado a esos tíos conoce mi coche. Cuando vean que su plan ha fracasado, lo buscarán. Alquilaremos otro en cuanto podamos, Lace.

No hay respuesta.

—¿Lacey?

Veo a través del espejo del retrovisor que se ha puesto las rodillas debajo de la barbilla y que se está meciendo hacia delante y hacia atrás. Me cago en todo.

Enciendo el motor y salgo a toda prisa de casa, dejando los cuerpos de nuestros atacantes tirados en el barro.

41

SLOANE

Menos mal que he cogido mi bolso. Cuando llegamos a la autopista, el depósito de gasolina ya está en las últimas. ¿Cómo no se les ocurre llenar el depósito si tienen planeado un secuestro? Salgo de los límites de la ciudad y me descubro en la I-5 Sur sin ni siquiera haberlo decidido de forma consciente. La carretera se alarga y se alarga, una extensión interminable de asfalto que nos llevará en la misma dirección durante unas diecisiete horas, hasta que lleguemos a Los Ángeles. Podría haber ido al hospital. También podría haber recurrido a Pip, pero no pienso ni contemplar la posibilidad de llevarle estos problemas a la puerta de casa. Lo mismo ocurre con mi lugar de trabajo. Lo único que sé es que es muy probable que la única persona capaz de mantenernos a salvo se cabree al vernos. Y no tengo ni idea de cómo encontrarlo cuando llegue a Los Ángeles.

Al cabo de un rato, después de haber parado en una gasolinera para comprarle un refresco demasiado dulce y un par de barritas energéticas, Lacey se queda dormida. Un amanecer nublado pinta el cielo de rosa pálido. Unas horas después, veo un cartel que anuncia un Walmart y cojo la salida de la autopista. Dejo a Lacey durmiendo en el coche y entro para comprarnos un par de mudas de ropa. La cajera ve el moratón de color púrpura que el tío de la cicatriz me ha hecho en el antebrazo al agarrarme, y niega con la cabeza, como si el estado en que me encuentro, la hora temprana y las camisetas, los vaqueros y los zapatos que he elegido a toda prisa contaran una historia. Es evidente que cree que estoy huyendo de un novio maltratador, o algo así.

Pero es increíble la importancia que tienen un par de vaqueros y unas bailarinas cuando estás huyendo de algo. Ya me siento menos

vulnerable de lo que me sentía en pijama.

Lacey se despierta ocho horas después. Está consciente el tiempo justo para decirme que no sabe conducir, hasta que decido que ya es suficiente y que tenemos que librarnos de este coche. Paramos en Jackson County, Oregón, abandonamos el vehículo en el estacionamiento de una licorería, con las llaves en el contacto —alguien lo robará tarde o temprano—. y caminamos cinco manzanas hasta un motel, donde nos registramos con un nombre falso y nos quedamos fritas.



ZETH

—¿Qué coño quieres decir con que «estaba vacía»? —Callum, uno de mis hombres, elige las palabras con cuidado, consciente de que está de mierda hasta el cuello. Le encomendé la tarea de vigilar la casa de Sloane durante la noche y el muy cabrón no me ha llamado hasta ahora, a las once de la puta mañana, para decirme que cuando ha llegado la casa estaba vacía—. ¿Cuándo fuiste por última vez?

Guarda silencio unos largos segundos. Y entonces confiesa:

—A medianoche. —Casi puedo oír la mueca de miedo en su voz.

Y espero que él pueda oír las ganas de asesinar en la mía.

—¿Me lo puedes repetir? Porque juraría que acabas de decir que a medianoche, cuando yo te dije que fueses cada dos putas horas.

—Ya lo sé, Zee. ¡Pero está en mitad de la nada, tío! ¡Tardé una hora solo en encontrarlo! Di por hecho que nadie iba a aventurarse por esa carretera de mierda por la noche. ¡Es un peligro, joder!

—¿Sabes qué es un peligro? —gruño—. Yo. Yo soy un puto peligro. Y ahora mismo estoy muy tentado de volar a Seattle para partirte las piernas con mis propias manos. ¿Te queda claro?

—¡Lo siento, Zee! ¡En serio, las voy a encontrar, te lo juro!

—Tú no vas a hacer nada. Me vas a decir lo que encontraste al llegar. —Con cada palabra que pronuncio, mi voz se va tornando más grave y queda. Cualquiera que tenga media neurona sabría que no es buena señal.

—Bueno… Su móvil estaba arriba, en la mesita de noche.

—¡¿QUÉ?!

Me sigue contando lo ocurrido; lo más probable es que le dé miedo darme la oportunidad de hablar.

—Y había marcas de neumáticos fuera, aunque no del coche de la doctora, porque todavía estaba ahí aparcado… Tenía las ruedas destrozadas. Y había muchas huellas y marcas de resbalones en el barro. Parecía como si hubieran arrastrado a alguien, o alguna mierda así.

—¿Arrastrado a alguien o alguna mierda así? Me estás transmitiendo energía positiva de cojones, Callum. ¿Tienes idea de lo que se siente cuando te rompen los dedos uno a uno? Porque con cada segundo que pasa, más ganas tengo de enseñártelo. ¿¿Dónde están??

—No lo sé, jefe. Pero lo voy a descubrir. ¡Ahora mismo!

Cuelga. Aprieto los dientes, cierro los ojos con fuerza y estrujo el móvil hasta que se rompe de la presión. Me tomo un momento. Trago saliva. Respiro hondo.

El día no ha empezado bien.

He sabido que algo pasaba cuando Sloane no ha contestado al teléfono. Lo sabía, joder.

Tengo el estómago en un puño, me sudan las manos, me va el corazón a cien por hora. ¿Qué cojones me pasa? Me pongo de pie y el suelo se inclina como si estuviese en la cubierta de un barco en medio de un puto maremoto.

«Respira, hostia —me digo—. Respira».

Pero respirar no me sirve de nada. La última vez que me sentí así, un carcelero de mierda acababa de cerrar la puerta de mi celda y mi nueva realidad se había abatido sobre mí como una losa. Estaba en Chino, de entre todos los lugares posibles. Jodido de todas las

maneras concebibles. Por la voluntad de otro hombre. No había vivido así desde que hui de mi tío. Esa primera noche, sentí pánico. Fue lo único que me permití sentir antes de cerrarme en banda. Me decían cuándo tenía que comer, y cuándo tenía que cagar, y cuándo tenía que limpiar, y cuándo tenía que trabajar, pero jamás podrían volver a decirme cómo me tenía que sentir al respecto. Recuperé el control sobre mí mismo.

Ahora no hay ningún control. Tengo las entrañas destrozadas. Los pulmones, llenos de agujeros.

Es inaceptable, hostia.

No sé dónde están.

No sé dónde está.

No sé cómo llegar hasta ellas.

No hay nada que pueda hacer.

Pero necesito hacer algo. Tengo que hacerlo. Cojo mi chaqueta y la sopeso para comprobar que todavía estén dentro las llaves del Camaro. Conduciré todo el día y toda la noche si es necesario, pero voy a encontrar a esas chicas. Mis chicas. Mi chica, joder.

Al otro lado de la puerta del cuarto, Jake y uno de los guardias que estaba anoche en la entrada vienen por el pasillo con una cara seria de cojones. Y una cara seria en el jefe de una organización criminal es muy mala señal. Cuando Jacob se siente amenazado, se comporta como si sintiera lo contrario y sonríe. Cuando sospecha que alguien lo está tomando por tonto, actuando por su cuenta, espiándole y metiendo las narices en asuntos en los que no tiene derecho a meterse… la sonrisa desaparece.

—¿Ibas a algún lado, Mayfair? —pregunta. Ya no me llama «hermano». El numerito de amistad que ha representado cuando he llegado ha dado paso a un desprecio sin disimulo. El segurata que va con él lleva una pistola sujeta en la cintura. Se engancha el pulgar en el cinturón, como si quisiera destacar el detalle.

Me encojo de hombros como si nada.

—Ya sabes, tío, voy a recoger a una amiga. Me dijiste que tengo que traer a alguien al evento, ¿no? —El evento en cuestión no es

hasta dentro de dos días, pero a la mierda. Es la primera excusa que se me ha ocurrido.

—Sí, claro. —Jacob se rasca la barbilla y me mira de arriba abajo—. Pero antes de irte, baja a la piscina, ¿eh? Que vamos a charlar un rato.

No es la clase de petición a la que uno pueda negarse, aunque el hecho de que haya disfrazado la orden de petición me permite albergar alguna esperanza de que no sepa tanto como creo que sabe. Todavía no, al menos. Asiento y lo miro con los ojos entornados. Jacob señala al frente para indicarme que pase yo primero. Tras dos días paseándome entre estas paredes con la esperanza de cruzarme casualmente con Alexis, tengo una idea bastante buena de la distribución del complejo, así que voy directo hacia la piscina. Fuera nos espera una bandeja de fruta cortada, zumo recién exprimido y cerveza. Jacob se sienta en su tumbona y el guardia adopta su posición de pie detrás de él. Se me escapa una risita al ver la actitud del matón ridículo, que parece cabreadísimo porque yo no me estoy cagando de miedo en los pantalones.

—Al final te vas a disparar en la polla con esa cosa —le advierto, mirando su pistola con las cejas enarcadas. Me meto una fresa en la boca y la mastico despacio mientras le dedico una sonrisa amenazadora.

Jacob chasquea la lengua.

—Vamos, Zeth. Pórtate bien con mis amigos. Yo siempre me porto bien con los tuyos, ¿no?

Me como otro pedazo de fruta y muevo la cabeza de un lado a otro, un gesto que no me compromete mucho, aunque respondo:

—Cierto.

—No te voy a entretener mucho rato. Solo quería preguntarte una cosa. —Le hace un gesto al guardia, que le tiende un sobre marrón que tenía metido también en la cintura del pantalón. Jacob saca de dentro un papel y lo pone bocabajo sobre la mesa que hay entre los dos—. Se me ha olvidado el motivo que te ha traído aquí con

nosotros, al sur de California… Habías dicho que ibas a ver unos amigos antes de visitar a tu familia… ¿verdad?

—Exacto —contesto, sin inmutarme ante la pregunta o ante el papel que ha dejado sobre la mesa.

—Ya veo. ¿Y qué clase de amigos tienes aquí en Los Ángeles, Zeth?

—De toda clase. —Cojo otro trozo de fruta. Señalo el cubo de hielo lleno de cervezas y le dirijo una mirada interrogante. Él asiente, dándome permiso. Le quito el tapón a una de las botellas y doy un largo trago. Jacob hace lo mismo, aunque él da un sorbo mucho más corto—. Ayer me reuní con un viejo colega del instituto. Fuimos a comer —le cuento. Me aseguré de que no me siguiera nadie, pero, joder. Qué sibilinos pueden llegar a ser estos hijos de puta. Es posible que Jake me mandara seguir cuando quedé con Rick. Es mejor que admita que lo he visto antes de que tenga que enfrentarme a las pruebas fotográficas, si es que es eso lo que hay en el papel.

—Ajá. —Jacob reposa una mano en la gruesa barriga, en la que se ha apoyado también la cerveza—. Y este amigo tuyo… ¿tiene nombre?

Lo miro con la mejor expresión confundida que soy capaz de poner.

—Sí, se llama Rick, ¿por?

—Porque ayer pillamos a un tipo haciendo fotos de las chicas desde fuera del complejo. No quiere decirnos cómo se llama ni por qué está aquí. Y se nos ha ocurrido que tal vez sea amigo tuyo…

Mierda. ¿Un tipo haciendo fotos de las chicas? Está claro que lo conozco, pero no es Rick. Es Michael. Niego con la cabeza y esbozo una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, tío, no tengo ni idea. Será algún pervertido tratando de meterla en caliente, ¿no?

El guardia, que me mira con el ceño fruncido, gruñe con escepticismo.

—¿De verdad te vas a tragar eso, jefe? Es una trola.

—Cierra el pico, Anton —le espeta Jacob. Le tiemblan los carrillos por el arrebato de ira. Jacob vuelve hacia mí el rostro enrojecido, casi púrpura, y me mira de un modo que haría flaquear a hombres peores que yo. Pero no a mí. Yo he lidiado con gente mucho peor que él y he salido airoso, oliendo a putas flores, mientras que el otro tío suele acabar apestando a sudor y con los pantalones meados. Y Jacob sabe perfectamente esto de mí—. No te estoy acusando de nada, Zeth —me tranquiliza—. Solo quiero asegurarme de que este hombre no sea amigo tuyo antes de dejar que Anton y sus camaradas le hagan preguntas de un modo más persuasivo. Me sabría mal que uno de tus empleados acabase herido.

Si Michael está en algún lugar de este complejo, sé que no abrirá la boca. Es una de las razones por las que lo contraté. No tienen ninguna razón para sospechar que es uno de mis hombres. El problema es el matón este, Anton, el que acaba de llamarme mentiroso. Es él quien le está comiendo la oreja a Jake, quien le dice que yo tengo algo que ver con esto.

—Lo siento, tío. Ya te lo he dicho, no puedo ayudarte. De todos modos, no tiene sentido. ¿Para qué querría a alguien vigilando si ya estoy dentro del complejo?

«Para que os hiciera fotos a vosotros mientras yo no estoy, cabrones. Porque desde donde estaba escondido veía la parte del complejo donde tenéis a las chicas. Porque mientras esté aquí, tengo que hacer como si esto no fuera conmigo para que no me pilléis merodeando por ahí como un puto espía». Y aún hay más razones, pero esas son las principales. Los ojos oscuros de Jacob se me clavan como un láser; debe de estar tratando de discernir si le estoy diciendo la verdad. Asiente con gesto pensativo.

—Hum… Es lo que pensaba. Aunque ya sabes cómo son las cosas con Charlie, ¿no? Ahora somos amigos, pero no siempre ha sido así. Y yo soy un hombre cauteloso, Zeth. Me gusta actuar siempre con cautela.

—Y a mí también.

Jacob levanta el papel de la mesa, le da la vuelta y lo observa unos instantes. Cuando lo vuelve a dejar, está del derecho, y soy testigo entonces de los daños que ya le han infligido a mi segundo al mando. Los vaqueros sucios y la camiseta blanca manchada de sangre están en las antípodas de los trajes inmaculados con los que suele vestir. Sus músculos están tensos, pues está tirando de las cuerdas que le atan las manos detrás de la espalda, y tiene la frente, la sien y el hombro manchados de sangre, que le sale también de la boca. Le han dado ya una buena paliza.

Me limito a mirar la foto sin inmutarme. No puedo preocuparme ahora por él; no es nuevo en esto. Sabe cuidar de sí mismo. Esa certeza no evita que me hierva la sangre, pero lanzo una manta sobre las llamas de furia que arden en mi pecho. Así, al menos, las contendré durante un rato. Esbozo una sonrisilla y miro con una ceja enarcada a Anton, que todavía está acariciando la pistola con el pulgar. Qué nervioso está el muy cabrón.

—Me sabe mal por ti, colega. Ni acariciándotela en público consigues que se te ponga dura… Lo pillo. Supongo que necesitas sentirte duro recurriendo a otros métodos.

—¿Qué coño estás insinuando?

—Estoy insinuando que la polla no se te pone dura. —La manta no ha servido para apagar el fuego. Vaya por Dios.

Anton da un paso hacia mí con el rostro deformado de rabia.

Pero Jacob alza una mano con impaciencia para detener a su esbirro.

—De verdad me gustaría que fuerais más amables, muchachos —protesta—. Anton, ve a ver si ese tipo ha decidido ya contarnos qué hace aquí. Y ya sé que has dicho que ibas a buscar a una amiga, pero quizá querrías hacerme el honor de pasar la tarde conmigo. He pensado que las chicas nos pueden entretener un rato mientras nos bebemos unas birras al sol…

Me cago en la puta. No quiere perderme de vista. Tal vez no crea en las teorías conspirativas de Anton, pero tampoco tiene pinta de

creerme a mí. Compongo en el rostro mi mejor imitación de una disculpa.

—Lo siento, Jake, pero tengo que ir a por esta tía. Igual mañana…

Me pone una mano en el hombro con firmeza, obligándome a sentarme de nuevo en la tumbona.

—No irás a dejarme bebiendo solo, ¿no? Ni hablar, Zeth. Yo no bebo solo. Me temo que debo insistir.

42

SLOANE

Cuando me despierto, Lacey no está en la habitación del motel. Es un lugar bastante decadente; tiene un aire de abandono que me pone los pelos de punta.

«¿Dónde narices está?». Siento que algo me oprime el pecho. Me levanto a toda prisa y camino descalza por la moqueta hortera y llena de manchas para mirar en el baño. Esperaba encontrármela flotando en una bañera llena de agua teñida de sangre, pero cuando las desagradables luces fluorescentes se encienden e iluminan los azulejos descascarillados y la bañera amarillenta, no veo nada color rojo. No hay sangre. El corazón se me tranquiliza un poco… hasta que caigo en la cuenta de que el motel está al lado de una carretera por la que pasan coches constantemente y que alguien que se ha propuesto suicidarse tiene más de una forma de llevar a cabo sus planes.

—¿Lacey? ¡Lace! —Fuera, el cielo está teñido de un precioso azul. Lacey está en el aparcamiento, hablando por teléfono en una cabina. Me acerco a ella, no sin antes asegurarme de que me oiga.

—… noche. Dos. —Me hace un gesto con la cabeza al ver que me acerco—. Sí, ya lo sé. Lo haré, lo prometo, pero ahora mismo necesito la dirección. —Se muerde el labio, tensa, mientras espera a que quienquiera que esté al otro lado de la línea le responda. Entonces cierra los ojos un segundo, relajando un poco el cuerpo, exhala y se pone a buscar un papel en el bolsillo. Anota unos números en el dorso de un tique de compra con un bolígrafo del hotel—. Gracias, Georgio. Iré a verte pronto, lo prometo. —Cuelga y me tiende el papel arrugado con un gesto triunfal—. La tengo. Tengo la dirección del complejo en el que Zeth está ahora mismo.

La cojo del brazo para que se quede quieta y entorno los ojos para leer la información que acaba de apuntar.

—Ahí solo hay números, Lacey. —Por dentro estoy gritando. ¿Un puto complejo? Lo de «complejo» suena peligroso. ¿Y por qué Lacey sabe dónde está Zeth y yo no? Lleva seis meses viviendo con él; es evidente que les une un fuerte vínculo. Sé que es irracional que me cabree por esto, pero qué le voy a hacer. Debo de ser una criatura irracional. Trato de no pensar en la punzada de celos e intento concentrarme en lo que nos ocupa.

Lacey chasquea la lengua, se apoya el tique en la rodilla para añadirle unas comas y, de repente, la información pasa de ser una retahíla de números a convertirse en unas coordenadas.

—Está en mitad del desierto —me informa mientras me lo tiende.

—¿Quién te ha dado esto? ¿Cómo sabemos que está allí?

—Porque Zee me ha hablado de este sitio varias veces. Nunca me dio detalles, pero mi exnovio se mueve en los mismos círculos que él. Más o menos. Ha caído enseguida en cuál era el sitio del que le estaba hablando.

—Dios, Lacey… —Miro las coordenadas hasta que los números empiezan a mezclarse—. No será el único complejo que hay en el desierto; debe de haber cientos de ellos…

—No muchos en los que te cobren quince mil dólares por noche y en los que solo se pueda entrar con invitación —replica ella. ¿Dónde está la chica aterrorizada que le abrió la cabeza a un tipo con una roca? Apenas reconozco a la Lacey que tengo delante. Muestra una chispa de seguridad en los ojos, e incluso su voz suena más firme—. Es la dirección correcta. —Asiente con vehemencia, como si así diera más veracidad a su afirmación—. Zeth está allí. No te preocupes. Llegaremos hasta él y lo arreglará todo. Es lo que hace, Sloane. Él siempre lo arregla todo.

43

SLOANE

Alquilar un coche con mi verdadero nombre no es buena idea, pero soy una residente de urgencias, no una delincuente experta. No tengo ni idea de cómo sobornar a alguien, y el tipo que está detrás del mostrador de Hertz tampoco parece tener mucha experiencia saltándose la legalidad. Fotocopia mi carné de identidad y me hace rellenar una montaña de papeles. Me sorprende que no me haga firmar un compromiso para entregarle a mi primogénito. Cuando me pregunta si quiero mejorar mi reserva para llevarme un coche más llamativo, rechazo su oferta educadamente y le digo que preferimos un sedán. Poco después, volvemos a estar en la carretera.

Lacey se pasa las siguientes diez horas que yo dedico a conducir de buen humor. Sin embargo, a mí la culpa me corroe las entrañas, aunque tampoco puedo hacer nada por evitarlo. No puedo llevar a Lacey a este complejo y pretender que mi conciencia siga limpia. Zeth quería mantenerme tanto a mí como a su hermana (aunque él no sabe que es su hermana) lejos de allí, y tiene razón. Lacey no debería exponerse a ese tipo de ambientes. Está demasiado herida y podría pasarle cualquier cosa. Técnicamente, también podría pasarme cualquier cosa a mí, pero yo no pienso en eso. Voy a entrar ahí dentro, voy a echarle a Zeth la bronca del siglo por haberme jodido la vida entera en unas pocas semanas y luego voy a coger a mi hermana y me voy a largar. En mi mente, no hay lugar para nada que me desvíe de este plan.

Cuando empieza a caer la noche, giramos hacia Dana Point, que está a al menos una hora de nuestro destino, dirección noroeste. Lacey ni se inmuta. He de seguir con atención las indicaciones del GPS. Debería saberme de memoria cómo llegar a la encantadora

casita frente al mar desde la salida de la autopista, pero en mi defensa diré que solo he venido de visita tres o cuatro veces. Entre la carrera y la residencia, no he tenido mucho tiempo de venir. Paro frente a la casa, apago el motor y espero a que Lacey se dé cuenta de que no estamos donde tendríamos que estar. Va sentada en el asiento de atrás, mirando por la ventanilla, y aunque el coche ya no está en marcha, ni siquiera parpadea.

Salgo del coche preguntándome qué hará ahora. Pero, sin pensárselo dos veces, sale también del coche, cogiendo la ropa que le compré en Walmart.

—¿Estás bien, Lace? —le pregunto con cautela.

Frunce el ceño.

—Claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

Se me ocurren mil razones diferentes; la primera, que es posible que ayer matase a un hombre con un pedrusco enorme. Pero cierro el pico. En lugar de responderle, recorro el camino que lleva a la casita y llamo a la puerta. Estoy nerviosa, y se me nota. Solo Dios sabe cómo saldrá todo esto… Si tengo suerte, irá bien. Si no, tendré que buscar otro sitio donde dejar a la hermana de Zeth, que ahora mismo está a mi lado con una tímida sonrisa en el rostro. La puerta se abre y un hombre alto y delgado aparece al otro lado. Al verme, pone los ojos como platos, pero su expresión de sorpresa no tarda en suavizarse. Parece mayor que la última vez que lo vi. Cansado.

—¡Sloane! —Esboza una sonrisa radiante, como si descubrirme toda desaliñada y hecha un desastre en su puerta fuese lo mejor que le ha ocurrido en años.

Respiro hondo y le devuelvo la sonrisa.

—Hola, papá.



ZETH

El móvil suena como si se hubiera vuelto loco dentro de mi bolsillo. Solo hay cinco personas que conocen ese número, así que sé que la llamada tiene que ser la hostia de importante. Pero ¿puedo responder? Pues no, claro que no puedo. Porque estoy atrapado en un complejo lleno de miembros de los Black Talons que sospechan de mí y que tienen pinta de querer molerme a palos.

Soy un hijo de puta arrogante, sí, pero si tengo tanto ego es por una razón. Es porque me lo he ganado, joder. Yo no soy simplemente violento, estoy entrenado. Cuando la situación lo requiere, soy capaz de hacer daño a mucha gente en un corto periodo de tiempo. Sin embargo, aquí no estoy en condiciones de hacerle daño a nadie. Hay tres excelentes razones que lo justifican, y son las siguientes:

La número uno: son demasiados.

La número dos: todos llevan semiautomáticas.

Y la número tres: estoy borracho como una cuba.

Cuando Jacob me ha anunciado que quería tomarse unas birras al sol, lo que en realidad quería decir es que tenía intención de beber una caja entera de cervezas al sol, tres botellas de ron cubano y luego seguir trincando hasta que se pusiera el sol y ninguno de los dos pudiera mantenerse en pie. Lo único que me alivia un poco es que Jacob va tan ciego como yo, y que el cabrón sudoroso al final no ha llamado a las chicas. Ni de coña se le podría poner dura con tanto ron Havana fluyendo por sus venas. Seguramente yo sí que podría rendir si lo intentara, pero ni de coña. En lo único en lo que puedo pensar es en Sloane y en las ganas que tengo de matar al puto Callum por no haber vigilado su casa como yo le ordené.

De vez en cuando, la precaria situación en la que se encuentra Michael se abre paso a través de la neblina ebria de mi mente, pero lo conozco bien. Es capaz de soportar una paliza cuando es necesario. A veces hasta le gustan, pero esa es otra historia. Cuando consiga descubrir dónde lo retienen, que seguramente será mañana, puede que tenga algunas costillas rotas y un ojo morado, pero Jacob no permitirá que sus hombres le hagan mucho más daño. No tan

pronto. Primero querrán sacarle información, y tardarán un poco en darse cuenta de que es un cabrón tozudo que no va a soltar prenda. Y sobra decir que después de esto tendré que subirle el sueldo un buen pico.

—Tú y yo… mira que somos perros, ¿eh? —dice Jacob, hipando sin parar. Me cuesta un gran esfuerzo deslizar la mirada hacia ese mastodonte de hombre, medio recostado medio tirado en la tumbona.

—Habla por ti, tío —gruño.

Eso le hace reír.

—Sí, eres un puto perro. ¡Y yo también! No tiene… No tiene nada de malo saber lo que eres. Naciste en la mierda, igual que yo. Pero que… —Hace una pausa y se presiona el esternón con un puño. Espera unos minutos antes de continuar. Tiene los ojos vidriosos—. Que hayamos nacido en la mierda no significa que tengamos que seguir viviendo en ella. Somos pirañas que nadan junto a los demás peces, que parecen igual que los demás… hasta que ¡BAM! —grita—. Nos llevamos el mejor bocado de todos. ¡Somos los putos reyes!

Hago una mueca.

—Yo no soy ninguna piraña. Yo soy un tiburón blanco.

—Lo que tú digas, tío. No tienes ni idea. ¿Has visto cómo esas cabronas…? —Le vuelve a dar ardor—. ¿Has visto cómo esas cabronas arrancan la carne del hueso? Es fascinante, joder. Son una puta pesadilla.

Me bebo otro chupito de ron y tuerzo la boca.

—Las pirañas van en grupo. En bancos de peces. Los tiburones blancos son los que mandan en el mar. No los pillarás en un banco de peces… son lobos solitarios.

Jacob echa la cabeza hacia atrás y aúlla como un lobo.

—En fin, ya no sé ni qué animales somos, capullo. Lo único que sé es que tú y yo somos iguales. Salimos de la mierda en la que nacimos luchando con uñas y dientes y nos construimos un reino. Aunque mi reino es un poco más grande que el tuyo, ¿eh?

Asiento con gesto apesadumbrado y alzo mi vaso hacia él.

—Ajá. Y tampoco tienes que responder ante nadie, ¿verdad?

Jacob rellena los dos vasos de alcohol con mano temblorosa y me sonríe. Pero luego borra la sonrisa y añade:

—Por lo que tengo entendido, ahora mismo tú tampoco estás obedeciendo órdenes… —Me ofrece el vaso. Tiene los ojos más lúcidos que hace un minuto.

En fin, me cago en todo. Con ese comentario se me ha pasado la borrachera de golpe. ¿Sabe que me he largado de Seattle dejando a Charlie en la estacada? Carraspeo. Me juego mucho con lo siguiente que salga de mi boca.

—A veces, Charlie es un verdadero grano en el culo, Jake. Nos estamos tomando un descanso. Seguro que la semana que viene ya se habrá olvidado. —Muevo el brazo torpemente señalando hacia Seattle. Es mejor que parezca que es él quien está enfadado conmigo, y no al revés. Puede que Jacob sienta algo de simpatía por un tío que está en nómina y ha cabreado a su jefe. Pero un tío que está en nómina, se ha rebelado y ha decidido tomarse la justicia por su mano, haría saltar todas sus alarmas. Todos esos pensamientos se estructuran a través de la bruma del alcohol.

—Ya veo. —Jacob se termina la copa y alarga un brazo por encima de la mesa para cogerme del hombro con firmeza. Me da un apretón—. Hoy te he defendido, Zeth. He decidido darte el beneficio de la duda cuando mis hombres habrían preferido que te matase. Y lo he hecho porque somos unos putos perros, tú y yo, y cuando te veo… me veo a mí mismo.

«Ya, más te gustaría, gilipollas». Igual es el alcohol, pero me hace gracia, teniendo en cuenta que le saco más de veinte centímetros, que soy diez años más joven y que peso unos cincuenta kilos menos que el saco de grasa que está despatarrado delante de mí. ¿Será momento de darle las gracias? Respiro hondo, con la esperanza de que el aire fresco me ayude a encontrar las palabras adecuadas para transmitirle algo parecido a la gratitud. Pero, tristemente, lo único que se me ocurre es:

—Gracias.

Él se encoge de hombros.

—No me decep…

Fuego.

El complejo cobra vida.

¡BANG! ¡Bang, bang, bang!

Jacob se pone de pie.

—¡Me cago en la puta! —grita, lanzando su vaso al suelo.

Me levanto de un salto; la adrenalina se abre paso a través del alcohol. Mierda… Me siento como si estuviera subido en un puto tiovivo. Sigo a Jacob hacia la entrada de la villa. Fuera, sus guardias están tensos, apuntando a través de la valla a un vehículo que está al otro lado con los faros encendidos.

—¡Métete en el puto coche, zorra!

—¡Dispara! —grita uno de los Black Talons—. ¡Dispara de una puta vez!

Jacob observa la escena con los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué cojones pasa? —Su grito no sirve para que los pistoleros se calmen, aunque uno de ellos le contesta:

—Acaba de aparecer una zorra en el puto desierto. ¡Es una poli, joder!

¿Una policía? Ni de coña. Solo puede ser esa maldita mujer de la DEA, Lowell. Por eso debe de haberme estado sonando el móvil toda la puta tarde; Rick ha debido de intentar avisarme de que venía hacia aquí. Durante un segundo, deseo que esos idiotas aprieten el gatillo; sin embargo, en ese momento la figura que hay delante del coche se mueve y distingo por fin su cuerpo esbelto. Estaba equivocado. No es Lowell, ni ninguna otra policía. Es una médica.

Hostia puta. Es Sloane.

Echo a correr hacia la puerta como una exhalación, apartando de mi camino a los pistoleros a empujones. Lo único que veo es la expresión de su rostro: está petrificada. Se ha quedado inmóvil, con los brazos extendidos hacia delante, como si pretendiera parar las putas balas con las palmas de las manos. Cuando llego a la puerta, no me queda más remedio que pararme. Está cerrada. Aporreo los

barrotes de hierro corrugado y rujo con tanta fuerza que noto el sabor de la sangre.

—¡PERO QUÉ COJONES! —No puedo ni pensar, hostia. Tengo la mano como si me hubieran dado un martillazo, pero ni siquiera siento el dolor. No debería estar aquí. Urdí un plan. Me aseguré de que no se viera envuelta en todo esto. De que no estuviera en peligro. ¡No debería estar aquí!—. ¿Qué cojones haces aquí? —le pregunto, esta vez gruñendo, entre dientes, tratando de contenerme. Sloane empieza a temblar y deja caer los brazos.

—Te podrían haber disparado —gimotea.

Distraído, echo un vistazo a la hilera de M16 que hay detrás de mí. Veo el cuerpo orondo y oscuro de Jacob abriéndose paso entre el mar de cañones y cargadores, con una ceja tan arqueada que casi le llega a las entradas, que son cada vez más pronunciadas.

—¿La conoces, Zee?

Mierda, está cabreado.

—Sí. —«¡Piensa!»—. Esta es… Esta es Naomi. Es mi invitada. —Vuelvo a mirar a Sloane, tratando de prenderle fuego con la intensidad de mi ira—. Y no debería estar aquí.

—Es lo más razonable que has dicho en tu vida —replica él. En su voz no se aprecian en absoluto los efectos del alcohol, igual que en la mía. Estoy enfadado con Sloane, pero Jacob está furioso conmigo. Es gracioso que la ira más intensa pueda tener ese efecto—. ¿Le has dado a una puta la dirección de mi complejo?

La bilis se me arremolina en el estómago cuando llama puta a Sloane. Tengo ganas de reventarle la cara de un puñetazo, pero en cambio me limito a contestar:

—Lo siento, Jake. Error mío. Tenía que ir a recogerla, ¿recuerdas? Debe de haber venido a buscarme.

Jacob me mira con la boca abierta y niega con la cabeza.

—Eso no ha sido muy prudente.

—Lo sé, hermano, perdóname. No lo he pensado bien. —Ni de coña se lo traga. Sabe que no soy tan irremediable, increíble y absolutamente estúpido. Esta dirección no se le puede dar a nadie, y

menos aún a una tía a la que te quieres follar. Les vendas los ojos y las traes en el maletero de tu puto coche después de haber conducido un rato en círculos para confundirlas.

Anton aparece detrás de Jacob con la nariz arrugada, pero parece que el jefe ha tomado una decisión.

—Que entre —ordena con voz inexpresiva, mirándome fijamente a los ojos—. Tráela al despacho, Zeth. Ahora sería de mala educación que no me la presentaras.

—Pero ¡Jake!

Jacob, que ya se ve venir las objeciones de Anton, se vuelve hacia él y le clava un dedo en el pecho.

—Abre la puta puerta, Anton.

Anton retrocede como si le acabaran de dar un puñetazo, pero obedece. En cuanto la puerta se abre, salgo, agarro a Sloane del brazo y tiro de ella hasta el coche enorme y polvoriento con el que se ha presentado aquí.

—Ya la llevo yo —aviso, y luego me vuelvo hacia ella y añado en voz baja—: Entra en el maldito coche.

Está blanca como el papel, pero abre la puerta y entra. Yo me siento en el lado del conductor y me permito el lujo de darle un puñetazo al volante antes de arrancar.

Sloane da un brinco y ahoga un grito.

—Tienes que dejar que te lo expl… —empieza a decir, pero revoluciono el motor hasta que sofoca su voz. Ella lo pilla y cierra la boca.

—No tengo que hacer nada, Sloane. Escúchame. Escúchame bien, hostia. Eres mi invitada para asistir a un encuentro que se producirá dentro de dos días. Eres una cabeza hueca estúpida que no sabe nada sobre mis negocios. No sabes nada sobre Charlie. No sabes nada sobre tu hermana. No sabes nada sobre Lacey. Lo único que sabes es que te gusta follar conmigo. ¿Lo has entendido? —Abre la boca; veo una chispa de indignación en su mirada. Sin embargo, no le doy tiempo a contestar. Meto el coche en el complejo y lo aparco al lado del Camaro. Los demás no han llegado todavía adonde

estamos, pero lo harán en unos segundos—. Te estoy hablando en serio, Sloane. Si quieres que los dos salgamos de aquí con vida, tienes que hacer lo que yo te diga.

—No soy ninguna put… —empieza a decir.

—No, tienes razón. No lo eres. A una puta le pagaría por estar aquí, y tú lo estás haciendo por gusto. Si no haces lo que te digo, estamos los dos muertos.

Las mejillas se le tiñen de un pálido color gris.

—Está bien.

Casi ni me da tiempo a suspirar de alivio. Las puertas del coche se abren y veo a Jacob esperándome en el lado del conductor, con los labios apretados en una fina línea. Anton coge a Sloane, clavándole los dedos en el brazo, y la saca por el lado del copiloto. Veo sus sucias manos pasearse por todo su cuerpo mientras ella se pone recta: por las piernas, las caderas, el vientre, los brazos. La cachea de arriba abajo, rozándole las tetas a propósito con las palmas de las manos. Se me nubla la vista de rabia. No se habrá atrevido a…

Pero sí.

Por encima de mi puto cadáver.

Me abalanzo hacia el otro lado del coche, sin poder aguantarme más.

—Así que has sacado a la chica a rastras del coche, ¿eh? —grito. Anton se lleva la mano a la pistola, pero no es lo bastante rápido. Oigo un satisfactorio crujido cuando mi puño impacta contra su pómulo. Se oyen gritos por todas partes y todos los hombres se arraciman a nuestro alrededor. De poco sirve. Anton se desploma como un saco lleno de piedras y yo me lanzo encima de él y le arreo un puñetazo tras otro, por la izquierda, por la derecha, lo más fuerte que puedo. Necesito seguir pegándole. No puedo parar. Unas manos me agarran para separarme de él, pero no lo consiguen. Estrello la cabeza de Anton contra la tierra.

—¡Zeth! —El grito de indignación por fin consigue que me detenga. Jacob está al lado de Sloane, observándome

boquiabierto—. ¡La mujer está bien! ¿Vas a matar a uno de mis mejores hombres por un puto moratón?

—Lo mataré si se atreve a respirar el mismo aire que ella respira —replico, jadeando—. Lo mataré si no me gusta cómo la mira.

Jacob se limita a negar con la cabeza, perplejo. Indica con un gesto a sus hombres que se encarguen de Anton.

—Llevadlo al sótano.

Se da la vuelta y empieza a dirigirse despacio al interior de la villa, dejándonos a Sloane y a mí fuera, solos con doce hombres de los Black Talons armados y cabreados.

44

SLOANE

Al final, no hablamos con Jacob. Pidió que nos presentaran, pero después de que Zeth estuviera a punto de matar a su lacayo de una paliza, ese hombre enorme con acento sureño se esfumó. Zeth me arrastró por los pasillos de la villa de estilo mediterráneo hasta llevarme a una habitación que olía a él por los cuatro costados. Me metió de un empujón, me siguió, cerró la puerta y luego puso una silla debajo de la manija, como en las películas. Después, se desnudó hasta quedarse en calzoncillos, lanzó la ropa al suelo con rabia, se metió en la cama enorme que ocupaba el centro de la habitación y se echó a dormir.

Resulta que estaba enfadado conmigo.

Yo he dormido —a duras penas— en el sillón que hay junto a la ventana y me he despertado al amanecer por culpa de la brillante luz que entra a través de las cortinas. Y desde entonces estoy esperando, tensa y congelada, a que Zeth se despierte. Y temiendo lo que vaya a pasar entonces. Con los ojos cerrados, respira lento y profundo, y parece tan vulnerable… El vientre, el pecho, los brazos y la espalda son musculosos, pero ahora los músculos están relajados. Tiene los nudillos de ambas manos ensangrentados, pero, por primera vez, me parece, no está apretando los puños. Estoy demasiado nerviosa para despertarlo, así que me quedo sentada, con la esperanza de que se despierte de mejor humor que cuando se ha ido a dormir.

También espero que Lacey esté bien. Ya se imaginaba que no iba a traérmela conmigo, Dios sabe por qué: cuando le dije que iba a pasar la noche, o dos noches como mucho, en casa de mis padres, ni se inmutó. En realidad, cuando le dije que no era seguro que

viniera conmigo, el alivio en su rostro fue evidente. Solo mostró preocupación cuando vio toda la parafernalia religiosa que hay en las paredes de casa de mis padres, los crucifijos, la iconografía de la Virgen María, los retratos de un Jesús con cara de querubín bendiciendo a las masas… Se quedó blanca, sentada en el sofá de mis padres, observándolos con recelo mientras se mordía las uñas. No sé qué le habrá pasado para reaccionar así, pero debió de ser malo. Espero que cuando la recoja no esté más traumatizada que cuando la dejé.

Sigo pensando en ella cuando, a las siete y media de la mañana, Zeth se incorpora de golpe con un grito ahogado. Mira a su alrededor, me ve, y acto seguido solo sé que me está levantando por los aires y lanzándome a la cama. Suelto un grito cuando veo que su mano, apretada en un puño con los nudillos ensangrentados, baja en picado hacia mi cara. De repente contiene un grito y se detiene a escasos centímetros de golpearme.

—¡JODER!

Se mueve de golpe, haciendo temblar la cama, y se aparta de mí rodando.

Dios.

«Respira».

Me pongo las manos sobre el corazón, tratando de ralentizar sus latidos. No queda ni una gota de oxígeno en la habitación. Empiezo a temblar, y Zeth cruza la habitación y apoya la espalda en la pared. Se tapa la cara con las manos un segundo; su aliento jadeante y sibilante se filtra por entre sus dedos.

—Joder. —Esta vez, maldice en voz más baja. Al final, baja las manos y me mira fijamente con cara de pocos amigos—. Eres lo peor que podría haber pasado —gruñe.

Me parece tan irónico que estoy a punto de atragantarme.

—¡Mira quién habla! ¡Que te follen, Zeth Mayfair!

—Sí, que me follen —coincide. Se aparta de la pared y viene hacia la cama caminando como una bestia enjaulada. Yo retrocedo, pateando las sábanas arrugadas, para mantener una distancia de

seguridad—. No tienes ni idea de hasta qué punto has complicado las cosas. ¿Por qué coño has venido?

Me empiezan a escocer los ojos. Qué ridícula soy. Traicionada por mi propio cuerpo.

—Tampoco es que tuviera elección. Tus amiguitos, los hombres de Charlie, se metieron en mi casa e intentaron secuestrar a tu… —Me interrumpo justo a tiempo. Zeth ha llegado hasta la cama y se ha encaramado a ella a cuatro patas. Está cada vez más cerca. Me mira con el ceño fruncido—. Intentaron secuestrar a Lacey —termino—. Y no puedo ir a trabajar con toda esta mierda sobre mis hombros. Ese trabajo lo significa todo para mí. Dejaste tirada a Lacey conmigo y desapareciste; he arriesgado todo lo que tengo para llevarla a un lugar seguro y encontrarte, ¡y encima te enfadas conmigo! —Una lágrima de frustración me rueda por la mejilla y cae en mi rodilla flexionada.

Zeth se sienta sobre sus talones. Solo lleva puestos los bóxeres y los tatuajes se le mueven cuando flexiona los músculos; ni siquiera parece ser consciente de estar tensándolos. Este hombre tiene la complexión de una estatua, no parece real. Es un retrato de lo que debería ser la perfección. Lo odio por ser tan guapo, sabiendo, como sé, que yo tengo unas pintas horribles. Y encima estoy llorando, joder. Se acaricia la barbilla con la mano, aún con el ceño fruncido. Hace un segundo parecía decidido a castigarme por haber venido, pero ahora se le ve confuso.

—No hagas eso —dice con voz inexpresiva.

—¿Hacer qué? ¿Enfadarme contigo? Pues claro que estoy…

—Llorar —me interrumpe—. No llores. Es un truco engañoso y barato.

—¿Un truco? —Dios Todopoderoso, ¡qué morro tiene este hombre! Me han apuntado con una pistola, me han amenazado, he cruzado tres estados en coche, me han disparado y amenazado un poco más, ¡y cree que estoy llorando para hacerle sentir mal! ¡Será cabrón! Me vuelvo a tirar en la cama, me tapo la cara con un cojín y chillo. Y no me corto ni un pelo. Debe de parecer que me están

asesinando, incluso con el cojín. Una mano enorme y poderosa me agarra del tobillo derecho y de repente me arrastra por las sábanas. Me quita el cojín de las manos. Hago una pausa, lo fulmino con la mirada, desafiante… y vuelvo a chillar. Él se tumba encima de mí y me tapa la boca con la mano. Pone su cara a un centímetro de la mía; es la viva imagen de la seriedad, del pecado.

—Cállate —me ordena entre dientes—. Por todo lo sagrado, Sloane, por favor, cállate. Me vas a partir la cabeza en dos.

Como no lo obedezco, toma medidas y me clava los nudillos en las costillas.

—¡Ah! ¡Cabrón! —Le estampo un bofetón con tanta fuerza que el impacto se me propaga por todo el brazo, aunque le doy tan fuerte que le giro la cara. Soy consciente de lo que he hecho cuando se vuelve a mirarme. Sus ojos oscuros parecen capaces de matar.

—Ese tipo de cosas las devuelvo —gruñe—. Y, con la resaca que tengo, eso ha valido por dos.

Mierda. Intento zafarme de él, pero sería más fácil librarme de la fuerza de la gravedad y salir flotando al espacio exterior.

—Zeth… —Intento probar con un tono de voz razonable. Como si él fuese una persona con sentido común y fuese a reaccionar como tal. Aprieta los dientes; la suave línea de su barbilla se torna de acero. Se inclina sobre mí y me coge de las dos manos.

—A estas alturas, ya deberías saberlo, Sloane. Eres una fiera, sí, pero yo también lo soy. Y si tienes pensado castigarme, más te vale estar preparada para cuando llegue tu turno.

Y es entonces cuando se prende la primera chispa de pánico. Me retuerzo contra él, todavía tratando de liberarme, y una sonrisa de curiosidad se abre paso en su expresión severa. No le molesta que me esté retorciendo. En todo caso, mis intentos de soltarme parecen hacer la situación aún más placentera para él. O, al menos, eso es lo que sugiere esa dureza creciente que me presiona la cara interna del muslo. Y, sin embargo, asiente, mirándome con los ojos entornados, y me suelta. Se vuelve a sentar sobre sus talones, y aun así me saca una cabeza. Me quedo paralizada. Debería salir corriendo, pero sé lo

que conseguiría con eso: una persecución por la habitación, un montón de muebles rotos y posiblemente también huesos rotos, a juego con los muebles. Me vuelvo a llevar las manos sobre el pecho mientras lucho por no mirar la prominente erección que asoma por debajo de sus calzoncillos grises.

Él sonríe con suficiencia y se inclina un poco hacia atrás, postura con la cual acerca más la polla a mis manos. Pongo los ojos en blanco; de repente, tengo menos miedo.

—Estarás de coña.

Él niega con la cabeza, todavía con el semblante serio.

—No estoy de coña, Sloane. Acabas de despertar a toda la villa cuando lo más conveniente sería pasar desapercibidos. —Su voz es áspera como la gravilla, profunda, eterna, plagada de deseos que guerrean entre sí. Está cabreado conmigo, pero también quiere follarme hasta hacerme perder el sentido—. Eres una imprudente —me acusa—. Por presentarte aquí así, sin tener ni idea de en qué te estás metiendo, o en qué me estás metiendo a mí… —Alarga una mano y me toca un pecho por encima de la ropa. Luego lo aprieta y yo ahogo un grito—. Ayer ya estuve muy cerca de que me mandaran al otro barrio, y las probabilidades de que eso ocurra hoy son aún más altas… Te has puesto en riesgo cuando te he pedido explícitamente que no lo hagas. Y luego te pones a chillar como si te estuvieran matando antes siquiera de que acabe de salir el sol, recordándole a todo el mundo que estamos aquí y que somos un puto problema para ellos. Así que si vas a gritar, Sloane, te voy a dar una razón para hacerlo.

Mientras me toca un pecho con una mano, con la otra se agarra la erección por encima de los calzoncillos. Trago saliva e, incapaz de contenerme, observo cómo se recorre la polla con la mano de arriba abajo, apretándosela con la misma fuerza que aplica sobre mí. ¿Debería preocuparme? Hace unos instantes estaba furioso y ahora quiere follarme… La posibilidad de que esos dos hechos estén relacionados es un poco inquietante.

—No me voy a acostar contigo —le aviso en voz baja.

Zeth esboza una sonrisa torcida, una inconfundible mueca de arrogancia.

—Ya lo creo que sí, fiera.

—¡Que no!

Me retuerzo inútilmente, sin suerte. Pero no tendría que haberme molestado, porque entonces Zeth hace algo que me confunde todavía más: deja de tocarme, se aparta de mí y se apoya en los cojines. ¿Me ha soltado? ¡Me ha soltado! Doy un brinco, me giro y lo miro incrédula. Continúa igual de serio que antes. Sigue con la mano en la polla. Se detiene un segundo solo para alzar las caderas, flexionando con fuerza los abdominales, meter los pulgares en la cintura de los bóxeres y bajárselos despacio. Su polla salta, libre, y se apoya con todo su peso sobre su vientre mientras él se termina de quitar la ropa interior. Verlo ahí tumbado, desnudo, sin ninguna vergüenza —¿por qué debería avergonzarse? Es magnífico, y lo sabe—, me corta la respiración. Retoma las cosas donde las había dejado y vuelve a tocarse con la mano derecha, recorriendo despacio la carne dura y tensa, de arriba abajo y de abajo arriba. Y, mientras lo hace, me mira a los ojos sin asomo alguno de vergüenza. Su mirada no se aparta de la mía en ningún momento.

—Estás mal de la cabeza, ¿lo sabes? —Me cruzo de brazos—. ¿Adónde narices quieres ir a parar con esto? ¿Esperas que me quite la ropa como Jim Carrey en *Como Dios* y me abalance sobre esa cosa solo porque te la has sacado?

Una pequeña sonrisa asoma en su expresión seria, curvando la comisura de su boca.

—No. Espero que te quites la ropa despacio. Y luego espero que te subas a esta cama a cuatro patas, que cojas esta cosa… —Se la aprieta y se estremece ligeramente— y te la metas en la boca. Y luego espero que me la chupes hasta que yo te diga que puedes parar.

—¡Ja! —Me desplazo hacia el otro lado de la habitación y echo un vistazo a la silla con la que tiene trabada la puerta. Estupendo. La ha enganchado muy bien. La empujo con toda la fuerza de la que soy

capaz y, ¡tachán!, la saco—. Creo que no he conocido nunca a un tío que delire más que tú —gruño, volviéndome para mirarlo.

Zeth se encoge de hombros y creo que hace un mohín. Puede. O puede que no. Como si me importara.

—¿Adónde te crees que vas, fiera? ¿Te has olvidado de dónde estás?

En eso tiene razón. ¡Qué rabia! Golpeo la puerta cerrada y hago una mueca.

—Vale. Muy bien. Pues no saldré de la habitación. Pero no te voy a obedecer solo porque tú lo digas.

—¿Preferirías obedecerme porque temes por tu vida? —pregunta como si nada. ¿Era eso una amenaza? Maldita sea, no lo sé. Parece estar preguntándomelo de verdad.

—A ver qué te parece esto. Me niego a obedecerte, sea cual sea la razón. —Vuelvo al sillón en el que he dormido y me dejo caer en él. Me pongo a mirar por la ventana con la intención de ignorarlo. Miraré adonde sea menos a él y lo que se está haciendo.

—No me parece mal. —No le importa. No se disculpa. Noto el peso de su mirada sobre mi piel. Se hace un silencio. No se oye nada salvo el sonido de la palma de su mano deslizándose por su polla y su respiración cada vez más entrecortada. No sé cómo puede estar ahí tirado, cascándosela, desnudo y sin inmutarse, cuando la mujer a la que está intentando excitar parece más repugnada que interesada. Menudo psicópata. Lo miro por el rabillo del ojo. Su cuerpo es una puta obra de arte, sobre todo así, tenso, más duro cada vez que mueve la mano por su erección. Se aprieta con más fuerza, coge aire y se ríe bajito cuando me pilla mirándolo. Maldiciendo, vuelvo a mirar a la ventana. «No juegues a esto, hostia. No juegues con él».

Pero cuando no ha pasado ni un minuto, vuelvo a mirarlo. Suelta un gemido grave que nace en lo más profundo de su pecho, y creo que es el sonido más sexi que he oído en la vida. Me empiezan a temblar las piernas, y la sensación húmeda y caliente que se está formando entre ellas es cada vez más intensa. Qué cabrón. ¿Cómo?

¿Cómo coño lo hace? Me muevo, luchando contra mi propio cuerpo y tratando de obligarlo a obedecerme a mí y no a él. Pero lo que quiere mi cuerpo es mirarlo. Dios, quiero mirarlo. Y esta vez, cuando me pilla contemplándolo, no se ríe. Se limita a bajar la vista y mirarse con una expresión cargada de sexo, con una invitación. Y entonces cierra los ojos, echa la cabeza hacia atrás y me deja sola para que sea yo quien tome la decisión. Acelera los movimientos de su mano; su respiración también se acelera.

Y yo me quedo ahí, preguntándome qué narices quiero hacer. Pero no es la primera vez que tengo esta conversación conmigo misma, ¿no? Qué listo es. Me demuestra lo que podría conseguir de mí si quisiera y luego le da la vuelta a la tortilla para que me dé cuenta de lo mucho que deseo que lo consiga. Lo odio. Por principios, esta vez no quiero sucumbir a su manipulación. Tiene que saber que no es tan listo como cree. Solo que… sí lo es. Es un puto genio del mal.

Me pongo de pie.

Al oír el movimiento, se le dibuja en la cara una enorme sonrisa, pero no abre los ojos, supongo que para salvar lo poco que queda de mi frágil orgullo. No me puedo creer lo que estoy haciendo. Cada vez que hacemos esto, soy yo quien cede a sus condiciones. Soy patética. Me quito la ropa despacio, aunque no pueda verme, para concederme el tiempo suficiente para cambiar de opinión. Pero no lo hago. Me subo a la cama a cuatro patas, tal como él quería, y me acerco a Zeth mientras sigue masturbándose, arriba y abajo. Tiene la polla enorme, hinchada y… es bonita. Exhalo, y mi aliento le acaricia la piel y lo hace estremecer.

—Quiero sentir esos labios, Sloane —me dice con voz ronca.

—Ah, vale. A ver si lo he entendido bien. Los puedo poner en tu polla, pero no en tu boca.

Se pone rígido al notar mi tono mordaz, pero no se digna a responder a mi pulla. El muy cabrón. Pero se me ha ocurrido una idea para darle una lección. Me agacho, con los labios palpitantes, y me meto su polla en la boca. Esto solo se lo había hecho una vez. Y

esa vez estaba tumbada bocarriba y él se alzaba ante mí como un gigante, como una presencia amenazadora en aquella oscura habitación de hotel. Entonces enredó los dedos en mi pelo y guio los movimientos de mi cabeza. Ahora, en cambio, Zeth ni siquiera me toca. Con el primer contacto de mis labios, despliega los dedos sobre las sábanas y presiona el colchón con todas sus fuerzas. Está enorme, caliente; ya tiene un sabor almizclado. Muevo la cabeza, metiéndomela más.

—Dios, Sloane… —Su grave gemido me resulta bastante gratificante. Le gusta. Le gusta, y, técnicamente, ahora soy yo la que tiene el control. Es hora de devolvérsela.

Agacho más la cabeza, metiéndomela todavía más, hasta el fondo… Y entonces le muerdo. No muy fuerte, lo justo para que se entere de que todavía no ha ganado este asalto.

La reacción es instantánea.

Me aparta tan rápido que casi no veo ni el techo antes de encontrarme bocarriba y luego resbalar de la cama hasta caer al suelo.

—Ah, no, no, no, Sloane —gruñe mientras viene hacia mí—. Una bofetada es una cosa, pero esto… Te vas a arrepentir de esto. —Tiene el rostro inexpresivo. No es buena señal. Teniendo en cuenta la postura en la que me encuentro, tirada en el suelo con las piernas mitad sobre la cama y mitad sobre mi cabeza, tendría que estar cagada de miedo, pero debo de haberme vuelto loca porque me estoy riendo.

Pero la risa no me dura más de diez segundos, porque se levanta de la cama y se desplaza al otro lado de la habitación para abrir la puerta del vestidor. Se me borra la sonrisa en cuanto lo veo sacar su bolsa negra. Miedo, deseo. Miedo, deseo. Las emociones aparecen por turnos, cargándome de electricidad.

Tira la bolsa a los pies de la cama y le abre la cremallera.

—Súbete a la cama, Sloane.

—No.

Se detiene, me mira e, inclinándose hacia mí, dice:

—¿De verdad es necesario que volvamos a tener esta conversación? Recoges lo que siembras, Sloane. Es hora de que aprendas a comportarte. —Enarca las cejas en un gesto desafiante. Me ha concedido una pequeña cantidad de poder y yo he abusado de él. Ahora me toca sufrir las consecuencias. Y aun así, creo que en el fondo yo estaba esperando que ocurriera exactamente esto… Y que lo estaba deseando. Vuelvo a la cama con toda la cautela posible. Zeth asiente y termina de abrir la bolsa—. Ábrete de piernas.

Obedezco. Oh, maldita sea la oscuridad de aquella habitación de hotel… Cuando se sube encima de mí, Zeth tiene la venganza escrita en el rostro.

—Esta vez no te voy a atar —me avisa—, pero debes saber que si vuelves a hacer algo en lo que estén involucrados tanto tus dientes como mi polla, me las pagarás. ¿Lo has entendido?

Asiento, preguntándome qué será lo que tiene en mente. Es entonces cuando veo un objeto estrecho y pequeño en su mano, parecido a unas tenacillas.

—¿Qué es eso?

Zeth agarra el instrumento con tal nivel de placer que empiezo de nuevo a retorcerme sobre mi espalda, arrepentida de haber cedido tan fácilmente.

—Esto es lo que te mereces por haber sido tan mala —responde.

Me estremezco cuando me acaricia la cara interna de los muslos y se detiene justo para lamer la piel sensible que hay antes de llegar al coño. Desliza los labios y la lengua por la piel caliente, lamiéndola una y otra vez, pero lo único que quiere es provocarme, porque ni siquiera se acerca al punto en el que verdaderamente necesito su lengua. Estoy empezando a sentirme frustrada, a arquear las caderas hacia él, a abrirme más de piernas… y entonces noto el frío del metal justo en el vértice de mis muslos. Me echo a temblar de repente, nerviosa, pero Zeth me sujeta de las caderas con la mano que tiene libre y, desde abajo, me dirige una mirada de advertencia.

—Te recomiendo que te quedes muy muy quieta, Sloane.

Resulta que ese instrumento de metal es una pinza. Y lo sé porque, con un rápido movimiento, me lo engancha en el clítoris, haciéndome brincar del impacto. Y cuando le da un golpecito al metal frío, un placer teñido de dolor me recorre todo el cuerpo como una descarga eléctrica.

—¡Zeth! —Mi grito rebota en las paredes—. ¡Dios mío! ¡No vuelvas a hacer eso!

Pero vuelve a hacerlo, con una expresión maliciosa en la cara. Las piernas se me mueven de forma espasmódica, tratando de flexionarse para protegerme —un movimiento que no puedo evitar—, y Zeth niega con la cabeza, en un gesto burlón de desaprobación.

—Ay, cariño —dice en voz baja—. ¿No te he dicho que no te muevas? Ahora voy a tener que castigarte…

Agarra la pinza y noto un estallido de calor entre las piernas cuando intento apartarme de él. Me quedo paralizada: he entendido de golpe cómo funciona. Si me muevo, la pinza tira de mí. Con un brazo, Zeth me coge de la cama, se sienta y me coloca encima de sus piernas. Yo le rodeo el cuello con los brazos por instinto, para mantener el equilibrio. Tiene el rostro a dos o tres centímetros del mío y noto el calor abrasador de su piel, la dureza de su erección tentándome entre las piernas. Con el semblante totalmente serio, me pregunta:

—¿Qué prefieres? ¿Mi mano o el cinturón?

—¿Qué?

Me mira como dándome a entender que no me moleste en hacer ningún numerito.

—¿Mi mano o el cinturón, Sloane? Tú eliges. —Mete una mano entre mis piernas hasta que sus dedos se topan con el punto en que el metal se encuentra con mi clítoris. Me lo frota con suavidad, masajeando los puntos del contacto y, esta vez, regalándome más placer que dolor. Con una sonrisa pícara, levanta los dedos para que vea lo mojados que están, para que me enfrente a las pruebas de que no estoy detestando esto tanto como finjo. Y entonces, no por

primera vez, se los mete en la boca y los chupa hasta dejarlos limpios, respirando de forma rápida y entrecortada—. Decídete o elegiré yo por ti. —Dios, qué ronca tiene la voz.

—La mano —susurro—. Usa la mano. —Quizá, si utiliza la mano, el castigo será un poco menos duro. Quizá así también se haga daño él. En un abrir y cerrar de ojos, me da la vuelta sobre sus piernas de forma que me quedo mirando al suelo, doblada sobre sus rodillas, con el culo en pompa. Me acaricia las nalgas con la mano, estrujándolas.

—Perfecta… —observa sin aliento. Coge la cadenita de la pinza que tengo entre las piernas y tira con suavidad, un pequeño recordatorio del poder que ostenta sobre mí, y el fuego se acumula en mi vientre, arrancándome un profundo gemido. Es… es increíble. Y me aterra. Y me duele. Y muchas otras cosas a la vez, tantas, que no logro encajar todo lo que estoy…

¡Plas!

Se me queda la mente en blanco.

Una oleada de dolor y sorpresa me sobreviene de repente, golpeándome en lo más hondo. Zeth vuelve a azotarme en las nalgas con la palma de la mano y veo las estrellas. Siempre había pensado que eso no era más que una expresión, pero no. Unos puntos blancos y brillantes me nublan la vista mientras trato de comprender lo que acaba de hacer.

La tercera vez que su mano desciende en picado contra mi piel sensible, lo hace con todas sus ganas. Sí, él también se debe de estar haciendo daño en la mano, pero eso no lo disuade. Me propina dos dolorosos azotes más, conteniendo el aliento cada vez. Yo no me muevo. No reacciono. Atempera el dolor deslizando los dedos entre mis piernas y acariciándome el clítoris, arrastrándolos cada vez más hacia atrás, de forma que mi humedad se extiende hasta el ano. Luego masajea mis doloridas nalgas y me susurra palabras de aliento.

—Esa es mi chica… Qué valiente. ¿Ahora te vas a portar bien? ¿Has aprendido la lección?

Es humillante. Estoy al borde de las lágrimas, pero también tan ansiosa de él que no puedo evitar girarme y lanzarme a sus brazos. Se me escapa un gemido ronco cuando me coge en brazos para depositarme de nuevo sobre la cama.

—Han sido cinco —me recuerda, como si el dolor hubiese anulado mi capacidad de contar—. La próxima vez serán diez. ¿Preparada?

Espera una respuesta, así que asiento una sola vez. Zeth me toca suavemente la cara interna de la pierna, una caricia tranquilizadora, de disculpa.

—Buena chica —dice.

Se inclina y se coloca entre mis piernas, apoyándose en un codo, y por fin, ¡por fin!, desliza la lengua caliente entre los labios de mi coño, deteniéndose un instante para acariciar con la punta mi clítoris hipersensible. El placer me acomete en oleadas desde las piernas hasta el pecho, endureciendo mis pezones hasta que me duelen.

—¡Ah!

Zeth murmura su aprobación en mi carne mientras sigue lamiéndome la entrepierna. Tira con suavidad de la pinza, pero la sensación que me provoca ha cambiado. Ya no duele. O sí, sí me duele, pero, combinado con el éxtasis de su boca, el dolor se convierte en algo embriagador, pues lo intensifica todo hasta que me siento ebria de él.

Suelto las sábanas, pero no para detenerlo. Le clavo los dedos en la nuca y me lo acerco más y más. Zeth responde con el mismo ímpetu, mordisqueándome el clítoris.

—Lo que te mereces —gruñe, y sigue chupándome.

Arqueo la espalda en la cama con la boca abierta a causa de la intensidad de las sensaciones. ¿A qué respondo, a la punzada de dolor, al tsunami de placer? Ahora mismo me parecen lo mismo. Sin embargo, cuando Zeth me penetra con los dedos, metiéndomelos y sacándomelos despacio de mi interior, la respuesta a mi disyuntiva queda más que clara. Esto es lo que se siente con el verdadero placer. No es solo la suavidad de un beso, no son las caricias delicadas de las manos sobre los pechos o de las lenguas sobre la

piel. Es la punzada de dolor, la amenaza del peligro. El riesgo que implica bailar con el diablo. Me corro con todas mis fuerzas contra la boca de Zeth, que se abandona aún más a mí, que gruñe, me chupa y me lame mientras grito, con las manos firmemente aferradas a mis caderas para presionarme contra su cara.

—¡Joder, Zeth! ¡Para! ¡Para, por favor!

Veo el subibaja de su espalda cuando se ríe, sin dejar de torturarme con la lengua. Meneo las piernas sobre la cama, desesperada por escapar de las intensas acometidas posteriores al orgasmo. Él se incorpora y me mira con una ceja enarcada.

—Ahora voy a quitarte la pinza y a follarte. ¿Vas a ser educada? —¿Educada? Estoy medio muerta, joder. Estoy desplomada, flácida, sobre la cama. Él me quita la pinza y me da un beso entre las piernas—. Y sí. El único sitio que pueden tocar tus labios es mi polla. Pero al menos los míos sí pueden rozar otros labios…

Me siento el cuerpo pesado, como de plomo. Él observa unos instantes mi estado, aletargado y lánguido. Parece bastante orgulloso de sí mismo. De nuevo con la polla en la mano, se acerca a mí y me la roza con suavidad contra los labios. No puedo evitarlo… Deseo saborearlo. Deseo sentir que me llena de todas las formas posibles, hasta en mi boca. Dejo que mi lengua juegue con su miembro, con la dureza de la punta, y gimo en voz baja al paladear su sabor limpio. Él no me toca.

Volvemos a estar en el punto de partida, solo que esta vez no le muerdo. Esta vez le lamo, le chupo y le acaricio, y justo cuando siento que está a punto de correrse, paro.

—Eso no es muy educado —me informa él, sin aliento.

Le dedico una media sonrisa.

—¿No decías que ibas a follarme? —Esta vez soy yo quien le plantea el desafío: «Llévame al orgasmo otra vez. Hazme gritar».

Los labios se le curvan hacia arriba.

—Tú lo has querido.

Me abre las piernas de golpe, gruñendo de esa forma tan cruda, tan animal, como hizo cuando me volvió a follar en Seattle, y me

penetra. Me embiste una y otra vez con una fuerza atroz, como si no tuviera suficiente con introducirla hasta las caderas. Yo le clavo las uñas en las nalgas mientras me acomete, acercándolo más a mí. Necesito más de él. Más duro. Más profundo.

Nos corremos a la vez. Se le tensa todo el cuerpo; tiene los músculos duros, los ojos en llamas. Me inmoviliza con las manos para embestirme una última vez.

—¡JODEEER! —ruge, como si esa fuera su última palabra antes de la muerte y el mundo entero tuviera que oírla, y entonces se queda flácido, relajado, con la cabeza apoyada en mi pecho.

Durante unos instantes permanecemos tumbados, jadeantes, tratando de recuperar el resuello. Qué extraño. Así, con él encima de mí, con mis brazos alrededor de su cuerpo, es casi como si lo estuviera acunando. Se me pone la carne de gallina cuando me doy cuenta de que las lentas caricias que me prodiga con el dedo índice son intencionadas. Me acaricia la piel, suave como un susurro, mientras contiene el aliento, y mi corazón empieza a latir desbocado otra vez.

¿Qué es esto?

Vacilante, levanto una mano y le acaricio la nuca con las puntas de los dedos. Él no se mueve. No emite ningún sonido. Ni siquiera respira. Se queda muy quieto, pero yo sigo acariciándolo; quiero ver hasta dónde llega esto. Me aventuro a subir un poco más, rozando con los dedos el pelo rapado, y luego bajo de nuevo la mano para recorrer las líneas de su espalda musculosa y sus clavículas.

Su aliento caliente me acaricia los pechos.

—Me confundes. —Lo susurra tan bajito que, por un segundo, me pregunto si me lo habré imaginado. Dudo mucho que quisiera que oyese estas palabras. ¿Qué me dijo el día que dejó a Lacey conmigo? «Puedes confiar en mí. Te entregaste a mí el día que viniste a mi apartamento y, a cambio, yo me entregué a ti. Puede que no quisiera, Sloane, pero no tuve elección. Eso significa que ahora nos pertenecemos el uno al otro». He intentado una y otra vez no pensar demasiado en esas palabras, pero ahora…

¿Estará él tan confundido como yo?

Se supone que esto solo es sexo. Sexo duro, dominación. ¿No? Eso es lo único que yo soy para él. Y sin embargo, ahora que lo tengo aquí, tumbado en mi pecho…

¡PUM, PUM, PUM, PUM!

Unos golpes explosivos casi arrancan la puerta de las bisagras. Zeth se levanta de un salto, se pasa las manos por el pelo y se aclara la garganta, y el momento se desvanece en un abrir y cerrar de ojos. No me mira.

—¿Qué pasa? —grita, paseándose de un lado a otro con un porte increíble, feroz. Se frota la cara y la cabeza con las manos de forma frenética, como si estuviese tratando de despertarse.

—Jacob dice que salgas —contesta una voz masculina—. Ahora mismo.

—Ya. —Zeth se pasea unos segundos más, luego asiente y, por fin, me mira—. En fin. Supongo que ha llegado la hora de convencer al jefe de los Black Talons de que no eres más que la tía a la que me estoy follando este mes.

Y ahí lo tenemos. No está confundido en absoluto. Nunca me ha mentido. Nunca me ha contado milongas de que va a cuidar de mí y me va a tratar bien. Nunca me ha dicho que vaya a ser su única chica ni que sienta ningún tipo de afecto por mí.

Zeth Mayfair no me ve como alguien de quien enamorarse. Soy la tía a la que se está follando este mes, y necesita que todos los que están en este maldito complejo me vean también de ese modo.

«¿Sabes qué, colega? —pienso—. ¿Quieres minimizarme? ¿Quieres que me comporte como si solo estuviera contigo por el sexo? Pues te vas a enterar».

45

ZETH

Mientras recorremos los pasillos para encontrarnos con nuestro destino, pienso que el jefe de los Black Talons tampoco me preocupa tanto. No estoy pensando en qué nos pasará si Sloane mete la pata. No estoy pensando en qué pasará cuando Alexis descubra que su hermana está aquí, en este puto agujero, y nos delate a los dos.

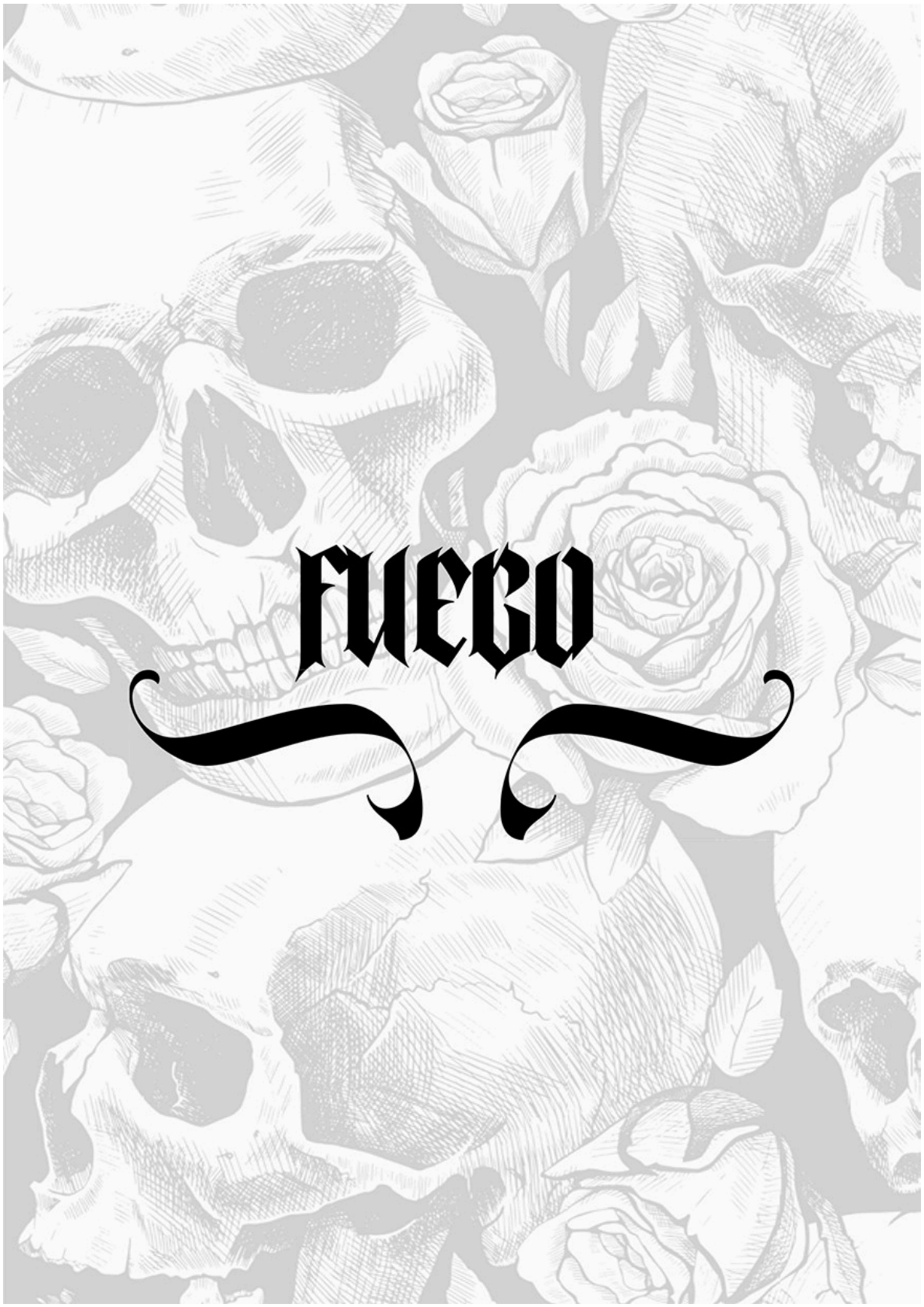
Solo estoy pensando en una cosa:

«Ha venido a buscarme».

La atacaron. Se defendió y salvó a Lacey. Se pasó dos días conduciendo y luego hizo algo completamente desconcertante: corrió hacia mí. Debería haber salido corriendo en la dirección opuesta, pero no lo hizo. Acudió a mí como si yo fuese su maldito salvador. Como si yo pudiese arreglarlo todo, como si fuese capaz de protegerla. Como si estuviese lo bastante entero para mantener unidos todos sus pedacitos rotos. Y entonces me abrazó, como si nada. Mierda. Y por un segundo, un solo segundo horrible y aterrador…

Sacudo la cabeza, tratando de no pensar en ello. Pero es un pensamiento peligroso, y no será muy fácil ignorarlo.

Solo por un segundo, sentí que tal vez ella también fuese capaz de reconstruirme a mí.


FUEGO

46

SLOANE

Jacob Dixon es un asesino.

Puede que, cuando nos reunimos en su estudio, se prodigue en sonrisas y charlas insustanciales, pero yo veo lo que es claro como el agua. Quizá se deba a todo el tiempo que he pasado con Zeth —puedo leer a Zeth con la misma facilidad que las páginas de un libro—, pero ahora reconozco las señales. Sin embargo, los dos hombres están hechos de una pasta distinta. Zeth es peligroso de un modo primario e instintivo; esos son sus cimientos, lo que lo convierte en quien es. Jacob, en cambio, no es peligroso de forma innata. Ha elegido serlo. Se ha ganado el miedo de quienes lo rodean y lleva ese personaje amenazador como una capa, como si pudiera quitárselo y volver a ponérselo cuando le plazca. No sé quién debería preocuparme más: el hombre que nació en la violencia o el que eligió sumergirse en ella.

—¿Y cómo has dicho que te ganas la vida, Naomi? —Jacob acaricia la superficie lustrada del escritorio con su gruesa mano para limpiar un polvo inexistente. Enarca una ceja con aire escéptico mientras espera a que le responda.

—Oh… Yo…

—Porque salta a la vista que no eres una puta —añade, señalándome con gestos perezosos—. No llevas ni el culo ni las tetas al aire… Y no he conocido a muchas *scorts* o estríperes que se llamen Naomi Hawthorne. —Pronuncia mi nombre falso como si supiera que eso es exactamente lo que es.

Mierda. Cuando me ha preguntado mi apellido, le he dicho el primero que se me ha venido a la cabeza. Debería haber dicho

Sparkles o algo así. Lovelace. Symphony. Me he puesto nombre de dentista, joder.

—No —respondo—. No soy puta. Soy…

—Naomi es médica —interrumpe Zeth. Mueve lentamente el cuello para otear la habitación, como si estar allí le aburriese soberanamente. ¿Cómo es posible que esté tan tranquilo? Yo estoy sudando sin parar; tengo toda la frente mojada.

Y encima le ha dicho la verdad. ¡Por el amor de Dios! Como si para un hombre como Jacob Dixon no fuese fácil averiguar en qué hospital trabajo. Hasta yo, que me muevo en los círculos más inofensivos del mundo, he oído hablar de él. He leído cosas sobre los Black Talons en los periódicos. Si Jacob investiga un poco y descubre que no soy quien digo ser, no se lo pensará dos veces. Me matará y me enterrará en una tumba poco profunda en mitad del desierto. Jamás encontrarán mi cadáver.

—¿Médica? —Jacob parece impresionado y confundido a la vez—. ¿Qué clase de médica?

—De urgencias —contesto, esta vez sin dudar. No tiene sentido seguir mintiendo.

—Vaya. Interesante.

Zeth resopla.

—Ah, ¿sí?

Jacob le dirige una mirada penetrante.

—Pues claro. Las mujeres que terminan aquí no suelen…

—¿Estar alfabetizadas? —Zeth está de mal humor. Mientras nos dirigíamos al despacho, esa tensión nerviosa que cargaba sobre los hombros se ha esfumado y ahora parece estar, simplemente, cabreado. Y aburrido. Y no sé si es de verdad o lo está fingiendo, pero si es lo segundo, está haciendo un buen trabajo. Sin embargo, su comentario mordaz le arranca una carcajada a Jacob.

—Exacto. No suelen ser de tu… llamémoslo calibre, Naomi. ¿Y cómo coño has terminado en la cama de este cabrón? ¿Le pasó algo traumático a su polla, o algo así?

Zeth resopla otra vez, pero no dice nada. Esta recae solo en mí. Una oportunidad de oro para convencer a Jacob de que no he venido aquí con malas intenciones.

—Se podría decir que sí. —Esbozo una sonrisa coqueta y miro a Zeth de reojo, como si me dispusiera a contar un secreto suyo muy jugoso—. Me invitaron a una de las fiestas de Zeth, y nada más verlo supe cuál era el tratamiento que necesitaba. Y sí, su polla también estuvo implicada… aunque creo que la que sufrió el traumatismo fui yo.

Santo Dios.

Pero ¿de dónde he sacado esto? Toda la sangre me sube a las mejillas, que de repente están ardiendo. Solo espero que Jacob se lo atribuya a la historia que acabo de contar y no piense que es por vergüenza. Atisbo una chispa de verdadera diversión en los ojos de Zeth. De repente, caigo en la cuenta de que podría pensar que lo que acabo de contar es la verdad. Porque es verdad que fui a una de sus fiestas y que me acosté con él allí. Y, si soy sincera, me folló duro de verdad. Intento con todas mis fuerzas no estremecerme. Me da la sensación de que Zeth está disfrutando con esta situación. Ha encontrado un palillo en alguna parte y se lo está paseando por el labio inferior mientras me mira de reojo. Me parece que ya no está tan aburrido.

—Suena intrigante… ¿Se la chupaste?

Giro la cabeza para mirar a Jacob. Los ojos de Zeth se despegan poco a poco de mí para dirigirse también al tipo del acento sureño, al que se queda mirando fijamente. Tiene el palillo en la mano, presionado contra su labio. Y yo noto un calor que me sube por el cuello y que sin duda me va a teñir las mejillas de rojo.

—¿Disculpe?

—¿Le chupaste la polla? —Jacob me hace la pregunta riéndose, como si no tuviera importancia. Como si no fuera raro de cojones que me haya preguntado eso.

—Bueno… ¡pues claro! —El papel de seductora divertida no me sale tan bien como habría querido. Parezco más una colegiala

acalorada que una chica que se acuesta con Zeth Mayfair y es capaz de seguirle el ritmo. Pero ¿cómo se me ha ocurrido que sería capaz de hacer esto? Y la mirada de suficiencia en los ojos de Jacob me lo confirma. Zeth se arrellana en su silla, echa la cabeza hacia atrás para mirar al techo y empieza a jugar con el palillo otra vez.

—¿Te queda mucho? No me importaría ir a por una copa. La cabeza me está matando.

—Te voy a decir lo que viene bien para la resaca, hermano —responde Jacob, volviéndose hacia Zeth—: que te chupen la polla.

Zeth vuelve a mirar al frente. No parece muy contento. Por suerte, Jacob está demasiado ocupado observando la reacción de Zeth para reparar en la mía. ¿Quiere que haga eso? ¿Ahora? ¿Delante de él? Esto es una prueba, está claro. Zeth sonríe, y el gesto es una amenaza envuelta en seda.

—Me la he follado hace dos segundos. ¿No lo has oído? —Señala hacia atrás con el palillo, un gesto que no solo hace referencia al pasillo, sino al pasado reciente, a cuando me tenía inclinada en su regazo y me estaba azotando el culo hasta dejármelo en carne viva.

Jacob se encoge de hombros.

—Sí, parecía que la estuvieses matando. Pero aquí está esta muñeca, sentada en mi despacho, enrollándose el bonito pelo en sus bonitos dedos, así que está claro que no la has matado. —Sonríe y se inclina sobre la mesa—. ¿Qué pasa, tío? ¿No se te va a poner dura tan pronto? Ya sé que por timidez no es. Te he visto follarte a muchas tías bajo este techo.

Aprieto los puños de forma involuntaria; me arden las puntas de las orejas. ¿En serio va a ser eso lo que me moleste en lugar de que un criminal hijo de puta quiera que me arrodille delante de Zeth y se la chupe delante de él? Hace falta ser estúpida.

Zeth asiente con aire pensativo.

—Supongo. Pero ya hace tiempo de eso. Últimamente estoy un poco más contenido.

—¡Y una mierda! —Jacob se ríe, pero se está poniendo muy rojo; la telaraña de capilares rotos de sus mejillas está cada vez más

oscura. Salta a la vista que es un hombre que bebe demasiado, que se enfada demasiado, que, probablemente, también se sale demasiado con la suya. Pero no hoy.

—Lo siento, señor Dixon, pero no le voy a dar un espectáculo privado esta mañana. Usted mismo lo ha dicho: no soy como sus otras chicas. Si lo que le apetece es entretenimiento barato, adelante, no se corte. Traiga a una de sus chicas. Pero yo no soy un poni de exhibición que quiera que la miren unos desconocidos. Creo que me iré a leer junto a la piscina.

Me estoy poniendo de pie. No sé cuándo lo he hecho, pero estoy de pie. Me aliso la camiseta, intentando mostrar lo que espero que sea una actitud tranquila ante los dos sorprendidos hombres. Zeth me mira como si le acabase de tirar encima un cubo de agua fría. Jacob está boquiabierto y con los ojos entornados en una expresión confundida, como si las palabras que acabo de pronunciar estuviesen en un idioma extranjero y no hubiese entendido ni una sola de ellas.

El pánico no tarda en adueñarse de mí. Ni siquiera Zeth, que no le tiene miedo a nadie, se atreve a contradecir los deseos de Jacob con tanta vehemencia. Este último carraspea y baja la vista hacia la mesa un instante, mientras yo intento evitar sucumbir a la alarma estruendosa que está sonando dentro de mi pecho.

—Entonces, ¿no te importaría que le pidiera a otra mujer que entrase a hacerlo, Naomi? —pregunta Jacob despacio, mostrando una contención considerable.

—Por supuesto que no. ¿Por qué me iba a importar? —A pesar de lo que me sudan las manos y de que sigo ruborizándome, sé que esta vez lo he clavado. He conseguido transmitir una sensación de completa indiferencia hacia Zeth con tanto éxito que me felicito interiormente, aunque la única expresión que muestro es una ceja enarcada—. Me temo que está confundido con la dinámica de mi relación con Zeth, señor Dixon. No soy yo la que está de rodillas, suplicando pedacitos de su atención. Es más bien al revés.

Zeth tose con violencia una sola vez. Lo he sorprendido con el comentario tanto como me he sorprendido a mí misma. Intento salir tranquilamente de la estancia sin reaccionar. Apenas se ha cerrado la puerta cuando me dejo caer contra la pared del pasillo. El pulso me palpita en los oídos, estruendoso como los disparos de un arma. Mierda, mierda, mierda. Esta reunión no tendría que haber acabado así, pero es que ese cerdo ha hecho que me hierva la sangre. Es evidente que desprecia a las mujeres. Y cuando me ha sugerido como si nada que me degradase así delante de él… Eso no podía consentirlo bajo ningún concepto. Pero mi temperamento nos ha creado un problema. Se suponía que tenía que hacerle creer a Jacob que estaba desesperada porque Zeth me prestara atención… y he acabado dándole a entender que es Zeth quien bebe los vientos por mí.

47

SLOANE

No veo a Zeth en lo que queda de día. No veo a nadie. Ni a las chicas, ni a los guardias… Absolutamente a nadie. La gente parece haber desaparecido. La villa parece el Mary Celeste, con los platos de comida a medio comer, abandonados sobre las encimeras de la cocina, y los televisores encendidos y emitiendo telenovelas cursis para un público invisible. Algo pasa, y no tengo un buen presentimiento.

Salgo a la zona de la piscina y me pongo a leer, como he dicho que haría, pero mis ojos se deslizan sobre las páginas sin rumbo y las palabras impresas se emborronan, porque no hago más que pensar en las últimas veinticuatro horas.

He escapado de mi hogar. Me he enfrentado al momento de ver a mi padre por primera vez en doce meses. Me han amenazado a punta de pistola, he sufrido la ira de un furioso… ¿qué? ¿Novio? ¿Socio? Me ha azotado sin piedad por mi desobediencia y ahora, por si todo eso fuera poco, he informado al jefe de los Black Talons de que en mi relación con Zeth Mayfair soy yo la que tiene la sartén por el mango. Y nada podría estar más lejos de la realidad. Jacob debe de haber sido consciente de que estaba mintiendo como una bellaca. A ver, solo hace falta mirar a Zeth para darse cuenta de que no es la clase de hombre que se inclina ante nadie, y menos aún ante alguien tan inferior físicamente. Yo. Una mujer.

Cuando veo a otro ser humano, ya son más de las cuatro de la tarde. Es una mujer alta y grácil con el pelo del color del cobre y la canela. Cruza el patio a paso ligero y contoneando las caderas, directa hacia mí, con los ojos escondidos tras unas gafas de sol enormes y oscuras. Lleva un bañador, pero con unas aberturas

laterales que dejan expuesta la mayor parte de su cuerpo, y tiene unas tetas como las que se ven en los videoclips, esas que te gusta pensar que son operadas aunque sabes perfectamente que son naturales. Se mueven de forma hipnótica con cada paso que da hacia mí. Cuando la tengo delante, pone los brazos en jarras y ladea una pierna, adoptando una postura clásica de supermodelo. Me mira con una expresión que es a la vez intimidante e inescrutable, sobre todo debido a las enormes gafas que le ocultan los ojos.

—Maria Dela Rosa —dice.

—¿Maria Dela Rosa?

—Sí. —La pelirroja se sienta en la tumbona que tengo delante con la elegancia de una grulla plegándose suavemente en su propio cuerpo—. La madre de Jacob. Fue actriz en los años cincuenta. Cantaba ópera, ¿te lo puedes creer? Su interpretación de Casta Diva era la mejor en aquella época. Y fue la última persona que cabreó a Jacob como lo has cabreado tú esta mañana. —Saca un cigarrillo del bolsito que lleva en la cadera y se lo enciende, formando una «o» perfecta con los labios—. Eso pasó hace siete años. Todavía se enfada cuando lo piensa.

—¿Y qué hizo la cantante de ópera Maria Dela Rosa para enfadar a Jacob de ese modo?

—Morirse, claro. —La pelirroja da una calada al cigarrillo, se traga el humo unos instantes, se vuelve para que el sol le acaricie la cara y lo exhala. Unos delicados hilos de humo rizados salen de su boca y de su nariz, como si una mano fantasmal le acariciara el rostro—. Jacob quería mucho a esa vieja bruja. Creo que quería que viviera eternamente. Y, ahora que lo pienso, probablemente ella también. —Suelta un gruñido y esboza una fugaz sonrisa—. Supongo que el universo los decepcionó a los dos. Sufrió un fulminante ataque al corazón una mañana, durante el desayuno, y acabó con la cara aplastada contra las tostadas francesas. —Prorrumpe en carcajadas, unas carcajadas tan perfectas y femeninas que, una vez más, me da la sensación de que son falsas. Me regaño a mí misma por ser tan poco generosa. Al fin y al cabo, la mujer es amable, si bien un poco

brusca. Desliza las gafas de sol por el puente de la nariz, revelando unos ojos azul oscuro ligeramente rasgados. Ojos de gato. Y de un color muy extraño para alguien con un pelo tan rojo—. Supongo que no sabes quién soy.

—Por desgracia, no.

¿Debería darle un apretón de manos? ¿Es algo habitual entre las trabajadoras sexuales? ¿Es acaso una trabajadora sexual? Jacob ha dado a entender que las chicas del complejo no eran precisamente librepensadoras, pero esta mujer parece inteligente y muy lúcida. Ladea la cabeza y me observa de arriba abajo.

—Soy Alaska, la amante de Jacob. Y supongo que tú eres la intrusa loca que apareció en mitad de la noche pidiendo a gritos que la mataran, ¿no?

Yo también me echo a reír y me encojo de hombros, quizá tratando de restarle importancia a uno de los momentos más aterradores de mi vida.

—Sí, esa soy yo. Encantada de conocerte.

Esa pequeña muestra de educación parece sorprenderla.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Desde que he llegado, eres la única persona que no me ha gritado, no me ha puesto una pistola en la cara o me ha pedido que realice prácticas sexuales delante de él.

Alaska no se ríe, pero esboza una sonrisa sardónica. Da otra calada al cigarrillo y exhala el humo hacia mí.

—Ay, cariño…, dame tiempo. —Hace una mueca, mira con asco el cigarrillo que lleva en la mano y lo tira a la piscina, donde sisea al entrar en contacto con el agua y se apaga—. Hace demasiado calor para fumar. —Se pone de pie y se vuelve a subir las gafas de sol, escondiendo los inteligentes ojos de gata—. Jacob dice que, debido a tu acuerdo con Zee, eres libre de rechazar la invitación, pero las otras chicas y yo vamos a empezar a prepararnos para la fiesta de mañana. Si no te portas con ellas como una cabrona, serán majas. Depende de ti. —El cambio en su tono de voz es muy sutil, pero no se me escapa. Ella no está encantada de conocerme, y mi acuerdo

con Zee no le hace ninguna gracia. Quizá se haya enterado de que esta mañana he reivindicado que me pertenece, o quizá piensa que no soy más que el trozo de carne con el que se acuesta. En cualquier caso, soy lo bastante lista para darme cuenta de que no le gusto—. Nos reuniremos en la casa de las chicas después de cenar. Pero antes de ir, diles a los guardias que Jacob está de acuerdo o, de lo contrario, te dispararán.

Antes de que pueda contestar, se acerca a la piscina y se sumerge, curvando el cuerpo en un arco perfecto para no salpicar.

Recojo mi libro y vuelvo al interior de la villa antes de que salga por el otro lado de la piscina. Hay algo en ella que no me gusta. Me da la sensación de que todavía no he conocido a la verdadera Alaska, y dudo mucho que la auténtica sea una mejora respecto a la versión que acabo de conocer. Al fin y al cabo, ella misma me lo ha dicho: «Ay, cariño…, dame tiempo». Y lo cierto es que me puedo imaginar perfectamente a la pelirroja Alaska con un arma en la mano.



ZETH

Hay pocas cosas en esta vida que me dejen descolocado. A estas alturas, solo espero mierda de gente de mierda, de manera que nunca me sorprendo cuando uno de los hombres de Charlie, e incluso alguno de los míos, me hace alguna putada. Pero ¿Sloane? Joder, Sloane no deja de sorprenderme. A veces de un modo muy entretenido, de un modo que me pone a cien. Y otras veces, de un modo desesperadamente estúpido e idiota. Todavía no tengo claro en qué categoría englobar su numerito de esta mañana, pero, cuando lo haga, me voy a encargar de que sufra las consecuencias. Tiene que entender de una vez que aquí no puede venir con estas salidas de tono, al menos si quiere sobrevivir. Y puede que yo no sea gran cosa, y que no tenga gran cosa, pero siento bastante apego

por mi propia vida. Y me gustaría conservarla durante la mayor cantidad de tiempo posible.

No le voy a contar cómo ha reaccionado Jacob cuando ha salido de su despacho esta mañana. Si lo hago, pensará que le puede hablar así, y no puede, ni de coña. No puedo yo. No puede Alaska ni puede Charlie. En ese momento he pensado que iba a sacar la pipa y le iba a pegar un tiro en la nuca directamente, y sin embargo se ha descojonado, el muy cabrón. Me ha dicho que entendía por qué me la estaba follando y unas cuantas cosas más.

—Tío, si te cansas de ella, me la mandas, ¿vale? No me importaría que un coñito peleón como ese jugara un poco conmigo.

Resulta que Sloane era solo la mitad del problema que tenía Jacob, de modo que una vez ha decidido que no era ninguna amenaza, ha pasado directamente a su otra preocupación: Charlie.

—Hoy te voy a necesitar a mi lado, Zeth. Necesito que me expliques exactamente por qué has salido huyendo de Seattle como un perro con el rabo entre las piernas. Además, tu ayuda no me vendría mal… Tengo un negocio del que ocuparme.

No había gran cosa que pudiera hacer o decir para negarme. De haberlo hecho, solo habría conseguido parecer culpable.

—Vale. Te ayudo encantado. —«Y encantado te metería un balazo en la nuca. Encantado le prendería fuego a tu puto complejo y danzaría ante el infierno como un pirado»—. ¿Qué tipo de negocio?

—¿Hay más de un tipo? —ha contestado encogiéndose de hombros.

Y así es como hemos terminado en su sótano.

Nunca había estado aquí abajo. El sótano es donde uno esconde la mierda más turbia que tiene. Si acabas en un sitio así, o formas parte del círculo de confianza o estás bien jodido. Albergo la esperanza de que sea lo primero, pero, a decir verdad, es bastante más probable que sea lo segundo. Lo que ocurre aquí abajo es evidente. En la planta subterránea del complejo hay una serie de habitaciones pequeñas, cubículos de cemento sin muebles y con bombillas desnudas colgadas del techo. En el suelo agrietado de

cada celda hay unas rejillas de desagüe. Así es más fácil deshacerse de los restos.

En la tercera habitación por la que pasamos hay una cama de hospital en la que descansa Anton Medina, con un gotero puesto y el brazo derecho en cabestrillo. Está viendo la tele con cara de pocos amigos. Está claro que sigue cabreadísimo por la paliza que le he dado. No sabía que le había roto el brazo. Eso me pone más feliz que una perdiz, joder. El muy capullo no tendría que haberse atrevido a ponerle las manos encima a Sloane. Anton nos ve pasar e intenta incorporarse, pero es demasiado tarde. Ya no estamos.

Pasamos por más puertas abiertas hasta que llegamos a la que se encuentra al final del pasillo, que está cerrada. Ya sé quién está dentro de esa habitación. Estoy rezándole a todo lo sagrado por que Michael siga vivo, porque, si no, voy a mandar mi tapadera a tomar viento y me voy a cargar hasta al último hijo de puta al que le ponga las manos encima. O me moriré intentándolo, más bien, y entonces sí que se irá todo a la mierda… Porque también está Sloane. Si estoy muerto, no podré protegerla.

—Clark, abre la puerta —le ordena Jacob al otro guardia, al que estaba con Anton cuando llegué al complejo.

Pero Clark no es como Anton. Hace lo que le dicen sin dar su puta opinión sobre cualquier chorrada. Y no parece odiarme tanto como Anton. Se limita a hacer su trabajo y a mantener la boca cerrada. Quizá eso lo haga parecer menos amenazante, pero es más bien lo contrario. Anton me ha enseñado sus cartas. Sé lo que le ronda por la cabeza a ese imbécil cada puta vez que lo miro… pero no tengo ni idea de lo que rumia Clark. Es un desconocido. Una amenaza.

Va al grano y abre la puerta, y yo me preparo para lo que tal vez me esté esperando al otro lado. Al principio, la envergadura del cuerpo de Jacob me tapa la vista, pero no tardo en descubrir lo que hay en el interior.

Michael está sentado en un sillón, con las manos esposadas delante de él, viendo la televisión. En la habitación no hay nada aparte del sillón y la tele, que está encima de una caja de madera

astillada. Mi segundo al mando no levanta la mirada cuando entramos. Sigue concentrado en la pantalla.

En las fotos que los hombres de Jacob le habían hecho poco después de capturarle, salía con un ojo morado y el labio partido, así que daba por hecho que a estas alturas estaría en peores condiciones… pero parece que estaba equivocado. Está bien. Vale, no bien bien, pero no le han dejado mucho más magullado. El moratón que tiene debajo del ojo derecho es de un intenso color púrpura que destaca sobre su piel marrón, pero los bordes están empezando a amarillear y la herida del labio ya se le ha secado. Jacob entra en la habitación y se detiene un momento para mirar la televisión.

—*¿America's Next Top Model?* ¿Es que eres gay, capullo? —pregunta Jacob en tono despreocupado.

Michael, mi hombre, mi mano derecha, esboza una sonrisa de suficiencia y enarca una ceja.

—Sí, por eso estaba espiando a las chicas que tenéis aquí encerradas. Porque soy gay.

Jacob se ríe por la nariz y asiente despacio. Por fin Michael aparta los ojos de la tele y dirige su mirada de indiferencia hacia nosotros. Su expresión permanece igual de impertérrita cuando me ve a mí, y en mi fuero interno le aplaudo como un puto idiota. En serio. A la mayoría de la gente se le notaría algo, darían alguna muestra de haberme reconocido, por mínima que fuera, pero no Michael.

—En fin —dice Jacob—. Supongo que te ayuda a entender cómo piensan las tías. ¿Has aprendido algo interesante?

—¿Lo despiadadas y competitivas que son todas? —Michael se frota la nariz con el dorso de la mano. Parece sentirse cómodo aquí. Habrá estado así desde que lo han bajado, una actitud que no me cabe duda de que habrá sacado a todos de sus casillas. El problema es que un pervertido cualquiera al que hubieran pillado espiando a las tías mientras se duchaban no reaccionaría con tanta serenidad. Seguramente se estaría cagando en los pantalones. Tal vez los Talons no sepan nada sobre Michael, pero su actitud ya les da a

entender lo suficiente. No es un pervertido cualquiera. Es alguien, alguien a quien tarde o temprano otro alguien echará de menos.

Jacob se acerca al sillón y coge el mando a distancia. Apaga la televisión y Michael suspira cansado y se vuelve, por fin, hacia nosotros.

Cuando nuestras miradas se encuentran durante una fracción de segundo, sigo sin ver nada en la suya. Ninguna advertencia. Ni una chispa que delate que me conoce. Nada. Me muero de ganas de transmitirle algún mensaje, pero no puedo. Si lo hago, estamos los dos muertos.

—Veo que te has traído a la artillería pesada —comenta.

Jacob chasquea los dedos y Clark sale de la estancia a toda prisa.

—Sí, colega, he traído a los pesos pesados especialmente para ti. Te hemos concedido un poco de tiempo para pensar en lo que has hecho y por qué estamos aquí, y ahora hemos venido a charlar contigo. ¿Te gustaría hablar de algo en concreto, capullo?

Clark reaparece con un taburete de madera en cada mano y los coloca delante de Michael. Jacob se sienta en uno. Parece que el otro es para mí, así que me siento mientras intento deducir por dónde van a ir los tiros. Me temo que tiene mala pinta. Muy mala pinta.

—Pues la verdad es que no —responde Michael, dejando caer la cabeza hacia un lado.

Tiene la camisa mugrienta, llena de sangre. No es suya. No es posible que el labio le haya sangrado tanto, y tiene la nariz intacta, de manera que esa sangre debe de ser de otra persona. Qué subidón. Mi hombre es muy peligroso cuando tiene que serlo, joder.

Pero Jacob no está muy impresionado con este numerito de indiferencia. Se inclina hacia delante, haciendo crujir el taburete bajo su peso.

—Ahora mismo no tengo tiempo de torturar a nadie. Te voy a hacer dos preguntas, y después lo que usaremos no serán palabras. ¿Me has entendido?

Michael mira a Jacob, luego a mí y después a Clark, como si estuviese sopesando sus opciones. Hasta yo sé que ahora mismo pinta todo de pena. Pero Michael también sabe que yo le cubro las espaldas. Que no dejaré que lleguen demasiado lejos sin antes intervenir.

—Claro —contesta—. Pregunta.

—¿Ves a este hombre que tengo al lado? —Jacob señala a su derecha. A mí, joder. Michael asiente, y Jacob añade una sonrisa desquiciada a su expresión arrogante—. Estupendo. ¿Lo habías visto antes?

—Pues no.

—¿Estás seguro? ¿No te suena de nada el nombre de Zeth Mayfair?

—Qué va. —Michael es como un puto muro de cemento. Niega categóricamente que me conozca. Hace casi ocho años que somos amigos y socios, casi ocho años que nos vamos de copas juntos, pero mirando a Michael a los ojos, nunca, jamás, sospecharías que miente. Podrías conectarlo a un detector de mentiras y sería capaz de engatusar a la máquina. Pero Jacob es un cabrón muy insistente.

—¿Te suena de algo el nombre de Charlie Holsan?

—No.

—Entonces, ¿no te ha contratado nadie que se llame así? ¿Nadie con ese nombre te ha pedido que sigas a este hombre hasta mi casa? ¿Que perturbes nuestra paz?

Hostia puta. ¿Jacob sospecha que Charlie ha mandado a Michael aquí a espiarme a mí? Supongo que, para él, eso es lo único que tiene sentido. No se me había ocurrido que podía llegar a esa conclusión. He estado demasiado absorto preocupándome por mis verdaderas razones como para pensar en eso. Jacob no tiene motivo alguno para sospechar que he venido aquí a robarle a una de sus chicas. ¿Por qué iba a pensar algo así? Sería una estupidez hacerlo. Un puto suicidio.

—Ya te lo he dicho. No conozco a este tío ni tampoco conozco esos nombres. Me despidieron de mi trabajo y me dieron un finiquito

de puta madre. —Michael pone los ojos en blanco, como si estuviese harto de contar esta historia—. Mi primo me había hablado de este sitio. Me dijo que aquí tenéis coños de categoría, así que pensé en haceros una visita. Y quería ver a las chicas antes. No es ningún crimen, ¿no? ¿Por qué debería malgastar mi dinero si el producto no es como lo publicitan?

Mierda. Entonces llevaba dinero cuando lo pillaron. Mucho dinero. Y sé que es mucho porque yo mismo se lo di para que se lo entregase a Rick. Demasiado como para que un ciudadano de a pie lo lleve en su bolsillo, pero suficiente si piensas pagar por una o dos chicas de Jacob Dixon. El único problema es que la gente que conoce este sitio también sabe que no puedes presentarte aquí sin más, pensando en comprarte a una de estas chicas sin invitación. Eso también es un suicidio.

Clark frunce el ceño, juntando las cejas como si estuviese pensando lo mismo que yo. Jacob asiente, valorando la mentira de Michael. Puede que no se la crea, pero no me cabe duda de que la está tomando en consideración.

—¿Y quién es ese primo tuyo? ¿Es alguien que venga aquí a menudo?

Una pregunta importante. Si Michael no le dice a Jacob cómo se llama su primo, está muerto. Si Michael se inventa un nombre falso y Jacob sabe que está mintiendo, está muerto. No tengo ni idea de cómo va a salir de esta. Me pongo recto en el taburete, preparado para actuar. Si veo que Jacob o Clark echan mano de sus armas, estaré levantado y disparando antes de que puedan hacerlo ellos.

O eso espero.

Michael sigue tan tranquilo. Joder, he de admitirlo: sabía que Michael era frío como un témpano, pero si me fijo en el pulso que le late firmemente en el cuello, casi ni lo aprecio. Hasta yo estaría sudando un poco si estuviese aquí abajo esposado, obligado a ver reposiciones de *America's Next Top Model.*

—Mi primo es uno de tus clientes habituales, te lo aseguro. Te podría dar su verdadero nombre, pero no se pondría muy contento.

El que no está contento es Jacob.

—No es momento de andarse con gilipolleces, amigo. A ver si me entiendes. Estás a esto de que te arranquemos la piel a tiras y te dejemos tirado en el desierto para que te coman los buitres. Te recomiendo que actúes en consecuencia.

Michael sonríe con suficiencia.

—En fin, entonces tendré que seguir tus recomendaciones. No me corresponde a mí decirte cuál es el nombre de pila de mi primo, pero habrás oído hablar de Rebel, ¿verdad?

Jacob suelta un silbido de golpe, como si Michael le acabase de dar un puñetazo. Clark da un paso al frente y carraspea, nervioso. Quiere disparar a Michael, o al menos quiere saber si Jacob quiere que dispare a Michael. Jacob le hace un gesto, moviendo la muñeca con rapidez: que recule.

—¿Eres el primo de Rebel?

Michael sonríe con la astucia del gato que se comió al ratón.

—Y su padre es mi padrino, por si con eso no te basta.

—¿Y no se lo comentaste a Anton cuando te trajo aquí abajo? —Jacob se ha puesto de un enfermizo color verdoso. Además, está sudando, lo que indica que no se encuentra nada bien.

—No me lo preguntó. —Michael se encoge de hombros y enarca las cejas al mismo tiempo; la viva imagen de la indiferencia—. Parecía más interesado en darme puñetazos. No ha habido mucho tiempo para charlar.

Yo estoy siendo testigo de toda la conversación desde el borde de mi asiento. Michael es un auténtico descerebrado si se ha inventado una mentira como esta, porque ahora llega el momento de que Jacob llame a Rebel y le pregunte si les ha mandado a su primo. ¿Y cuál será la respuesta de Rebel? «No, claro que no. Cárgate a ese puto mentiroso».

Y Rebel no es alguien a quien quieras cabrear. Es de esa clase de hombres que hacen que tipos como Jacob tiemblen como una hoja. Tiene el poder suficiente para hundir a cualquier organización que le venga en gana. Es el jefe de la banda de moteros más grande de

California, Washington y Nuevo México, y, casualmente, también es el mismo hijo de puta que intentó comprar una noche con Sloane hace dos años. Es un cabrón violento que tiene debilidad por las chicas que son víctimas de la trata de personas. Chicas que tienden a desaparecer después de pasar la noche con él. Esa es la razón por la que intervine cuando me enteré de que Eli le iba a vender a Sloane. Y Michael acaba de decir que está emparentado con ese tipo…

Jacob no parece saber qué hacer. Se inclina hacia atrás, se rasca la barriga y se vuelve a echar hacia delante con el ceño fruncido.

—¿Y cómo se supone que tengo que verificar esto que me cuentas? Porque lo que dices es una puta locura. Si me estás mintiendo, sabes que ahora ya no valdrá solo con matarte, ¿no? Tendré que dejar que mis muchachos te muelan a palos. Y luego tendrán que traerte de entre los muertos para que Rebel te pueda matar otra vez con sus propias manos por haberte atrevido a mentar su nombre.

Tiene toda la razón. Rebel querrá matarlo con sus propias manos. Pero Michael ni se inmuta al oír lo que le pasará si lo pillan en una mentira. Está más tranquilo que nunca, el muy cabrón.

—¿Sabes qué, Jacob? —Michael adereza su tono de voz con la falta de respeto suficiente para que yo me estremezca—. ¿Por qué no le haces una foto a mi cara bonita y se la mandas a mi primo? Y que él mismo te diga si tenemos o no la misma sangre.

Los engranajes del cerebro de Jacob parecen rechinar del esfuerzo mientras trata de decidir qué hacer. Al final, le hace la foto y escribe rápidamente un mensaje. Su teléfono anuncia con un pitido que el mensaje se ha enviado.

Los siguientes minutos son insoportables. Jacob tiene el móvil encima de la rodilla y la mirada fija en Michael. Puede que sus años de gloria hayan quedado atrás, pero la amenaza que subyace en su mirada es inconfundible. Siempre he sabido que tendré una muerte horrible —al fin y al cabo, no te vas a pasar la vida esquivando las balas decididas a destrozarte los órganos vitales; nadie tiene tanta

suerte—, pero he de admitir que jamás pensé que sería en un burdel de los Black Talons. Y nunca pensé que tendría tanto miedo por la seguridad de la mujer que dejaré sola entre ellos si…

Una luz blanca y brillante ilumina la pantalla del móvil de Jacob, y casi se le cae de la rodilla cuando empieza a vibrar. Está llamando. Rebel está llamando, joder. Con un mensaje habría bastado, pero no. Una llamada. ¿Qué coño significa esto?

Michael mira el móvil y arquea una ceja.

—Si conoces a mi primo, sabrás que no le gusta nada que lo hagan esperar.

Una sospecha empieza a abrirse paso en el fondo de mi mente. No es posible que Michael esté tan seguro de sí mismo en un momento como este. A no ser que… A no ser que…

—Rebel, amigo mío. —Jacob responde a la llamada con recelo, como si estuviese llegando a la misma conclusión que yo—. Gracias por llamar. Perdona que te moleste con este…

La voz áspera al otro lado de la línea lo interrumpe. A Jacob se le van abriendo los ojos mientras escucha; con los dedos de la mano que tiene libre, tamborilea distraídamente en un lado de su silla.

—Bueno, yo no lo he ordenado, eso te lo aseguro. Yo… —Jacob exhala y se pellizca el puente de la nariz—. Ya lo sé. Yo… —No parece que Rebel esté de humor para dejar que Jacob abra la boca. El jefe de los Black Talons va empalideciendo a medida que escucha lo que el hombre que tiene al teléfono está diciendo, sea lo que sea—. Sí, estoy de acuerdo. Estoy totalmente de acuerdo. Es inacepta…

Se oye una especie de rugido en el móvil y luego… nada más. Jacob se aparta el aparato de la oreja y se queda mirando la pantalla. No está acostumbrado a que la gente le cuelgue, así que la expresión de su cara es desternillante.

—¿Cómo está mi primo, Jacob? —pregunta Michael.

O sea que es cierto. No me puedo creer que Michael me haya ocultado este pequeño detalle durante tanto tiempo. Y ¿por qué cojones ha estado trabajando para mí cuando podría ser un pez

gordo en la puta organización de su primo? El cabrón arrogante se las arregla para disimular la sonrisa de suficiencia, pero su voz trasluce demasiada satisfacción como para que logre ocultarla. Y Jacob es justo el tipo de persona capaz de matar a alguien por mostrarse como un capullo arrogante, pero a Michael no lo mata. Deja el móvil a un lado con una expresión pensativa.

—No le ha hecho mucha gracia ver un moratón en la cara de su único primo —contesta despacio mientras mira a Michael a los ojos—. He de disculparme por el maltrato que has sufrido a manos de mis hombres. Si lo hubiera sabido, yo…

Michael se limita a asentir.

—Solo ha sido un malentendido. —Levanta las manos y señala las esposas con la barbilla—. Pero supongo que ahora no tendrás inconveniente en quitarme esto, ¿no? Me aprietan un poco.

Jacob adquiere un color morado, no sé si de horror, de vergüenza o de furia. Sin embargo, le hace señas a Clark.

—Suéltalo.

Clark, obediente empleado, hace lo que le piden. Michael se masajea las muñecas, todavía con esa arrogancia escrita en la cara.

—Me estaba preguntando si no tendrás un cuarto de baño que pueda usar… —dice Michael—. Llevo tres días aquí encerrado. No me vendría nada mal una ducha.

La mayoría de los hombres huirían despavoridos después de escapar de una situación como esta en el sótano de Jacob Dixon, pero no el mío. A juzgar por la chispa que veo en su mirada, Michael parece tener la intención de quedarse por aquí. A Jacob le tiembla la papada. Está cabreado como una mona, pero ¿qué va a decir?

—Por supuesto, amigo mío. Por supuesto. —Se pone de pie y señala la puerta, todavía temblando por lo que solo puedo suponer que siente como un agravio.

Michael se dispone a salir, pero antes se vuelve hacia mí y me ofrece la mano.

—Siento oír que tienes problemas, tío. Si necesitas ayuda con ese tal Charlie Holsan, házmelo saber. Seguro que puedo tirar de algunos

hilos.

Qué poca vergüenza tiene el cabrón. Me dan ganas de cruzarle la cara de una bofetada. Si hubiera sabido que era el primo de Rebel, quizá le habría pedido que tirase de esos hilos hace tiempo. O quizá no. Tratar con Rebel es como tratar con el diablo; no me gustaría deberle nada a ese tipo. Le estrecho la mano a Michael apretando mucho más de lo necesario. A cambio, él me dedica una sonrisa santurrona y sale del matadero de Jacob pavoneándose como si viniese de disfrutar de un fin de semana a todo lujo en el Ritz.

48

Sloane

—¿En qué coño estabas pensando?

Más tarde, cuando Zeth vuelve a la habitación, no parece muy contento. Es más, está furioso. Ha tenido casi ocho horas para calmarse desde lo ocurrido en el despacho de Jacob esta mañana, pero a juzgar por la nube de tormenta que lleva encima de la cabeza, estaba deseando echarme la bronca. Entra en la habitación y se queda delante de mí, que estoy tumbada en la cama bocabajo con mi móvil nuevo en la mano. Se inclina hacia delante, colocando las manos a los lados de mi cuerpo, y me fulmina con la mirada con tanta intensidad que se me pone la carne de gallina.

—¿Qué estás haciendo, Sloane?

—Estoy escribiendo a mi padre para asegurarme de que tu amiga sigue viva. ¿Te parece bien?

La ira desaparece momentáneamente de sus ojos.

—¿Y lo está?

—Sí.

—Dame el teléfono.

—¿Qué?

—Que me des el teléfono.

Intenta quitármelo, pero yo me incorporo y lo abrazo contra mi pecho con gesto protector.

—Creo que no. Ya estoy harta de que me robes el móvil.

—Sloane… —Se detiene. Se frota la cara con las manos y luego la cabeza, y gruñe entre dientes—. Dime lo que ha estado haciendo, ¿quieres?

—Está ayudando a mi padre a preparar el campamento juvenil de su iglesia.

Zeth se queda de piedra. Creo que le acabo de romper el cerebro.

—Perdona, ¿qué?

—Campamento. Juvenil. Iglesia. —Creo que esas son las tres palabras clave. Todavía no le he dicho que mi padre tiene pensado llevarse consigo a Lacey al campamento. No sé cómo se lo va a tomar.

—¿Y a ella le parece bien? —pregunta.

—En el mensaje que me ha mandado dice que sí.

—¡Por el amor de Dios, dame el puto teléfono! —Se lanza de nuevo a por él y esta vez dejo que lo coja. Parece sinceramente preocupado por la chica, y que yo me comporte así solo está contribuyendo a empeorar las cosas. No debería picarlo así. Debería hacer todo lo posible por calmarlo después de mi actitud de esta mañana, pero lo que me apetece es chincharlo. Cabrearlo un poco más. Ver lo lejos que puedo llegar. El problema es que sigo enfadada con él. Porque esta mañana me ha mostrado una faceta suya que no creía que existiera. Una faceta dulce y vulnerable que se me ha clavado en el corazón.

«Me confundes». Eso es lo que ha dicho mientras dejaba que le acariciara la espalda y el pelo. Mientras me abrazaba, todavía dentro de mí, después de que hubiéramos follado como dos salvajes enfurecidos. Y luego ha arrastrado ese lado suyo a esa mazmorra húmeda y oscura donde la tiene encerrada y se ha vuelto a poner en modo cabrón. Pero yo sé que no me lo he imaginado. Zeth Mayfair tiene un lado vulnerable.

Lo observo leer mis mensajes con Lacey y con mi padre y analizo sus reacciones. Sé lo que está leyendo.

Lacey:

Te gustaba mucho el rosa, ¿eh?

Yo:

Pues sí. También me gustaban NSYNC y los petos.

Lacey:

Ya. Tu madre me ha enseñado fotos.

Yo:

¡No me va a dejar olvidarlo nunca! Voy a quemar esas fotos.

Lacey:

No lo hagas. La dejarías hecha polvo. Es muy maja. Y tu padre también. Me ha tenido todo el día montando las tiendas.

Yo:

No dejes que te explote, Lace. Si te quieres ir, dímelo y mandaré a alguien a rescatarte, ¿vale?

Lacey:

Está bien, me gusta. Es divertido. ¿Saludarás a Zee de mi parte?

Y luego, por supuesto, están los mensajes de mi padre:

Doctor Sloane:

Tu madre la ha pillado llorando en el baño esta mañana. No me lo has contado, así que no me quiero inmiscuir, pero me da la sensación de que esta chica no está bien.

Yo:

No, no del todo. Pero no intentes arreglarla. Ya está viendo a alguien para eso.

Doctor Sloane:

Pues ese alguien no está haciendo un buen trabajo.

Yo:

Tú encárgate de mantenerla ocupada, ¿vale?

Doctor Sloane:

Ya estoy en ello, cariño.

Agradezco al cielo que Lacey no haya escrito «saluda a mi hermano de mi parte» en lugar de «Zee». Habría sido una manera muy brusca para él de descubrir la verdad, que la joven a la que ha estado cuidando durante seis meses es en realidad de su misma sangre. Su hermana. Zeth tiene un aspecto adorable mientras mira mi móvil con el ceño fruncido y relee los mensajes. Adorable en plan aterrador.

—¿Va a intentar convertirla? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Es posible que le pregunte en qué cree. Pero no insistirá. No es de esos.

Zeth se limita a asentir. No sé lo que está pensando. Se ha retraído a un lugar muy profundo dentro de sí mismo, un lugar en el que me costaría alcanzarlo. Y luego, igual de rápido, parece recordar lo que ha ocurrido y el Zeth de antes vuelve a resurgir. Me lanza el móvil y dice:

—No has contestado a mi otra pregunta. ¿Qué narices pensabas que estabas haciendo esta mañana?

Estoy empezando a pensar que este chico es bipolar. Cambia de actitud a una velocidad delirante. Al principio no me fijé. Simplemente, tenía la impresión de que era un arrogante y de que estaba cabreado todo el rato, pero he empezado a darme cuenta de una cosa: sus emociones negativas son lo que le ancla. Lo que evita que se retraiga a un lugar al que no quiere ir. Quizá, al que se ha retraído hace un instante. ¿Será consciente de que ha desarrollado ese mecanismo? Lo dudo.

—Jacob sabía que yo no era una idiota sin neuronas, Zeth. No tenía sentido mentirle.

—¿Y has decidido que era mejor mentirle sobre mí? ¡Me conoce! Sabe que yo nunca… —Empieza a pasearse de un lado a otro, decidido a agujerear el suelo de madera pulida.

—¿Que tú nunca qué?

—Que yo nunca me sometería a una mujer. No de ese modo.

—Eso es mentira. Me dijiste que te dominara la primera vez que…

Zeth me mira con una ceja enarcada y una expresión divertida.

—¿La primera vez que follamos? ¿Ves? No puedes ni decirlo. Por eso te dije que me dominaras. Porque ver cómo lo intentabas era demasiado excitante. Te sientes muy incómoda en tu propia piel, Sloane. Solo quería que te liberases de eso. Si te proponía un juego para que lograras hacerlo… —Esta vez le toca a él encogerse de hombros.

Lo fulmino con la mirada. Estoy empezando a sentirme acalorada.

—Yo no estoy incómoda en mi propia piel. De los dos, eres tú el que no se siente cómodo en su propio cuerpo.

Una sonrisa de oreja a oreja se despliega en su hermoso e increíblemente irritante rostro.

—Pero ¿tú me has visto, cariño? —Estira los brazos—. Parezco un puto modelo de Abercrombie and Fitch.

Uf, mira que se lo tiene creído, el muy cabrón.

—¡Pues no! ¡Lo que pareces es un puto criminal! De hecho, ¡eres un puto criminal!

—¿Un criminal que trabaja de modelo para Abercrombie and Fitch?

—¡Bah! —Contemplo la posibilidad de tirarle el móvil a la cara, pero me lo pienso mejor y opto por lanzarle un cojín, que le da en la cabeza. Es mucho menos satisfactorio de lo que habría sido atizarle con el móvil, pero él está demasiado ocupado riéndose de mí como para que me importe. Y de repente me doy cuenta de lo que está haciendo: se está riendo. Se está riendo de verdad, como una persona normal. Y así, sin más, mi rabia se esfuma. Me quedo en silencio, perpleja por lo mucho que me sorprende.

Él recoge el cojín que está a sus pies, todavía riéndose suavemente, y lo tira en la cama, ajeno a la reacción que ha provocado en mí.

—Bueno, al margen de cuál haya sido la razón, nos has metido en una situación muy incómoda, Sloane Romera. Tendrías que habérmela chupado y punto, joder.

—¿Qué?

Se dirige al vestidor donde ha guardado la bolsa negra esta mañana y, sorpresa, sorpresa, la vuelve a sacar. Solo de verla me empiezan a sudar las manos.

—Ahora tenemos que pensar un modo de conseguir que Jacob se crea que tienes tantas pelotas como le has dicho que tienes o, de lo contrario, estaremos metidos en un lío de cojones, ¿no te parece? Ya sospecha de mí. Sobre todo ahora que sabe que si Michael está aquí, no es porque Charlie lo haya mandado para espiarme.

—Espera, ¿qué? ¿Michael está aquí? ¿Tu Michael?

Zeth resopla, lleva la bolsa negra a la cama y la abre.

—Está en una habitación en este mismo pasillo, pavoneándose como si fuese el dueño de la villa.

—No lo entiendo.

—Ni falta que hace. —Zeth ya no parece de tan buen humor como antes. Cuando termina de rebuscar en su bolsa de juguetes, se vuelve hacia mí—. Lo único que tienes que hacer es elegir algo de esta bolsa y usarlo conmigo. Y hacer que se lo crea.

—Pero…

—Ahora mismo.

—Yo… no puedo. No es tan sencillo, Zeth. No puedo simplemente decidir…

Se abalanza sobre mí y me tapa la boca con la mano.

—Cállate. —Se sube a la cama y se pone encima de mí, dejando el rostro a un par de centímetros del mío—. Menos hablar y más hacer.

A pesar de su orden, veo en sus ojos que está convencido de que voy a fracasar en esta tarea. Esto es exactamente lo mismo que cuando me dijo que lo dominara. Se cree que me sentiré demasiado cohibida para hacerlo. Pues vale. O sea, que «menos hablar y más hacer», ¿no? Pues le voy a dar lo que quiere y no le va a gustar. Todavía me tiene la boca tapada con la mano, así que me giro y le muerdo el dedo índice.

—Sloane.

Le muerdo más fuerte mientras le miro a los ojos. Aprieta los labios, pero no dice nada más. Lo siguiente que tengo pensado requiere que lo suelte. Cuando aparta la mano, veo el círculo enrojecido que han dejado las marcas de mis dientes. Me alegro. Ya era hora de que le dejase marcas yo a él.

—Quítate de encima —le ordeno.

Él entorna los ojos.

—¿Por qué?

—No hagas preguntas y obedece.

Esboza una sonrisa lobuna y peligrosa. Se la borro de inmediato con un bofetón. Un bofetón bien fuerte.

—¿Te lo tengo que repetir? —pregunto. Me arden las mejillas; debo de estar ridícula, acalorada y roja como un tomate, sobre todo teniendo en cuenta lo rápido que me sube y me baja el pecho. Pero Zeth no me está mirando ni el pecho ni las mejillas. Me está mirando a los ojos, y está hipnotizado. Veo que no sabe cómo reaccionar a lo que acabo de hacer, que se siente confuso. Odia que le abofetee, lo sé porque ya he sufrido las consecuencias. Y, sin embargo, esto se lo ha buscado él. Él me ha ordenado que lo haga.

Se endereza con movimientos lentos como la miel, sin dejar de mirarme. Cuando se ha apartado, me incorporo y bajo de la cama, intentando que los nervios no se apoderen de mí. Puedo hacerlo. Solo he de seguir mostrándome decidida. No puedo ponerme a pensar en el precio que me tocará pagar después.

La cremallera de la bolsa ya está abierta, así que la abro un poco más para ver qué hay dentro… y estoy a punto de desmayarme. En mi vida había visto nada igual. Su contenido está a medio camino entre un *sex shop* y una ferretería. Solo Dios sabe si las cintas metálicas o los cuchillos envainados son para jugar o para trabajar, y, francamente, me da miedo saberlo. También hay otras cosas: mordazas de bola, esposas, cuerdas, un vibrador de bala plateado y brillante, todavía metido dentro de su caja… Y al lado de todo esto, hay un puño americano, una pistola y una táser. Y un rollo de cinta adhesiva que, para mí, es la guinda del pastel.

Un recordatorio muy claro de que Zeth no es un puto *boy scout.* Es peligroso. «Y nunca ha fingido ser otra cosa», me recuerda una vocecilla en mi mente. Levanto la vista y lo descubro observándome con atención, con los puños apretados. Es casi como si lo hubiera hecho a propósito. Me ha hecho mirar dentro de su bolsa negra. Me ha obligado a ver quién es. Debe de pensar que saldré corriendo. Debe de estar esperando a que lo haga. Pero yo ya no soy la Sloane tímida y reservada que era antes. Aunque encuentre a Alexis y la lleve de vuelta a casa, para mí será imposible volver atrás.

Saco la pistola de la bolsa.

—Ponte de pie.

Zeth no estaría más sorprendido si le hubiera disparado ya con la maldita cosa.

—Sloane…

—He dicho que te pongas de pie. —Compruebo que el cargador esté bien puesto, le quito el seguro y apunto a su pecho. Todavía estoy colorada, todavía estoy jadeando como loca, pero algo ha cambiado en mi interior. Ya no estoy nerviosa. No con esta arma en la mano. Zeth se pone de pie despacio, sin quitarme la vista de encima.

—Cuando te he dicho que sacaras algo de la bolsa…

—Sí, ya lo sé. No te esperabas que eligiera esto. Ahora quítate la camiseta.

Me obedece. Se desliza la prenda por la cabeza en un abrir y cerrar de ojos, como si no quisiera dejar de vigilarme ni un solo segundo. Me gustaría tomarme unos instantes para apreciar la belleza del hombre medio desnudo que tengo delante, pero no puedo permitir que sepa lo mucho que me afecta. En cambio, apunto a sus pantalones y enarco las cejas. Entiende lo que le quiero decir: «eso también». Se quita los zapatos y los pantalones, sin apartar la vista de mí en ningún momento.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—Cállate. Ven aquí. —Rodea la cama y se acerca a mí, vestido solo con los bóxeres. Está tratando de intimidarme con su

envergadura, pero no lo va a conseguir. Esta vez no. Eso debe de resultarle muy inesperado. Tengo la impresión de que lleva mucho tiempo confiando en que los demás se caguen de miedo con su estatura… y yo estoy a punto de robarle esa ventaja—. Arrodíllate.

No me obedece de inmediato, así que le clavo el cañón de la pistola en el pecho, presionando lo bastante para hundir la piel y el músculo. Él lo pilla enseguida y se pone de rodillas.

—Ahora ponte las manos detrás de la espalda.

Me obedece también en eso. Lo rodeo sin dejar de apuntarlo con la pistola para llegar hasta la bolsa y saco la cinta adhesiva. Con el corazón latiéndome desbocado y las manos temblándome como una hoja, encuentro el extremo, tiro de él y le ato las muñecas. Estoy convencida de que en algún momento se dará la vuelta y me agarrará, pero no. Me deja hacer, aunque se le ha acelerado la respiración, que ahora es más rápida y superficial.

Me detengo detrás de él, quieta. Necesito unos instantes para recomponerme. Sé exactamente lo que voy a hacer con él, y es una perspectiva emocionante a la vez que aterradora. Hundo los dedos en el pelo de su nuca, se lo agarro y le empujo la cabeza hacia delante. Suelta un gruñido, pero no reacciona, no hasta que presiono el cañón de la pistola contra su cabeza. Se le corta la respiración. Sé que tiene los ojos abiertos porque desde este ángulo atisbo sus pestañas largas y oscuras, pero no parpadea. No se mueve. Se limita a mirar al suelo fijamente, conteniendo el aliento.

—Dime lo que sientes —ordeno.

Zeth expulsa una enorme bocanada de aire por la nariz.

—¿En serio? ¿Vamos a hablar de nuestros sentimientos ahora? Venga ya, Sloane.

Amartillo el arma.

—¡Joder! —exclama—. Vale, vale. Supongo que se podría decir que me estoy preguntando si me vas a volar la cabeza. ¿Contenta?

—No. Eso es lo que piensas, no lo que sientes. ¿Cómo te sientes?

—Pero ¿qué co…?

—Estás arrodillado en el suelo con una pistola en la nuca, preguntándote si estás a punto de morir. No me digas que no sientes nada, hostia.

—Vale, vale. Estoy cagado de miedo. Me estoy subiendo por las paredes. ¿Era eso lo que querías oír?

—Sí.

Se ríe con amargura.

—Estupendo. Me alegra ver que no soy el único sádico en esta relación.

—No soy una sádica. Y tú tampoco.

—Entonces, ¿qué coño estás haciendo, Sloane? —Parece exasperado.

Vuelvo a meter la pistola en la bolsa, sin olvidarme de ponerle el seguro, y me arrodillo detrás de él. Acaricio con las puntas de los dedos los músculos definidos de sus omóplatos, deleitándome al ver cómo se estremece cuando lo rozo. Desde ahí, alargo los brazos por entre los suyos para tocarle el pecho y el abdomen. Estoy muy cerca de él, con el pecho pegado a su espalda. Su piel huele al exterior, y a esas notas de sudor masculino. No puedo evitarlo. Presiono los labios contra su omóplato y cierro los ojos.

—Dios, Sloane… —susurra. Nada más. No pregunta nada más. Se limita a temblar mientras recorro con los dedos la piel de su vientre y más abajo, hasta llegar al principio de sus muslos. Le beso los hombros, recorriendo su piel caliente con la lengua; le lamo y le muerdo, esta vez con suavidad. No lo hago fuerte, como antes. Me duelen las rodillas de estar en esta postura, pero merece la pena, aunque solo sea por ver cómo su cuerpo cobra vida pegado al mío, reaccionando con un espasmo a cada una de mis delicadas caricias.

La ira que sentía hace unos instantes se acaba convirtiendo en algo más embriagador, más sexual, más básico. El poder que tengo sobre él es increíble. Podría hacerle lo que me diera la gana y… Y, si soy realista, probablemente podría detenerme si quisiera. Si sigue arrodillado donde yo le he dicho, es porque quiere, no porque yo lo esté obligando. Y sin embargo…

Bajo más las manos, y más aún, hasta que encuentro lo que estaba buscando. Su polla erecta, rígida bajo los calzoncillos. Él coge aire con fuerza cuando se la cojo con la mano y aprieto, tal como hizo él en su apartamento la segunda vez que nos acostamos. No, no me acosté con él. Tenía razón en lo que ha dicho antes. Me lo follé.

—¿Me deseas? —susurro, arañándole la oreja con los dientes.

—Sí.

—¿Te vas a portar bien si te dejo venir a la cama a jugar conmigo?

Zeth suelta un gemido grave, gutural. Su respiración es rápida y desacompasada. Nunca lo había visto así conmigo. El control es muy importante para él. Siempre es él quien tiene la sartén por el mango, quien decide lo que ocurre entre los dos… pero ahora no. Y no creo que se haya dado cuenta todavía.

Me pongo de pie y dejo que también él lo haga. Tiene los ojos entrecerrados, los párpados medio bajados. Cojo el cuchillo de la bolsa y corto la cinta para liberar sus manos; quiero que pueda participar en lo que tengo pensado hacer ahora. Él se mete los dos pulgares por la cinturilla de los calzoncillos y se los quita sin que yo se lo pida. Y entonces, dos segundos después de pensar que por fin se está entregando a mí, me doy cuenta de mi error. Suelto un grito cuando se abalanza sobre mí y me agarra de la cintura.

—¡Zeth!

Su expresión perezosa y sexual ha desaparecido en un instante. Está encendido, efervescente de furia.

—Estás mal de la puta cabeza, ¿lo sabes? —Me ha levantado del suelo, casi cargándome sobre su hombro. Da tres zancadas y me lanza a la cama. Aterrizo sobre el colchón con un poco femenino «¡uf!», ya que de golpe me quedo sin oxígeno. Pataleo, tratando de levantarme de la cama y alejarme de él, pero no sirve de nada. Soy toda brazos y piernas, presa del pánico, y Zeth es un depredador experto. Me inmoviliza las manos sobre la cabeza antes de que logre bajar de la cama—. Deja de resistirte.

Oh, es lo que quiero, pero mi instinto me advierte de que no confíe en un hombre que guarda una Desert Eagle junto a sus juguetes sexuales. Él resopla con impaciencia y se tumba sobre mí, aplastándome contra la cama.

—Sloane, deja de retorcerte.

—¡Quítate de encima y pararé! —Cómo me arrepiento de haber sacado la pistola. Me arrepiento muchísimo. No tengo ni idea de qué clase de castigo me va a infligir, pero estoy segura de que no me va a gustar—. ¡Has sido tú quien me ha pedido que lo haga, Zeth! ¡No puedes hacerme daño por hacer lo que tú me has pedido!

Se despega un poco de mí y retrocede para mirarme. La ira de su rostro se ha convertido en otra cosa.

—¿Hacerte daño?

—¡Por lo de la pistola! —Necesito que se quite de encima. Lo necesito. Me retuerzo contra él, pero el muy cabrón no se mueve ni un centímetro. Es como un peso muerto encima de mí.

—¿Qué quieres decir con eso de hacerte daño? —Su voz es fría. Distante.

—Yo no… Yo… —Por fin comprendo la incredulidad que hay en su expresión. No parece que quiera matarme. En todo caso, parece horrorizado.

—Yo nunca te haría daño, Sloane. ¿De verdad crees que lo haría?

Una vocecilla en mi mente responde que sí al instante, pero no me pertenece a mí. Pertenece a esa traicionera imitadora de Pippa que vive dentro de mi cabeza. El pánico remite, y me quedo exhausta bajo él. Dejo de resistirme.

—No, yo…

Pero Zeth percibe un destello de duda en mi mirada antes de que me dé tiempo a ocultárselo. Aprieta los dientes.

—¿Alguna vez te he levantado la mano? ¿Alguna vez…? —Se interrumpe y exhala con brusquedad. Aparta la vista un segundo y, cuando se vuelve de nuevo hacia mí, me atraviesa con la mirada—. Yo no hago daño a personas que no pueden defenderse. No hago daño a las mujeres. Y nunca te haré daño a ti.

—Lo siento, no debería haberlo dicho. —Pero, incluso mientras pronuncio esa frase, la voz de Pippa vuelve a la carga: «¡Te tiene inmovilizada contra la cama, Sloane! ¡En este preciso momento! ¿Qué coño te pasa?». Y es casi como si Zeth también pudiera oír esa voz. Se levanta un poco, aliviando la mayor parte de la presión que estaba ejerciendo sobre mí con su propio cuerpo. No me suelta las muñecas, pero sí que afloja un poco. Los dedos empiezan a palpitarme de forma dolorosa cuando vuelve a fluir la sangre a través de ellos.

—Puede que en alguna ocasión te ate en corto cuando se te vaya la olla, Sloane. Puede que te azote. Pero nunca te haría daño de ese modo. Pensaba que lo tenías claro.

He recuperado la compostura. No está muy enfadado por lo de la pistola —ya me he dado cuenta—, pero tampoco está muy contento conmigo.

—Solo pensaba que…

—¿Que te arrancaría la cabeza por haber amenazado con matarme? Bueno… —Se mueve, aprisionándome de nuevo. La sutil transferencia de peso parece despertar mi cuerpo. Caigo en la cuenta de que estoy con las piernas abiertas, las rodillas flexionadas y los pies apoyados en el colchón, y que el cuerpo enorme y poderoso de Zeth está entre mis piernas. Y está desnudo. No es tímido con su cuerpo, pero su seguridad en sí mismo no tiene nada que ver con el físico. Es otra cosa. Algo que todavía no he logrado descifrar. Sea lo que sea, sigue tumbado encima de mí, y las únicas barreras que quedan entre los dos son mis vaqueros y mi camiseta. Zeth gruñe suavemente, como si hubiera estado esperando a que me percatara de lo enredados que estamos—. No, que me amenazaras con matarme no era exactamente lo que esperaba… Pero ni te imaginas lo sexi que estabas con una pistola en la mano. ¿Sabes cómo usarla?

—Sí.

—Pues eso aún me resulta más sexi. —Baja la cabeza y, para mi sorpresa, me acaricia el cuello con los dientes. Su aliento cálido me

eriza la piel de los brazos y las piernas, y la parte sensible debajo de la oreja. Los pezones se me ponen duros al instante. Ahora mismo, mi cuerpo va muy por delante de mi cabeza. Todavía estoy tratando de sobreponerme al hecho de que acabo de apuntar a Zeth Mayfair con una pistola, y de que me ha gustado, y mi cuerpo ya ansía sus caricias. Deseo sentirlo en todas partes a la vez. Hace unos instantes, su peso me aplastaba y ahora… ahora deseo que me asfixie con su cuerpo, que lo único que pueda respirar y ver y sentir y oler sea él.

Creo que estoy mal de la cabeza.

—¿Tienes más ideas sobre cómo vas a convertirme en tu perrito faldero? —Las palabras vibran a través de los músculos y los huesos de su pecho. Me estremezco.

—No.

—Bien. Porque mañana por la noche no podrás amenazarme con ningún arma. Y además… —Coge el borde de mi camiseta y me la sube con brusquedad—. Esto te gusta más, ¿verdad? Te gusta obedecerme. Te gusta sentirte indefensa. Te gusta ese miedo constante, te enciende. Te hace sentir viva.

Tiene razón. Siempre tiene puta razón. Odio que sea así, pero también nos ahorra muchos quebraderos de cabeza. Me gusta mi trabajo. Pago mis facturas. Tengo mis cosas limpias y ordenadas… Pero hace mucho tiempo que no he tenido que tomar una decisión importante. Nada ha sido cuestión de vida o muerte. Pero decidir mantener lo que hay entre Zeth y yo, sea lo que sea, decidir seguirlo hasta Los Ángeles para encontrar a mi hermana, decidir que pueda tocarme, lamerme, chuparme y morderme la piel, decidir obedecerlo… Todo eso ha significado para mí como decidir vivir.

Zeth me baja el sujetador negro, dejando uno de mis pechos al aire. Devora con los ojos la piel pálida que ha quedado expuesta y se centra con avidez en la areola rosada. Suelta ese gruñido delicioso que nace en lo más profundo de su garganta, como de animal hambriento, y entonces baja la cabeza y se mete mi pezón en la boca. Al principio, lo rodea con la lengua una y otra vez,

jugando con la punta erecta, pero luego usa los dientes y lo mordisquea con la fuerza suficiente para hacerme arquear la espalda por la combinación entre placer y dolor.

—¿Quieres tenerme dentro, fiera? —Me baja el otro lado del sujetador, liberando mi otro pecho, para recorrer con la lengua la carne y luego meterse el otro pezón en la boca. Se me escapa un suspiro que le alborota el pelo despeinado.

—Sí. Quiero… tenerte dentro.

Se ríe suavemente de mi aturdimiento y entonces se mueve hacia delante, frotándose contra mí. Tiene la polla dura como el hierro, apretada contra la cara interna de mi muslo. Respiro hondo y cierro los ojos. Lo deseo. Deseo sentir su piel pegada a la mía. Deseo tanto sentir su polla restregándose contra mi clítoris que me inclino hacia él, que roto las caderas para ir a su encuentro.

—¿Tienes ganas, Sloane? ¿Tantas ganas tienes? —Oh, esa sonrisa… lenta como la miel, sugerente como el pecado. La adrenalina y las endorfinas colisionan en mi sangre, haciendo que la habitación me dé vueltas. Necesito estar desnuda. Intento comunicárselo, pero lo único que sale de mi boca es un gemido de frustración. A Zeth se le dilatan las pupilas; me mira fijamente. Se muerde el labio inferior y se le corta el aliento, como si disfrutara al provocarme esas reacciones. ¿Lo disfruta? ¿Provoco en él el mismo anhelo que él enciende en mí?

Se aprieta contra mí y ahogo un grito. Se me ponen los ojos en blanco; la sensación que me provoca es increíble. Estoy en llamas, desesperada por que me toque, pero… ¿por qué estoy vestida todavía? No tiene puto sentido. Zeth aprieta los labios. Se echa hacia atrás, con la polla tan dura y tiesa que le roza el abdomen, y tira de las perneras de mis vaqueros sin molestarse siquiera en desabrochar el botón o bajar la cremallera. Le cuesta un poco quitármelos, pero no está dispuesto a dejarse vencer por un puto par de pantalones.

—Hoy voy a probar algo distinto contigo, Sloane. Y te va a gustar.

A juzgar por el peligro que se desprende de su voz, esa información es más una advertencia que una frase tranquilizadora.

—¿Qué vas a hacer?

Me acaba de quitar los vaqueros de un tirón.

—Ahora lo verás. —Acto seguido la emprende con mi camiseta. Me coge de las caderas y tira de mí hacia él, de forma que me incorpora y quedo sentada, para acabar de quitármela. Y entonces se abalanza sobre mí como poseído. Los tirantes de mi sujetador se me han resbalado hombros abajo y mis pechos siguen al aire; Zeth coge ambos, sujetándolos con sus fuertes manos. Los pezones me palpitan al compás de mi pulso—. Tienes unas tetas increíbles —susurra—. Pero las quiero ver aquí arriba.

Me coge y me sujeta como si yo no pesara nada. Aún de rodillas, me coge de los muslos y se pone uno sobre la cadera, indicándome lo que quiere que haga. Y yo obedezco de mil amores. Con su polla atrapada entre los dos, cada movimiento suyo es como una lengua de fuego que me lame la espina dorsal. Besa y lame mis pechos, y me agarra con fuerza de la cintura para colocarse en una posición sentada, conmigo encima a horcajadas.

Todavía llevo las bragas puestas, pero eso no es ningún obstáculo para Zeth. Coge la tela con cuidado y tira de ella hacia arriba, de forma que el encaje ejerce una presión intensa sobre mi clítoris.

—¡Ah!

—Espero que no les tengas mucho cariño —dice, tirando de nuevo—. No van a durar mucho.

Inhalo y exhalo con fuerza. Me arden las mejillas. Qué digo, me arde todo el cuerpo. Una parte primaria de mí, animal, toma las riendas, y empiezo a mecerme contra él, colocándome de manera que nuestras caderas queden alineadas para que nos frotemos, para que nos restreguemos. Y con esas sensaciones, unidas a los tirones que da a mi ropa interior, tensándola mientras me muevo, la cabeza me empieza a dar vueltas. Estoy sin aliento. Deliro. Y no exagero el grito que suelto cuando desliza los dedos por dentro de mis bragas y me acaricia el coño caliente y húmedo. Estoy demasiado absorta en la situación para sentirme avergonzada por lo mojada que estoy. Por

lo mojada que él me ha puesto. Lo acepto y sigo restregándome contra su mano.

Zeth se apoya en un codo y se recuesta. Me mira de arriba abajo mientras yo dejo mi cuerpo en libertad, mientras le permito hacer lo que le plazca. Me inclino hacia delante y coloco las manos sobre su pecho, acariciando con las puntas de los dedos los tatuajes oscuros que le cubren los hombros y los pectorales. La cicatriz amoratada que tiene justo debajo de la clavícula, de cuando le dispararon hace ya dos meses. Las líneas firmes y gráciles de sus fuertes músculos. Estoy aprendiéndome hasta el último de sus recovecos; memorizo su cuerpo y disfruto inmensamente de cada segundo del proceso. Estoy borracha de él. Y no es una borrachera de cerveza, sino de puto tequila. Estoy cegada, perdida, de lo mucho que lo necesito.

—Eres increíble —dice con voz ronca, y se me llenan los oídos del rugido de mi sangre, de nuestros jadeos. Y, joder, Zeth parece tan borracho como yo.

Me mete un dedo, pero yo ya estoy al límite. No me sirve. No tengo bastante con sus dedos. Lo quiero todo, quiero que se entierre en mí hasta las pelotas, que me embista hasta que se me nuble la vista. Bajo la mano, y cuando la cierro alrededor de su polla hinchada, se enciende otro fuego en mi interior. La tiene enorme, tiesa y suave como mármol caliente. Es como una vara de hierro envuelta en seda. La recorro con la mano una y otra vez, arriba y abajo.

—Joder, Sloane. —Se le tensa el cuerpo mientras los músculos le vibran del esfuerzo por debajo de la piel—. ¡Joder!

Él tampoco puede esperar más. Me coge y se lanza hacia delante, de modo que quedo tumbada bocarriba, y de repente lo tengo ya encima de mí, penetrándome despacio, tomándose todo el tiempo del mundo para hacerme suya.

En una de las clínicas gratuitas en las que trabajo como voluntaria hay una narcosala donde he visto a los adictos inyectarse, donde los he visto alcanzar el nirvana cuando las drogas se les disuelven en la sangre. Ahora los entiendo. Se me cierran los ojos mientras me

inundan oleadas sucesivas de placer. Mi cuerpo se estira a su alrededor, se dilata para acomodarlo mientras él se adueña lánguidamente de él. Me deja flotar unos segundos, devorándome con los ojos oscuros, contemplando cómo me estremezco, cómo intento respirar y fracaso…

Y entonces me folla. Me folla como si le fuese la vida en ello.

Me embiste de forma implacable una y otra vez, empalándome con su polla.

—¡Oh, Zeth! ¡Joder!

—¿Estás bien? —gruñe.

Asiento y le clavo los dedos en la espalda. La punzada de dolor lo envalentona y sigue adelante, penetrándome con ímpetu, una vez tras otra. Me aferro a sus hombros como si me fuera la vida en ello y él… Él inclina la cabeza y me besa los dedos. Todo se ralentiza. ¿Me ha… me ha besado los dedos? Hostia puta. La sorpresa me eriza la piel, alimenta mi orgasmo, que es inminente. Tiemblo descontroladamente mientras Zeth me penetra sin descanso; mis sinapsis arden como estrellas nacientes y mueren en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Cuántas ganas tienes de correrte, Sloane? —me pregunta, jadeante.

—Dios mío, ¡por favor! —Si pretende hacerme pagar por lo de antes… Si me la saca y me deja así…

Pero Zeth tiene otra cosa en mente. Desliza una mano por mi cuerpo y no la detiene hasta llegar a mi cuello. Una vez ahí, me lo rodea con los dedos y aprieta, ejerciendo una suave presión, muy poca.

—¿Quieres que siga? —pregunta sin dejar de jadear.

El recuerdo del cinturón, aquella noche en el hotel, me deja sin fuerzas en las piernas. Me asustó, pero también me excitó muchísimo…

Aprieta un poquito más y entorna los ojos al mismo tiempo.

—Estás a salvo —me dice con voz ronca—. Haré que te guste. Estoy contigo.

La rendición. La pérdida de control. La vulnerabilidad. Todo eso despierta en mí las sensaciones más extrañas…

—Solo tienes que decirlo, Sloane, y pararé. Lo prometo.

«No hago daño a las mujeres. Y nunca te haré daño a ti».

Soy médica, así que sé lo peligroso que es esto. He visto todo tipo de daños causados por los juegos de asfixia. Daños en la columna cervical. Daños cerebrales. La muerte. Por el amor de Dios, ¿cómo es posible que me lo esté planteando siquiera? Sin embargo…

De eso se trata, ¿no? De que te juegas mucho. Está comprobando la solidez de nuestro vínculo, valorando si será capaz de soportar el peso de lo que pueda venir después.

Asiento. «Hazlo».

Zeth me enseña los dientes en una sonrisa victoriosa y entonces me agarra del cuello y me folla como si le fuera la vida en ello. Aplica la presión justa para que siga respirando.

—Vamos, fiera. Suéltate.

Deslizo las manos por su torso y me estremezco al notar esa barrera de calor y músculo bajo las palmas de mis manos. Zeth enarca las cejas y sonríe con la boca abierta. «¿Te gusta esto, Sloane Romera?», parece decir. Me la clava en lo más hondo, restregándose con ímpetu contra mí para asegurarse de que sienta hasta el último centímetro de él, de que sienta todo el largo de su polla mientras entra y sale de mi coño.

Ya no tengo miedo. Estoy mareada, sí, pero es una sensación embriagadora. Y parará. Solo tendría que darle unas palmaditas para ponerle fin. Mis sentidos se activan al máximo, abrumados; los colores de la habitación son más vívidos, más brillantes. Las caricias de Zeth dejan chispas a su paso, y yo me deleito en el caos.

Somos una única criatura carnal; nos movemos al unísono, danzamos juntos para llegar a un mismo final… que ya está cerca. Noto cómo crece, cómo me rodea el cuerpo, agrandándose y palpitando… Hasta que… Hasta que…

—Joder. ¡Joder! Dios m… ¡Me voy a correr, Zeth!

Me ha dicho que haría que me gustara, pero esto va más allá. Olvídate de los fuegos artificiales. Una puta bomba nuclear estalla en mi cabeza cuando llego al clímax. Intento contener el grito, pero no lo consigo. Zeth afloja, pero yo apenas emito sonido alguno.

—Joder, sí… Sigue, sigue. Córrete, Sloane, que yo lo vea. Córrete…

Por la tensión en su voz, sé que se está conteniendo, pero no dura mucho. Yo me encargo de ello. Bajo la mano entre nuestros cuerpos hasta encontrar lo que estoy buscando. Le cojo los huevos y aprieto suavemente, mientras con la otra mano le agarro del culo y lo empujo aún más hondo dentro de mí. Después de mi orgasmo, soy como una cáscara vacía, pero consigo abrir los ojos el tiempo suficiente para ser testigo del suyo. Es una imagen hermosa. Con los dientes apretados, me embiste y ruge.

Y un zumbido agudo resuena en la habitación.

Zeth permanece sobre mí un segundo antes de derrumbarse, jadeando, sin aliento.

Ha sido… Joder, no tengo palabras para describirlo. Nos quedamos ahí tumbados, con el pulso desbocado y los pechos agitándose con violencia. Nuestra piel empieza a enfriarse; nuestros corazones se acompasan y la respiración se va haciendo más profunda.

Y la habitación…

Se desvanece poco a poco.

49

SLOANE

Cuando nos despertamos, todo está oscuro. Muy oscuro. Oscuro como si estuviéramos en mitad de la noche. Llego tarde a algo. ¿Al trabajo? Joder, llego tardísimo. Los turnos de noche te descolocan de una forma brutal. A menudo me despierto cuando ya se ha puesto el sol, sin saber si voy o vengo. Pero entonces me doy cuenta de que no estoy sola: hay alguien en la cama, conmigo. Eso sí que se sale de lo corriente.

Zeth Mayfair está tumbado bocarriba con un brazo tapándole la cara. El otro está doblado sobre su cuerpo, con los dedos extendidos sobre la barriga, y tiene las sábanas enredadas en un nudo en la mitad inferior de su cuerpo. Por culpa del ejercicio de alta intensidad que hemos practicado antes, la sábana bajera ha desaparecido en algún lado, y me quedé dormida desnuda y destapada sobre el colchón pelado.

—Oh…

No se me ocurre qué otra cosa decir. El reloj digital que hay sobre la mesita de noche marca las 18:42 en números rojos. ¿A qué hora vino Zeth a buscarme a la habitación? No me acuerdo, pero debemos de haber dormido unas cuantas horas. Me incorporo con cuidado de no hacer ruido y me encamino al baño adjunto de puntillas. Y es al levantarme cuando siento algo pegajoso entre mis piernas y me invade la alarma. Sin condón. Lo hicimos sin condón. ¡Otra vez! Desde que metimos la pata en mi apartamento, con la consiguiente humillación de la píldora del día después, he estado tomando anticonceptivos, así que no corro el riesgo de quedarme embarazada… Pero sigo siendo médica, ¡por el amor de Dios! Y Zeth Mayfair es un guarro y un mujeriego. Debería tener más sentido

común. Si no cuidas tus partes íntimas, les pueden pasar cosas de lo más repugnantes. Y a mí me gustan mis partes íntimas. No quiero que acaben infestadas de clamidia o de algo peor. Zeth y yo tendremos que mantener una conversación al respecto.

Mientras tanto, me doy una ducha con agua caliente y me visto. No me da tiempo a hacer mucho más que secarme el pelo con una toalla y ponerme un poco de maquillaje. Se supone que he quedado con las chicas de Jacob a las siete y media para una sesión de acicalamiento, y creo que no me conviene llegar tarde. A pesar de lo distraída que he estado con Zeth, no se me ha olvidado quién más está aquí. Alexis está en este mismo complejo, y que me parta un rayo si no consigo verla, aunque no podremos sacarla de aquí hasta mañana por la noche. Zeth me ha explicado antes que tendremos la oportunidad perfecta para marcharnos sin ser vistos cuando todo el mundo esté entretenido en la fiesta. Pero, al margen del plan, estoy tan nerviosa que tengo ganas de vomitar. Hace más de dos años que no veo a Lexi. He cambiado mucho desde entonces, y tengo el pálpito de que ella también.

Cuando salgo del baño, Zeth sigue dormido. Está exactamente en la misma posición en que lo he dejado: este hombre duerme como un muerto. Me meto en su lado de la cama y le pongo una mano en el pecho, riéndome para mis adentros porque sé lo frías que las tengo.

La reacción es automática. Y violenta.

—¡Me cago en la puta! —Está quieto como un muerto un segundo y al siguiente me tiene contra la pared, cogida del cuello, mientras su otro puño se acerca a toda velocidad hacia mí. Me giro justo a tiempo, evitando el golpe por poco, pero ya está cogiendo impulso para asestarme otro.

—¡Zeth! ¡Zeth, PARA! —Esta vez me está aplastando la tráquea de verdad. Me cuesta gritar.

—¿Sloane? —Está conmocionado. Me suelta de inmediato y yo me deslizo por la pared hasta derrumbarme a sus pies—. Mierda,

mierda, yo… —Corre hacia la puerta y enciende la luz—. ¿Estás bien?

Lo miro insegura mientras me froto el esófago magullado.

—Ah, sí, estoy estupendamente. Pero acabas de intentar partirme la cara. Después de jurarme y perjurarme que jamás me harías daño, por cierto. Un poco desconsiderado por tu parte, ¿no?

—Lo siento. Me he quedado dormido. No debería haberlo hecho.

—¿Dormir te vuelve homicida?

Intenta hablar, pero se atraganta. Lo intenta un par de veces más antes de conseguir que le salga la voz.

—Despertarme en un lugar que no conozco… con alguien que me acecha en la oscuridad… me vuelve homicida.

Enarco una ceja. Pippa se frotaría las manos con esta confesión, pero yo no soy tan estúpida como para preguntarle a qué se debe. Sospecho que eso tal vez sea lo único que Zeth Mayfair no esté dispuesto a explicarme. No me hace falta ser psiquiatra para darme cuenta de cuándo alguien se ha cerrado en banda por completo. Está tenso, desnudo y con la mirada perdida. Es evidente que está esperando que le pregunte a qué coño ha venido eso. Al ver que no lo hago, me tiende la mano para ayudarme a levantarme.

—Buscaré otro sitio donde dormir esta noche. Así no tienes que preocuparte por si te ataco a las tres de la madrugada.

Acepto su mano, agradecida por que el corazón se me haya despegado de la garganta y haya vuelto a ocupar el lugar que le corresponde, detrás del esternón. No me gusta la idea de dormir sola toda la noche, pero tiene razón. Tampoco me gusta la idea de morir estrangulada a primera hora de la mañana.

—Podría noquearte con la pistola.

Zeth se sienta en la cama y se queda mirando el suelo. ¿Habrá olvidado cómo se parpadea?

—Entonces, ¿no vas a decir nada? —pregunta.

—¿Quieres que lo haga?

—No.

Me encojo de hombros.

—Pues ya está.

Aprieta los dientes y arruga la nariz, sin mirarme.

—Tienes que decir algo.

—¿Qué quieres que diga?

Se frota los ojos, un gesto muy normal para una persona que de normal no tiene nada.

—Cualquier cosa. La pistola. ¿Por qué antes la has sacado de la bolsa, y no otra cosa?

Una distracción.

Eso es lo que necesita.

Me siento a su lado y luego me dejo caer sobre las sábanas arrugadas. Huelen a él. Un aroma delicioso.

—En fin, antes tenías razón. Me he pasado la vida conteniéndome, y tú no haces más que alentarme a que me libere. Pero tú tampoco eres tan libre como crees…

Me interrumpe con una brusca carcajada, un sonido áspero y duro.

Continúo de todos modos.

—Estás sexualmente liberado, eso sí. Pero nunca había conocido a nadie tan reprimido emocionalmente. Eres capaz de correr un maratón antes que permitirte sentir una sola emoción. Por eso la elegí. Cogí la pistola y te hice sentir algo.

Se me queda mirando con los ojos entornados, casi cerrados. La adrenalina provocada por su reacción al despertarse se ha esfumado.

—¿Y qué? ¿Acaso crees que porque has conseguido hacer que me cague de miedo, de repente ya estoy curado y me voy a enamorar de ti, o algo así?

Y con eso se gana una carcajada fría, esta vez de mi parte.

—Qué va, Zeth. De eso no tienes que preocuparte.

—¿Y eso?

—Para ti soy un juego. Un experimento. Un juguete roto con el que entretenerse hasta que consigas lo que quieres conseguir,

momento en que doy por hecho que ya no te resultaré útil y te irás a buscar a otra que te caliente la cama.

Se vuelve para mirarme. Los músculos de su espalda se flexionan de forma hermosa mientras se mueve.

—Ahí fuera hay chicas mucho más rotas que tú, Sloane Romera. Y no tengo ningún interés en experimentar contigo.

—¿Ah, no? Entonces, ¿se puede saber qué haces conmigo?

—¿Es esta la típica conversación de «adónde crees que va esta relación»?

—¡Dios, no! ¿Relación? —Hasta yo puedo oír la amargura en mi propia voz—. No sabemos nada el uno del otro. Eres el tío que se presenta en mi casa cuando le apetece y me folla hasta hacerme perder el sentido. Y yo soy la chica lo bastante tonta como para dejar que lo hagas. —Me atraganto con las palabras; las odio, pero sé que son ciertas. La expresión de Zeth es inescrutable, como si tuviera el rostro esculpido en piedra. Se pone de pie a toda prisa y se viste. Cuando levanta la vista para mirarme, el conflicto que veo en su mirada me pilla desprevenida.

—Sé bastantes cosas sobre ti, Sloane. Todo lo que necesito saber. Que tú no sepas nada de mí es culpa tuya y de nadie más. Lo único que tienes que hacer es preguntar. Y no eres la chica lo bastante tonta como para dejarme hacer nada. Eres la chica lo bastante tonta como para no ver lo que tiene delante.

Coge sus zapatos y se calza sin sentarse siquiera. Se marcha indignado, cerrando la puerta suavemente tras de sí. Habría sido preferible que diera un portazo. Al menos así no habría sabido el enorme esfuerzo que estaba haciendo para conservar la calma.

Pero ¿qué…?

¿Qué acaba de pasar? ¿Estaba… estaba realmente dolido?

¿Acaba de reconocer que cree que tenemos una relación? ¿Que quiere que tengamos una relación? No. Eso no puede ser cierto. Pero si ni siquiera deja que le bese, por el amor de Dios. Yo…

¡BAH!

Me dejo caer de nuevo en la cama. Estoy dolorida debido a nuestra actividad previa, pero ahora me duele también el corazón. Porque tiene razón. Es cierto que soy la chica lo bastante tonta como para no ver lo que tiene delante. Soy demasiado tonta como para entender algo al respecto. Zeth es emocionalmente inmaduro, de eso no hay ninguna duda, pero resulta que yo también. ¿Cómo es posible que un hombre como él, un hombre al que la vida ha forjado para ser un arma de destrucción masiva, haya visto en lo nuestro más de lo que he sido capaz de ver yo?

50
SLOANE

El cielo tiene el mismo aspecto que en una fotografía que vi una vez en la *National Geographic.* Sin la contaminación lumínica de la ciudad, las estrellas son como diamantes extendidos sobre terciopelo negro, salpicando la noche sin tener en cuenta lo poco segura que parece de repente la existencia humana. Mi aliento forma pequeñas nubes en el aire nocturno del desierto, y, por un segundo, es casi como si sintiera la tierra girando bajo mis pies, como si fuera una motita de arena haciendo equilibrios sobre la tirante piel de un tambor y pudiera salir despedida hacia el espacio de un momento a otro. Soy pequeña e insignificante bajo este vasto cielo, y estoy paralizada ante su belleza. No había pasado tiempo en el desierto desde que era niña e iba de acampada con mis padres, cuando era demasiado joven para apreciar la experiencia. Qué no daría yo ahora por poder pasar más tiempo contemplando el cielo… pero no.

—Vamos. Muévete.

Clark me golpea en la parte baja de la espalda con la culata de su arma. No hará más de cinco segundos que conozco a este tipo, pero ya sé que no me cae nada bien. Sin embargo, me alegro de que sea él y no Anton el encargado de acompañarme al edificio de las chicas que hay en el interior del complejo. Habida cuenta de que por mi culpa se ha llevado una paliza que le ha dejado técnicamente al borde de la muerte, dudo que me tenga mucho cariño. Se rumorea que tiene un brazo roto y que no puede ni caminar. Si la suerte está de nuestro lado, cuando Anton pueda volver a mantenerse en pie, ya estaremos en otro estado. Zeth, Alexis y yo, los tres estaremos ya muy lejos de aquí. Dios… ¡Alexis! Cada vez que pienso en volver a verla, me da un vuelco el corazón. Está a punto de ocurrir, y no

estoy preparada. Se va a poner como loca cuando me vea. Espero que pueda contenerse lo suficiente para disimular la sorpresa y no delatarme. Nos jugamos mucho en esta primera reunión. Si alguien percibe algún tipo de tensión entre nosotras, o se da cuenta de lo mucho que me parezco a mi hermana, quién sabe lo que nos harán…

Clark me da otro firme empujón para «animarme» y yo reacciono en consecuencia. La casa de las chicas es un edificio grande, de dos plantas y de estilo mediterráneo, con un porche que lo rodea por completo. Es bonito. Tal vez, el tipo de casa que una familia elegiría para veranear. No hay nada en ella que grite «antro de iniquidad», eso seguro. Es evidente que el mantenimiento de esta casa corre a cargo de una mujer, desde las flores del desierto y las suculentas que crecen en las macetas azules hasta los escalones de la entrada del porche, que está limpia y ordenada.

La planta de abajo está iluminada y arroja una suave luz hacia la oscuridad. Dentro se oyen risas y voces femeninas. Vacilo. ¿Qué narices hago aquí? No puedo entrar ahí dentro. ¿Y si está enferma, o algo así? ¿Y si la han pegado? ¿Y si las han drogado a todas para que sean obedientes y mi hermana se ha convertido en una yonqui con marcas de pinchazos en los brazos? Ya he visto todas esas cosas. No necesito recurrir a la imaginación para saber lo fácil que es llegar a eso. Dios, no puedo entrar ahí, yo…

—Me está esperando la comida dentro, tía. ¿Has acabado de mirar a la puerta o qué? —Clark escupe en el suelo y señala la puerta con la cabeza.

La indecisión me quema por dentro, aunque en realidad no es indecisión. Es cobardía. Me asusta en qué condiciones vaya a encontrarme a mi hermana. Y tengo miedo de no poder arreglar lo que le hayan podido hacer. Pero está viva. Debo aferrarme a eso. Pase lo que pase, todavía respira… Y me necesita.

—Vale, vale. Ya entro.

Subo los escalones y cruzo el umbral.

51
SLOANE

—¿Quién quiere tequila, zorras?

Lo que me he estado imaginando desde que Alaska me invitó es a un montón de mujeres arreglándose unas a otras de mala gana, como *geishas* tristes, para que una horda de hombres sucios pueda usarlas hasta que se canse de ellas. Pero la escena que me encuentro al entrar en el edificio de las chicas no puede estar más lejos de eso. Más bien parece la fiesta universitaria de una sororidad.

—¡Chupitos! ¡Chupitos!

Un grupo de chicas está reunido alrededor de la isla de mármol de una cocina de aspecto muy caro, aplaudiendo como idiotas mientras una morena con rulos echa tequila Patron a chorro en unos vasos de chupitos como si fuera una camarera del puto bar Coyote.

—¿Quién tiene las limas? —grita, mirando a su alrededor con los ojos pintados con una gruesa capa de rímel. Me ve, sé que me ve, pero su mirada pasa por encima de mí como si yo no existiera—. ¡Vamos, chicas! ¡En fila, en fila!

Las chicas, un total de siete, se lamen la sal de las muñecas, se beben los chupitos y se meten una rodaja de lima en la boca. Luego empiezan a reírse otra vez.

—Vaya, veo que al final has decidido honrarnos con tu presencia. —La voz fría suena detrás de mí: Alaska. Entra en la habitación con una copa de vino tinto sujeta con desgana en una mano. Lleva más ropa que las otras chicas, un minivestido negro y ajustado que apenas le cubre las nalgas y que deja al descubierto una cantidad muy generosa de canalillo. Las demás mujeres llevan *shorts*

cortísimos y tops, como si estuviesen en una puta fiesta de pijamas. De momento, ninguna de ellas ha resultado ser mi hermana.

—Sí, bueno, me dijiste que viniera, ¿no?

Nunca me había sentido tan fuera de lugar. La chica que estaba sirviendo los chupitos me ha ignorado hace un momento, pero parece que la llegada de Alaska ha electrificado al grupo y ahora, de repente, todas están interesadas en la desconocida que ha invadido su espacio.

Alaska arruga la nariz mientras mira mis vaqueros y mi camiseta y da un delicado sorbo de vino.

—Sí, ya lo sé. Pero daba por hecho que estarías demasiado ocupada con Zee como para perder tu precioso tiempo con nosotras…

Siete pares de orejas se ponen tiesas al oír el comentario. Una de las chicas, una rubia bajita con inocentes ojos azules y un par de tetas de silicona no tan inocentes, se pone a chillar como un ratón. Se acerca corriendo, aplaudiendo y dando saltitos de puntillas.

—¿Has dicho Zee? ¿O sea, Zeth?

Ni que hubiera visto a un famoso. Como si ese cabrón malhumorado que me ha dejado plantada en el cuarto hace un rato fuese una especie de dios del *rock* y ella estuviese dispuesta a hacer cualquier cosa, lo que fuese, por conocerlo. Alaska enarca las finas cejas con aire aburrido y da otro traguito de tinto.

—Sí. O sea, Zeth —responde, imitando el fuerte acento californiano de la chica rubia, que está demasiado emocionada para reparar en la burla.

Alaska no parece muy impresionada con la presencia de Zeth, pero las demás chicas se miran entre sí, emocionadas. Una de ellas incluso agarra a otra del brazo, incapaz, al parecer, de contenerse.

¿Qué cojones pasa?

Y cuando lo entiendo, es como si me cayera encima un jarro de agua fría. Me congela hasta los huesos.

Dios mío. Él ya había estado aquí. Jacob y él se conocen bien, y yo misma me presenté en uno de los «eventos» que organizaba el

propio Zeth. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Es probable que se haya acostado con algunas de estas chicas. Qué digo, ¡podría haberse acostado con todas ellas!

No me siento muy orgullosa ni de mi reacción ni de cómo gestiono estos pensamientos. Una vez que el mundo deja de darme vueltas y las náuseas se calman lo suficiente como para saber que no voy a vomitar, sonrío débilmente a la rubia que me acaba de hablar.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Te he preguntado si va a venir esta noche. ¡Quiero verlo! ¡Georgia dice que es enorme!

—Eh…

Otra chica con bucles morenos interviene en la conversación.

—Me han dicho que tiene unos tatuajes superbestias en la cara. ¿Es verdad?

Retrocedo un par de centímetros en un intento de poner un poco de distancia entre las otras mujeres y yo. Ahora se me están acercando en manada. Una manada hambrienta.

—No, ¿por qué narices iba a tener…?

—¿Y la polla? Has venido con él, ¿verdad? Eres su chica. Debes de haberla visto. ¿La tiene muy grande? Oí por ahí que se folló a una chica tan duro que acabó en el hospital. Que la partió en dos, o algo así.

—No, tía. Ese fue Rebel. —La chica de los rulos se une al debate y corrige la disparatada afirmación de la otra—. Zeth es el que dejó que esa chica sin hogar se fuese a vivir con él, ¿te acuerdas? Nos lo contó Benji.

La rubia saltarina me mira con los ojos como platos.

—Oooh, ¿eras una sintecho? ¿Y cómo era eso?

—Esto… No, yo no…

—Pero sí que vives con él, ¿verdad?

Alaska deja su copa de vino en la encimera y se aclara la garganta, y las chicas se callan de golpe. Con una sola palmada, asume el control de la situación.

—Naomi no ha sido ninguna sintecho. No vive con Zeth. Sí, Zeth es enorme. Tiene una polla grande de cojones, sí, pero no es la más grande del mundo. Y ahora es momento de que todas os calléis la puta boca. —Me mira de soslayo con los ojos un poco entornados, sin ni siquiera tratar de disimular su desagrado—. Al margen de lo que hayáis oído, Zeth ha traído a Naomi en calidad de su compañera, y no como su ciega.

Se oye un coro de lamentos por la habitación. Esta nueva información parece haberlas dejado horrorizadas, y yo estoy aquí boquiabierta como una idiota porque no sé ni lo que significa.

—¿Su ciega?

Alaska pone los ojos en blanco.

—Como en el póquer. Para jugar, tienes que traer algo a la mesa. Tienes que comprar tu participación en el juego con una apuesta. Una ciega. Aquí todas somos ciegas, cariño. Se nos rulan como deliciosos canapés para que nuestros dueños puedan disfrutar de las exquisiteces que traen los demás invitados.

—Pero… como yo soy la compañera de Zeth…, ¿no se me van a rular?

A las chicas no les pasa desapercibido el matiz de angustia en mi tono de voz, y no se lo toman bien.

—Créeme, cariño. Eres tú la que se lo pierde —replica la de los rulos—. En una noche como la de mañana ganamos diez mil pavos por cabeza. ¿Qué vas a sacar tú? Quinientos si tienes suerte. Seguro que Zeth Mayfair no se está gastando mucha pasta en una zorra delgaducha.

—Zeth no me paga nada.

Se callan todas de golpe, perplejas. Se miran unas a otras, partícipes de una conversación silenciosa de la que yo no formo parte. Alaska me mira con arrogancia, coge su copa y me señala con ella.

—¿No te había dicho que no te portases como una cabrona con ellas?

Se echa a reír, da media vuelta y se marcha, canturreando para sí.



Las chicas tardan una eternidad en superar que yo no sea una trabajadora sexual. Y tardan todavía más en disculparme por el tono de disgusto con el que les he dicho que Zeth no me paga por mis servicios. Hasta que el tequila no empieza a fluir de nuevo, no consigo convencer a ninguna para que me hable, y solo lo logro porque participo en tres rondas de generosos chupitos en las que aúllo como una idiota cada vez que lo hacen ellas. Renuncié a esta parte de la universidad por una razón. No se me da bien ser este tipo de chica, y se nota. Pone a las demás nerviosas. Sobre todo a las que se pintan las uñas de los pies las unas a las otras y se estrujan las tetas para ver «cómo han quedado». La de los rulos, que se llama Dani, se pasa un buen rato apretujando las mías antes de que entienda qué coño está pasando.

—Hum… Son de verdad, ¿no? Están bien. Buen tamaño. No son demasiado pequeñas, aunque tendrías mejor tipo si te aumentaras un par de tallas.

—Sí, a mí no me quedaba bien la ropa hasta que me puse estas —interviene Sara, la chica que ha preguntado por Zeth al principio, mientras se palmea sus gigantescos pechos de copa F. Son las tetas más grandes que he visto en la vida. Me siento medio tentada de decirle que probablemente no elegía la ropa adecuada para su tipo de cuerpo, pero me muerdo la lengua. Eso no le sentaría bien. Además, no he venido para hablar de cirugía plástica o de cómo vestirse. Estoy aquí para averiguar dónde está Alexis.

La fase de acicalamiento empieza después del cuarto chupito de tequila. Las chicas sacan los kits de maquillaje, que son grandes como cajas de herramientas y deben de pesar más o menos lo mismo, y empiezan a revolotear las unas alrededor de las otras,

dándose consejos sobre su tipo de piel y practicando el maquillaje que tienen pensado hacerse mañana por la noche. Hasta ese momento, el evento permanecía en un segundo plano, guardado en un rincón de mi mente, pero ahora ha pasado a ocupar de forma fulgurante un lugar preponderante. Un evento. Como el que organizó Zeth. Solo que esta vez no habrá ninguna habitación oscura en la que esconderse. Tendré que participar a la vista de todos… y tengo que ser convincente, tanto por mi bien como por el de Zeth.

Pero eso es un problema para la Sloane del futuro. Ahora mismo he de centrarme en la tarea que me ocupa. Empiezo con preguntas más generales mientras espero a que se presente una oportunidad para hablar sobre lo que me interesa.

—Entonces, ¿aquí solo vivís vosotras? Parece una casa muy grande para solo siete chicas.

—Ah, no, normalmente somos diez —contesta Sara—. Kady ha ido a la ciudad a hacerse una rinoplastia. Se la ha pagado Jacob. ¿Te lo puedes creer? Le dijo que estaba asustando a la gente y que nadie se la iba a follar si tenía la nariz aguileña como un viejo. Ha sido él quien ha soltado la pasta para todo. El cirujano, el hotel, los gastos… todo. —Parece celosa. Me da la sensación de que Sara tuvo que financiarse solita el aumento de pecho—. Bueno, el caso es que otra de las chicas, Chloe, ha ido con ella para hacerle compañía. Y luego está Sophia. Ha ido a reunirse con uno de los grupos que vienen mañana. Estará de vuelta mañana por la tarde, supongo. Y Chloe y Kady también, aunque Kady no trabajará. Seguro que se le pondrán los ojos morados. ¿Te imaginas lo mal que…?

Sara sigue hablando, hablando y hablando, no hace una pausa ni para respirar, y mientras tanto yo repaso mentalmente estos nuevos detalles. Chloe, Kady y Sophia. Ninguna Alexis. Pero yo sé que está aquí. Zeth me dijo que salía en las fotos que Michael hizo antes de que lo pillaran, de modo que deben de haberle cambiado el nombre o algo así. Kady no es, eso seguro. Alexis es de complexión incluso más delicada que yo. Nadie la acusaría nunca de tener la nariz aguileña como un viejo. Eso me deja a Chloe y a Sophia. Se me cae

el alma a los pies cuando comprendo que no veré a Alexis hasta mañana por la noche.

¿Y si entonces tampoco puedo hablar con ella en privado? ¿Y si nos pasamos toda la noche rodeadas de gente y no se me presenta la oportunidad? Tendré que provocarla yo. Voy a sacar a mi hermana de aquí aunque sea lo último que haga.

52
ZEIH

—¿Por qué cojones no me dijiste que eras el primo de Rebel?

Michael ya se ha quitado la ropa sucia y manchada de sangre y va vestido con un traje bien confeccionado, tal y como estoy acostumbrado a verlo. He pensado en darle un puñetazo por haberme ocultado algo de ese calibre, pero sería malgastar mi energía. Tiene derecho a guardarse secretos a cal y canto tan jodidos como ese, y si lo hago sangrar, solo conseguiré que tenga que cambiarse otra vez.

—No fue cosa mía, Zee. Te lo habría dicho desde un principio, pero Rebel no quiere que la gente sepa nada de su familia, ¿entiendes? Cree que es una debilidad que se sepa que hay por ahí personas a las que pueden sacar algo secuestrándolas y torturándolas. Es malo para el negocio, sobre todo con el tipo de negocios que él maneja. Tiene enemigos. Enemigos que dan un miedo de cojones.

Gruño y me termino la cerveza de un trago.

—Tiene sentido. Aun así…

—Sí, ya lo sé. Ya lo sé. Podría habértelo confiado. Debería haberlo hecho.

Michael sabe que Rebel trató de comprar a Sloane para follársela en aquella habitación. También sabe lo que pienso sobre los putos enfermos que secuestran chicas y las violan. Suelo ser bastante discreto, pero tal vez con este tema sea con el único con el que me he mojado de verdad a la hora de dar mi opinión. Quizá pensó que lo habría juzgado por ser de su misma sangre.

—¿Has sabido algo de él desde que Jacob lo llamó? —pregunto.

Michael asiente, coge una cerveza del cubo con hielo que hay junto a la piscina y se sienta a mi lado.

—Por eso he venido a verte. Va a venir.

Señalo el suelo.

—¿Aquí? ¿Rebel va a venir aquí? ¿Por qué?

—No sé, ¿para el evento? ¿Para joder a Jacob? ¿Para follarse a unas cuantas tías? No tengo ni idea. Solo me ha dicho que cuente con su presencia.

Una noticia fantástica. Una noticia de puta madre. Veo la retahíla de problemas que se me presenta y me entra un dolor de cabeza instantáneo. ¿Reconocerá a Sloane? Eli, el detective privado que me cargué, debió de enseñarle fotos para que pujara tanto dinero por pasar una noche con ella. ¿Se comportará? ¿O hará algo que mi temperamento será incapaz de soportar?

Pero, al margen de todo eso, también se me presentan algunas pequeñas ventajas. Si Rebel está aquí, el comportamiento de Jacob será intachable. Estará demasiado ocupado intentando meterle la lengua en el culo todo lo posible como para prestarme atención a mí. O a Sloane. O a que se lleven a escondidas a una de sus chicas. Además… No conozco a Rebel en persona. Solo he oído su nombre en boca de los moteros y los miembros de los carteles, en susurros, como si el tío fuese un puto dios o algo así. Es una oportunidad excelente para conocerlo y ver cómo es con mis propios ojos. Para ponerle cara al nombre. Y para memorizar esa cara para más adelante poder cargármelo de una paliza, si fuera necesario.

—¿Me estás escuchando, tío? —Michael ya se ha bebido su cerveza y me está tendiendo otra a mí—. Pensaba que ibas a dejar a Lace con la médica. ¿Dónde está?

—Ah. Con los padres de Sloane. —Le doy un trago a la cerveza mientras pienso en ese detalle. Es todo bastante irónico. Y preocupante.

—¿No son superreligiosos?

—Sí. Su padre es pastor. Más religiosos no los hacen.

Michael sonríe con educación, aunque yo me doy cuenta de que por dentro se está partiendo de risa.

—¿Y sabe lo que a Lacey le gusta hacer con las chicas? ¿O que está decidida a suicidarse en cuanto se le presente la oportunidad?

El último comentario me lanza a una espiral de pánico. Puede que a Lacey le haya apetecido jugar con chicas de vez en cuando, pero no es lesbiana. A ver, tampoco me importaría que lo fuese, y lo entiendo: comer coño es adictivo. Pero si Lacey ha estado más inclinada a acostarse con gente de su mismo sexo, es porque tiene miedo. Miedo de los hombres. Las mujeres son más tiernas. Más amables. Llegará un día en que Lacey vuelva a follarse a hombres, creo. No, mi pánico tiene que ver con lo otro. Con lo de suicidarse. Puede que Sloane les haya pedido a sus padres que no le quiten la vista de encima, pero no tienen ni idea de lo destrozada que está esa chica. No la conocen como yo. Está decidida a conseguirlo. Tengo que hablar con Sloane. No, mejor dicho, tengo que hablar con el puto padre de Sloane. Si Lace se mata cuando se supone que está bajo su vigilancia…

Michael interrumpe mis pensamientos homicidas.

—¿Tiene Sloane algún problema con Lacey?

Una pregunta rara de cojones. Iba a dar un trago de cerveza, pero la botella no llega a mis labios.

—¿Qué? No. ¿Por qué lo iba a tener?

Michael se ríe y niega con la cabeza.

—No te enteras de nada. Te estás follando a Sloane, pero eres muy protector con Lacey. La médica pensará que te la estás follando a ella también. O que solías hacerlo.

Quiero a Michael como a un hermano, pero a veces es un imbécil.

—A Sloane le dan igual mis ex. Seguramente, ni siquiera le importaría que también me estuviera follando a Lacey. No es ese tipo de chica; lo único que le importa es encontrar a su hermana. Yo no soy más que un medio para llegar a un fin.

Michael me mira como si el imbécil fuese yo.

—¿Hablas en serio?

—Sí. En fin, a mí no me ha pedido nada. —Y siempre te piden algo. Un número de teléfono, una segunda cita… Una propuesta de matrimonio. Lo que me ha pedido Sloane, en cambio, es que salga de su vida de una maldita vez.

Michael alarga la mano y me da unas palmaditas en la espalda. Por extraño que resulte, parece desconcertado.

—Si crees eso, querido amigo, eres el cabrón más idiota del mundo.

53

ZETH

No me he buscado otra habitación donde dormir. Debería haberlo hecho, lo sé, pero no lo he hecho. Cuando vuelve de su fiesta de pijamas con las chicas de Jacob, la estoy esperando en el cuarto. Pone los ojos como platos al verme sentado a la mesita que hay junto a la ventana, limpiando la Desert Eagle.

—¿Qué haces aquí? —pregunta. Lleva uno de los maquillajes más exagerados que le he visto nunca. Se ha hecho esa cosa ahumada en los ojos que hace que destaquen una barbaridad.

—Pues lo mismo que has estado haciendo tú, diría yo. Prepararme para mañana por la noche.

—¿Vas a llevar la pistola?

—Pues claro, joder. Y todo lo que pueda llevar que me sirva para matar a un hombre.

—Oh, vaya, pues más vale que Jacob vigile bien la cubertería.

—A la cubertería no le va a pasar nada. Si la cosa se pone muy fea, utilizaré las manos.

Una sombra de preocupación transforma la expresión de Sloane.

—¿Crees que la cosa se va a poner muy fea?

—No. Es posible. —Encajo el mecanismo del arma con un golpe seco—. Más vale prevenir que curar. ¿Has visto a tu hermana? —Es una pregunta peligrosa. Mirándola, no soy capaz de adivinar lo que ha pasado en la otra casa. Daría por sentado que, si hubiera ido mal, ahora estaría hecha un mar de lágrimas, pero con Sloane nunca se sabe. Es mucho más compleja que otras mujeres. Mucho más inteligente. Y mucho más difícil de entender.

Sloane se acerca a la mesa y se sienta frente a mí. La sigue una nube de perfume tan empalagosa que me lloran los ojos, aunque no

me sorprende. Las chicas de Jacob son excesivas con todo. El maquillaje, el bronceado, las tetas… Para ellas, más es más.

—No estaba —me informa Sloane—. Volverá mañana por la tarde, a tiempo para la fiesta.

—Oh. —No es lo ideal, pero tampoco es terrible. Nuestro plan aún puede funcionar. Sin embargo, Sloane parece preocupada—. ¿Qué pasa?

Se acaricia el labio inferior con el pulgar, mirándome a los ojos. Estoy a punto de decirle que me está haciendo sentir la hostia de incómodo cuando me doy cuenta de que ninguna chica me había hecho sentir nunca la hostia de incómodo. Pero antes muerto que reconocer algo así ante ella.

—He estado pensando una cosa. Y no quiero que te enfades.

Vaya, menuda manera más prometedora de empezar una conversación. Me echo hacia atrás y dejo la pistola sobre la mesa. Ella la mira y respira hondo.

—Quiero saber si estás limpio.

—¿Que si estoy…? ¿Que si estoy limpio?

—Sí. —Se mueve en su asiento, incómoda—. Ya sabes… Hemos tenido relaciones sexuales sin protección y quiero estar segura de que no me has contagiado alguna enfermedad asquerosa y potencialmente mortal. Te has acostado con todas estas mujeres…

—Eh, eh, ¿qué coño dices? —Estoy repitiéndome las últimas palabras que ha dicho e intentando asimilarlas—. ¿Con qué mujeres me he acostado?

Aprieta los dientes y veo cómo se le tensan los músculos de la mandíbula. La he cabreado, pero ¿y qué? Ella también me ha cabreado a mí. Tiene fuego en la mirada cuando replica:

—Pensaba que siempre eras sincero conmigo. No puedes decirme que no te hayas acostado nunca con trabajadoras sexuales.

—Me he acostado con muchas mujeres, Sloane, pero nunca he pagado por sexo. —Ella resopla, lo que me indica que no me cree—. No tengo nada en contra de hacerlo, Sloane. Es una profesión honesta, joder. Pero pagar por sexo no es algo que me atraiga. En

absoluto. Todas las personas con las que me he acostado lo han hecho porque han querido. Tú incluida.

Me estoy calentando, pero Sloane también. Se le han teñido las mejillas de rosa brillante.

—Ah, ¿sí? Entonces, ¿perdí la virginidad en una habitación de hotel, a oscuras, con un completo desconocido porque yo quise?

—Tú… —Me muerdo la lengua para no decir lo que quiero decir. ¡Mierda! Esa puta noche… Nos va a perseguir el resto de nuestra vida—. Pujé por ti para librarte de alguien que te habría dejado jodida de verdad. Y Eli me dijo que tenías experiencia. Me dijo que te gustaban ese tipo de perversiones. Pensaba que te estaba haciendo un favor, Sloane. Odio haberte quitado la puta virginidad, créeme. Eso sí que lo siento. Pero no te forcé ni tampoco te pagué.

—No. Pero se suponía que iba a pagarme Eli, ¿no? Se suponía que me iba a decir dónde estaba mi hermana. Ese era el pago, pero tú lo mataste antes de que pudiera hacerlo. Así que tienes razón, supongo. No fui compensada por sangrar por ti.

Se levanta de la mesa, temblando de ira, pero yo la sigo y la cojo del brazo. Se da la vuelta y me propina una bofetada. Y esta sí se la permito. Me la merezco. Probablemente me merezca cosas peores de su parte. Recibo el dolor con los brazos abiertos y espero. ¿Aún me tiene ganas? No lo parece. Se limita a quedarse ahí plantada, temblando.

—Habría encontrado a Alexis mucho antes si tú no hubieras intervenido, Zeth —me espeta.

—¿Qué…? Espera… ¿Me culpas a mí de que ella haya estado aquí atrapada todo este tiempo? No la habrías encontrado, Sloane. Eli no tenía ninguna información que darte.

—¡Y una mierda! Fui a su despacho. Lo encontré allí sentado, muerto, con un maldito abrecartas clavado en el pecho. ¡Encontré la carpeta que tenía con información de Alexis! La tenía ahí, en el armario archivador. Pero tú te habías llevado todo lo que contenía, ¿no? ¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?

Estoy haciendo un esfuerzo, pero ella no me lo está poniendo fácil. En Chino nos enseñaban técnicas para controlar la ira, pero yo siempre estuve demasiado cabreado para prestar atención. A la mierda. ¿Quiere que saquemos este tema? Pues adelante.

—En esa carpeta no había ni una sola cosa sobre Alexis, Sloane. Era todo sobre ti. Eli guardaba ahí toda tu información personal. Tenía fotos tuyas en tu trabajo, en tu coche… ¡En tu casa! —Espero, dejando la verdad suspendida en el aire unos segundos, para que le dé tiempo a comprender lo que significa.

—¿De mí? ¿Qué quieres decir con que tenía fotos de mí en mi casa?

—Me refiero a fotos de ti en la ducha, en la cama, paseándote desnuda… Tenía archivos de vídeo tuyos en los que te estabas tocando, Sloane, joder.

—¿Qué?

—Fui a su despacho para llevarme todo lo que tenía sobre Alexis, pero él se limitó a reírse. Me dijo que te había engañado. Que había oído rumores de que los moteros se habían llevado a una chica con el pelo oscuro, y que ahora trabajaba para ellos, pero nada más. Y ni siquiera te iba a decir eso. Te iba a contar alguna milonga que no te iba a llevar a ningún sitio, y habrías tenido que acudir a él de nuevo para tener más información. ¿Y adivina qué? Te habrías tenido que follar a tres tíos más para conseguir esa información falsa. Y así habría seguido. Una y otra vez. Y luego vi las carpetas que tenía sobre otras chicas. ¿Te molestaste en mirarlas?

—¡Sí! Yo… —Pero se calla. Su furia se ha esfumado. Mira al suelo, con las puntas de las pestañas llenas de lágrimas temblorosas, mientras su cerebro trabaja a toda velocidad—. Las vi. Hojeé unas cuantas. Eran todas… —Traga saliva—. Eran todas normales. Casos corrientes. Adúlteras, fianzas incumplidas…

Ahora me toca a mí negar con la cabeza.

—No, no viste las carpetas. Porque también me las llevé. Me las llevé todas. Le estaba haciendo lo mismo a al menos doce mujeres más. Tiraba de los hilos, las manejaba como a marionetas. Destruí

las fotos, los discos, las memorias USB, todo. Y tienes razón: maté a Eli. Lo maté porque él me apuñaló primero. Aquí. ¿Quieres ver las putas pruebas? —Me quito la camiseta y me doy la vuelta para que vea la cicatriz de cinco centímetros que tengo en un costado, donde Eli me clavó el puto abrecartas. ¿Qué clase de detective privado no tiene una navaja decente? O una pistola, ahora que lo pienso.

—Zeth… —Me acerca los dedos temblorosos a la cicatriz, pero no la toca. Vaya, no, esto no es lo que quiere oír. Aparta la mano y niega con la cabeza—. Esas cicatrices ya las tenías antes. Las toqué en el hotel.

—Tenía estas. —Señalo las tres marcas toscas que tengo en el torso, tres de mis muchos recuerdos de Chino—. Pero esta es de después de nuestro encuentro en ese hotel.

—Dios mío… —Retrocede, como si la verdad no pudiera encontrarla al otro lado de la puta habitación. Cuando llega a la cama, se sienta en el colchón y niega con la cabeza—. No tenía ni idea. —Se tapa la boca con la mano y respira ruidosamente por entre los dedos.

—Y para responder a tu pregunta anterior, Sloane, sí que estoy limpio. Eres la única persona con la que me he acostado sin protección. Di por hecho que sería seguro teniendo en cuenta que soy el único tío con el que has estado. Pero, en fin. Supongo que necesitaba una buena acusación sobre enfermedades de transmisión sexual para ponerle la guinda a este día de mierda. Así que, ¿sabes qué? Que te follen.

Si pudiera, me largaría y arrancaría la puta puerta de las bisagras por el camino. Pero estos días ya lo he hecho demasiadas veces, y no podemos permitirnos seguir gritándonos en este sitio. A Jacob ya no le queda mucha paciencia. Estará encantado de matarme si seguimos perturbando la paz. Así que, en su lugar, le doy la espalda, me presiono los ojos con las palmas de las manos y respiro hondo. Sería muy poco inteligente entrar en una guerra con ella, pero, joder, estoy armado y dispuesto. Ella…

Apoya las manos en mi espalda con suavidad. No la había oído acercarse.

—¿Por qué hiciste todo eso? —pregunta.

—¿Qué parte?

—Todo. ¿Por qué interviniste? ¿Cómo sabías que Eli me… me estaba vendiendo al mejor postor?

Es más fácil responderle si le doy la espalda. Más fácil, pero no fácil.

—Por mi tío, Carl. —Así es como han empezado muchas de las historias de mi vida. Con él—. Cuando mis padres murieron, Carl me acogió en su casa. Era un cabrón. Me pegaba. Pero no todo era malo. Esperaba a que me curase de la última paliza para darme la siguiente. Y casi nunca me rompía los huesos. Después de todo, supongo que tengo que dar gracias por eso. Cuando tenía ocho años, las cosas empeoraron de verdad. Empezó a beber más… En fin. El caso es que aprendí a distanciarme de todo aquello. Carl era como una puta herida abierta que se negaba a curarse, y yo no quería que fuera lo que fuera lo que tuviese me infectase a mí, así que me cerré en banda. Con todo. Hasta que nada de lo que hacía me afectaba.

»Bueno, eso ya da igual. Al cabrón lo asesinaron hace diez años. Alguien lo rajó a base de bien. Tuve que ir al hospital a identificarlo… y allí es donde te vi a ti. Estabas esperando al ascensor y yo estaba allí, tratando de asimilar lo ocurrido. Que estaba muerto. Que no tendría que pensar en él nunca más. Y tú… Me bastó con mirarte una sola vez para darme cuenta de que éramos iguales. Cerrados en banda. Aislados. Caminabas por ahí, hablabas y te comportabas igual que los demás, pero eras diferente. Estabas encerrada dentro de ti misma. Y yo…

Maldita sea, esto es una puta mierda. Cada palabra que pronuncio, cada palabra a la que doy vida, es como una cuchilla cortándome el cuello. Ahora es cuando, en circunstancias normales, le daría un puñetazo a la pared. Pero esta vez el dolor no me servirá para atemperar el caos.

De nuevo algo cálido me toca la espalda. Exhalo de forma temblorosa, mirando al techo. Son sus labios. Me está besando, y me encanta, joder. Se queda muy quieta, como si esperase que me marchara. Al ver que no lo hago, da un paso más hacia mí, pegándome el pecho a la espalda, y me abraza.

Me cago en la puta, joder. Puta mierda. ¿Podría ser esto más difícil? Aprieto los dientes con fuerza hasta que estoy preparado para continuar.

—Y… necesitaba saber qué te había hecho tanto daño, Sloane. Así que me decidí a descubrirlo. No tardé mucho. Michael te siguió cuando fuiste a encontrarte con Eli la primera vez. Y aquí estamos.

Se va a cagar de miedo con todo esto. Y debería. La vigilé como un puto psicópata e hice que Michael la siguiera. Me preparo para el estallido, pero Sloane se limita a apoyar la frente en mi espalda, a acariciarme la piel con su aliento cálido y superficial.

¿Nada?

¿En serio?

La única persona que sabe todo esto es Michael, y solo recibió instrucciones muy precisas: «Sigue a la chica. Descubre qué está haciendo. No permitas que te vea». Ese tipo de cosas. Nunca le expliqué por qué, y él nunca me lo preguntó.

Al final, Sloane deja de respirar, como si estuviera muy concentrada. Y entonces…

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo puedes ser tan bueno y tan peligroso al mismo tiempo, Zeth? Eres una contradicción.

La carcajada se me escapa antes de que logre detenerla.

—No hay nada bueno en mí. Te vigilé. Te seguí. Descubrí qué te importaba. Planifiqué cómo inmiscuirme en tu vida y manipularte, igual que hizo Eli. No soy mejor que él.

Mueve la frente de izquierda a derecha, negando con la cabeza.

—Sí que lo eres. Eres mejor de lo que crees. Superaste la puja de alguien porque tenías miedo de que me hiciera daño. Vaciaste todas aquellas carpetas. Protegiste a esas mujeres…

—Estás proyectando lo que quieres…

—¿Por qué te niegas a reconocerlo? No puedes, ¿no? Ni siquiera a ti mismo.

Hay muchas cosas que no puedo reconocerme a mí mismo. Muchas. Pero ser bueno no es una de ellas. Sé muy bien qué tipo de hombre soy. Cuando me contemplo en el espejo, veo al monstruo que me devuelve la mirada.

—No te hagas ilusiones, Sloane. No busco ser redimido. Aquí no hay nada que puedas arreglar.

Las mujeres nunca quieren escuchar la verdad. Siempre creen que podrán cambiarte. Que podrán reparar las grietas de tu vida hecha pedazos. Que podrán entrar como si nada e iluminarte lo suficiente para ahuyentar las sombras.

Pero, en voz muy baja, Sloane susurra:

—Yo no quiero arreglarte. Pero… me gustaría tratar de entenderte.

Joder, va a necesitar una puta bola de cristal si quiere conseguirlo. No me entiendo ni yo. Esto es incómodo de cojones. Intento no percibir su calor detrás de mí. Cierro los ojos y trato de no sentirme más sanado por culpa de él.

—¿Zeth?

—¿Sí?

—Necesito que hagas algo por mí.

En fin, aquí vamos. A ver qué necesita. Lo que yo necesito es una copa.

—¿Qué?

—Date la vuelta y abrázame.

Lo que pasa con Sloane es que nunca dice lo que creo que va a decir. Quiere que la abrace, pero abrazar a alguien tal como ella me está abrazando a mí… eso no es sexo. Eso es otra cosa, y no estoy seguro de tener lo que hay que tener para dársela. Aunque esta mañana le he dado a entender justo lo contrario. Sé cómo ha sonado. «Eres la chica que está tan ciega que no ve lo que tiene delante». En fin, ahora me la está devolviendo, ¿no? Me está diciendo que me ve, y que quiere lo que ve. Debería haberle hecho

caso a la voz de mi cabeza que me decía que cerrara el pico y actuar justamente así.

Suelto de carrerilla todos los tacos que se me ocurren mientras Sloane espera pacientemente.

No se deja llevar por el pánico.

No sale corriendo.

Es más valiente de lo que le reconozco. Mucho más valiente que yo. Así que me doy media vuelta y la abrazo.

54

SLOANE

Zeth duerme en el suelo, al otro lado de la habitación, lo más lejos posible de mí. Sé que está dormido por la lentitud de su respiración profunda y regular. Yo, en cambio, no he logrado pegar ojo. La noche no ha ido como yo esperaba. He visto un lado de Zeth que me ha aterrorizado. Y, por otra parte, me ha hecho sentirme como una capulla por haberle echado la culpa del tiempo que Alexis ha pasado aquí, en el complejo de los Black Talons. Para ser sincera, no me había dado cuenta de que lo estaba culpando a él. No hasta que he pasado un rato con esas chicas.

Una vez superado el momento incómodo inicial, han sido amables y parecían felices, pero no había imaginado una vida así para Alexis. Ella quería estudiar psicología. Quería crear arte hermoso para la gente. Y, en cambio, probablemente ha estado bebiendo hasta perder el sentido solo para olvidar lo que le ocurre a su cuerpo después de hacerlo. Dios, ¿por qué he pensado eso? La sola idea me pone enferma. Necesito un café. Necesito a Pip. Necesito la pequeña burbuja de seguridad que he construido para mí misma en Seattle, pero esa burbuja ya no existe. Ha reventado para siempre, y si vuelvo a ella, lo más probable es que termine muerta. No tengo ni idea de cuándo podré volver a casa. Ni de si podré volver.

Saco el móvil de debajo de la almohada. Necesito hacer una cosa. Entro en la aplicación de mensajes y empiezo a escribir.

Yo:

¿Estás despierta? Necesito una valoración psiquiátrica.

Al cabo de unos instantes recibo su respuesta.

Pippa:

Como si yo pudiera estar dormida a las dos de la mañana. ¿Qué pasa? ¿Las vacaciones no son tan relajantes como imaginabas? Reserva un masaje con un tío que esté muy bueno. Eso lo arregla todo.

Odio haberle mentido a Pippa sobre el motivo de mi repentina desaparición, pero le daría un ataque si supiera dónde estoy en realidad. Y con quién. Y lo que tengo pensado hacer. En resumen, todo. Toda la situación haría que le estallara la cabeza.

Yo:

¡Un masaje! ¡Sí! Lo tengo pensado, sí. Pero eso de relajarme…

Pippa:

Ya, ya. Sé por qué no puedes dormir. Y tú sabes que no me parece bien.

Yo:

No puedo evitarlo.

Pippa:

Búscate a otro que te distraiga. Coquetea con algún surfista hawaiano.

Yo:

¿Y si no quiero estar con un surfista hawaiano?

No logro escribir lo siguiente. No soy capaz de reconocérmelo a mí misma. ¿Y si solo quiero estar con él?

Pippa:

Entonces estamos todos perdidos.

Pippa:

Mira, no te preocupes. Al final, por mucho que no me guste, te apoyaré hagas lo que hagas. Pero no te merece, Sloane. No es bueno para ti. Ya está. No te lo volveré a decir. Intenta dormir un poco, ¿vale?

Me paso la siguiente media hora aferrada al móvil, preguntándome si tiene razón. ¿Estoy perdida si sigo por este camino? Él mismo me lo ha dicho. No hay nada en él que se pueda reparar. Y si no me hubiera contado lo de Eli y lo que tenía planeado para mí, ¿me sentiría así ahora mismo? ¿Querría salir de esta cama y acurrucarme en el suelo a su lado? Dios, ¿por qué no soy capaz de ser sincera conmigo misma? Sí, también lo querría. También me sentiría así. Ya hace algún tiempo que quiero estar así con él. Y ahora que las cosas están un poco más claras…

¡Ja! Lo ridículo de ese pensamiento me pilla desprevenida. Sí. Claras como el barro.

Me hago un ovillo, abrazándome las rodillas y presionándomelas contra el pecho. Necesito dormir. Pippa tiene razón en eso. Cierro los ojos e intento obligarme a quedarme dormida, pero no lo consigo… Sobre todo porque la cama empieza a temblar. El ruido empieza siendo un suave rumor en el desierto, pero crece rápido; se intensifica, tornándose más resonante, más ensordecedor. ¿Serán truenos?

—¡Abrid la puerta!

—¡Muévete, idiota! ¡Están aquí!

Fuera se oye el eco de los gritos en la noche. Salgo de la cama, miro entre las lamas de la persiana y veo que el cristal está temblando en el marco, distorsionándome las vistas.

Pero veo lo suficiente.

Motos.

Decenas de motos cruzan la puerta abierta y entran en el complejo, tantas, que pierdo la cuenta. Las brillantes máquinas negras gruñen como animales enfervorecidos, y el patio se llena de carcajadas estruendosas. Santo Dios. El pulso me palpita como un tambor bajo la piel.

—Rebel. Esos son sus hombres. —El timbre de la voz de Zeth es tan grave y amenazador como los motores de las motos. Me observa desde su cama improvisada en el suelo, con el pecho bañado por la

luz blanca de los faros de las luces que penetra a través de la ventana.

—¿Quién es Rebel?

Zeth cierra los ojos.

—Alguien de la peor calaña. Alguien a quien no quieres conocer.

55
ZETH

De poco ha servido ser cuidadoso y dormir en el suelo. No debería haberme molestado. Mis pensamientos me tienen en vela, sugiriéndome un sinfín de posibilidades mientras el alba va iluminando la habitación. Al final, renuncio a la idea de dormir. Me levanto, salgo de la habitación y voy fuera.

Durante el día hace un calor de cojones, pero por la noche el clima del desierto es gélido. Mientras paseo, mi aliento cálido forma pequeñas nubes. La hilera de motos aparcadas por la villa es preocupante. Las cuento una a una, hasta once. Once putos Widow Makers. Había contado con muchos posibles marrones, pero que Rebel se presentara aquí con sus hombres no estaba en la lista de putadas a las que tal vez tuviera que enfrentarme durante mi estancia aquí. No es buena señal. Pasarse trece horas con las pelotas aplastadas contra el depósito de gasolina cabrea a cualquiera. Y, por lo que me han contado de Rebel, no le cuesta mucho cabrearse.

Pero, claro, a mí tampoco.

Cuando vuelvo a la habitación, Sloane sigue dormida. Tiene el pelo tan alborotado que parece que un pájaro haya hecho un nido en su mejilla, que además tiene llena de marcas de las arrugas de la almohada. Es preciosa, joder. Me siento como un idiota aquí plantado mirándola, así que empiezo a dar zancadas por la habitación, haciendo ruido suficiente como para despertar hasta a los muertos.

—¿Zeth?

Abandono mi tarea, suelto el edredón, que se cae al suelo, y ahí está ella, medio incorporada, mirándome y parpadeando con ojos

soñolientos.

—Lo siento. No quería despertarte. —«Ya lo creo que quería despertarte»—. Pero, ya que estás despierta, tenemos que hablar de lo de esta noche.

Esta noche. Jacob y Rebel, dos peces gordos, encerrados en un edificio con un montón de criminales más, ninguno de los cuales tiene buenas intenciones. Y luego estamos ella y yo en medio de todos ellos. Estoy enfermo, joder. ¿Por qué? Porque es bastante probable que Jacob me mande al otro barrio. Tan probable como que Rebel reconozca a Sloane. Y aun así, cuando pienso en llevarla a este evento, se me pone dura.

—¿Sí? ¿Cuál es el plan?

—El plan es que te vistas y bajemos a desayunar. Nadie estará despierto todavía. Podemos comer y hablar mientras tanto. —Mi estómago se está quejando como un animal. Necesito sustento, y necesito salir de esta habitación antes de perder el poco sentido común que me queda y acabar metido en esa cama con Sloane.

Se toca la cabeza, y debe de darse cuenta de cómo tiene el pelo porque abre los ojos como platos, pero su única reacción es encogerse de hombros. Me encanta eso de ella. Le importa una mierda su aspecto.

—Vale —accede, y sale de la cama. Lleva una camiseta larga y unas bragas, y solo de verle la piel desnuda noto un espasmo en la polla dentro de los pantalones. La chica tiene unas piernas de infarto.

—¿Habrá café? —pregunta.

—Por supuesto. Ya me encargo yo de eso.

56
ZEIH

Yo tenía razón. Los ocupantes de la villa siguen dormidos. Cuando llego a la zona del comedor, que está al lado de la cocina, compruebo que las únicas que están despiertas son las sirvientas de Jacob, que están preparando el desayuno para los invitados y los aperitivos para el pequeño espectáculo de esta noche. Cojo dos tazas de café, un plato de fruta cortada y unos *bagels* tostados y preparo la mesa en una esquina de la habitación mientras espero a que baje Sloane.

No tarda mucho en arreglarse. Otra de las cosas que me gustan de ella. La última tía a la que tuve que esperar se pasaba más de una hora arreglándose el puto pelo y maquillándose. Sloane solo tarda quince minutos en venir a mi encuentro. Si lleva maquillaje, es muy poco, un toque de máscara de pestañas y de brillo de labios. Lleva el pelo mojado; tiene pinta de que se lo ha secado un poco con la toalla, pero las puntas húmedas le han dejado manchas oscuras sobre las tetas, donde el agua ha mojado la tela. Se le transparenta. Joder, me pone a cien.

—¡Oooh, café! —Cuando da el primer trago, gime y cierra los ojos. Me pregunto si sabrá lo pornográfico que es eso. No me la imagino viendo mucho porno, pero quién sabe. Con ella he estado equivocado en muchas cosas. En cualquier caso, la situación dentro de mis pantalones empeora, porque se me pone la polla dura otra vez. Joder, esta mañana voy como una moto.

—Bueno, entonces, ¿qué? —pregunta—. ¿Cómo va a ser lo de esta noche?

—Bueno. —Me muevo en mi asiento. Cojo el salero y lo vuelvo a dejar sobre la mesa—. Habrá mucha gente. Encontraremos a Alexis

y saldremos de aquí cagando leches mientras todavía podamos. Dejaremos aquí tu coche y nos iremos en el mío.

Ella niega con la cabeza.

—Es el coche de mi padre. Si no se lo devuelvo, me mata.

Estamos rodeados de sociópatas desquiciados y a Sloane le preocupa la carraca de su padre. Estupendo.

—Si ese coche pasa de los cien, te doy mil dólares —le digo.

—Ah, qué va, no puede.

—Ya. Además, tiene revestimientos de madera.

—¿Y qué significa eso?

—Significa que no pienso conducir un coche con putos revestimientos de madera, eso es lo que significa.

Se encoge de hombros y se limita a dar un trago de café con una sonrisa.

—En fin, supongo que mi padre se tendrá que contentar con recuperar a su hija en lugar del coche, ¿no? —Cuando la veo tan ilusionada, el estómago me da un vuelco. Ni siquiera ha visto a Alexis todavía, pero tiene una confianza ciega en que esta noche saldrá de aquí con su hermana. Yo, en cambio, albergo mis dudas.

—Si Jacob nos ve, las cosas se pondrán feas enseguida. Tenemos que ser discretos. Intentar ser invisibles.

Esa idea parece divertirle.

—Es gracioso que eso te parezca posible. Estando tú aquí. No escuchaste a esas chicas anoche. Están desesperadas por verte. —Su voz se tiñe de amargura, lo que delata cómo le hace sentir eso.

—¿Por eso me preguntaste anoche si estaba infestado de enfermedades? —De lo de anoche es de lo último de lo que me apetece hablar, pero es demasiado tentador—. ¿Estabas celosa, Sloane? ¿Eh?

Ella se remueve en su asiento, incómoda, y se sonroja.

—¡No estaba celosa! ¡Estaba preocupada por mi salud!

Qué mentirosa. En fin. La dejaré fingir, si eso es lo que quiere.

—Bueno, como te dije ayer, yo no pago por sexo.

—¿Y qué pasa con Alaska? ¿No cuenta porque es la amante de Jacob?

—¿Alaska? Alaska no cuenta porque es una zorra desquiciada. Ya no sé ni cuántas veces he rechazado a esa tía. —Sloane se acerca la taza de café a la cara, pero veo cómo se le arrugan las comisuras de los ojos. Está sonriendo—. ¿Por qué? ¿Te dijo que había follado conmigo?

—Oh, lo dio a entender, eso seguro. Algunas de las chicas estaban especulando sobre… Bueno… —Baja la vista y centra la mirada justo a través del mantel, directa a mi entrepierna.

—¿Mi polla? ¿Estaban hablando de mi polla? —Uf, esto se está poniendo cada vez más interesante. Sloane tiene la cara como un tomate.

—Alaska dijo que era grande, pero que las había visto más grandes.

—Nunca me he follado a Alaska, aunque sí que es probable que me haya visto la polla. Y no dudo de que las hayas visto más grandes. Alaska solía trabajar en la industria del porno, y los tipos que se dedican a ello suelen estar muy por encima de la media.

—Bueno, en ese caso estoy segura de que tú también podrías trabajar en la industria del porno. —Empieza a atragantarse con el café en cuanto esa frase se le escapa de la boca. Ah, pobre. No pretendía decir eso en voz alta. Me esfuerzo por contener una sonrisa.

—Sloane Romera…, ¿eso ha sido un halago para mi polla? —Se le escapa un silbido mientras trata de respirar, pero no puedo evitar meterme con ella. Me lo pone muy fácil—. Debo decir que casi me siento halagado.

—Quería decir que… Bah, olvídalo. Sí, era un halago. La tienes enorme. ¿Contento? ¿Te sientes validado como hombre?

No se le está dando mal fingir que no le importa, pero se está muriendo de vergüenza.

—Ya me sentía validado como hombre, Sloane. Me siento como un hombre cada vez que te hago gritar. No, mejor dicho: me siento

como un puto rey cada vez que te hago gritar.

Deja de toser y de recolocar cosas sobre la mesa y me mira. Y esa mirada es la gota que colma el vaso. Uno tiene sus límites, y el mío es que ella me mire así.

—Levántate, Sloane.

—¿Qué?

—Que te levantes. Ven conmigo. —Me pongo de pie y le tiendo la mano, abandonando el café y el desayuno, que todavía no he tocado. Ella vacila unos instantes antes de aceptarla.

—¿Adónde vamos?

Llegamos hasta el pasillo, y es entonces cuando renuncio a mi plan original. No vamos a llegar a la habitación. Me meto en la primera esquina que encuentro y la presiono contra la pared, estampando mi cuerpo contra el suyo.

—¡Zeth!

—Sí, justo así. Oír mi nombre de tus labios, eso es lo que me hace sentir como un hombre —gruño. Mientras le beso el cuello, la mandíbula y las clavículas, su pelo mojado me roza la cara. Sabe a fresco, y a limpio, y a ella, un sabor único. La polla me palpita en los pantalones con una fuerza demencial. Joder, tengo que hacerla mía. No puedo esperar ni un minuto más.

Le quito la camiseta y entierro de inmediato la cara en su escote. Son las mejores tetas del mundo. La estampo contra la pared con la parte inferior de mi cuerpo, rodeándome la cintura con sus piernas, y en esa postura le agarro esas tetas preciosas y las aprieto. Sloane ahoga un grito y echa la cabeza hacia atrás para exponer aún más su cuello. Me faltan manos, joder. Quiero tocarla y acariciarla por todas partes.

—Maldita sea… —Resoplo contra su piel mientras froto la polla contra ella. La sensación es increíble; quiero empujarla con más fuerza, quiero hundirme tan hondo dentro de ella que la haga gritar. Ya no me preocupa despertar al resto de la villa. Quiero hacerla gritar tan fuerte como para despertar hasta a los muertos.

Es una mujer increíble. Le cojo las dos tetas y las junto para que los pezones rosas y erectos queden ante mí, rogándome que juegue con ellos. Mientras los lamo, ella suelta gemidos contenidos. Chupo primero uno y luego otro, y después muerdo con la fuerza justa para hacerla sisear. Inclina la cabeza hacia delante y el gesto hace aflorar un recuerdo: la última vez que me la follé así, me besó. Recuerdo cómo se acercó a mí y estampó los labios contra los míos y enterró las manos en mi pelo. Recuerdo que me prendió fuego por dentro. Me da la sensación de que ella también está pensando en ese beso, porque besarla ahora sería lo más natural del mundo. Sería fácil. De repente, el corazón me martillea contra el pecho, y cada latido corea «no, no, no». No puedo. Reculo y dejo que baje las piernas, que sus pies toquen el suelo.

—¿Va…?

Le desabrocho los pantalones antes de que tenga tiempo de terminar la pregunta. Sé que iba a preguntarme si va todo bien, y no quiero oírlo. No quiero saber nada de lo que está bien ni de lo que está mal. Porque esta situación, este vínculo entre ella y yo, no encaja en ninguna de esas dos categorías.

Le bajo los pantalones de golpe y se me escapa una sonrisilla al ver que tiene que sujetarse en mis hombros para no perder el equilibrio. No la estoy tratando con ternura. Se los arranco del cuerpo, arrastrando de paso las delicadas bailarinas de cuero que lleva en los pies.

Ahora la tengo en bragas. Abre y cierra las manos todo el tiempo, tratando de decidir si quiere cubrirse el pecho o no. Está hecha de curvas y de líneas suaves; es esbelta pero femenina, tímida pero completamente ajena a la energía sexual que exuda por todos los poros de su piel.

Tengo que follarme a esta chica.

Tengo que follármela ahora mismo.

—Date la vuelta, Sloane.

Me mira con recelo, pero el pecho le sube y le baja con violencia. Está tan excitada como yo. Ahora mismo hará cualquier cosa que yo

le pida, y pensar eso es como echarle gasolina al fuego. Se separa un poco de la pared para darse la vuelta despacio, no sin mirarme una última vez con vacilación.

Cuando veo sus nalgas bajo esas bragas de encaje negro que lleva puestas, llego a un punto de no retorno. Tres segundos después ya me he quitado toda la ropa. Acaricio su espalda suave y tonificada y luego la agarro del culo, lo que me impulsa a coger aire de golpe. No puedo esperar más. No veo la hora de metérsela. Necesito un control considerable para empujar con suavidad a Sloane hacia delante, de modo que ella pueda agarrarse de la pared. Perfecto. Esto es justo lo que yo quería: Sloane con las manos apoyadas en la pared y doblada hacia delante, ofreciéndome su culo. Es lo más bonito que he visto en la vida.

Tiembla de deseo, y antes no he dicho ninguna mentira. Cuando veo el efecto que tengo en ella, me siento como el puto rey del mundo. Deslizo las manos por sus costados y me inclino sobre ella para tocarle las tetas, que cuelgan hacia abajo, grandes y pesadas, maravillosas. Me siento como un niño en un parque de atracciones; su cuerpo es mi montaña rusa particular. Empujo las caderas hacia ella y casi exploto al instante, porque Sloane arquea la espalda como un gatito y se echa hacia atrás.

—Joder, Sloane.

—Fóllame —me pide—. Fóllame ya, por favor, por favor…

Sus súplicas jadeantes son como música para mis oídos. Ya está empapada, lo noto a través de sus bragas, que me están mojando ya la polla… así que actúo con brusquedad. No me queda otro remedio; no soy capaz de contenerme más. Agarro las bragas y se las arranco; no me arrepiento lo más mínimo de haberlas roto. Ya le compraré otras. Le compraré ropa interior de encaje negro por el valor de miles de dólares a cambio de estas, y será el mejor negocio que habré hecho en la vida. Sloane grita. Me doy cuenta de que trata de contenerse, pero le está costando mucho conseguirlo. Me hincho como un puto pavo al verlo.

Me agarro la polla y la aprieto. Se me tensan los músculos ante la presión; una oleada ardiente de adrenalina se extiende por mi cuerpo. Sin embargo, no me hundo en ella de inmediato. Deslizo los dedos por su coño empapado y le froto el clítoris mientras me acaricio la polla. La respiración de Sloane se acelera más y más con cada caricia y golpeteo de mis dedos, y se sorprende cuando deslizo la mano hacia atrás y uso su humedad pegajosa para tocarle el culo. Más que sorprenderse, da un brinco con el que casi acaba en el techo.

—Confía en mí, Sloane. —Pedirle que confíe en mí tan descaradamente tiene sus riesgos. Pero no pienso traicionar su confianza. No ahora, ni en esto.

—Eh…

—Confía en mí —insisto. Restriego la polla contra su coño, frotándola en el punto justo, mientras que con los dedos acaricio y juego con su ano al mismo tiempo. Tal vez jamás se habría imaginado que reaccionaría de este modo, pero poco después está echándose hacia atrás otra vez, restregándose contra mí. Lo está disfrutando; se ofrece a mí y me permite aplicar más presión cada vez que mece las caderas.

Me aventuro un poco más y la penetro un poco con el dedo. Ella grita; todo su cuerpo tiembla con violencia contra mí.

—¿Te gusta? —No lo digo por decir, necesito saberlo. Porque si tengo la impresión, aunque solo sea un segundo, de que no lo está disfrutando, pararé de inmediato.

—Sí. Sí, sí… —Habla como aturdida, como si estuviera borracha. Pero no lo está: está sobria y se restriega contra mí como pidiendo más.

Ya he esperado suficiente. Me agarro la polla y la penetro con tanta fuerza que se me tensan las pelotas. Quiero ser brusco con ella. Quiero dejarle marcas, que las puntas de mis dedos pinten de moratones todo su cuerpo… pero no lo hago. Le agarro el pelo y me lo enrollo en el puño para tirar de él y echar su cabeza hacia atrás.

Con ese gesto, el cuerpo se le arquea de nuevo, lo justo para que yo pueda inclinarme y morderle el hombro.

Ahoga un grito de dolor.

—¡Ah, joder!

Tiro de su cabeza para verle el rostro y ahí lo tengo: no estoy cruzando ningún límite. Todo lo contrario. Sloane tiene los ojos en blanco y los labios hinchados, enrojecidos y entreabiertos, y jadea mi nombre una y otra vez, con cada una de mis acometidas. Está tan estrecha que se aferra a mí desde dentro como un guante.

Me arriesgo a aumentar un poco más la presión que ejercen mis dedos que juegan con su ano y suspira, frotándose contra mí.

—Dios mío, Zeth. Sí… Por favor, por favor…

Sí… Lo que me imaginaba. Me ha dado luz verde. Pero no soy un cabrón. Se lo he demostrado. Le he demostrado que esto le gusta.

—Por favor…

Joder. En fin, no soy un cabrón, pero tampoco soy un santo. Se la meto lo más hondo que puedo y deslizo el dedo en su interior al mismo tiempo, despacio, para poder parar en cuanto ella quiera. Le tiemblan las piernas, y me doy cuenta de que cuesta un poco, pero no me pide que pare. Sus jadeos y gimoteos son de placer y no de dolor. Noto mi polla a través de las paredes de su coño, y es… Es…

Sigo follándomela, sigo follándomela con todas mis fuerzas, observando sus reacciones y actuando en consecuencia. Cuando veo que flaquea, cuando veo que el placer empieza a convertirse en dolor, dejo de jugar con su culo y la agarro de las caderas con las dos manos. Ahora que tengo más agarre, puedo embestirla aún más fuerte que antes. La sangre me ruge en las venas.

Sé cuándo está a punto de correrse porque empieza a temblar, se le tensan los músculos y le cuesta mantenerse en pie. Y yo no tengo ninguna esperanza: no puedo contenerme más. Nos corremos a la vez, y ninguno de los dos lo hace en silencio. Entro y salgo de ella despacio mientras recupero el aliento. Debo de ser un puto cerdo, pero me resulta perversamente placentero extenderle mi semen por los pliegues pegajosos de su coño y por el ano.

—¡Bravo! ¡Bravo!

Sloane se aparta de mi polla con tanta brusquedad como si nos hubieran tirado encima un cubo de agua helada. En el pasillo, apoyado en la pared que está enfrente de nuestro rincón, hay un tío con una camiseta negra y rasgada y unos vaqueros negros rotos que aplaude con una sonrisa de oreja a oreja. No lo conozco. Es joven, tendrá poco más de veinte años. Y es un Widow Maker.

—Menudo espectáculo —dice sin dejar de aplaudir—. Y yo que pensaba que la diversión no empezaba hasta esta noche… Qué equivocado estaba.

Sloane intenta coger su ropa a toda prisa mientras maldice entre dientes. Su miedo no me divierte tanto como cuando la pillaron en el baño, la verdad. Me cabrea. Me doy la vuelta y me coloco delante de ella para taparla.

—Suele ser de buena educación anunciar tu presencia, capullo —le espeto contrariado. Me importa una mierda estar desnudo. Me importa una mierda que Jacob se vaya a enfadar. Si la próxima palabra de este tío no es «perdona», le voy a partir la cara.

Por suerte para él, lo es.

—Perdona, tío. Fallo mío. —Ha dejado de reírse. Levanta las manos; parece preocupado por mi reacción, como debe ser. Ha debido de pensar que me iba a avergonzar, pero vivir en la cárcel te arrebata ese tipo de cosas. La modestia, el pudor, todo—. No quería pillaros así, pero, joder, tío… Estabais follando en un pasillo.

No le falta razón. Aun así, creo que debería partirle la cara. Ya me estoy crujiendo los nudillos cuando Sloane me agarra del brazo.

—No pasa nada —dice—. Tiene razón.

Aparece por detrás de mí, ya completamente vestida, aunque con un aspecto bastante desaliñado. A pesar del rubor de sus mejillas, mira al chaval a los ojos. Se queda pálido cuando la ve bien.

—¡Hostia puta! ¿Pero qué…? —Parece que haya visto un fantasma.

—Mal, ¿qué coño…? —Una voz irritada se oye por detrás de donde estamos: otro Widow Maker dobla la esquina. Botas negras,

vaqueros negros, camiseta negra y una chupa de cuero con un parche en el que se lee «VP». El tipo se para en seco al verme, y esta vez soy yo quien parece haber visto un fantasma. Porque es un fantasma.

Es el puto Cade Preston.

Él me mira de hito en hito, igual de impactado que yo, y dice:

—¿Zee? —Y, con el ceño fruncido, añade—: ¿Qué haces desnudo?

No se me ocurre qué más decir, así que contesto lo primero que se me viene a la cabeza.

—Eso da igual. ¿Por qué coño no estás muerto?

57
ZETH

Cuatro años antes
Chino

—Esta comida sabe a mierda, tío.

—Ya… diría que el porcentaje de mierda que hay aquí metido es bastante alto en relación con el de la comida.

—Qué porcentaje ni qué hostias. Esto es todo mierda, tío. Ese pringue marrón tiene que ser mierda de perro. Ese pan es mierda de caballo. Y esas natillas son mierda de pájaro, tío, tal cual. He visto a los equipos de limpieza rascándola del tejado.

Empujo la suela de zapato de carne reestructurada de mi bandeja con el tenedor de plástico mientras la contemplo con recelo. Marco me observa y chasquea la lengua con desdén.

—Zee, tío, esta es la peor mierda del mundo. Esa es la marca patentada de mierda de Coloso. Se pasa el día en esa cocina plantando pinos. Por eso ninguno nos comemos el pastel de carne, cabrón.

La hora de comer en la cárcel es así todos los días. Nos quejamos de la comida y luego nos la comemos de todos modos porque no tenemos más remedio, pero el día que toca pastel de carne es especialmente malo. Coloso, la mole rusa a la que condenaron por matar a su mujer y a sus hijos, es el cocinero, y se divierte quemando todo lo que manda salir de la cocina. Su pastel de carne reseco es asqueroso.

En el comedor se oyen las conversaciones y los piques entre los internos, todos segregados en función de los estereotipos raciales

adecuados. Da igual que no tengas pinta de neonazi, de violador, de camello o de mafioso. Dentro de estas paredes, tu linaje es tu credo. El sistema se basa en el odio. Las bandas de negros odian a las de blancos. Las bandas de italianos odian a las de mexicanos y a las de negros. Las bandas de mexicanos odian a las de blancos, y las de blancos odian a todo el mundo, incluidas otras bandas de blancos cuando les tocan las narices.

A la deriva en mitad de este océano de odio, me siento en una mesa con Marco, que resulta ser negro, y con Leroy, que resulta ser mexicano. Hay una silla vacía al lado de Leroy reservada para el cuarto miembro de nuestro grupo, Cade. Cade es blanco como yo, pero ninguno de los dos es lo bastante «blanco» (es decir, malvado) para unirse al Klu.

Nos llaman las Naciones Unidas, un sobrenombre que hasta a los guardias les hace gracia. Somos marginados. Comemos juntos, cagamos juntos, nos duchamos juntos y corremos por el patio juntos. Los únicos momentos en los que no nos estamos guardando las espaldas es cuando estamos encerrados, cuando solo estamos nosotros y el otro tío con el que compartimos celda. Aunque nuestros compañeros de celda saben que no les conviene enfrentarse a nosotros cuerpo a cuerpo.

—¿Dónde está nuestro hombre? —Leroy parte la comida con un lado del tenedor. Cuando lo único que te dan para partir la comida de Coloso es un tenedor de plástico, le acabas cogiendo el tranquillo.

Marco mastica con la boca abierta y el tenedor colgando de la mano.

—No sé. Pero está fuera. Hadley lo ha visto con el enfermero hace una hora.

Esto es nuevo. Una noticia que no tiene sentido.

—¿El enfermero? ¿Por qué?

—Lo han pillado contestándole mal a un guardia al salir de aislamiento. Lo iban a volver a meter, pero necesitaban la celda para Barteaux. Ese cabrón está loco, se ha vuelto a pinchar a sí mismo.

Normalmente, lo que te preocupa en la cárcel es que alguien te apuñale. Pero ese no es el caso de Barteaux.

—Es la tercera vez que lo hace.

—Ya lo sé, tío. —Leroy se ríe—. El tío cree que lo trasladarán a otra cárcel si la administración se traga que se la tienen jurada. Alguien tendría que decirle que deje de apuñalarse delante de las cámaras.

Marco deja de reírse y señala al fondo de la cantina.

—Eh, mira. Ahí está.

Y, por supuesto, ahí está Cade, caminando entre las mesas con una bandeja en la mano. Es un tipo grande, casi tanto como yo. Tiene el pelo oscuro y está lleno de tatuajes. Podríamos pasar por hermanos, pero no lo somos. Lo metieron en la trena un solo año por un crimen del que no quiere hablar. El primer día de su condena, le salvé de una paliza que le estaba dando el Klu y hemos sido amigos desde entonces. Cuando Cade llega y deja caer la bandeja sobre la mesa, Leroy señala una hilera de puntos mal dados que va desde su sien hasta su pómulo.

—¿Qué te había dicho yo de la merca, idiota? Tienes que dejar de guardarte la mierda en tu celda, tío. A este paso van a escribir tu nombre en la puerta del puto aislamiento. No sales de ahí.

Cade es reincidente por contrabando, o «merca», como dice Leroy. De momento, ha acabado en aislamiento por marihuana, un puño americano y un móvil. A saber cómo coño consiguió meter todo eso. Cade frunce el ceño y aparta la mano de Leroy.

—Que te den, tío.

Le paso un paquete de cigarrillos y enarco una ceja.

—¿Qué ha sido esta vez?

Cade abre el paquete, coge tres y se los mete en el bolsillo del mono para luego.

—Imágenes lascivas y explícitas de naturaleza sexual —recita mientras se lleva el tenedor a la boca.

Marco estalla en carcajadas.

—¿Porno? ¿Te han metido en el agujero una semana por mirar coños?

Cade se encoge de hombros y traga.

—A mí me joden por cualquier cosa, ya lo sabes.

—Sí, tío, lo sabemos. ¿Todavía te la tienen jurada?

Cade mira a su alrededor con recelo, observando las mesas con los ojos entornados, y luego exhala con fuerza. Desde que está aquí, ha sido el objetivo de los ataques de los arios, los mexicanos y los funcionarios de prisiones, aunque nadie aclara por qué. Y Cade menos que nadie. La administración de la cárcel quiere que cante, no se sabe qué, y las bandas tienen miedo de que lo haga. Pero de momento ni siquiera a nosotros nos ha contado por qué su vida corre peligro a diario.

—Esta vez me han ofrecido que entre en el programa de protección de testigos.

Leroy le da un golpe en el brazo.

—Joder, tío. Sabes que te dan un sueldo de por vida si entras en protección de testigos, ¿no? Dinero gratis. ¡No tendrás que hacer nada el resto de tu vida!

—Aparte de guardarte las espaldas —añado.

Cade asiente. Yo lo entiendo. Los demás son criminales de medio pelo. Leroy entró a la fuerza en una ferretería y robó una taladradora, un crimen que lo habría mandado a Lompoc en lugar de a una cárcel de máxima seguridad si el muy gilipollas no le hubiera pegado al guardia de seguridad que lo pilló una paliza que casi lo mata. Y con Marco, la misma historia. Era un camello de poca monta que vendía en la calle y al que probablemente no le habrían caído más de doce meses en mínima seguridad si no hubiera agredido al policía que lo pilló cuando trataba de escapar. Estos tíos no tienen ni idea de lo que implica currar en el crimen organizado, pero yo sí. Y Cade también. No hace falta que me diga que está metido hasta el cuello en algún lío. El programa de protección de testigos no es ni por asomo tan seguro como dicen la poli y los políticos. Siempre se encuentra una manera. Alguien a quien amenazar, un ordenador que

hackear… Y entonces estás muerto. Seguimos comiendo y dejamos de hablar del tema.

Al final, no sirve de mucho preocuparse por el funcionamiento del programa de protección de testigos. Cade no llega a formar parte de él. Ni siquiera llega a salir de Chino. Tres semanas después, durante uno de los escasos momentos en los que no hay asamblea de las Naciones Unidas, un ario llamado Spider apuñala a mi amigo tres veces por la espalda. Riñones, hígado y pulmones. Un golpe profesional. Los guardias transportan su cuerpo flácido por el pasillo central, que pasa por delante de mi celda, mientras yo hago flexiones, dejando un río de sangre tras de sí. No se le vuelve a ver el pelo.

La versión oficial es que Cade Preston no sobrevivió a las heridas.

58

SLOANE

Este tipo, este desconocido, parece peligroso.

Zeth se ha quedado paralizado en el pasillo, mirándolo fijamente con los dientes apretados. Y ¿le acaba de acusar de estar muerto? Un mal presentimiento se extiende por la boca de mi estómago. Por la cara que pone Zeth, es como si se hubiera cargado a este tío de un balazo, lo hubiera enterrado y acabara de descubrir que se resucitó a sí mismo y salió de la tumba excavando con sus propias manos. Joder, ¿significa esto que va a estallar una guerra? Sin embargo, Zeth se limita a coger su ropa y vestirse con el ceño ligeramente fruncido.

—Oye, Mal, ¿por qué no vas a ver si los chicos necesitan algo, eh? —pregunta el desconocido al chico que nos ha pillado follando. Mal parece un poco molesto, pero basta una mirada severa del recién llegado para que obedezca y se marche.

Ahora que está completamente vestido, Zeth parece haberse recompuesto un poco.

—Así que estás con los Widow Makers. En fin, supongo que tiene sentido —murmura. Parece… No tengo ni idea de lo que parece. No tengo ni idea de a qué se debe la expresión sombría que muestra su cara. Cade se rasca la punta de una bota contra el talón de la otra y asiente.

—Supongo que sí. Debes de estar muy confundido.

—Es una manera de decirlo.

La tensión entre estos dos se podría cortar con un cuchillo. Cade luce una expresión de disculpa, mientras que Zeth parece a punto de estallar.

—Después de que me apuñalaran, me trasladaron. Estuve en aislamiento durante el resto de mi condena.

—¡¿Estuviste en aislamiento cinco meses?!

—Sí, tío. Me presionaron de cojones. Y luego me presionaron más aún. Como no les di lo que querían, me dejaron pudrirme en ese agujero. Me dijeron que ya sabía dónde encontrarlos si cambiaba de opinión.

Ah, de la cárcel. De ahí conoce Zeth a este tipo. Y, por lo que deduzco de la conversación, Zeth pensaba que había muerto ahí dentro. Carraspeo para recordarle mi existencia. Cade levanta la vista y se sorprende al ver que sigo ahí, y parece que a Zeth le pasa lo mismo.

—Esto… Naomi, ¿por qué no vas a arreglarte para luego? Tengo que hablar con este tío.

Una conversación privada. En fin, por mi, bien. Si Zeth cree que no debo escuchar lo que tienen que decirse, sea lo que sea, estoy dispuesta a hacerle caso. Además, aunque el rubor ya ha desaparecido de mis mejillas, sigo siendo muy consciente de que nos acaban de pillar follando en el pasillo. Necesito ducharme y, sobre todo, unos minutos para recuperar la dignidad.

Los dejo ahí y me marcho a toda prisa pasillo abajo. Me paso todo el trayecto hasta mi habitación cuestionándome mi propio comportamiento. ¿En quién me he convertido? De repente, estoy totalmente dominada por las hormonas y por un nivel de estupidez que, si soy franca, roza la locura. No reconozco a la persona en la que me estoy convirtiendo. Dolorida, me desnudo para darme la segunda ducha del día. Muevo el control de la temperatura hasta el extremo derecho y dejo que el agua caliente me abrase dos capas de piel. Me desconcierta darme cuenta de que mi vergüenza sigue intacta.

Alguien empieza a aporrear la puerta poco después de que yo salga del baño, que ha quedado lleno de vaho.

—¡Hawthorne! ¡Señorita Hawthorne!

¿Hawthorne? Ah, sí. Esa soy yo: Naomi Hawthorne. La puerta se mueve con fuertes sacudidas; la van a echar abajo. ¿Qué narices está pasando ahí fuera? Me pongo a toda prisa un par de vaqueros y una camiseta limpia y abro, jadeando del esfuerzo de intentar vestirme estando mojada.

Al otro lado me espera un hombre bajo y rollizo, jadeante, y con una pistola en la mano. Ah, no. Ni hablar. No me van a matar de un balazo en el baño de un burdel de los Black Talons. Intento cerrar la puerta corriendo, pero el tipo pone el pie para impedírmelo.

—¡Señorita Hawthorne, por favor! —insiste, sin aliento—. Venga conmigo… necesitamos… su ayuda.

¿Mi ayuda? Mierda. En fin, supongo que Zeth tenía ganas de cargarse a ese tipo de una paliza. Deben de haberse enzarzado en cuanto me he ido. Suelto la puerta y paso junto al tipo bajito.

—Vale, ¿dónde está? Llévame.

Aunque a estas alturas ya debe de haber matado al tal Cade. No sé qué les hace pensar que yo voy a poder detenerlo. Qué ironía, tanto insistirme con que no podemos llamar la atención y ahora él…

Fuera, el sol matutino baña las piedras planas del patio, danzando en el aire. De repente me paro en seco, tratando de comprender la imagen que tengo delante. Las chicas a las que conocí anoche están reunidas en un círculo, abrazándose y llorando, y hay un hombre de rodillas haciéndole la reanimación cardiopulmonar a un cuerpo tirado en el suelo. Una mujer. Lleva unas zapatillas blancas, unos vaqueros desvaídos y una camiseta roja. No, no es roja. La camiseta es blanca, pero es que la tiene empapada de sangre. El chico que está tratando de reanimarla se detiene, ahoga un grito y mira a su alrededor, como si no supiera qué hacer, como si no entendiera por qué la chica no despierta cuando le presiona el pecho. Y entonces mi instinto toma las riendas. Cruzo el patio corriendo, lo aparto de un empujón, sin prestar atención a los gritos ahogados de los mirones cuando se cae al suelo. Me arrodillo y le levanto la camiseta a la chica.

Encuentro el origen de la sangre a primera vista: una herida de bala justo debajo del aro del sujetador. La giro hacia mí para echarle un vistazo a la espalda. ¿Hay agujero de salida? No, no lo hay. Mierda. Y le han disparado en el peor lugar posible. Hoy en día, las balas están diseñadas para estallar dentro del cuerpo contra el que impactan, para romperse en pedazos y causar el máximo daño posible a los órganos internos. Y los órganos internos que hay alrededor de esta herida son los más importantes: el corazón y los pulmones.

—Tenemos que llevarla dentro. Necesito una mesa. —Levanto la vista y descubro una docena de rostros consternados observando todos mis movimientos. En la periferia, veo a Michael, perdido entre el caos, mientras tres hombres, miembros de la banda de moteros que llegó anoche, se acercan a toda prisa para trasladar a la mujer dentro. Todavía no he verificado si está viva. La cojo de la muñeca y busco el pulso mientras la llevan dentro. Ahí está. Débil y taquicárdico, pero está, y entonces…

Mis peores pesadillas colisionan en un único y terrible instante.

Porque veo la pequeña marca de nacimiento en forma de estrella en el interior de la muñeca de la chica. Una marca de nacimiento que conozco como la palma de mi mano. Que aparece en casi todos mis recuerdos de infancia. Una marca que reconocería en cualquier parte.

No he mirado el rostro de la mujer, pero sé que es ella.

Es Alexis.

59

SLOANE

Depositan a Alexis sobre la enorme mesa de la cocina. Las sirvientas corren de arriba abajo, chillando y lloriqueando. El chico de antes, el que estaba tratando de reanimarla, está junto a la mesa, preparado para empezar de nuevo con las compresiones.

—¡Quita del medio, hostia! —Me abro paso a través de la gente que nos ha seguido y aparto al chico de un empujón—. ¡Tiene pulso, idiota!

—¡Pero no respira!

—Sí que respira, joder. Está inconsciente porque ha perdido mucha sangre.

El chico retrocede tambaleándose y se pasa las manos por el pelo, manchándose toda la cara de sangre.

—Jamie me va a matar. Me va a asesinar —repite una y otra vez. Me está desconcentrando, joder.

—Necesito… —Mierda, no tengo nada de lo que necesito aquí. Me he dejado el maletín en casa.

—¿Qué? ¿Qué necesitas? —El supuesto salvador de Alexis está blanco como el papel y apenas puede hablar—. Dímelo e iré a buscarlo. ¡Vamos! —Se está dejando llevar por el pánico, igual que yo.

Respiro hondo y me obligo a concentrarme.

—Una bolsa de plástico, cinta adhesiva, un kit de costura… Necesito alcohol, medicamentos, agua hirviendo, toallas y pinzas. Y el cuchillo más afilado que encuentres. ¡Ve!

Cirugía clandestina para mi hermana moribunda. En esto va a desembocar esta situación. Hay una razón por la que los médicos nunca tratan a los miembros de su familia. La cirugía de emergencia

es un arte; no hay mucha gente capaz de hacerla. Necesitas mantener la calma ante una presión extrema, tienes que aislarte del caos, de los gritos, del pánico de los demás. No puede temblarte el pulso en ningún momento. No hay margen para el error. Y ahora mismo me tiemblan tanto las manos que no confiaría en mí ni para sostener un puto boli.

—Contadme qué ha pasado. Contadme exactamente qué ha pasado para que pueda visualizarlo. —El chico ya se ha ido corriendo a buscar lo que le he pedido. Otro chico da un paso al frente. Tendrá unos veintitantos y lleva una camisa elegante y una corbata. También lleva unos vaqueros ajustados, lo que parece fuera de lugar con respecto al resto de su atuendo formal.

—Han disparado a Soph —murmura, frotándose las palmas de las manos en los vaqueros. Tiene las manos cubiertas de sangre. Me dan ganas de darle un puñetazo en la cara.

—¡Eso ya lo veo, imbécil! ¿Con qué clase de pistola le han disparado? ¿Desde qué distancia? ¿Desde qué ángulo?

El chico me mira con el rostro inexpresivo. Una mujer rubia y alta con penetrantes ojos verdes da un paso al frente y responde:

—Estábamos en una reunión y la cosa se torció. Nos atacaron y tuvimos que huir, y a Soph le dispararon con una Glock 22. Calibre 40. El disparo fue desde unos seis metros, de lado, así, pero desde arriba. —Se mueve hacia mi izquierda y levanta la mano, poniendo los dedos en forma de pistola y apuntándome al pecho.

Así que le dispararon desde lejos, desde arriba y hacia la derecha. La bala podría estar en cualquier parte, podría haber destrozado absolutamente cualquier órgano. Me embarga una oleada de desesperación. Si estuviéramos en un hospital, si contara con un equipo quirúrgico, un entorno esterilizado y una máquina de soporte vital, tal vez tendría posibilidades de salvar a Alexis. Pero estoy en una cocina doméstica y no tengo ninguna de esas cosas.

—Toma, lo he encontrado todo. —El chico ha vuelto con todo lo que le he pedido en los brazos. Lo deja todo sobre la mesa al lado de Alexis, cuya respiración rápida y superficial se ha acelerado desde

que la hemos metido en la casa. Está en estado de *shock,* y si la abro, se pondrá diez veces peor. Probablemente eso la mataría. Pero la alternativa es dejar que se desangre en la mesa de esta cocina, y eso la matará sin ninguna duda.

—¿Naomi? —La enorme figura de Zeth ocupa todo el umbral de la puerta. Observa la escena que tiene delante con el rostro inescrutable. Varias de las personas que hay en la cocina se vuelven para ver quién es el recién llegado, pero los demás siguen mirando a Alexis. Soph, la ha llamado el chico. Aquí todos la conocen con el nombre de Soph. Las chicas de anoche también la llamaron así—. ¿Qué ha pasado? —pregunta, y su voz es como un ancla. Su presencia me infunde una sensación de calma que suaviza los contornos serrados de mi histeria. Las manos dejan de temblarme con violencia.

—Necesito que esta habitación se vacíe —anuncio. Zeth asiente y yo me vuelvo hacia mi paciente y cojo la bolsa de plástico y la cinta. Rompo la bolsa con los dientes, coloco un pedazo cuadrado sobre la herida del pecho de Alexis y la fijo, asegurándome de que quede perfectamente sellada.

—Es ella, ¿verdad? —Ahora la voz de Zeth es la única que queda en esta estancia. No me había dado cuenta de que todos se habían marchado mientras trabajaba, pero ahora, de repente, el silencio es ensordecedor.

—Sí. Es ella. —Le explico a toda prisa lo que me han contado con las manos entrelazadas delante de mi boca, observando y esperando. Cuento hasta veinte y dejo una mano sobre el pecho de Lexi para asegurarme de que siga respirando.

—¿Sloane? ¿Qué haces?

—Necesito saber si la bala ha perforado los pulmones. Si es así, se le escapará el aire de ellos y la bolsa de plástico se inflará sobre la herida. —Cinco segundos más. Diez. Alexis sigue respirando, pero el plástico no se hincha—. Los pulmones están bien. —Arranco el pedazo de bolsa y la cinta de su piel. Es una pena que no pueda hacer una prueba similar para saber si la bala le ha rozado el

corazón. La taquicardia podría indicar que es así, pero también es consecuencia de estar en estado de *shock.* Y lo está, de eso no hay duda.

—¿Ahora qué? —Zeth se muestra firme. Concentrado. Alerta.

—Ahora he de intentar encontrar la bala.

Presiono sobre el abdomen de Alexis, esperando notar la firmeza que me indique que hay una hemorragia interna, pero no está duro. Si el destino está de nuestra parte, tal vez pueda sacarle la bala con las pinzas que ha traído el chico de los Widow Makers. Las probabilidades de que Alexis sobreviva se multiplicarán por cien si no tengo que abrirla.

Zeth reacciona con rapidez y decisión; me acerca lo que necesito en cuanto se lo pido. Me encuentro con un problema de inmediato: las pinzas son demasiado cortas. Son unas pinzas de cosmética corrientes, y solo puedo introducirlas unos cinco centímetros dentro de la herida. Y el alcohol que me han dado para esterilizar es un puto aguardiente de treinta grados. He de pedirle a Zeth que vaya a buscarme algo más limpio. Cuando vuelve con una botella de vodka ruso de primera categoría, me entran ganas de darle un beso. Sin embargo, Alexis empeora justo en ese momento: su respiración se vuelve agónica, lo que significa o bien que su corazón está sometido a una enorme presión o bien que está sufriendo un fallo renal o hepático.

—No sé qué hacer. ¡Mierda! —Me estoy derrumbando. No soy capaz de enfrentarme a esto, joder. Se va a morir. He vivido durante años preocupada por que estuviera muerta cuando en realidad estaba viva y ahora se está muriendo delante de mí y no puedo salvarla.

Zeth me quita las pinzas de la mano, rodea la mesa de la cocina y me coge de los hombros.

—Sloane. Sloane, mírame.

No lo hago. No puedo. Contemplo el rostro ceniciento de mi hermana mientras la muerte tira de ella cada vez con más insistencia. Estoy llorando, pero no noto las lágrimas. No siento mi

respiración entrecortada. El dolor me consume ante lo peor que podría haberme imaginado jamás, que está ahora mismo sobre la mesa de esta cocina.

—¡Sloane! —Mi cabeza se gira violentamente hacia la izquierda; me pitan los oídos. Zeth me ha abofeteado con tanta fuerza que me ha hecho ver las estrellas. Con la expresión cargada de dureza y determinación, Zeth dice—: Se está muriendo, Sloane. ¡Piensa! ¿Ahora qué?

—No sé qué órganos internos están dañados. Podría ser… podría ser el corazón. Pero también podrían ser el hígado, los riñones… No lo sé.

—Vale. Usemos la lógica. Los labios se le están poniendo azules. ¿Eso qué significa?

—Hipoxia. Falta de oxígeno en el cerebro.

—¿Qué lo causa?

—Una parada cardíaca. Una perforación en el pulmón. Una presión excesiva en otros órganos. —Cualquier cosa. ¡Podría ser cualquier cosa!

—No tiene los pulmones perforados, eso ya lo sabemos. Y la trayectoria de la bala es descendente y en teoría debería alejarse del corazón, así que es poco probable que los daños estén ahí. ¿Una parada cardíaca puede estar causada por daños en el hígado o los riñones?

—Sí. Por una hemorragia.

—Vale. Entonces, sea lo que sea, tenemos que abrirla, Sloane. Tenemos que encontrar en qué parte está la hemorragia y detenerla. —Me tiende el cuchillo que me ha traído antes el chico. Por suerte, es un bisturí, y uno bien afilado. Dios sabe de quién es o por qué lo tienen, pero es un pequeño consuelo. Si el único instrumento a mi disposición fuese un cuchillo de cortar verduras, me habría rendido al instante.

—Tú puedes, Sloane.

—¡No puedo! Yo…

Me zarandea.

—Te he visto con mis propios ojos. Te he visto llevar a cabo lo que otros médicos han definido como milagros. Tú sabes hacerlo mejor. Te conozco. Eres una cirujana excelente y no vas a dejar morir a tu hermana.

Miro a mi alrededor, histérica, tratando de disociarme, de encontrar el modo de trasladarme a otro lugar, pero Zeth me coge la cara con las dos manos y me la inmoviliza, obligándome a mirarlo a los ojos.

—Tú puedes —repite.

En su rostro no hay ni un asomo de duda. En este momento, cree en mí más de lo que nunca ha creído nadie… Y una llamita de esperanza se prende en mi pecho.

Yo puedo.

He de hacerlo.

Un suave respingo que viene de la mesa llama mi atención. ¡Alexis se está muriendo, joder! Cuando se la llevaron, no pude hacer nada por evitarlo, pero esto sí está en mi mano.

—Vale. Vale, está bien. Estoy preparada.

Los siguientes momentos transcurren a cámara rápida. Me empapo las manos de alcohol y giro a Alexis para echar un último vistazo a su espalda y asegurarme de que no se me haya pasado por alto una herida de salida.

—¡Hostia puta! —maldice Zeth entre dientes.

Menos mal que he mirado. Desde que la han traído, un gigantesco hematoma morado ha florecido en su espalda. Fallo renal completo. No hay duda: se trata de una hemorragia interna. Bajo la débil luz amarillenta de la cocina, no me había percatado de la coloración de su piel, pero cuando vuelvo a tumbarla y le miro los ojos, la ictericia es evidente.

—Los riñones —dice Zeth. Parece que no ignora del todo cómo funciona el cuerpo humano. Asiento; me tiemblan las piernas de alivio. Al menos ahora sé por dónde debo abrirla.

Hago la incisión —una línea profunda y limpia de unos diez centímetros— horizontalmente, en el lado derecho de su abdomen…

y entonces todo cambia. Es algo que me ocurre siempre que opero. El mundo se estrecha hasta convertirse en un punto en concreto. Todo lo demás se difumina, dejando tras de sí una calma fría y clínica.

Tardo un rato en inspeccionar la cavidad abdominal de Lexi. Hay mucha sangre, y no cuento con un equipo de enfermeros que se encargue de la succión o de limpiar con gasas. Pero tengo a Zeth, que se mueve con decisión, que alienta mi confianza. Cuando aplica presión con los jirones de una toalla para limpiar la sangre de modo que yo pueda ver qué narices estoy haciendo, no me preocupa que cause más daños. En otro mundo, en una realidad completamente distinta, Zeth habría sido un excelente cirujano. Es capaz de todo, y tiene unos nervios de acero.

No tardo en encontrar los primeros pedazos de la bala, y el alivio me asalta con la fuerza de un puñetazo en el estómago. Mientras retiro con las pinzas las esquirlas afiladas de metal del vientre de mi hermana, siento que podría echarme a llorar. Sin embargo, el alivio se desvanece en cuanto atisbo su riñón derecho, de donde extraigo el pedazo más grande del proyectil. Está acurrucado en las ruinas del órgano, que ha quedado completamente destrozado.

—Mierda. Mierda.

Zeth coloca su mano sobre la mía y me dirige de nuevo esa mirada suya. Reconoce el desastre con tanta claridad como yo, pero él no está paralizado de miedo.

—Todavía respira, Sloane. Su corazón no ha dejado de latir. Y tiene otro riñón, ¿no?

—Sí. —Pero no es tan sencillo. Extirpar un riñón es una operación importante, una operación en la que a menudo la gente muere en quirófano, y eso en unas condiciones esterilizadas y controladas. No obstante, ¿qué otra opción tengo? Ninguna.

Así que hago lo que tengo que hacer. Extraigo el maltrecho riñón, coso con cuidado con una aguja y un hilo corrientes del kit de costura y cauterizo la herida. Una vez hecho, no queda más que limpiarle la cavidad abdominal y coserla. Sin embargo, cuando echo

un vistazo a mis instrumentos, veo que no tengo lo que necesito ahora.

Zeth me observa con una expresión serena mientras busco.

—¿Qué pasa? ¿Qué necesitas?

—Algo con lo que hacer una transfusión de sangre. Tenemos el mismo grupo sanguíneo. Ha perdido mucha sangre, necesita más si quiere llegar con vida al hospital.

Zeth suelta un gruñido.

—No te van a dejar llevarla a un hospital, Sloane.

Dejo de buscar y levanto la vista de golpe. El corazón se me va a salir por la boca.

—¿Qué coño estás diciendo?

—A tu hermana la han disparado. Los hospitales están obligados a informar a la policía de las heridas de bala.

—Sí, Zeth, lo sé perfectamente. Trabajo en un puto hospital.

—Ya. Ninguna de las personas que hay aquí va a querer atraer ese tipo de atención. Si tu hermana habla, la policía se presentará aquí en dos segundos. Jacob jamás lo permitiría. Querrán que se recupere aquí. Si sufre una infección…

—¡NO ES UN «SI», ZETH! —Cojo lo primero que tengo a mano, el vodka, y lo lanzo contra la pared. La botella de cristal se rompe en mil pedazos; estalla como una granada. Él ni se inmuta. ¿Después de todo lo que he hecho? ¿Después de que Alexis haya sobrevivido a todo esto?—. No es un «si». ¡Es un «cuándo»! ¡Tienen que volver a abrirla para arreglar la chapuza que acabo de hacerle en las entrañas! Y, si sobrevive a eso, va a necesitar una bomba de antibióticos, una montaña de analgésicos y al menos dos transfusiones de sangre. De lo contrario, todo esto habrá sido en vano. —Me tapo la cara con las manos manchadas de sangre y trato de recuperar el aliento—. Y por lo que respecta a lo de no llamar la atención de la policía, creo que llegáis un poco tarde.

Zeth se me acerca y me pone las manos sobre los hombros.

—¿Qué quieres decir?

—Le han disparado con una Glock 22, calibre 40. ¿No sabes quién usa ese tipo de pistola? Yo creo que sí. Seguramente te habrán apuntado con una de ellas más de una vez. —Lo aparto de un empujón y me paso las manos por el pelo.

Zeth me mira fijamente con los ojos entornados.

—Sí. La policía.

—No solo la policía. El FBI usa Glock 22. La DEA usa Glock 2. Las he visto en el cinturón de casi cada agente que ha cruzado las puertas del hospital. Si esos amigos tuyos ya habían atraído ese tipo de atención, si los putos agentes federales han estado disparándolos, es porque ya están buscando a Jacob y a esta puta banda de moteros que ha aparecido aquí de la nada.

—Tienes toda la razón, encanto.

La voz sobresalta a Zeth casi tanto como a mí, pero nuestras reacciones no podrían ser más distintas. Yo me aparto del desconocido que hay en la puerta; Zeth, en cambio, lo apunta con la pistola.

Al desconocido —un tipo alto y desgarbado vestido con ropa de cuero— no parece molestarle. Entra a paso lento en la estancia.

—En efecto, la policía nos está buscando —dice. Mira a Lexi, que está detrás de mí, tumbada sobre la mesa en un charco de sangre—. ¿Está viva?

Zeth tiene pinta de estar a menos de cinco segundos de dispararle en la cara, así que me interpongo entre los dos. En esta cocina ya hay suficiente con un herido de bala.

—Sí. Pero de milagro. Necesita ir a un hospital. ¿La conoces?

El tipo se encoge de hombros. Debe de tener veintitantos o treinta y pocos años. Tiene el pelo rubio oscuro, y salta a la vista que no es uno de los hombres de Jacob. Debe de pertenecer a la banda de moteros, entonces. Mi suposición se confirma cuando se adentra más en la cocina y se pone al lado de Alexis, dejando a la vista el parche cosido a su chaqueta: «Widow Makers». El emblema cosido en el cuero es una mujer con la cabeza gacha y el rostro lleno de lágrimas. Parece una versión *grunge* de la Virgen.

—Sí, la conozco bastante bien —contesta—. Cómo no. Al fin y al cabo, es la chica del jefe.

60

ZETH

Alexis Romera es la novia del jefe de los Widow Makers. Es un dato más que sorprendente, pero en fin… A estas alturas, nada debería sorprenderme. Carnie, el tipo que casi le ha provocado a Sloane un ataque al corazón con la noticia, nos informa de que Jacob nos está esperando en su despacho. Al salir de la cocina, nos encontramos con un montón de gente apoyada en la pared o sentada en el suelo. Todos están pálidos y angustiados. Una rubia alta va directa hacia Sloane en cuanto la ve y la coge de los codos.

—¿Está bien? Está muerta, ¿verdad? ¡Está muerta, joder!

Sloane se libera de las manos de la chica y la lleva hacia la puerta de la cocina.

—No está muerta. Ve a sentarte a su lado, y si ves que su respiración cambia, corre a avisarme de inmediato. Y comprueba que tenga pulso cada pocos minutos.

La rubia entra en la cocina y chilla al ver toda la sangre. Carnie nos escolta por el pasillo. Da la impresión de que Jacob le ha dicho que si no íbamos por nuestro propio pie, tendría que obligarnos. Qué gracioso. Me habría gustado ver a este cabrón tratando de sacarme de allí, y si se hubiera atrevido siquiera a tocar a Sloane…

—Entrad. —Carnie señala el despacho de Jacob con la cabeza. Al otro lado de la puerta, Jacob, Michael y Cade están sentados alrededor de una enorme mesa de roble pulido, incómodos. Hace un rato, Cade y yo casi no hemos tenido oportunidad de hablar antes de que todo se fuese a la mierda, pero sí le ha dado tiempo a decirme que Rebel es su amigo y que ha formado parte de los Widow Makers toda la vida. No tengo ni idea de qué pensar al

respecto. Pensaba que Cade y yo éramos parecidos, pero esta revelación ha puesto todo lo que yo pensaba patas arriba.

—Adelante, sentaos con nosotros —dice Jacob, señalando las sillas desocupadas alrededor de la mesa. Hay tres, una para Sloane, otra para mí y una extra—. Me han dicho que has tenido una mañana movidita, Naomi. —Jacob junta las manos sobre la mesa y le dirige a Sloane una mirada gélida.

—Podría decirse que sí —responde Sloane, que parece recién salida de una película de terror. Tiene las manos y los brazos manchados de sangre, y salpicaduras por toda la cara, por el pelo y por la camiseta. La respuesta seca y cortante que le ofrece a Jacob deja claro lo mal que le ha sentado el comentario—. Nos iremos dentro de poco. Para llevar a esa chica a un hospital.

—Oh, no lo creo, Naomi. Sophia es una chica fuerte. Se pondrá bien.

Yo tenía razón. Sabía que diría eso, por supuesto, pero tenía la esperanza de estar equivocado. Atisbo la expresión de furia de Cade y… Madre mía. Está tan cabreado que le ha salido una especie de sarpullido rojo en el cuello.

—La chica va a ir al hospital, Jacob.

El jefe de los Black Talons inclina la cabeza hacia Cade y esboza una pequeña sonrisa.

—Tú no eres más que un portavoz, Preston —dice alargando las palabras—. Recuerda que estás en mi casa como invitado.

—Yo seré un invitado, pero Rebel está de camino. ¿Qué crees que dirá cuando llegue y se encuentre con que su chica está muerta?

Vaya… Rebel todavía no ha llegado. Pero está de camino. Esto podría venirnos bien. Sloane también se da cuenta de que es una oportunidad, y la coge al vuelo.

—Si nos vamos ahora, podemos llevarla a una clínica privada de San Bernardino. Los conozco. Si yo se lo pido, la tratarán extraoficialmente.

Jacob coloca las palmas de las manos sobre la mesa y se lo piensa unos segundos. Cuando levanta la vista, percibo en sus ojos

una maldad que me hace pensar que lo que haga Rebel cuando llegue le importa una mierda… pero resulta que estoy equivocado. Porque esa mirada no es para Rebel. Esa mirada es para mí.

—Me has mentido, Zeth. Esta mañana he tenido una conversación con un conocido tuyo de lo más reveladora. —Jacob le hace un gesto con la cabeza a Clark, que enseguida hace lo que su amo le ordena y trae una hoja de papel a la mesa. La deja delante de Jacob—. Este conocido tuyo me ha contado varias cosas muy interesantes sobre ti. Verás, yo pensaba que estabas aquí para espiar para Charlie… No sospechaba que habías venido a robarme.

Jacob desliza el papel sobre la mesa. Esta vez no tiene sentido mentir. En la foto, Rick, a quien dejé en Anaheim recopilando información para la zorra de la DEA que está investigando a Charlie, está atado a una silla mientras la silueta borrosa de un hombre parcialmente fuera de plano se dispone a atizarle con una vara de hierro. Empujo la foto hacia Jacob y enarco las cejas.

Mierda. Mierda, mierda, mierda. La verdad es que no me importa gran cosa que Rick se lleve una paliza, pero esto significa que todo ha terminado. Que mi plan se ha desmoronado.

—Me has pillado. —Levanto las manos—. Sí, quería llevarme a una de tus chicas. Aunque ahora mismo se está muriendo en la cocina, así que igual es mejor que dejes que me la lleve. Así te quito el marrón de encima.

—A mí no me vas a quitar una mierda, hijo de puta. —Jacob le hace otra seña a Clark, que se coloca detrás de mí con una pistola en la mano. Dentro de un instante, Jacob le ordenará que me vuele la cabeza. He de admitir que esto de que me apunten por detrás con una pistola es mucho menos divertido con Clark que con Sloane—. Sophia no es mi problema. Rebel me la compró hace años y lleva desde entonces metiendo las narices en mis asuntos y alterando a mis chicas. Si la palma, será porque es una zorra metomentodo que se inmiscuye en cosas que no le conciernen. Tú, en cambio, vas a quedarte aquí esperando con tu zorrita hasta que llegue Charlie. Y entonces dejaré que él se encargue de ti. Me parece que te tiene

ganas. Se ha cabreado especialmente cuando le he mandado una foto de tu amiguito.

Señala la fotografía de Rick. De puta madre. Seguramente Charlie ya había tenido el tiempo suficiente para sumar dos más dos, pero ver las pruebas físicas de que Rick está vivito y coleando después de haberlo traicionado con los Wreckers… El tío estará que muerde.

Michael está observando la escena como si no fuese con él, pero a mí no me engaña. Es una víbora, no una serpiente de cascabel. Con él no te las ves venir. Se pone de pie y se saca una daga de la cintura de los pantalones. Jacob lo mira boquiabierto y con el ceño fruncido, furioso.

—Siéntate, tío. Esto no te concierne.

Michael hace caso omiso de la orden, le da la vuelta a la daga y, a la velocidad de la luz, atraviesa con ella la mano de Jacob, clavándolo a la mesa.

—¡Hijo de puta! ¡Clark, mátalo! —Los gritos de Jacob alertan a toda la puta casa. Quizá sea porque se ha quedado demasiado anonadado al ser testigo de los actos suicidas de Michael, pero Clark comete un error: vacila, y esa vacilación me proporciona el tiempo necesario para darme la vuelta, coger su M16 y asestarle un puñetazo en plena garganta. Se desploma como un muñeco de trapo, tratando de respirar, pero le he reventado el esófago, así que no creo que vaya a conseguirlo en un futuro próximo. Sloane grita y da un brinco, y de repente parece que todo el mundo está gritando. En breve, un tropel de guardias cabreados irrumpirá en este despacho.

Le dirijo a Michael una mirada contrariada.

—Muy sutil, tío.

Michael se agarra de la mesa, extrae la daga de la mano de Jacob y se la coloca en el cuello. El líder de los Black Talons deja de gritar y se queda muy quieto. Michael, como si quisiera darle las gracias por su silencio, le da unas palmaditas amistosas en el brazo.

—Tú no has oído lo que estaba diciendo antes de que llegaras, jefe. Iba a dejar que Anton te cortara la polla. Al menos eso es lo

que creo que ha dicho, porque hablaba en español.

Cade asiente.

—Sí, esa era la idea, más o menos. —Se pone de pie y se acerca a echarle un vistazo a Clark, que está tirado en el suelo, mudo.

Sloane, en cambio, solo tiene ojos para mí. Unos ojos llenos de lágrimas.

—¿Era necesario? Le has aplastado la tráquea…

Quiere que defienda mis actos, o que la haga entender por qué he hecho lo que he hecho. Que la haga entender que ha sido lo correcto. Pero yo no puedo hacer eso por ella; ha de decidirlo por sí misma. En un gesto suave, fugaz, le acaricio la mejilla con una mano.

—¿Por qué no te lo piensas y decides si era necesario o no? —Luego me vuelvo hacia Michael—. Tenemos que largarnos echando hostias de aquí.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué hacemos con él?

—¿De verdad creéis que os vais a salir con la vuestra, hijos de puta? —Jacob, que está morado como una remolacha, escupe por todas partes al hablar—. ¡Estáis muertos! ¡Todos!

Me acerco a los dos.

—Oye, Michael, ¿cuántas veces puede morir un hombre?

—Solo una, jefe.

—Sí, exacto. Solo una. —Cojo la daga que me ofrece Michael y la sostengo delante del rostro de Jacob—. Charlie ya ha pedido mi muerte, hijo de puta, y siento decepcionarte, pero tú no vas a poder ni quedarte a mirar. —Le rozo la mejilla con la punta del cuchillo y observo cómo el metal le devuelve el reflejo de sus ojos llenos de terror—. Los dos somos peces gordos, Jake, ¿recuerdas? Te ves a ti mismo en mí. Los dos nacimos en la mierda, como me recordaste el otro día muy amablemente. Así que pregúntate lo siguiente… —Me inclino hacia él, me pongo las manos en los muslos y me encojo de hombros con aire pensativo—. Si tan parecidos somos, ¿qué harías tú si ahora mismo estuvieras en mi situación?

—No puedes matarme, Zeth. ¡No tienes putos huevos!

Cade se ha unido a Michael detrás de Jacob. Tiene mala cara, pero asiente con decisión. «Estoy contigo, hermano», parece decir.

—Dios mío, esto no puede estar pasando.

Sloane, que sigue detrás de mí, tiene pinta de estar a punto de vomitar. Se da la vuelta y apoya la frente en la pared, hiperventilando y tapándose los oídos.

Cuando vuelvo a mirarlo, Jacob esboza una sonrisilla.

—Estoy desarmado, Zeth. ¿Le vas a demostrar a tu chica la clase de monstruo que eres cortándome el cuello delante de ella?

Me abalanzo sobre él, casi pegando mi cara a la suya.

—Pues sí.

Blando el cuchillo.

Pero el acero no llega a cortarle.

Jacob tiene una mancha de humedad en la entrepierna. Le hago señas a Cade para que termine el trabajo y el motero le da la vuelta a la pistola y le atiza a Jacob con la culata, dejándolo inconsciente.

Ja. Tirado en la silla, inconsciente y sentado en sus propios meados. Justo lo que este cabrón se merece. Me permito un segundo para sentirme satisfecho, pero solo uno.

—Vamos. No va a estar fuera de combate para siempre.

Sloane estaba balbuceando, maldiciendo, por lo que me parecía oír, pero se da la vuelta e interrumpe su diatriba.

—¿No lo has matado?

Le rodeo la cintura con el brazo y la saco de la habitación.

—Jacob Dixon es un cabrón hijo de puta, Sloane, pero tenía razón en una cosa. No voy a matar a un hombre desarmado.

61
ZETH

Si los guardias de Jacob no han acudido corriendo al oír sus gritos, ha sido por una razón: no los han oído. En el patio delantero del complejo, una retahíla de Mercedes, Lamborghinis y Harleys entran uno tras otro, compitiendo por ver cuál de ellos ruge más fuerte. Son los invitados al encuentro de la noche, que van llegando tras cruzar el desierto.

Llevo el cuerpo frío y flácido de Alexis en brazos. La rubia de antes no quería dejar que nos la llevásemos, pero un par de palabras cortantes de Sloane han bastado para que reculara. Nos pasamos treinta segundos de reloj fuera, buscando mi coche, hasta que Michael lo encuentra aparcado en un lado, cubierto de polvo tras haber estado cuatro días expuesto al desierto. Deposito a Alexis en el asiento trasero y Sloane entra tras ella y coloca la cabeza de su hermana sobre sus piernas, acunándola.

Me siento en el lado del conductor y Michael hace lo propio en el del copiloto. Cade está junto a mi ventanilla, buscando una salida entre la multitud.

—Tienes que ser rápido, tío. Llamaré a los chicos de Jacob y luego os seguiremos.

Enciendo el motor, revolucionándolo con furia. Estamos listos. Cade y yo chocamos los puños para despedirnos, y cuando está a punto de entrar, un grito agudo se superpone a todo el ruido y Alaska sale corriendo de la villa.

Los motores impiden que se oiga lo que dice, pero uno de los guardias logra enterarse y hace señas a los demás. Entran a toda prisa con las pistolas preparadas.

—Será mejor que te vayas, tío. Nos vemos pronto. —Cade le da unos golpecitos al coche y vuelve corriendo hacia la villa. Nosotros hacemos lo que nos ha aconsejado y nos largamos pitando de allí.

62

SLOANE

Tardamos dos horas en llegar al hospital de San Jacinto. Jacob ya sabe de la existencia del de San Bernardino, así que nos vemos obligados a elegir otro destino. Durante el viaje, Alexis está a punto de morir un total de siete veces. Casi no tiene pulso; es débil, irregular y filiforme, y yo estoy muy cansada. Dentro del coche, mientras Zeth conduce, reina un silencio sepulcral. Yo trato de olvidar dónde me encuentro. De olvidar todo lo que ha ocurrido desde que me he levantado de la cama esta mañana.

Cuando llegamos al hospital, el cielo ya está totalmente oscuro. Rompo a llorar en cuanto veo el edificio. Hay una ambulancia aparcada en la puerta, y las numerosas ventanas del edificio están iluminadas. Esa promesa de ayuda es más de lo que puedo soportar. Lo hemos conseguido. No sé cómo, pero hemos conseguido traerla hasta aquí.

Zeth coge a Alexis en brazos y entramos corriendo. Michael se queda con el coche. Michael se lleva el coche. No sé qué pasa con Michael. Lo único que me importa es Alexis.

A la enfermera de recepción se le cae el bolígrafo al vernos entrar. Debemos de parecer recién salidos del infierno, cubiertos de sangre y de polvo, con una chica medio muerta en brazos. Empiezo a recitar las constantes vitales de Lexi antes incluso de que la chica pueda asimilar lo que tiene delante.

—Herida de bala en el abdomen, daños renales graves, hemodinámicamente inestable, taquicárdica y con hipertensión. ¡Necesita un quirófano ya!

La enfermera reacciona con rapidez y llama a todo el personal disponible. En cuestión de segundos llegan dos médicos y un equipo

de emergencias y se llevan a Alexis sin molestarse en dirigirnos a Zeth ni a mí ni una sola mirada. Sin embargo, la enfermera se queda con nosotros. ¿Qué le ha pasado? ¿Cuál es mi relación con la paciente? ¿Qué tratamiento ha recibido? ¿Alergias? ¿Orden de no reanimación? Respondo a todas sus preguntas aturdida, agotada, presa de unos niveles tóxicos de adrenalina.

Y pasado el cuestionario, solo quedamos Zeth y yo. Solos. En la sala de espera de un hospital.

—¿Sloane?

No puedo mirarlo. Si lo hago, romperé a… Ah, mierda. Demasiado tarde. Me abraza con fuerza y me estrecha entre sus brazos mientras lloro desconsolada durante Dios sabe cuánto tiempo. Me siento débil e inútil. Las probabilidades de que Lexi sobreviva son tan escasas que no me siento capaz ni de calcularlas. Y lo que pasó en el complejo… La forma en que Zeth mató a Clark…

—Se pondrá bien, Sloane. Todo irá bien.

—¿Cómo puedes decir eso? —Lo aparto de un empujón y me seco las lágrimas de los ojos—. ¿Cómo?

Zeth, que ha mantenido la compostura durante toda esta pesadilla, alarga una mano y me aparta el pelo de la cara mientras niega con la cabeza, todavía con un total control sobre sí mismo.

—Porque es tu hermana, fiera. Si es la mitad de fuerte de lo que lo eres tú, se pondrá bien.

Dios, ¿de veras lo cree? Me pongo de pie sobre mis piernas temblorosas y empiezo a pasearme de un lado a otro, rodeándome a mí misma con los brazos.

—Dudé demasiado. Tardé demasiado tiempo. Seguro que ahora se muere, y si hubiera sido más rápida… —Respiro hondo mientras lucho contra las lágrimas. ¿Cuántas veces les he dicho a los residentes de primer año que no pueden permitirse dudar? ¿Cuántas? Y justo en el momento en que más necesito concentrarme, soy yo la que se queda paralizada. Lexi me necesitaba y yo me he quedado paralizada. Tengo las piernas de gelatina; me voy a desplomar de un momento a otro. Zeth, como si

lo supiera, acude a ponerse detrás de mí y me rodea con los brazos, ofreciéndome el apoyo que me hace falta para mantenerme en pie.

—Has sido muy valiente. Y muy fuerte, joder. Has hecho lo que tenías que hacer.

El timbre grave de su voz vibra a través de su caja torácica y reverbera en mi espalda. Cuando ha atacado a Clark en el complejo, he sentido miedo de él. Todo ha ocurrido tan rápido… Ha pasado de sereno a letal en cuestión de segundos delante de mis propios ojos, y presenciar esa escena ha sido aterrador. Sin embargo, lo que me ha dicho cuando le he preguntado si era necesario matar a Clark me ha estado rondando la mente desde entonces, y, por disparatado que suene, comprendo por qué me ha contestado que tenía que decidirlo por mí misma.

A pesar de lo desesperada que estaba durante el trayecto, convencida de que mi hermana estaba a punto de morir, he repasado las posibilidades una y otra vez. He pensado un millar de veces en todo lo que podría haber ocurrido, y he imaginado cada posible resultado. Si Zeth no hacía algo, Clark le habría disparado a Michael. Si Zeth intentaba quitarle la pistola, se arriesgaba a que le disparase a él. He imaginado a Zeth atacándole de mil maneras distintas, y el resultado ha sido siempre el mismo. Alguien tenía que morir. Soy una persona horrible, pero he llegado a la conclusión de que ha hecho lo correcto.

Y como ha dejado que llegue a esa conclusión por mí misma, ahora tiene la certeza de que yo sé que esa es la verdad. Un hombre culpable jurará ser inocente hasta que se quede sin aliento. Jurará que todo ha sido un accidente. Que fue otra persona quien lo hizo. Que no tuvo más remedio. Si Zeth me hubiera dicho que no había tenido otra opción, yo no lo habría aceptado. Habría seguido teniendo miedo. Y todavía lo tengo… pero no de él.

Pongo las manos sobre las suyas, que descansan sobre mi vientre, y dejo caer la cabeza contra su pecho. Está a mi lado. Ahora está a mi lado, y lo ha estado también en la cocina de Jacob Dixon,

cuando más necesitaba poder contar con alguien. Ha sido él quien me ha ayudado a seguir adelante.

—Tú también has hecho lo que tenías que hacer —susurro—. Lo sé. —No le explico a qué me refiero. Zeth ya lo sabe, y su profundo suspiro me indica que estaba esperando a que yo llegase a una conclusión al respecto.

—Gracias —murmura.

Niego con la cabeza y cierro los ojos; me niego a llorar más.

—No. Gracias a ti.

Sea como sea, Zeth en el fondo, ha matado para protegerme y me ha ayudado a salvar a mi hermana, por corto que sea el tiempo que siga con vida. Está contraviniendo todos sus instintos, incluso ahora, que ha decidido quedarse en este hospital a sabiendas del tipo de preguntas que nos van a hacer. Y todo eso lo hace por mí. Puede ocultarse cuanto quiera tras la violencia de su pasado, pero estoy empezando a ver su verdad, y a atisbar toda la bondad que tan desesperadamente trata de esconder.

Nos quedamos de pie largo rato sin hablar, esperando, simplemente. Zeth deja que me apoye en él; respira con suavidad junto a mi oído. Pasadas dos largas horas, una médica viene a nuestro encuentro. Es joven, una residente como yo, y muestra la misma expresión inescrutable que luzco yo cuando me dispongo a dar una mala noticia. Se me hace un nudo en la garganta al verla; las piernas me fallan por fin.

—¿Señora Romera? Es usted la hermana de Alexis, ¿no es así?

Asiento, incapaz de pronunciar palabra.

—Hemos llevado a Alexis a la Unidad de Cuidados Intensivos. Hemos reparado dos sangrados lentos en su estómago y en su intestino delgado, pero de momento es cuanto podemos hacer. Hay un gran riesgo de infección debido a la primera vez que la han abierto, pero confiamos en que se reponga. Si Alexis pasa de esta noche, tiene bastantes posibilidades de sobrevivir.

Bastantes posibilidades. Los médicos no decimos palabras a la ligera. Yo no las he dicho nunca, porque el riesgo que entrañan es

demasiado alto para mí. Esta mujer está cien por cien segura de que mi hermana va a sobrevivir y simplemente se está cubriendo las espaldas, o es una negligente consumada. Rezo con todas mis fuerzas para que sea lo primero.



ZETH

Ninguno de los dos duerme.

Ninguno de los dos come.

Esperamos a que llegue el alba con el aliento contenido. «Si Alexis pasa de esta noche, tiene bastantes posibilidades de sobrevivir». Cuando sale el sol sin que hayan venido a comunicarnos la mala noticia, Sloane pierde su batalla contra el agotamiento y se queda dormida como un tronco en las incómodas sillas del hospital.

La enfermera vuelve a las diez para informarnos de que las constantes vitales de Alexis están mejorando. Sigue inconsciente, pero esperan que despierte en las próximas horas. He de decirle que soy el marido de Sloane para que la enfermera acceda a hablar conmigo y no tener que despertarla, y eso me hace sentir… rarísimo.

A mediodía, Cade aparece detrás del cristal de la sala de espera para familiares. Me ve a mí, ve a Sloane, que sigue dormida, y me hace gestos para que salga a hablar con él.

—Tío, os hemos buscado por todas partes. Este es el sexto hospital al que vamos. Menos mal que hemos visto ahí fuera a tu hombre.

Michael nos ha esperado. Un puto héroe.

—¿Conseguisteis escapar del complejo de Jacob sin problemas?

Cade se frota la nuca.

—Hubo un enfrentamiento, pero ninguno de los chicos ha sufrido daños graves. —Se vuelve para mirar atrás y se pone serio. Tres Widow Makers acaban de irrumpir en el hospital, y el que va delante

parece dispuesto a matar—. Mierda. Le he dicho que entraría yo primero a buscarte.

Me quedo plantado donde estoy, bien erguido, preparado para liarme a puñetazos si es necesario. Después de todo lo que ha pasado, me importa una mierda que estemos en un hospital. No me vendría mal desfogarme partiéndole la cara a alguien.

El tipo que va delante de los tres es un monstruo. Ya lleva las manos magulladas y llenas de sangre; tiene pinta de que ha empezado la pelea sin mí.

—¿Es él? —gruñe mirando a Cade.

Este asiente.

—Sí, este es Zeth. —Se vuelve hacia mí con una mirada de aprensión—. Y este es…

—Ya sé quién eres —le interrumpo—. Eres Rebel.

El tipo asiente. Está más tenso que un arco, tanto, que tiembla. Respira hondo y dice:

—Gracias, tío. Gracias por ayudar a mi mujer.

63

SLOANE

Mi hermana es una mujer casada.

Cuando me entero, un millón de pensamientos distintos explotan dentro de mi mente. El primero y principal es: «Ni de puta coña».

A mi hermana la secuestraron. ¡La secuestraron! Y luego, más de dos años después, ¿aparece casada? Una parte importante de mi cerebro da por hecho que este matrimonio fue forzado. La otra se dedica a imaginar formas brutales y dolorosas de matar al tal Rebel sin acabar detenida por asesinato. Soy médica. Tengo acceso a un gran número de sustancias que pueden causar daños mortales al cuerpo humano. Y, en cualquier caso, en la bolsa negra de Zeth hay un buen número de objetos con los que arreglaría esta situación en un abrir y cerrar de ojos. Y aunque dispararle a Rebel con una Desert Eagle no repararía el daño que ya está hecho, sí liberaría a Lexi de futuros tormentos. Sin embargo, mis planes homicidas se frustran en cuanto conozco al tipo, porque cuando se ha enterado de que Lexi seguía dormida, ha considerado que lo más conveniente era irse del hospital. Sin embargo, vuelve un par de horas más tarde, cuando estamos esperando a que nos den permiso para entrar a verla.

Cade parece tan nervioso como yo. Imagino que debe de estar muy preocupado por lo que Lexi pueda decir si consigo hablar con ella antes de que Rebel pueda intimidarla para que diga otra cosa. Sin embargo, cuando un tipo alto, con el pelo negro y los brazos llenos de tatuajes aparece en el pasillo en dirección a nosotros, se pone más nervioso todavía. Zeth está apoyado en la pared enfrente de mí, de brazos cruzados, y me observa fijamente mientras yo miro

al tío que se acerca. Cade se frota los muslos con las palmas de las manos y respira hondo.

—Ha dejado a los otros fuera, así que no seas muy dura con él, ¿eh? —me pide Cade.

—¿Que no sea muy dura con él? ¡Le voy a arrancar las pelotas!

Zeth curva los labios en una sonrisa malévola.

A Cade, en cambio, no le parece una perspectiva de futuro muy divertida.

—Si lo haces, Soph se va a cabrear.

—Mi hermana se llama Alexis. ¡Alexis! Y este cabrón le debe de haber lavado el cerebro, ¿verdad que sí, hijo de puta?

El tipo, que acaba de llegar adonde estamos, recula, enarcando las cejas hasta que casi se le salen de la cara. Lo que más me cabrea de él, aparte de que sea guapísimo, con ese rollo a lo chico malo, es que tiene el morro de hacerse el sorprendido ante mi acusación. Me mira irritado.

—¿De qué hablas, tía?

—Hablo de que has obligado a mi hermana a hacer Dios sabe qué contra su voluntad. Eres consciente de que un matrimonio no es legal si no lo ha firmado un funcionario del estado, ¿no?

Rebel resopla.

—Para empezar, estás equivocada. Carnie se hizo oficiante por internet. Nos casó en Nuevo México y luego mandamos todo el papeleo. Válido para cualquier tribunal de los Estados Unidos. Segundo, ¿qué cojones quieres decir? Soph me dijo que nos dabas tu bendición. También me dijo que estabas demasiado ocupada forjándote una carrera como médica de renombre para venir a la boda de tu propia hermana.

«Pero ¿qué coño dice este tío?». Cierro los ojos y niego con la cabeza.

—Y una mierda, puto mentiroso.

Zeth se ríe. Tiene un brillo travieso en la mirada, y de repente me entran ganas de darle un puñetazo en toda la cara.

—¿Qué pasa? ¿Te hace gracia?

—No, en absoluto. Lo que pasa es que nunca te había oído decir tantas palabrotas. Ni siquiera cuando me gritas a mí.

Si le parece que ahora estoy siendo malhablada, que me encierre en un cuarto con este cabrón y ya verá lo que soy capaz de decirle cuando no haya inocentes mirando.

—No es ninguna mentira —se limita a decir el tipo—. Te estoy diciendo la verdad. Aunque no tengo por qué justificarme ante ti, doctora Romera —añade con retintín.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Con qué?

—¿Doctora Romera? Lo has dicho como si estuvieras oliendo mierda.

—Ah, no, por nada. Lo que pasa es que me gustaría saber por qué has pasado tanto tiempo sin hablar con tu hermana. Te necesitaba, ¿sabes? ¿Y dónde estabas tú? Al parecer, tu puto trabajo era más importante. Tus putos pacientes eran tan importantes que no podías dejarlos ni un puto fin de semana. —No se pone rojo a medida que sube el tono de voz, sino pálido, lo que aporta aún más frialdad a sus ojos del azul de la escarcha.

En fin, que le follen. De todas las estupideces e imbecilidades de las que podría acusarme, ¡me acusa de esto! Este tipo está mal de la cabeza.

—¿Te has olvidado de tomarte la medicación, imbécil? —Le clavo el dedo en el pecho, y espero que le duela tanto como me ha dolido a mí—. A mi hermana se la llevaron de su casa, la arrancaron de los brazos de una familia que la quería, y tú se la compraste a un puto proxeneta. ¡Como si fuese comida para llevar! Así que no me des lecciones de cuánto debería importarme a mí. ¡He estado buscándola desde el mismísimo día en que desapareció! —Pues no. No he tenido suficiente con clavarle el dedo. Le doy un empujón a Rebel (por cierto, ¿quién coño se llama Rebel?) con las dos manos, lo más fuerte que soy capaz, pero no puedo llegar a comprobar lo lejos que lo mando porque unos fuertes músculos me agarran de la

cintura y, de repente, estoy a unos quince centímetros del suelo. Oigo la voz de Zeth a mi oído, oscura, profunda e hipnótica:

—Vamos, fiera, no rabies tanto.

Me resisto, pero no sirve de nada. Los brazos de este tío están hechos de hierro.

—Vale, vale, está bien. Vale, déjame ya. ¡Jesús! —Pues sí que estoy rabiosa, sí. Ya no creo en la iglesia, pero mi padre se ha pasado la vida sermoneándome sobre blasfemias y eso no se olvida fácilmente. Creo que la última vez que dije «Jesús» sin que fuera acompañado de las palabras «en el nombre de nuestro señor» y «amén» tenía doce años.

Zeth me suelta, pero se queda detrás de mí, preparado para agarrarme si intuye que voy a emprenderla a golpes con Rebel otra vez. Intento calmar mi rabia, pero se me vuelve a disparar cuando veo que el tipo no ha caído de culo dos metros más hacia atrás, como yo quería, sino que sigue de pie donde lo he dejado, con el ceño fruncido.

—Entonces… ¿Soph no te dijo que estaba bien?

—¡No! ¡Probablemente porque no lo estaba!

—Pero a mí me dijo que ya no querías saber nada de ella.

—Yo… Pero… —Eso no tiene ningún sentido. Me entran ganas de volver a acusarlo de mentiroso, pero esa expresión… Rebel no es un experto en disimular sus emociones, como Zeth. O igual es que ahora se me da muy bien interpretar las expresiones de los demás, teniendo en cuenta que Zeth me da tan pocas pistas para hacerlo. Sea como sea, tengo la impresión de que me está diciendo la verdad.

Tras él, veo que se acerca una enfermera caminando con decisión. Tiene la piel de un bonito color tostado, un poco más clara que la de Michael.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? Nada de discutir en los pasillos. ¡Es una norma que hay que respetar! ¡Aquí hay enfermos tratando de recuperarse!

—Lo siento, yo… —¡Uf! La verdad es que no lo siento. Sigo teniendo ganas de cargarme a este tío. La enfermera me fulmina con la mirada, como si me estuviera retando a causar más problemas, pero…

Cade se interpone, cruzándose de brazos, y pregunta:

—¿Sophia ya puede recibir visitas?

La enfermera le lanza una mirada asesina y luego nos mira a los demás del mismo modo durante una cantidad de tiempo bastante incómoda.

—No pienso dejar entrar en la habitación de mi paciente a gente que arma tanto lío.

Alzo las manos en señal de rendición. En este hospital, esta mujer es Dios.

—Mire, le pido disculpas. Solo estoy preocupada por mi hermana. Si me dejara verla…

Rebel también levanta una mano.

—Y yo estoy preocupado por mi mujer. Debería entrar primero yo, solo para que sepa que…

—Silencio. Podéis entrar los dos. Juntos. Y que Sophia elija a cuál de los dos quiere echar primero. Y vosotros dos —señala a Zeth y Cade con gesto autoritario— esperáis aquí.

Zeth y Cade obedecen y se quedan en el pasillo mientras yo sigo a la enfermera, con Rebel pegado a mi costado. Entramos en el ascensor y subimos tres plantas en un silencio sumamente incómodo hasta que por fin llegamos a la Unidad de Cuidados Intensivos. Aquí debería sentirme como en casa, porque es en una unidad como esta donde la mayoría de mis pacientes de urgencias empiezan o terminan en algún momento de su tratamiento, pero no me siento así. Tengo ganas de vomitar. El olor a desinfectante y el coro de pitidos de las máquinas de respiración asistida que se oye tras las puertas cerradas no hacen sino prender la mecha de una clase de pánico que solo he experimentado una vez en la vida: en la cocina de Jacob Dixon.

La enfermera nos conduce a una habitación, abre la puerta y nos dirige a ambos una mirada de advertencia antes de marcharse. Rebel entra antes que yo, tapándose la boca con la mano.

Alexis está en la cama, tapada con las mantas. Por suerte, no está conectada a una máquina de respiración asistida, aunque tiene muy mal aspecto. Tiene el rostro macilento y los ojos inyectados en sangre. Sin embargo, lo que importa es que están abiertos. Nos ve en cuanto entramos en la habitación y se queda de piedra.

—Dios mío… —susurra—. ¿Sloane?

Me había imaginado este momento un millar de veces. Qué digo, un millón de veces. Y en ninguno de los posibles reencuentros entre Alexis y yo que había visualizado mi hermana se horrorizaba al verme. Se mostraba abrumada, rebosante de felicidad, llorando de alegría, no aferrada a una manta con tanta fuerza que se le ponían los nudillos blancos. Traga saliva, me mira a mí, luego a Rebel y después de nuevo a mí.

—¿Qué haces aquí, Sloane?

—¿Que qué hago aquí? ¿Pero qué…? —No puedo. No puedo ni…

Rebel, esa mole llena de músculos y tatuajes, se acerca a ella y la coge de la mano.

—¿Estás bien? —le pregunta con dulzura.

Alexis lo mira y asiente. Es un gesto mecánico, como si se hubiera quedado sin palabras.

—Bien. Cómo me alegro de que estés bien —responde él con cautela—. Cariño, ¿te acuerdas de cuando nos casamos? ¿Te acuerdas de que me dijiste que habría sido un día perfecto si tu hermana hubiera venido? Pues verás…

Alexis intenta apartar la mano, pero Rebel la tiene cogida con fuerza, aunque con cuidado a la vez.

—Lo siento, cariño —responde ella—. Es que… Yo no… —Se le llenan los ojos de lágrimas. Alexis siempre derramaba lágrimas de cocodrilo cuando no se salía con la suya, pero esta vez me parecen sinceras. Está temblando—. Te juro que no quería mentirte. Y que te lo contaré todo, pero… ¿Puedo quedarme un momento a solas con

ella? —¿Con ella? ¿Ella? Alexis se da cuenta de que estoy cada vez de peor humor y se corrige—: Necesito estar un momento a solas con mi hermana.

Rebel gruñe, se pone de pie y le da un beso en la cabeza.

—Ten cuidado —le dice—. La doctora Romera ataca cuando la provocan.

Me guiña un ojo y sale de la habitación. Pienso en Zeth y en cómo habría reaccionado él a eso. Lo más probable es que le hubiera reventado la cabeza contra la ventana de observación, o algo así. Ojalá tuviera la masa corporal de Zeth.

—Ya puedes dejar de mirarlo así.

La voz de Alexis suena más firme, pero todavía le tiembla.

—¿Y cómo narices lo tengo que mirar, Lex? ¿Debería darle un afectuoso abrazo a mi nuevo cuñado, el puto traficante de personas?

—Sí. No, espera. Él no… Él no es lo que tú crees, Sloane.

No me puedo creer lo que estoy oyendo. Le ha lavado el cerebro. Tiene síndrome de Estocolmo. Es un caso de manual.

—Entonces, ¿no te secuestraron al salir de la universidad? ¿Y este tío no te obligó a casarte con él?

Alexis suspira y se echa hacia atrás sobre los cojines mientras se limpia la cara con el dorso de la mano. Las lágrimas no dejan de caer.

—Sí, me secuestraron. Pero no fue él. Él me ayudó. —Aprieta los dientes—. Y no me obligó a casarme con él, Sloane. Tienes que creerme.

—Entonces, ¿se puede saber qué haces casada con el jefe de una banda de moteros? Porque me está costando un poco entenderlo.

Se sorbe la nariz y se seca las lágrimas de las mejillas.

—Me casé con él porque es mi otra mitad, Sloane. Una mitad gruñona, que da un poco de miedo y que es profundamente maravillosa. Me casé con él porque lo amo.

Todo esto es demasiado para mí. Así que es todo cierto. Le dijo a Rebel que yo no quería saber nada de ella. Que no acudí a su boda porque tenía cosas mejores que hacer. Necesito saber por qué, pero

ahora mismo me invade una necesidad más apremiante: alejarme de ella. Después de tanta preocupación, después de tantas pesadillas en las que mi propia hermana era violada y utilizada, resulta que es feliz. Y que está casada.

Que está casada, joder. No puedo respirar. Necesito tiempo para pensar. Para asimilar todo esto.

Me doy media vuelta y me marcho sin mirar atrás.

Llego a la planta baja, al mismo sitio donde estábamos esperando antes, y…

—¡Eh, Sloane!

Es él, el cabrón tatuado. Me está siguiendo. Intento escapar de él, pero me coge del brazo. Me giro de golpe, dispuesta a lanzarme contra él, pero me suelta y levanta las manos.

—No te enfades con ella, Sloane. Ha pasado por un infierno.

—¿Y quién la sometió a ese infierno? ¿Tú?

Aprieta los dientes y entorna los ojos. Antes no me he fijado, pero tiene unos ojos tan azules que parecen esquirlas de hielo.

—¡No!

—Entonces, ¿cómo cojones ha acabado contigo?

—Quizá eso te lo tendría que explicar ella. Aunque yo creo que eres capaz de llegar a una conclusión bastante acertada tú sola. —Se ajusta la cazadora de cuero y, con una sonrisilla exasperante, señala hacia el fondo del pasillo con la cabeza.

Hacia Zeth.

Nos está observando allí plantado, tan imponente como siempre. Como una estatua tallada en piedra. Rebel sonríe de oreja a oreja.

—Al fin y al cabo, en los hombres tenéis gustos parecidos, cariño. A las dos os gustamos oscuros y peligrosos.

La historia de Zeth y Sloane

continúa en

Sangre y rosas. Libro 2

Título original: *Blood & Roses*

Edición en formato digital: septiembre de 2026

Copyright © 2014 by Callie Hart
© de la traducción: Elena Martínez, 2026
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-87810-91-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.